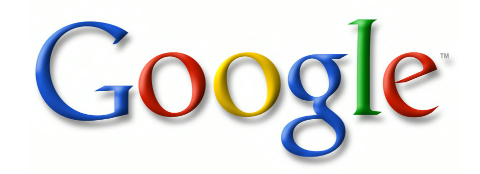
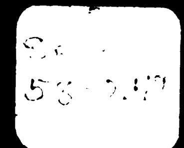

Google





CASANDRA

B. PÉREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

CASANDRA

(NOVELA EN CINCO JORNADAS)

8.000



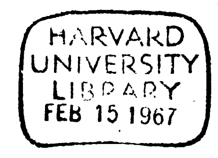
MADRID

PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA

(Sucesores de Hernando)

Arenal, 11

1905



EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

Al cuidado de sus hermanas mayores, *Realidad* y *El Abuelo*, sale al mundo esta Casandra, como aquellas *Novela intensa* ó *Drama extenso*, que ambos motes pueden aplicársele. No debo ocultar que he tomado cariño á este sub-género, producto del cruzamiento de la Novela y el Teatro, dos hermanos que han recorrido el campo literario y social buscando y acometiendo sus respectivas aventuras, y que ahora, fatigados de andar solos en esquiva independencia, parece que quieren entrar en relaciones más íntimas y fecundas que las fraternales. Los tiempos piden al Teatro que no abomine absolutamente del procedimiento analítico, y á la Novela que sea menos perezosa en sus desarrollos y se deje llevar á la concisión activa con que presenta los hechos humanos el arte escénico.

Si una ley fisiológica, reforzada por reglas canónicas y sociales, prohibe en las personas el matrimonio entre hermanos, en Literatura no debemos condenar ni temer el cruzamiento incestuoso, ni ver en él la ofensa más leve á la santa moral y á las buenas costumbres. De tal cruce no pueden resultar

mayores vicios de la sangre común, sino antes bien depuración y afinamiento de la raza y mayor brillo y realce de las cualidades de ambos cónyuges. Casemos, pues, á los hermanos Teatro y Novela por la Iglesia ó por lo civil, detrás ó delante de los desvencijados altares de la Retórica, como se pueda, en fin, y aguardemos de este feliz entronque lozana y masculina sucesión.

Claro es que la perfecta hechura que conviene á esta híbrida familia no existe aún en nuestros talleres. Sin duda será menester atajar el torrente dialogal, reduciéndolo á lo preciso, y ligándolo con arte nuevo y sutil á las más bellas formas narrativas... Pero no faltarán ingenios que hagan esto y mucho más. Los obreros jóvenes que tengan aliento, entusiasmo y larga vida por delante, levantarán la casa matrimonial de la Novela y el Teatro.

B. P. G.

DRAMATIS PERSONÆ

DOÑA JUANA SAMANIEGO, viuda de don Hilario de Berzosa, Marqués de Tobalina.

Parientes de doña Juana y de su difunto esposo.

CLEMENTINA, sobrina carnal de doña Juana, esposa de

DON ALFONSO DE LA CERDA, Marqués del Castañar.

Hijas: **MARIA JUANA**,
BEATRIZ.

ISMAEL, sobrino carnal de doña Juana, esposo de

ROSAURA.

Hijos: **JUAN**,
RAIMUNDO,
VICENTA,
ALICIA,
RAFAELA,
SOCORRO, llamada vulgarmente **CORRITA**, y dos niños pequeños.

ROGELIO, hijo natural de don Hilario, vive maritalmente con

CASANDRA.

Hijos: **AQUILES**,
HECTOR.

ZENÓN DE GUILLARTE, sobrino carnal de don Hilario.

VENTURA NEBRIJA, primo de doña Juana.

Hijas: **AMELIA**,
CASILDA.

AYETANA YAGÜE, prima de doña Juana.

LAS SAMANIEGO.

OQUE VILLASANTE.

ADRIÁN BERDEJO.
INSÚA, Administrador de doña Juana. Sucédele en el cargo
CEBRIÁN.
GUILLERMO RÍOS, abogado.
EL MARQUÉS DE YÉBENES.
LA MARQUESA DE YÉBENES.
RAMIRITO, su hijo.
LA CONDESA DE NAVALCARAZO.
FELIPE DE ACUÑA, su hijo.
EL MARQUÉS DE ARMADA.
LA MARQUESA DE ARMADA.
EL DUQUE DE RUY DIAZ.

PEPA, criada de doña Juana.
MARTINA, idem.
SATURNO, criado viejo.
LA INSTITUTRIZ de las niñas del Castañar.
UNA HERMANA DE LA CARIDAD.
Damas, mendigas, clérigos.

Madrid. Época contemporánea.

JORNADA PRIMERA

(3 de Mayo)

ESCENA PRIMERA

Sala en el palacio de Tobalina. Saltan á la vista el decorado y muebles lujosos, de mediano gusto, conforme al estilo vigente hace treinta años. ¿Veis en el testero del fondo, colocados con simetría burguesa, dos grandes retratos, señora y caballero? Pues son doña Juana y su llorado esposo don Hilario, pintados á los cuarenta y á los cincuenta años respectivamente, en actitud majestuosa y traje de etiqueta. Don Hilario ostenta la banda y cruz de Carlos III; doña Juana, pedrería resplandeciente y descote amplio. Modas de 1875.

DOÑA JUANA (en 1905, es señora tan respetable como adusta, vejancona y flácida, cargadita de hombros, el rostro amarillo y rugoso, la mirada oblicua; al andar se gobierna con un palo; viste de estameña parda ó negra; está sentada junto á una mesita donde tiene apuntes de cuentas y libros de devoción); PEPA, criada joven y linda; MARTINA, madura, opulenta de carnes.

MARTINA, entrando.

No se descuide la señora... Ya llegan...

DOÑA JUANA, displicente.

¿Quién?

MARTINA

Los parientes de la señora.

DOÑA JUANA

Que esperen... No hay prisa.

PEPA

Vienen á felicitar á la señora por su mejoría.

DOÑA JUANA, dejando un librito en que leía.

Arregladme un poco. (A Martina.) Tú... que no pase nadie todavía. (Va Martina hacia la puerta.)... Oye: no recibo más que al señor Insúa, que no ha de tardar. (Llégase Martina á la puerta y da órdenes á un criado.)

PEPA, arreglando el pelo á la señora.

Pondremos la cofia.

DOÑA JUANA, dolorida de un tirón de pelo.

¡Ay!... Bruta, Dios te perdone el mal que me has hecho.

PEPA

¡Si no tiro!... Voy con cuidado.

MARTINA, volviendo de la puerta.

Dice Saturno que ha llegado otra tanda.

DOÑA JUANA

Traerán la máscara de alegría... Pero yo, tras el cartón de las caretas, veo la tristeza de las almas desconsoladas... que lloran porque vivo.

PEPA

No piense mal la señora.

MARTINA

Vamos, que bien la quieren algunos. ¿Le ponemos la bata negra? (La recoge de un armario cercano.)

DOÑA JUANA

Sí... Cierto que algunos me quieren. No puedo dudar del amor de Clementina, hija de mi querida hermana María. Pero su marido, el estirado prócer Alfonso de la Cerda, desea y aguarda mi muerte como agua de Mayo, para derrochar mi dinero en máquinas de agricultura, que no sirven más que para hacer más ricos á los ricos y más pobres á los pobres... (A Martina.) ¿Viste si con Clementina y Alfonso vienen sus dos niñas?

MARTINA

Sí, señora: ahí están Juanita y Beatriz... lindas, elegantitas... (Por adulación) y tan religiosas que da gozo verlas.

DOÑA JUANA

Sí, sí: frecuentan el culto y rezan de carretilla, para que Dios les dé buenas dotes con que enganchar á marqueses ó duques tronados.

PEPA, con hipocresía enfática.

¡Vanidad de vanidades! (Fingiendo suavidad, tira pelo.)

DOÑA JUANA

¡Ay!

MARTINA

Mujer, ten cuidado.

DOÑA JUANA

¿Cuidado esta bestia? ¡Ay... qué dolor!... Gracias que mi Dios me ha dado toda la paciencia necesaria para sufriros... Dí, Martina... ¿ha venido también mi sobrino Ismael?

MARTINA

El primerito que llegó.

DOÑA JUANA

El pobre Ismael es de los más desesperados en el plantón que mi vida les da. ¿Pero quién tiene la culpa de que Rosaura le haya salido tan paridora? En diez años de matrimonio, diez alumbramientos y ocho crías vivas... y lo que venga.

PEPA

Ya... trabajo le cuesta al señorito Ismael tapar las bocas de toda esa tribu.

MARTINA

Siempre con sus mecánicas, y sus invenciones del diablo.

DOÑA JUANA

A cada hijo que le nace, inventa el hombre un aparato: el *filtro Sanitas*, la *trilladora Cincinato*, la *turbina Excelsior*... Los aparatos son muy buenos; pero no traen panecillos... y vengan hijos, vengan necesidades... Ahora le da por la construcción de ascensores, cosa muy buena para matar cristianos no preparados para la muerte y mandarlos á los Infiernos.

MARTINA

Yo digo que si el señorito Ismael peca por sus inventos de cosas... para andar á prisa, la señorita Rosaura es quieta, dulce, y sin ruido ni arrumacos trabaja como una negra para sacar adelante á su pollada.

DOÑA JUANA, adusta y agria.

Mejor sería que contuviera el melindre de que salen tantos hijos... ¿Qué beneficio trae al mundo ese nacer, nacer y nacer de criaturas?

PEPA, sin poder contenerse.

Señora, es el amor que...

DOÑA JUANA, vivamente.

¿Tú qué sabes, mozuela sin juicio? Aprende primero la virtud, y luego entenderás del amor honesto.

PEPA, quitándole la bata.

No nos riña, señora, que somos buenas.

DOÑA JUANA, severa.

Medianas y tolerables no más, gracias á mí, que os tengo bien sujetas y os vigilo como una madre. (Le ponen la bata negra.) ¡Ay, ay! que me arrancas el brazo... Gracias á mí, que os he enseñado el desprecio de todos los goces, el guso de las adversidades... gracias á mí, que no os ermito hablar con ningún hombre... Decid, erdularias, ¿no he conseguido con mis leccioes y con mi ejemplo limpiaros de frivolidades apartaros del vicio?

PEPA

Sí, señora, y estamos muy agradecidas.

MARTINA

Muy agradecidas.

DOÑA JUANA, puesta la bata negra, se sienta.

Ahora la medicina. (De una mesa próxima trae Martina un vaso con agua para tomar medicina.)

PEPA

Aquí están las papeletas. (Acercando una cajita de medicamentos.)

DOÑA JUANA, recelosa, coge las papeletas.

Dame, dame: no me fío de vosotras. (Vierte en el agua los polvillos, y revuelve la solución.)

PEPA, que pasa al otro lado del aposento para guardar en un armario la bata parda.

Vieja loca, quien te herede, que te aguante.

DOÑA JUANA, aparte á Martina, tomada ya la pócima.

Oye lo que te encargo... ¿Se ha ido Pepa?

MARTINA, aparte á doña Juana.

Está allí... en el armario... (Por una puerta del fondo, próxima al armario, entra el señor de Insúa, administrador de doña Juana, y al ver á Pepa, la saluda con signos expresivos y alguna palabra muy queda. Ella le contesta lo mismo. Revelan concordia, inteligencia, buenas migas.)

DOÑA JUANA, bajo á Martina.

Vigílame á esa loca... Me ha dicho Paca la lavandera que le hace cucamonas un tipejo llamado *Apolo*, no sé si por mal nombre... (Martina se asusta; disimula su turbación.) ¿Has visto tú algo?

MARTINA

Nada, señora. Creo que Paca ve visiones.

DOÑA JUANA

Un carpinterillo fantasioso, que viste ropa muy ajustada... ¡qué indecencia!... como los toreros. Todo el santo día está ese gandul calle arriba, calle abajo, midiéndome la verja del jardín... ¿Dices que es cuento?

MARTINA

Así lo creo.

DOÑA JUANA

No la pierdas de vista... Tenla siempre á tu lado; y cuando reces, hazla rezar contigo... Y por las noches, ya retiradas en vuestro cuarto, oblígala á leer dos ó tres horas en el librito de Meditaciones y Ejercicios que te dí...

MARTINA

Así lo haré. Descuide la señora.

DOÑA JUANA

No hay remedio mejor contra devaneos y malas tentaciones que un buen atracón de lectura piadosa, aferrándose á ella con tenacidad, con recogimiento, y... (Fijándose en el otro grupo.) ¿Quién es?

ESCENA II

LAS MISMAS.—INSÚA. Es éste un señor de cumplida estatura, más que cincuentón, anguloso de cuerpo, el rostro amarillo y zorruno, zainos y pícaros los ojos, la nariz tajante, el cabello obscuro, la calva reluciente como tapadera de cobre, los hombros muy subidos, manos sarmentosas, boca rasgada hasta la jurisdicción de las orejas; finísima, blanca y correcta dentadura propia. Totalmente afeitado, parece un cura risueño ó un amable Mefistófeles. Su voz imita la opaca ronquera del fonógrafo. Viste de negro con luenga levita holgona en todo tiempo.

INSÚA, avanzando.

Soy yo, señora.

DOÑA JUANA, sorprendida.

¡Insúa!... No le he sentido entrar. ¿Hablaba usted con Pepa?

INSÚA

Le daba un recado para mi escribiente. Que no me espere en el despacho, y que puede marcharse. (Se sienta junto á doña Juana.) ¿Y qué tal? Bravamente... mejorando cada día. (Con lisonjero optimismo.) ¿Esa cara?... ¡Oh! muy bien... el mirar vivo... muy bien. Lo que yo decía: un desvanecimiento sin importancia... efecto del calor, de... de alguna corriente de aire... muy bien... ó de la tensión de espíritu por tantas y tan intensas devociones... Pero ya pasó... muy bien... ya pasó.

DOÑA JUANA, suspirando.

El Señor no ha querido llevarme á mi descanso. (A Pepa y Martina que secretean al otro extremo.)

¿Pero qué hacéis ahí?... Tú, Martina, siempre atontada, y tú, Pepa, siempre fisgona.

PEPA

Ya nos vamos...

MARTINA

Ya nos íbamos. (Se van por el fondo.)

ESCENA III

DOÑA JUANA, INSÚA

INSÚA

No las riña usted. Esa Pepa paréceme discretilla, hacendosa y de una fidelidad á toda prueba.

DOÑA JUANA, suspicaz.

Ya es la tercera vez que la elogia usted sin venir á cuento.

INSÚA

¿Y qué, señora...? (Sonrisa bonachona dilata su boca desmedida. El cuero de sus mejillas se recoge en angulosos pliegues, y su voz desciende al más hondo gargarismo del fonógrafo.) He censurado á otras cuando me han parecido malas... Observo atentamente la servidumbre para dar á usted mi opinión con toda franqueza.

DOÑA JUANA

Bien. Despachemos.

INSÚA, saca papeles y sus lentes de oro.

Hay prisa. Tiene usted que recibir á ese familiaje. Ya está el salón lleno de gente.

DOÑA JUANA

No importa que esperen. Quiero enseñar á mi parentela la virtud que más falta le hace, la santa paciencia.

INSUA

La liquidación de las cuentas del año anterior da un sobrante de pesetas dos millones trescientas doce mil, después de cubiertos todos los gastos de casa y entretenimiento...

DOÑA JUANA

Y el sin fin de pensiones, socorros y alivios que destino á mis parientes...

INSÚA

Atendido todo, gasta usted menos de la cuarta parte de sus rentas... ¡Ah, señora!... otros años, por este tiempo, cuando yo presentaba á usted la liquidación total, con un sobrante de millón y medio, ó dos millones de pesetas, disponíamos la compra de una dehesa más, para agregarla á ese inmenso grupo de propiedad, que don Hilario y usted han formado en una veintena de años, y que llaman por ahí *el latifundio de doña Juana*. Pero ya se acabó; ya no seguirá creciendo ese conglomerado de riqueza rústica que empieza en tierra de Toledo, cruza por Ávila y amenaza comerse media provincia de Salamanca.

DOÑA JUANA

Ya no más. Pongo punto á la consolidación de propiedad rústica... que es un estorbo... bien lo sabe usted... para mi magno plan... Y

á propósito: ¿ha pensado usted en la forma de transmisión...?

INSÚA

Es facilísimo. Ayer, como usted me indicó, ví al amigo Cebrián, que ya tiene estudiados los aspectos jurídicos de la cuestión. Me ha dicho que hablará con usted...

DOÑA JUANA

Esta tarde le espero. Tengo en mi capilla Manifiesto, Plática y Salve, y Cebrián es de los que no me faltan.

INSÚA

Cebrián opina, como yo, que antes de ocho días puede quedar todo despachado y concluso.

DOÑA JUANA

Así lo espero. Sigamos.

INSÚA

¿Con este sobrante, compro Exterior ó acciones del Banco?

DOÑA JUANA

Exterior.

INSÚA, apunta. Saca otro papel.

Muy bien. "Lista de socorros.„ Conforme á las órdenes que usted me dió, entregaré á su sobrino Ismael los cinco mil duros que pidió para construir los nuevos modelos de ascensor hidráulico.

DOÑA JUANA

¿Cinco mil duros... á ese loco?

INSÚA

La señora, delante de mí, si no estoy trascordado, dijo á Ismael que contara con...

DOÑA JUANA

¿Para sus ridículos inventos?...

INSÚA, respetuoso.

Él es el que inventa, no yo. Me atengo á las órdenes de usted, lo mismo si las confirma que si las revoca.

DOÑA JUANA

Revocadas... Quizás ofrecí á Ismael los cinco mil duros hallándome en los albores del ataque... Mi cabeza ya no estaba firme... mi razón se desvanecía entre celajes... No vale, no vale lo que dije... Borre usted, Insúa.

INSÚA

Borro... Clementina espera... Entiendo que habló con usted.

DOÑA JUANA, recordando de mala gana.

Sí, ya... Su marido anda tras la quimera de horadar un monte, de abrir minas para alumbramiento de aguas con que regar los secanos de su finca del Pardal. ¡Oh, los pantanos, las minas, las represas, el martirio de las pobres aguas!... Con tales libros de Caballerías pierden el seso los Quijotes de la Agricultura. Las

aguas, como los valles y los montes, son de Dios, y Dios sabe repartir á punto, según nos conviene, la frescura y la sequedad. Fuera, fuera.

INSÚA

Borro.

DOÑA JUANA

Lo que sí daré á Clementina es el auxilio de treinta mil reales que me ha pedido para equipar decorosamente á sus niñas y llevarlas á Biarritz... Van, supongo yo, á la pesca de maridos en el río revuelto de señoritos viciosos que acuden allá, al reclamo del juego y de la liviandad. Si algo pescan, con su ruleta se lo coman..

INSÚA, apunta.

Siete mil quinientas pesetas para Clementina.

DOÑA JUANA, vivamente.

Pero no para minas ni pantanos.

INSÚA

Para perifollos, que son el riego fertilizador de las modistas. ¿Y con Ventura Nebrija qué hacemos?

DOÑA JUANA

Dele usted los cuatro mil duros que me pidió... Atrasadillo anda el pobre. Debo proporcionar algún decoro tanto á Ventura como á sus hijas, modelos de virtud, piedad y modestia. Con esta familia cuento para mi plan...

INSÚA, después de apuntar.

¿Y al sobrino de su esposo de usted, Zenón Guillarte?

DOÑA JUANA

¿A ese figurón extravagante y cínico? Su mensualidad, y gracias.

INSÚA

No he contestado á la petición de Rogelio, porque usted me dijo que le llamaría, que hablaría con él...

DOÑA JUANA, asaltada de inquietudes.

¡Rogelio!... Ese es el punto delicado, la llaga, la herida... El hijo natural de mi esposo, el fruto maldito de la infidelidad, me trae estos días muy cavilosa... Y esto no es nuevo. Por culpa de ese bergante, mejor dicho, de la bribona de su madre, he derramado yo ríos de lágrimas, y el corazón se me llenó de víboras en los mejores días de mi existencia.

INSÚA

No se atormente usted por un pasado tan remoto.

DOÑA JUANA, suspirando.

Pasó... pasó... Dios me ha hecho suya...

INSÚA

En sus últimos años, Hilario, arrepentido de aquel devaneo...

DOÑA JUANA

Sí, sí: me reconquistó con sus atenciones, con su cariño... Hora es de perdonar... Debo y quiero favorecer á Rogelio...

INSÚA, mirándola por encima de los lentes.

El testamento de Hilario es bien explícito... En una sola cláusula, legó á su hijo medios materiales de vida, y le impuso un freno moral.

DOÑA JUANA

A uno y otro fin debo atender. Es Rogelio para mí el hombre menesteroso y el libertino criado sin ley ni Dios.

INSÚA

Su perversa educación y el vuelo desordenado de su fantasía le hacen inferior á sí mismo; quiero decir, que el natural de Rogelio es mejor que su conducta. Ya sabe usted que vive con una moza guapísima llamada Casandra...

DOÑA JUANA

Sí... hija de un famoso escultor... He tomado informes...

INSÚA

¿Y sabe usted que Casandra es madre de dos niños?

DOÑA JUANA

Lo sé... ¡Qué pena! ¡Infelices hijos criados entre un padre loco y una madre aventurera!

INSÚA, denegando con respeto, arrastra su voz de fonógrafo.

Debo indicar á usted que nunca oí nada malo de la hermosa Casandra.

DOÑA JUANA

Buena será quizás... Hay casos.

INSÚA, curioso, tratando de penetrar en el pensamiento de la señora.

Me dijo usted que su plan magno se relaciona en cierto modo con Rogelio...

DOÑA JUANA

No, Insúa. En su conjunto y fines altos, mi plan está muy por cima de esas miserias; mas para poder efectuarlo con desahogo, es forzoso que liquide ciertas obligaciones de conciencia...

INSÚA

Ya... ¿Quiere usted que llame á Rogelio?

DOÑA JUANA

Ayer le ví... hablamos... Le dije que deseo conocer á su *coima*. Sin ver y tratar á esa Casandra, no puedo determinar la forma y calidad de la protección que debo dar al hijo de mi esposo... Dígale usted, si le ve, que esta tarde, después de mi fiesta religiosa, me traiga esa preciosidad... Hay que verlo todo, hasta las hermosuras de carne.

INSÚA

Muy bien. (Se levanta.) Y ya es hora de que empiece el besamanos.

DOÑA JUANA

Sí... Pero que no entre toda la caterva de una vez. No está mi cabeza para tanto barullo. Los primeros, Clementina y su familia.

INSÚA

Y luego los demás, por tribus ó castas... (Dirígese á la puerta. Aparece Saturno, criado viejo, al cual da órdenes.) Que pasen los señores Marqueses del Castañar.

DOÑA JUANA

Otra cosa: ¿por qué no viene usted esta tarde? Después de la solemnidad religiosa, daré una merienda en el jardín á las niñas del Colegio de San Hilario.

INSÚA, perplejo, buscando un pretexto para excusarse.

Esta tarde... No sé si podré... ¡Ah! tengo Junta... tenemos Junta del *Alumbrado y Vela*.

DOÑA JUANA

Verdad que es usted Presidente.

INSÚA

Presidente, y no puedo faltar. (Entra la primera tanda de parentela.) Ya están aquí. (Se despide afectuosamente. Saluda á los Marqueses. Retírase.)

ESCENA IV

DOÑA JUANA.—CLEMENTINA, DON ALFONSO, MARIA JUANA, BEATRIZ

Es Clementina mujer rozagante, airosa, decorativa. Su cara responde muy bien á la posición heráldica. Si no fuese morena, parecería nacida de la mente y de la paleta de Rubens. Alfonso de la Cerda, Marqués del Castañar, noble de raza, entroncado con los Trastamaras, los Alto-

Rey y los Ruy-Díaz, ha traído á nuestra edad cabeza del Greco, cuerpo flaco de longitud elegante, y un grande espíritu quijotesco que en sus altas especulaciones tropieza con la más dura de las realidades: la falta de pecunia. Propietario de un remanente de tierras patrimoniales, quisiera dar á su patria el ejemplo y la norma de la regeneración agraria. Excepción de su clase y contrasentido de su tiempo, ama con pasión el más antiguo de los deportes, la santa y noble Agricultura. Como no es poeta, no intenta escribir las *Geórgicas* con la pluma, sino con el arado... Sus iguales le llaman *García del Castañar;* pero de la feliz heredad inmortalizada por Rojas no posee más que el nombre. Sus terrones se llaman *El Pardal*, hacienda dilatada y secarrona, en la cual remanece más la langosta que las aguas. Es hombre, en fin, coronado de excelsas virtudes... Las dos niñas ostentan, con sus lindas figuras muñequiles, la insignificancia que resulta de la educación de toda señorita en estos tiempos bobos. Los dos hijos varones de los Marqueses están internos en un colegio, y no figuran aquí para nada.

CLEMENTINA, corriendo hacia doña Juana.

¡Tía del alma!

DOÑA JUANA, abrazándola.

¡Clementina... hija!

ALFONSO

¿Qué tal, señora? (Le besa la mano.)

DOÑA JUANA

Querido Alfonso, ya estoy bien; ya pasó el arrechucho. (A las niñas.) Venid á mis brazos, María Juana y Beatriz.

MARIA JUANA

¡Qué alegría! (Ambas la besan.)

BEATRIZ

¡Buen susto nos hemos llevado!

CLEMENTINA

Muy enojada, pero muy enojada con usted... ¡Estar tan malita y no decirme una palabra!

BEATRIZ

¡No mandarnos un recadito!

ALFONSO

Nada supimos.

MARIA JUANA

La primera noticia que llegó á casa fué que ya estaba mejor.

DOÑA JUANA

Más vale así. Os evité un disgusto.

CLEMENTINA

Pero nos privó del consuelo de asistirla.

ALFONSO

¿Y qué ha sido al fin?

DOÑA JUANA

Un imprevisto achaque, distinto de los que dinariamente padezco... ó quizás el que vie- como avisador de un fin próximo.

CLEMENTINA

¡Ay, no, por Dios!

MARIA JUANA

¡Jesús, tiíta!

DOÑA JUANA

Yo me levanté muy despejada. Oí mis tres misas, hice mis devociones... De pronto... aquí, cuando leía la *Visita del día al Santísimo Sacramento*, una mano invisible y dura me apretó la garganta... No podía respirar... ninguna voz quería salir de mi pecho. Por no sé cuánto tiempo, no perdido del todo el conocimiento, me ví balanceada entre la vida y la muerte, y me sentí llevada por un camino ancho... muy ancho... la dulce Eternidad...

CLEMENTINA

Por la Virgen, no diga esas cosas.

BEATRIZ

¡Vaya, que no avisarnos!

DOÑA JUANA

¿Para qué? Vedme tan tranquila. A mí no me asusta la muerte, pues para ella estoy, gracias á Dios, bien preparada. Demasiado sé que nuestra vida es un castigo, la muerte un indulto. ¿Qué hacemos en este presidio? El único solaz que en él hallamos es pedir á Dios que nos dé libertad y nos lleve consigo. (A las niñas.) Vosotras, pobres ángeles, no comprendéis esto. Estáis en los comienzos del engaño de la vida.

Seguid, seguid ignorantes, que vuestra edad tierna requiere el engaño.

BEATRIZ, como recitando una lección aprendida de memoria.

Pues en cuanto supimos su grave enfermedad, tiíta, nos fuimos á las Carboneras, y estuvimos rezando toda la tarde.

MARIA JUANA

Rezando con mucha devoción...

DOÑA JUANA, besándolas.

Sin duda por vuestras oraciones, dichas con cándido anhelo y piedad, me concedió el Señor unos días más de vida. ¿Ha sido un bien? ¿Qué gano yo con vivir más?

ALFONSO

Segura usted del indulto, ¿qué le importan unos días más en este presidio?

CLEMENTINA

Piense usted en el bien que puede hacer aquí, tía. Siga entre nosotros, y dese la satisfacción, el regalo de ser nuestra Providencia.

DOÑA JUANA

¡Ay! hija, no me subas tanto. La Providencia es divina; yo soy humana... (Risueña y un poquito maleante.) Dime, Alfonso: ¿qué tal, qué al esas campañas agrícolas...? Cuéntame.

ALFONSO

A un soldado que pelea sin armas, no le pregunte usted por sus victorias.

DOÑA JUANA

Ciego estás, Alfonso, si no ves que en tierra de Castilla serán siempre perdidos tus esfuerzos. El suelo rapado y seco, los ríos sin agua y los montes desnudos, han dado de sí santos y guerreros; nunca darán labradores primorosos.

ALFONSO

Guerreros y santos da también ahora la tierra campa de Castilla; pero los santos son de los que acaban en el Infierno; los guerreros, de los que concluyen apaleados, como el generoso Don Quijote... Eso es hoy el agricultor castellano: santo condenado y guerrero sin gloria.

DOÑA JUANA

Si poseyeras todo el dinero del mundo y lo emplearas en mejorar la labor de Castilla, llenarías de oro los surcos y recogerías ochavos en tus eras. No te canses; no porfíes con la Naturaleza, con Dios, que creó los países pobres para fundar en ellos las escuelas de la humildad y la paciencia. (Alfonso y Clementina se miran de soslayo, refrenando su enojo.)

ALFONSO

No niego que soy impaciente y ambicioso. Creo que Dios nos ha dado los países yermos y huraños para que los hagamos hospitalarios, risueños. Se educan las tierras como las personas, y se doman los campos como las fieras.

DOÑA JUANA, con frase cortante y seca.

Eso será muy bonito; pero es un disparate.

CLEMENTINA, acudiendo en apoyo de Alfonso.

Sus empresas, tía, no le parecerían á usted desatinadas si las conociera bien. Trabaja con fe y ahinco, y usted debe ayudarle para que veamos el fruto de tantos afanes.

DOÑA JUANA

Yo le ayudo... como puedo. Y no voy más allá, porque los tiempos están malos. ¿Me negarás que están malos los tiempos?

ALFONSO, desabrido, irónico.

Malos, sí; malos están siempre... "¡Qué malo está todo!...„ Es el eterno lamentar de los que viven en esta jaula de locos. Esa ruindad de los tiempos no acabará mientras los españoles no aprendamos á prestarnos auxilio unos á otros; mientras los que poseen con exceso no alarguen su mano á los que sufren escasez, á los que, cargados de hijos y de obligaciones duras, no pueden vivir ni respirar... Malo está y estará todo mientras el egoísmo sea ley de las almas.

DOÑA JUANA, con afectado celo y tonillo eclesiástico.

¡El egoísmo! Cierto que es la primera de las plagas humanas. Para combatirlo, cultivemos con preferencia los campos del espíritu. No te obstines, Alfonso, en sacar de la tierra un jugo que ella no quiere dar, y busca el fruto de las virtudes, de la abnegación, de la gracia y de a simplicidad, cosecha preciosa de que debemos proveernos y alimentarnos para llegar sanos á mejor vida.

ALFONSO

Tengo hijos que mantener y obligaciones que cumplir. Sin dejar de dar al Cielo lo que es del Cielo, doy á la Tierra lo suyo.

DOÑA JUANA, vivamente.

Sí; pero no te conformas con la voluntad de Dios.

ALFONSO, con igual viveza.

Sí me conformo... Nos conformamos demasiado.

DOÑA JUANA

Y contra la voluntad de Dios, las humanas voluntades son polvo, humo, nada. (Clementina hace señas á su marido para que calle.)

ALFONSO

Mi voluntad es reflejo de la de Dios, y Dios me manda que... (Beatriz, próxima á su padre, le tira de la levita.)

DOÑA JUANA

Pero no te incomodes, hijo.

CLEMENTINA

¡Alfonso, por Dios!... (Á doña Juana.) No le haga usted caso... Es un disputador incorregible.

DOÑA JUANA, con forzada jovialidad, que torpemente oculta su orgullo.

Nada... siempre que nos vemos Alfonso y yo, nos peleamos. Él es terco, yo más. Cada

cual suelta sus terquedades, y luego... tan amigos.

CLEMENTINA, bruscamente, queriendo variar de tema.

Hablemos de otra cosa. Ya sé, tía, que esta tarde tiene usted gran fiesta en su capilla.

DOÑA JUANA, gozosa.

Sí... Ya iba á deciros que os deis por invitadas. Tengo Manifiesto, Plática... Cantarán las niñas de San Hilario.

MARIA JUANA

¡Ay, qué gusto!... Y poco que me gusta á mí la plática.

BEATRIZ

Y á mí el coro de niñas... Cantaremos con ellas.

DOÑA JUANA, las besa.

Niñas del alma, mucho me agrada que prefiráis este recreo del espíritu á los paseos vanos, y á la cháchara frívola con amiguitas sin seso. (Entra Martina y anuncia en voz baja á la señora que han llegado los reverendos sacerdotes.) Ya es la hora. (Se levanta impaciente y con dificultad, ayudada por Clementina.) Vamos... (Coge su bastón.) Acompañadme á mi catedral casera. Veréis qué bonita está... (A Alfonso.) A tí no te digo que vengas... Temo que te fastidies.

ALFONSO

Sí, señora: me aburro. (Corrigiéndose con presteza.) No, no: he querido decir que... (Entra Ismael presuroso por el fondo; saluda á doña Juana.—Es

hombre de treinta y seis años, regular figura, por demás inquieto y nervioso, el genio pronto, el pensamiento rápido, la voz y el mirar siempre delante del pensamiento. Su morena tez olivosa armoniza con el cabello negro, trasquilado al rape; la barba es fuerte, cortada.)

ESCENA V

LOS MISMOS.—ISMAEL

ISMAEL

Perdóneme, querida tía, si rompo la consigna. Tan impaciente estaba por felicitar á usted... que no he podido contenerme. (Le besa la mano.)

DOÑA JUANA

Tonto, ¿por qué no has entrado antes? ¿Y tu mujer?

ISMAEL

Pronto vendrá. Quedó arreglando la chusma infantil para mandarla de paseo.

DOÑA JUANA

Tampoco á tí te instaré para que vengas á mi capilla. Quédate con Alfonso, que, como tú, no gusta de fiestas religiosas, aunque por agradarme haya dicho lo contrario...

ALFONSO, confuso.

He dicho sinceramente que...

DOÑA JUANA

Quedaos, digo. Aquí os divertiréis más parloteando de vuestros negocios... que Dios prospere, aumente y bendiga. (Dice esto con marcada unción. Vase por la derecha apoyada en Clementina y seguida de las niñas.)

ESCENA VI

DON ALFONSO, ISMAEL

ISMAEL, como azogado, paseándose de largo á largo.

Lléveme el Diablo si no está enteramente loca.

ALFONSO, sereno y burlón.

Y un loco hace ciento, querido Ismael, porque tú lo estás de remate.

ISMAEL

No es locura, es rabia. Figúrate que acabo de ver al reverendo fonógrafo don Damián Insúa...

ALFONSO

Ya entiendo. La entrega de los cinco mil duros se aplaza... ¿por cuántos días?

ISMAEL

Las promesas de esta buena señora nos traen la alegría del mañana... Luego se van, se van... (Párase un momento.)

ALFONSO

¿A dónde?

ISMAEL

A la consumación de los siglos. (Sigue su paseo vertiginoso.)

ALFONSO, riendo.

Piensa doña Juana que eres eterno, como ella.

ISMAEL, parándose ante Alfonso y cogiéndole de las solapas.

Dime, Alfonso... pero con sinceridad, ¿crees tú que mi tía es santa, como dice la gente?

ALFONSO

No sé qué responderte. No entiendo yo bien las psicologías de la santidad. Juzgando á doña Juana por los efectos de su carácter sobre mi familia y sobre mí, no vacilo en asegurar que es la mujer más mala que Dios ha echado al mundo.

ISMAEL, caviloso.

No tanto... no. ¡Caracoles!

ALFONSO

Es un sér dañino que ha de causar grande estrago en todas las personas de su familia. Su paso por el mundo traerá una catástrofe. (Estupor de Ismael.) Eso pienso... Pero me guardaré muy bien de decírselo á Clementina, que no pierde la fe en doña Juana; fe y devoción alimentadas por el parentesco y por los ejemplos de la santurronería...

ISMAEL, volviendo á su inquietud febril.

A Clementina y á mí, sus sobrinos carnales, nos ha trastornado con las esperanzas que nos arroja al rostro, como polvillo de oro que nos deslumbra, nos ahoga... y nos ciega.

ALFONSO

A mí no, á mí no.

ISMAEL

La verdad, Alfonso: yo no creo que mi tía sea mujer aviesa y de malas intenciones. Es que en los ocios de su santidad juega con nosotros al quita y pon de ilusiones... Entiendo yo que todos los santos son así. Hacen rabiar á sus devotos antes de acceder á lo que se les pide. Doña Juana se propone educarnos en la paciencia. ¿Verdad que estamos ya educados, que somos profesores y consumados maestros?

ALFONSO, que á su vez se pasea mientras Ismael permanece quieto.

Yo no... Ni quiero educación de esclavos. Doña Juana no juega; lo que hace es burlarse de nosotros. Nos tiene por imbéciles, codiciosos de su dinero, por miserables egoístas que desean su muerte.

ISMAEL

Rosaura y yo no deseamos su muerte; pero esperamos, y esperamos, y es ella, mi tía, quien nos ha lanzado á este mar sin orillas de la esperanza... Olas van, olas vienen: vemos el cielo; tierra nunca vemos. Mi querido Alfonso: por ella misma y por Insúa sabemos que en el

testamento que otorgó la santa en 1901, me lega nueve de las catorce casas que posee en Madrid, amén de una gruesa cantidad en valores mobiliarios.

ALFONSO

Y doña Juana, no una, sino veinte veces, ha dicho á mi mujer que para ella será el llamado *latifundio*, las veinte mil hectáreas, amén de otros amenes... Aferrada á esta esperanza, vive Clementina... y yo... (Corrigiéndose.) No es delicado hablar de estas cosas. (Aparte, colérico contra sí mismo.) Es que no puedo... no puedo sustraerme á la fascinación de Clementina.

ISMAEL

En esas disposiciones, doña Juana no hace más que cumplir la voluntad de su marido, el cual la nombró heredera universal, recomendándole que repartiese su colosal fortuna entre los parientes más queridos de él y de ella...

ALFONSO, con repugnancia del asunto.

Así es. ¿Pero á qué hablar de eso?

ISMAEL

Yo no sé hablar de otra cosa. Parece natural que á mí, su sobrino carnal, pobre, creador de familia, trabajador en varias industrias, me auxilie con algún capital... Con que me diera los intereses del lote que me tiene destinado en su testamento, me haría feliz. No quería yo más para vivir en mis glorias, labrando nueva riqueza, multiplicando familia y productos industriales... Y en el propio caso estás tú... Que

te dé las rentas del *latifundio*, y transformarás tus campos míseros...

ALFONSO, amargado, le interrumpe.

Cállate... No me trastornes... Resuelto estoy á desentenderme de las vanas esperanzas de mi esposa... Sustituyo la paciencia con la confianza en mí mismo... Trabajaré como un pobre hidalgo de secano... No valgo yo para sobrino pordiosero; no soy tan flaco de moral que subordine mis cálculos á la muerte de una persona, y descuente las ventajas de una herencia... que podrá ser... podrá no ser...

ISMAEL

Ha de ser, Alfonso... Cree como yo, y espera...

ALFONSO, viendo entrar á Rosaura.

Cuéntale todo eso á tu cara mitad...

ESCENA VII

DON ALFONSO, ISMAEL.—ROSAURA. La digna esposa del sobrino de doña Juana cautiva por su sencillez, por su dulzura y clara inteligencia. Los estragos de diez alumbramientos y de la crianza de ocho hijos, son más visibles en su cuerpo, ya deformadito, que en su rostro lindo y aniñado, de esos rostros que quieren envejecer y no pueden. Su modestia no da publicidad á sus virtudes, más excelsas por ser inconscientes, luminosas tan sólo en la obscuridad. La voz *ángel* que tontamente aplicamos á unos seres alados que no hemos visto nunca, á Rosaura debe aplicarse. Su naturaleza seráfica es el amor á los suyos; sus alas son la inflexible voluntad en cumplir sus

deberes. Jovencita, estuvo á dos dedos de ser monja; luego, el Destino la metió en el moujío del matrimonio. Su hábito es cualquier traje de sus humildes roperos; su Orden la de traer remesas de criaturas al mundo; su regla el deber para con los suyos y para con todo prójimo que al encuentro le salga. Vence su espíritu animoso la flaqueza de su cuerpo, por donde su actividad no sabe poner tregua en el servicio de su hogar ni en el culto de la religión materna.

ROSAURA, risueña.

Alfonso, Dios le guarde. No creí yo encontrarle en el besamanos.

ALFONSO, irónico.

¡Cómo había de faltar yo á esta solemnidad!

ISMAEL

¿Has visto á Insúa?

ROSAURA

Sí... (Con tristeza.) Ya me ha dicho...

ISMAEL

Un desengaño más, Rosaura. Mañana mismo cierro el taller y despido á mis operarios.

ALFONSO

¿Y ustedes, en ese subir fatigoso por la cuesta de las promesas, aún esperan...?

ISMAEL

Con media lengua fuera esperamos... Nuestro sino es creer que tarde ó temprano mi tía nos sacará de penas.

ROSAURA, suspirando, se sienta.

Pues que sea pronto, hijo, porque yo estoy cansadísima.

ALFONSO, con galante admiración.

Nadie como usted, amiga mía, tiene derecho al descanso. Pero no lo tendrá. La Humanidad rara vez sabe premiar á sus grandes heroínas. La corona de descanso y paz que usted merece, Rosaura, no se la pida á la gazmoñería.

ROSAURA

Ni merezco coronas, ni espero tener descanso hasta que me muera.

ISMAEL

Nada de morirnos, ¡cuidado! Otros deben morirse antes.

ALFONSO

A éste no hay quien le apee de su tema... que doña Juana debe obsequiarnos con una defunción oportuna.

ROSAURA, protestando.

¡Oh, no! Alfonso, no... ¿Y tú, Ismael, eres capaz de pensar...?

ISMAEL

No, hija: es que... Vienen los pensamientos sin que uno los llame. No se puede prohibir á los desgraciados que se consuelen con una visión risueña del porvenir.

ROSAURA

Pase como humorismo, como cháchara sin malicia para matar el tiempo... Lo razonable y lo cristiano es creer que Dios mirará por nosotros y nos dará mejores días. Amemos en tanto á nuestra bienhechora, y deseémosle vida larga... para dicha de todos.

ALFONSO

Aprende, Ismael.

PEPA, entra con una copa de vino blanco y bizcochos.

He tardado un poco, señora.

ROSAURA

No, mujer. Ya te dije que cuando pudieras... (Tomando el vino y bizcochos.) He venido desfallecida... cayéndome por la calle.

ALFONSO

Extraordinaria mujer tienes, Ismael. Desamparados de doña Juana, trabajo les mando para navegar con tanta familia, en una cáscara de nuez... por mares revueltos...

ROSAURA

Navegamos... porque sabemos guardar el equilibrio en medio de tantos tumbos... Yo trabajo como una esclava... Por virtud de nuestra economía, y de algún milagro de Dios, ello es que mis ocho hijos comen lo necesario y van vestiditos con decencia.

ALFONSO

Milagro es de la Naturaleza, que al lado de la fecundidad pone siempre la inspiración, el genio económico.

ROSAURA, á Pepa.

¿Quién ha quedado en el salón?

PEPA

No he visto más que al señor don Ventura Nebrija, con sus hijas.

ISMAEL

Es el pariente más lejano de doña Juana, y el más afortunado, según dicen, por haber dedicado á sus hijas á la sastrería santurrona. Hacen trajes para el Niño Jesús.

ROSAURA

No murmures, marido mío. (A Pepa.) ¿Y Rogelio no está?

ISMAEL

Rogelio entró conmigo. En mitad del jardín le perdí de vista.

PEPA

El que está en el jardín, paseándose á la sombra y hablando con los árboles, es el señorito don Zenón.

ROSAURA

Dile que estamos aquí.

ISMAEL

Que suba. Lo que dice á los árboles que nos lo diga á nosotros, y nos divertiremos con su filosofía desesperada. (Pepa recoge el servicio y se va.)

ALFONSO

Creí que el primer concurrente al besamanos sería Rogelio, el pariente más favorecido de doña Juana.

ISMAEL

No es hasta hoy el más favorecido. Ignoro si lo será mañana. La ley de los afectos humanos tiene horribles contrasentidos.

ROSAURA

A nosotros nos quiere doña Juana; á Rogelio le detesta, como fruto que es de los amores ilícitos de don Hilario.

ALFONSO

¡Ah! Pues tengan por cierto que suyo será el favor que á ustedes niega la santa millonaria. No busquen lógica en esos seres entregados á la mística moderna. La razón de los ángeles es muy extraña razón.

ROSAURA

No es más clara la de los hombres.

ISMAEL, sintiendo pasos.

Paréceme que es Rogelio. (Mira por el fondo.) No: es el gran filósofo cínico y sonámbulo, Zenón de Guillarte.

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—ZENÓN DE GUILLARTE. La figura del original cínico se describe así: edad más que madura, rebajada por el cuidado de la persona y la buena vida; formas y vestimenta de intachable elegancia; rostro socrático; mirada serena y profunda con profético resplandor en muchas ocasiones, y en otras chisporroteo de malicias. Habla siempre con seriedad, y es en él costumbre, inaudita rareza ó guilladura, hablar solo en alta voz, con el aire y estilo de los actores que declaman entonados monólogos. En días de gran perplejidad ó de atascos pecuniarios, el filósofo rompe en soliloquios donde quiera que se halle, contiende con interlocutores invisibles, interroga, persuade, apostrofa, conmina, con todo el énfasis oratorio de un Demóstenes redivivo.

Entra en escena por el fondo, hablando á los aires, y ayudando su monólogo con discreta acción de la mano derecha. Esconde la izquierda en la solapa. No repara en sus amigos, que le miran sin asombro y le oyen risueños.

ZENÓN

Y si es ley inconcusa que la Naturaleza tiene horror al vacío, no lo es menos que esa misma Naturaleza se apresura á llenarlo, así en las magnitudes del Universo como en las pequeñeces de la existencia individual... ¿Quién duda, pues, señores, que el vacío llamado pobreza, horror de los horrores, ha de ser llenado por la Sociedad, acudiendo á restablecer el equilibrio de los medios de subsistencia?... Yo sostengo, y lo probaré cuando se quiera, para que los más incrédulos se penetren de estas verdades, yo afirmo y demuestro que el dere-

cho á la vida será una vana fórmula, si no lo consagráis con la equitativa distribución del riego monetario...

ROSAURA

¡Eh, sonámbulo... que estamos aquí!

ISMAEL

Zenón de Guillarte, ¿no ves á tus amigos?

ZENON, como quien ve y no ve.

Ya os he visto.

ALFONSO

Del riego monetario tratábamos aquí.

ZENON, fijándose vagamente en ellos.

Alfonso, Rosaura, Ismael, borregos del rebaño de la paciencia, tengo el honor de saludaros...

ISMAEL

Te escuchamos como á la propia Sabiduría.

ZENON

Digo que si mi tío, hermano de mi buena madre (Señala al retrato)... vedle allí... si mi tío ilustre, don Hilario de Berzosa, primer Marqués de Tobalina, designó por heredera de sus cuantiosos bienes á su dignísima esposa (Señala el retrato)... vedla qué guapetona y elegante... encargándole que mirase por todos los parientes de él y de ella; si la antedicha señora... contemplad la serenidad de su rostro... no se muere sin distribuir entre los afines su colosal riqueza, tocándome á mí un puñado de

valores mobiliarios que suben á sesenta mil duros, yo debo estar muy agradecido á mi señora doña Juana y á mi señor tío don Hilario.

ALFONSO

Pero dí, Zenón, ¿agradeces dormido ó despierto?

ISMAEL

Éste ve en sueños mundos rosados.

ROSAURA

Déjale que siga.

ZENON

Yo veo en la santa señora una Providencia entre nubes: yo la venero, la bendigo; pero como ha querido encerrarme en la estrechez de una pensión mísera, insuficiente para un hidalgo bien nacido, de hábitos mundanos tan esenciales en la vida como la vida misma, humildemente le pido que recuerde el grande amor que me tuvo su esposo don Hilario. (Dirígese al retrato.) ¿Verdad, señor, que me amaste, y que en tu pensamiento estuvo siempre que el pobre Zenón no padeciera penuria bochornosa? (Sigue hablando solo por el fondo de la estancia, y da la vuelta hasta que aparece por la izquierda de sus amigos. No se entera de lo que le dicen.)

ROSAURA

Nosotros tenemos paciencia; él, no.

ISMAEL

Nosotros trabajamos; tú haces vida de club.

ALFONSO

Abandona su voluntad á la charla ociosa, ó á la embriaguez vesánica en la sala del crimen.

ROSAURA

Se da vida de príncipe: viste con lujo, come á lo grande.

ALFONSO

Y en su incorregible manía de grandezas, alterna con duques y millonarios...

ISMAEL

Y se anega en deudas horrorosas, queriendo sostener una posición imposible.

ZENON, que ha oído las últimas frases.

Alterno con mis amigos de toda la vida. ¿Qué culpa tengo de haber nacido en cuna de plata sobredorada, por no decir de oro?

ROSAURA

Es latón que se empeña en parecer plata.

ZENON

¿Queréis que me dedique á fabricar cestas ó escobas, á pegar carteles ó á vender cerillas? No he nacido para menesteres bajos. Trabajaría en la banca si me proporcionárais la herramienta indispensable, llamada capital. Dadme dinero, y yo lo multiplicaré sin abandonar mis hábitos de gran señor... Ya tengo bien calculado y maduro mi plan de trabajo, el cual no es de faenas mecánicas ni mercantiles, sino

labor práctica, fácil y cómoda. Que me anticipe doña Juana el capitalito asignado en su testamento, y yo haré maravillas... me dedicaré á la granjería que estimo más provechosa, y si me apuran, más apropiada á la moral incierta de estos tiempos turbados; cultivaré la honrada, la santa usura, contra la cual hemos dicho mil denuestos los que fuimos sus víctimas.

ISMAEL

No va descaminado. Hay que romper la tradición sentimental.

ALFONSO

Su paradoja es humorística, y encierra un fondo de lógica venganza.

ZENON

Devorado por la terrible usura, me vuelvo á ella y le digo: "Yo, tu víctima, seré ahora tu amigo. Lo que me quitaste has de dármelo con creces. Monstruo, ante tus altares me inclino, y de tu Corte quiero ser cortesano. Devuélveme, ¡oh vampiro mío! la sangre que me chupáste."

ROSAURA

¡Qué atrocidad! ¿Pero tomáis en serio estas aberraciones?

ZENON

Seriamente hablo, ángel doméstico. (Vuélvese hacia el retrato de don Hilario, y habla con él como con una persona viva.) Desde la mansión de los justos, donde mora, mi noble tío me sonríe, me arroja su felicitación por los sesudos conceptos

que habéis oído... ¿Verdad, amado señor, que gozarás viéndome seguir tu huella gloriosa? ¿Qué hiciste tú en tu fecunda vida más que practicar la dulce usura? ¡Oh, buen Hilario! Penosa, fortificante fué tu adolescencia: barrer el almacén, cargar pesos enormes... Comida: cocido flaco, y los días gordos, bacalao con patatas. Lùego, ya mozo, emprendiste el comercio de granos... A los seis años de fatigas, ya eras acaparador. Medrabas rápidamente entre dos hambres: la del cosechero, y la de los que comen pan... Amasaste un capitalito: colocándolo en hipotecas, lo multiplicaste en poco tiempo. Adquiriste fincas hermosísimas á precio vil; compraste bienes nacionales por el vigésimo de lo que valían... Pusiste el cimiento de ese trono de tu grandeza que llamamos *el latifundio*... Te lanzaste luego á los grandes negocios de contratas con el Gobierno. Los fumadores maldecían las hojas de berzas que les dabas por tabaco. Y en la guerra civil, ¿qué no ganaste con el suministro de arroz, alubias, paja y alpargatas?... En los aciagos años del 73 al 76, cuando vino el desastre de la Hacienda, cuando el Consolidado se plantó en 17, y de allí no subía ni á tiros; cuando la Nación no tenía con qué pagar los cañones de Krupp, ni con qué dar un rancho al Ejército, ¿no es verdad, ángel de amor, que practicaste la usura grande y épica, que por arte sutil convertía tus miles en millones?

ISMAEL

Y todo eso sin quebraderos de cabeza.

ALFONSO

Milagros del capital.

ZENON, encarándose con el retrato de doña Juana.

Y vos, señora dulcísima, ¿me negaréis que sois la mayor y más sublime usurera?

ROSAURA

¡Eh, Zenón, hasta ahí podían llegar las bromas!

ZENON

Miradla. Me sonríe cariñosa. Afirma con la cabeza.

ROSAURA

No sonríe, no dice sino que es usted un farsante.

ZENON

Ha dicho que sí con la cabeza. Sed testigos, Ismael y Alfonso. (Estos ríen.) Y se ha reído al dar la cabezada. (Habla con el retrato.) Vos, noble dama, tenéis una bendita hucha que llamáis caridad, beneficencia, donativos de piedad y devoción, amparo á los parientes menesterosos. En esta hucha soberana vais poniendo cada día partículas de vuestras copiosas rentas... queréis juntar así un inmenso capital de gloria. ¡Ah, qué inefable momento aquél en que los ángeles rompan vuestra hucha en presencia del Altísimo! Aclamada por los coros celestiales, entrará vuestra alma en posesión de los goces infinitos. ¿No es esto una imposición de fondos á interés compuesto, un Montepío de la Bienaventuranza Eterna?

ISMAEL

Confiesa, Zenón, que eres sacrílego.

ROSAURA

¡Tonto! Maldita gracia me hacen á mí esos desatinos.

ZENON

La misma gracia me hace á mí ser pobre... La gracia mía más chistosa será cuando pueda anunciar que doy dinero al cuarenta y ocho por ciento. Rugirán de ira los necesitados, y soltará la risa el Infierno.

ALFONSO

¡El cuarenta y ocho! Ya serás menos tirano con los amigos.

ZENON

No hay amigos que valgan. ¿Pero dudas que seré usurero? Dadme capital, un pequeño capital...

ISMAEL, cogiéndole del brazo, se le lleva por la izquierda.

Sí: eso es lo que buscamos, lo que pedimos todos: capital. No precisamente para la usura, pues por medios más honestos se puede... (Hablando, unidos del brazo, pasan á la habitación del fondo: se les ve un rato, dando vueltas en ella. Oyense por la izquierda acordes lejanos de órgano.)

ROSAURA

Avanzada está la función en la capilla. Pero aún falta mucho para que concluya.

ALFONSO

Toda festividad religiosa se alarga más de lo que uno desea.

ROSAURA

Sobre todo, cuando hay obligaciones... Aquí me tiene usted, ardiendo en deseos de irme á mi casa.

ALFONSO

A doña Juana le sabrá mal que esté usted aquí y no pase á su capilla.

ROSAURA

¿Y usted, por qué no va?

ALFONSO

Porque en ese acto piadoso estoy representado por mi mujer y mis hijas.

ROSAURA

¿Está ahí Clementina?

ALFONSO

Debía usted suponerlo. Para muchas cosas se casa un hombre. Primeras razones del matrimonio son el amor, la familia... Se casa uno con esos fines... y con otros.

ROSAURA

¿Cuáles son?

ALFONSO

Por ejemplo... que la familia entre á rezar, quedándose uno en el pórtico.

ROSAURA

Valiente incrédulo... ¡Qué bonito!... (Levantándose.) Pues yo no me voy sin ver á Clementina y á las niñas... Venga usted conmigo, Alfonso... Nada pierde usted con que doña Juana le vea en su catedral casera, como ella dice. (Alfonso accede; le ofrece el brazo.) Y me llevo también á Ismael. (Llamando.) ¡Ismael!

ISMAEL, desde la habitación interior.

Voy.

ALFONSO

Déjele usted. Más distraído está con el filósofo usurero. ¿Le parece á usted que la negativa de los cinco mil duros es para edificar á un hombre?

ROSAURA

Tiene usted razón. Vamos. (Dirígense á la puerta de la derecha, á punto que aparece por ella Rogelio.)

ESCENA IX

LOS MISMOS.—ROGELIO. Veintiocho años, figura esbelta: bigote castaño de empinadas guías, á estilo del *Kaiser;* ojos verdosos, grandes, soñadores. Viene con todo su sér cuajado en una melancolía intensa; el ceño fruncido, el mirar bajo, el andar perezoso. Su melancolía emboza pensamientos vagos, que aún están en gestación laboriosa.

ROSAURA

Rogelio... ¡qué aparición! ¿Vienes de la capilla?

ROGELIO

De allí vengo. Me he cansado de la ociosidad religiosa, de la placidez mística, que nos arrulla y nos adormece. He salido al notar síntomas graves de catalepsia... no sé qué vibración de las cosas, que anunciaba sermón.

ROSAURA

Alfonso y yo lo oiremos. Ahí tienes al estrafalario de Zenón y á mi pobrecito Ismael... con la murria de un desengaño.

ROGELIO

Es la epidemia reinante.

ALFONSO

Y no hay más que un paliativo: el buen humor.

ROGELIO

La risa de las cosas cuando las personas rabian. (Vanse Rosaura y Alfonso.)

ESCENA X

ROGELIO, ISMAEL, ZENON

ROGELIO, imaginando.

Formaban las luces del altar una constelación ó varias constelaciones muy chuscas: la Osa en brazos de Perseo, y Casiopea bailando con Aldeberán... Sobre doña Juana, inmóvil en su sillón, caía un viso verde de la vidriera próxima... La vi como la bárbara diosa Jagre-

nat, toda cubierta de esmeraldas. Su hocico repugnante de caimán dormido, pintado del verdín de las aguas, parece estar en el éxtasis digestivo... después de comerse ración cumplida de cadáveres de náufragos... ¡Horrible, horrible! (Vuelven Ismael y Zenón de la otra sala.)

ZENON

A tiempo llegas, Rogelio de todos los demonios.

ISMAEL

Aquí nos tienes, discurriendo el modo de hacernos usureros.

ZENON

Y sobre el caso he pedido consejo á tu augusto padre, á quien tienes colgado de esa pared, imponente y grandioso con su banda de Carlos III. El buen señor me ha dicho que con los particulares no pasaba del cincuenta por ciento; pero que con el Estado se corría hasta el doscientos.

ROGELIO, indolente, se sienta.

Dejad en paz á mi padre. Yo le respeto, aunque en rigor no le debo más que la vida, donativo poco estimable cuando es vida desnuda de recursos.

ISMAEL

Mala partida te jugó tu don Hilario engendrándote para vida pobre.

ZENON

Mejor habría sido para tí que te dejara nadando en la nada de la mente divina.

ROGELIO

He tenido la mala sombra de salir al mundo en la peor casilla social, donde patalean los hijos ilegales de padre casado y rico, y de madre soltera y pobre. Infusorio soy, que bebo y vomito sin cesar el agua de la gota en que me ha tocado vivir. Dependo del arbitrio de doña Juana, que viene á ser mi madrastra póstuma. Quiere vestirse ante mí de madre verdadera; pero no sabe desnudarse del aborrecimiento que tuvo á la mía. Su mano helada me lastima cuando me acaricia lo mismo que cuando me azota.

ISMAEL

¿Y cómo no viniste á preguntar por ella cuando estuvo tan malita?

ROGELIO

No lo supe. Ignorándolo, me libré del oprobio de alegrarme de su enfermedad.

ZENON

Yo sí lo supe, y unas seis veces al día me informaba de su estado, poniendo al entrar aquí una cara muy triste. (Hablando con el retrato.) Noble y santa señora, condenados estamos á llevaros en andas por el camino de la vida en procesión de fingidos cariños, y deseando tiraros en medio del arroyo. Y yo me permito preguntaros, dama ilustre: ¿por qué no procedéis con estos tristes parientes en forma tal que nos inspiréis amor? Unos os llevarían sobre sus hombros cantando loores, y otros

bailarían delante de vos, como David delante del arca. (Sigue hablando solo por el fondo de la habitación.)

ISMAEL, á Rogelio.

Ya te habrá dicho Insúa que doña Juana quiere que le traigas á Casandra hoy mismo.

ROGELIO

Sí, y esto me llena de confusión... ¿Qué querrá hacer con nosotros esa mujer?... Tú has dicho que el carácter y la conciencia de tu tía son un misterio impenetrable. Yo creo conocer ese carácter, Ismael. Soy demoniógrafo: estudio las diferentes especies de diablos que se alojan en las personas dañinas, y aun en aquéllas que no hacen mal á nadie... (Ismael suelta la risa.) Ríete cuanto quieras. Yo te aseguro que doña Juana lleva consigo á *Decaberia*, el diablo de los celos y de los rencores de mujer contra mujer. ¿No lo entiendes? Doña Juana aborreció á mi pobre madre; me aborrece á mí, nacido de la infidelidad conyugal... Soy el espúreo, el maldito...

ISMAEL

Según ella naciste malo, y la falta de educación te hizo peor.

ROGELIO

Claro: mi madre era muy buena, pero educar no sabía. Murió antes de ser vieja, y antes de que el ramillete de su hermosura se ajara... Quedé solo. Doña Juana siguió aborreciendo á mi madre después de muerta: la odiaba en mi persona. A ella muerta y á mí vivo nos juntaba en un sentimiento de repugnancia,

inspirado por su demonio, el perverso *Decaberia*, maestro y capataz de la envidia... Porque doña Juana fué siempre estéril, y con *Decaberia* llevaba dentro de su cuerpo á *Vorac*, el diablo niño, que habita en las entrañas femeninas y no nace nunca.

ISMAEL

No me hagas reir.

ROGELIO, con locuacidad febril.

Doña Juana estéril me detesta, porque soy el hijo que don Hilario quiso tener fuera y lejos de ella.

ISMAEL

Basta.

ROGELIO

No he concluído. Abandonado de mi padre, mirado de través como una vergüenza, crecí en libertad, dejé correr la imaginación, me embriagué en las cosas fáciles, amé la Naturaleza y en ella puse el nido de mis creencias. Era como el salvaje que funda su vida en los elementos primarios: el miedo, el valor, el placer, el misterio... Me sentía en un medio mitológico, y miraba la sociedad como un mundo extranjero, al cual no había de pertenecer nunca... En esta vida libre y desmandada conocí á Casandra. Enamorados yo de ella y ella de mí, apenas cambiamos las primeras expresiones de amor la hice mía. La robé en un campo de amapolas, como Plutón á Proserpina.

ISMAEL

Y al Infierno con ella.

ROGELIO

Me la llevé á mi vida suelta y tormentosa. Eramos felices en nuestro desorden, y entregados al azar y al tiempo, sin conocer de éste más que el día presente, gozábamos la tranquilidad de los pájaros errantes en país donde no existen cazadores.

ISMAEL

No: que al fin os cazó doña Juana... á tí por lo menos.

ROGELIO

Me cogió en las redes de una pensioncita para vivir medianamente.

ISMAEL

Y traído á la vida regular, te has reformado...

REGELIO

Mi reformadora es Casandra, en quien veo una gran maestra, educadora de pueblos, pues me ha educado á mí, que soy todo un pueblo por la complejidad de mis rebeldías... Mas no por vernos adaptados al medio social, deja de odiarnos con toda su alma el monstruo que nos favorece.

ISMAEL

Hombre, no tanto. Cuando te llama, cuando llama también á tu mujer libre, deseosa de conocerla, será que quiere aumentar sus favores... Pretenderá casaros... (Rogelio expresa disgusto) hacer de los amantes marido y mujer.

ROGELIO

¡Valiente favor!... ¡lo más contrario á mi convicción anti-sacerdotal, á mi repugnancia de toda etiqueta religiosa! Mi mujer y yo estamos casados en el altar del amor, por ministerio santo de nuestra voluntad. ¿Cuatro frases de liturgia significan algo para tí? Para mí, nada.

ISMAEL

¡Ay, que no te oiga mi mujer! Buena se pondría... Todo su afán es casaros por la Iglesia.

ROGELIO

Nunca. ¡Iglesitas á mí...!

ISMAEL

Y la misma Casandra, que ve claro y lejos en los horizontes de la vida, no desea otra cosa... Con tus intransigencias no se puede vivir en sociedad, Rogelio. ¿Qué te importa una ceremonia más ó menos, un trámite, unos pases y espaldarazos de liturgia? Con ello entrarías en vida más regular, y obtendrías de doña Juana favores más positivos.

ROGELIO

Yo no quiero de tu tía más que lo que me pertenece por disposición de su esposo. El oro que mi padre amasó, no le sirva á mi madrastra para forjar una cadena con que amarrarme al armadijo de ficciones en que vosotros vivís.

ISMAEL

Tonto, déjate querer... Y en fin, ¿viene Casandra á la cita?

ROGELIO

Vendrá: no puedo impedirlo... Insúa, en quien veo el diablo *Moloch*, conocedor y guardián de los tesoros ocultos, ha pedido la entrevista, no en forma de ruego cortés, sino como una orden despótica. Temo que si no accediéramos se nos retiraría la pensión, dejándonos en la miseria salvaje.

ISMAEL

No seas caviloso.... no seas imaginativo en grado de locura. Sé menos poeta y más hombre, Rogelio.

ROGELIO

Soy lo que soy, y no puedo ser de otra manera. Mis amores son Casandra, mis hijos, el sol, mi libertad, sol y cielo de mi espíritu. Todo esto lo poseo; me falta un bien que anhelo y no quiere ser mío: el oro.

ISMAEL, alegre, risueño.

El sol, reducido á cosa manejable, que se da ó se toma, y se mete en el bolsillo.

ROGELIO

Sé que mi padre, apiadado de mí en sus últimos años, dispuso que una parte de sus riquezas pasara á mis manos. Si esto no supiera, no las ambicionaría. Ese montecito de oro

me pertenece, es mío; lo necesito para completar mi existencia, y doña Juana tiene la obligación de dármelo, aunque otra cosa le diga *Decaberia*, su diablo familiar. La Naturaleza por mi parte, las leyes por parte de ella, ordenan que se cumpla en favor mío la voluntad de mi padre. ¿Qué dices, Ismael? ¿Es esto una locura imaginativa?

ISMAEL

No... pero... Tus apreciaciones absolutas, que se dan de cachetes con la ortodoxia, han de irritar á doña Juana... Conviértete, amigo mío, á la religión de la flexibilidad, y haz una discreta, una sutil abjuración de tus rebeldías.

ROGELIO

No, no. (Oyese el órgano lejano, tocando una fuga de Bach.) ¡Oh, qué deliciosa música! (Escucha embelesado.)

ZENON, acercándose.

¿Oyes, Rogelio?

ROGELIO

Es Bach, el auténtico Bach, con su ciencia profunda y su metafísica sublime, algo voluptuosa.

ISMAEL

Es la dialéctica, la pura lógica en sonidos.

ZENON, decidido.

Propongo... que nos vayamos los tres á la capilla.

ROGELIO

Yo no. (Ismael vacila.)

ZENON

¡Tontos!... Os hacéis los espíritus fuertes sin considerar que los tres no perdemos nada con que doña Juana nos vea muy recogidos ante su santa imagen.

ISMAEL

Tiene razón éste; no perdemos nada...

ROGELIO

Id vosotros.

ZENON

Os garantizo que ya pasó el sermón... Luego vendrá el cantorrio de las niñas...

ROGELIO

Lo oiremos desde aquí.

ISMAEL

Pues yo, aunque estoy apenadísimo, furioso... voy.

ZENON

Y en rigor, no vamos á prosternarnos ante doña Juana, sino ante...

ROGELIO

¿Ante quién?

ISMAEL

Ante el gran principio... vamos, ante lo incognoscible...

ZENON, cogiendo del brazo á Rogelio.

Vienes, aunque no quieras.

ROGELIO, cediendo á disgusto.

Por no quedarme solo... voy. Temo la soledad. (Vanse los tres hacia la capilla.)

ESCENA XI

Sala que comunica por el fondo con la sacristía de la capilla, y directamente con ésta por la derecha.

CLEMENTINA, DOÑA JUANA, ROSAURA; al fin de la escena, CEBRIAN

CLEMENTINA, viene de la capilla, abanicándose.

Aquí me refugio. (Se sienta.) El olor de la cera, y el mocosuena-mocosuena de la plática, me han levantado dolor de cabeza... ¡Ay, no sé cómo la tía resiste estas funciones lentas, soporíferas... un día, otro día!... (Mirando á la derecha.) Aquí viene con Rosaura.

DOÑA JUANA, apoyada en el brazo de Rosaura.

Y de la plática, ¿qué me dices? ¿No te ha parecido hermosísima y muy edificante?

ROSAURA

Sí, señora... muy edificante; pero un poquito larga.

DOÑA JUANA

¡Ay, hija: para mí ha sido corta! (Se sientan junto á Clementina.)

ROSAURA

La verdad, tía: al final tuve que pellizcarme para no dormirme.

CLEMENTINA

Ya conocí yo que tu atención no era muy intensa.

DOÑA JUANA

Y que en la casa de Dios estabas pensando en tu cocina.

ROSAURA

No pensaría en ella si tuviera yo unos ángeles que mientras rezo me hicieran la comida, como aquéllos de San Isidro, que araban cuando el santo estaba en oración.

DOÑA JUANA

Hija mía, ponte á orar con fe, y tendrás esos ángeles cocineros, barrenderos...

ROSAURA

¿Y que vayan á la compra, y me arreglen á los hijos...?

CLEMENTINA

En una ú otra forma, los ángeles nos asisten cuando se les llama con fe... Tía, ¿vió usted á Alfonso, que entró con Rosaura y se quedó en las últimas filas?

DOÑA JUANA

Sí, sí...

ROSAURA

Y vería usted á Ismael, que se puso en primera fila de butacas... digo, de bancos.

DOÑA JUANA

Si no me engañó mi corta vista, con Ismael entraron Zenón *el Cínico* y el desquiciado Rogelio. Los tres llegaron cuando ya el orador había bajado del púlpito.

CLEMENTINA

Mi marido oyó la plática con gran recogimiento.

DOÑA JUANA, á Rosaura.

Y el filosofastro, Rogelio y tu marido, ¿están con reverencia?

ROSAURA

¡Oh, sí, señora!... con mucha reverencia y compostura.

DOÑA JUANA

Lo creo. Aunque han aventado las creencias, les queda la buena educación. El más meritorio de los tres es el pobre Rogelio, criado como los pájaros, sin principios ni fines, en el libre aire del mundo.

CLEMENTINA, curiosa y tímida.

Perdóneme, tía, si le hago una pregunta. ¿Es cierto que usted ha citado para una entrevista familiar á esa Casandra...?

DOÑA JUANA

Sí, hija mía: vendrá esta tarde, á última hora... ¿Qué? ¿No te parece bien?

CLEMENTINA

Querida tía, bien me parece todo lo que usted dispone.

DOÑA JUANA

¿La conoces tú?

CLEMENTINA, con sequedad.

No, tía; yo, no... ¿Dónde y cuándo había yo de conocer á esa mujer?

ROSAURA

Yo sí la conozco. Vivimos Casandra y yo en la misma calle... No tengo por qué ocultar que somos amigas.

DOÑA JUANA

Ya lo sabía.

ROSAURA

Y que la estimo... y la quiero, ¡vamos...!

CLEMENTINA

No la riña usted, tía, por la ligereza con que elige sus relaciones.

DOÑA JUANA

Dime, Rosaura: ¿qué idea has formado de tu amiga?

ROSAURA

Que se equivocan los que ven en Casandra una mujer desordenada y voluntariosa... Tiene bastante gobierno; es muy viva y despierta, cariñosa de trato, pronta de genio... Empecé por compadecerla, y acabé por admirarla.

CLEMENTINA, burlona.

¡Jesús!... Sigue, sigue el panegírico.

DOÑA JUANA

¿Y los niños?

ROSAURA

Son preciosos. En mi casa los tengo muchas tardes jugando con los míos. El mayorcito, llamado *Aquiles*, tiene un entendimiento, una comprensión natural que pasman. El pequeño se llama *Héctor*, y apenas habla todavía.

DOÑA JUANA

Válgame Dios... ¿Pero de dónde han sacado esos malditos nombres?

CLEMENTINA

¡Desdichadas criaturas, con qué triste sino han nacido!

ROSAURA

Su madre les arregla lo mejor que puede. Naturalmente, nunca van tan bien apañaditos como los míos. Verdad que soy menos pobre que ella. Alguna ropita desechada de mis pequeños he dado yo á Casandra, y ha sabido arreglarla lindamente.

DOÑA JUANA

Dime otra cosa: ¿has podido sondar el corazón de esa mujer? Más claro: ¿sabes si ama de veras á Rogelio?

ROSAURA

¡Oh, sí! Bien se conoce que el uno al otro se quieren, se adoran.

CLEMENTINA

Tu inocencia es angelical, Rosaura. Amor acaso habrá; ¿pero es el sentimiento dulce, profundo, constante, alma de la familia...?

DOÑA JUANA

Ya sabemos que eso no es. No averigüemos siquiera el nombre que deba darse á las otras clases de amor. (A Rosaura.) ¿Qué dices tú, simplona?

ROSAURA

Yo, nada. Entiendo de clases de sufrimiento, por haber visto muchas y variadísimas... Pero de amor no veo más que... todo lo más dos clases: el divino y el humano... Y me atrevo á decir que estos dos amores no son más que uno. (Oyese el coro de niñas en la capilla. Tan dulce canto corta bruscamente el coloquio de las tres señoras. Aparece por la puerta de la sacristía el señor Cebrián, uno de los mejores amigos de doña Juana, y cabeza visible de su consejo, íntegro y muy experto jurisconsulto, buen escritor, de medula castiza. Es hombre de más peso moral que físico, corto de talla y carnes; mas lo que en volumen le falta, tiénelo de compostura, sensatez y autoridad. Es blanco, limpio, gelatinoso, con rosada frescu-

ra en sus mejillas que afeitaron los ángeles, dejándole tan sólo bigote azafranado que él recorta con miras de pulcritud. Su habla es clásica, de perfecta limpidez gramatical. Rogelio, nuestro sagaz demoniógrafo, dice que Cebrián lleva dentro á *Baalberith*, el diablo de los archivos y de las leyes, secretario general del Infierno.)

DOÑA JUANA

¡Oh, ya cantan! ¡Qué lindas voces!

CEBRIAN, con sonrisa seráfica, alambicando la adulación.

¡Oh, celestial música! ¿Por ventura, señora mía, ajustó usted á Santa Cecilia para concertar y dirigir las voces de estos ángeles?

DOÑA JUANA

Oirlas quiero más de cerca. Lléveme usted, Cebrián. (A Clementina y Rosaura.) Venid... Me ayudaréis á repartir la merienda. (Cogiendo el brazo de Cebrián.) Yo diría que este divino canto nos suspende, como si quisiera subirnos al Cielo.

CEBRIAN

Diría yo, señora, que usted posee el don de traernos el Cielo á la Tierra. (Dirígense á la capilla.)

CLEMENTINA, reteniendo á Rosaura.

Aguarda un poco.

ESCENA XII

CLEMENTINA, ROSAURA

CLEMENTINA, esperando á que desaparezca doña Juana.

Por la Virgen, Rosaura, no seas tan inocente; modera esa benevolencia sin tino, ese altruísmo sin criterio.

ROSAURA

¿Por qué lo dices?

CLEMENTINA

Porque con tus panegíricos ridículamente sentimentales de la querida de Rogelio, desvías á doña Juana del camino que debe seguir... (Asombro de Rosaura.) Aquí que nadie nos oye, podemos decir que esta buena señora es bien poco espléndida con mi familia y con la tuya... Ahí tienes al pobre Alfonso hecho un labriego, héroe y esclavo de los terrones ingratos. El pobre Ismael... ¿Pero qué puedo decirte yo que tú no sepas?... Otro mártir, otro esclavo.

ROSAURA

¡Y qué hemos de hacer, Clementina!

CLEMENTINA

Cuitada, mirar por nuestros hijos, impedir que nuestra pobre santa persevere en sus guilladuras... Porque ya lo has visto: ya está bien claro que no hace caso de nosotros, de los que

somos propiamente suyos, de los que más la quieren... y que cada día se manifiesta más su loca inclinación á los espúreos y allegadizos...

ROSAURA, con timidez.

No, Clementina; no es eso...

CLEMENTINA, encalabrinada.

Aparta sus ojos de los corazones leales y puros, para dedicar su protección y su dinero á regenerar hijos pródigos... y á redimir Magdalenas.

ROSAURA

No debemos juzgar así... Quizás tu tía quiere alargar su mano á los más infelices, á los más pecadores... á los más necesitados de socorro material y moral...

CLEMENTINA

¡Música, pamplinas!... ¡Ay, Rosaura! Cuando pienso en las frialdades de mi tía, me vuelvo loca buscando la causa... No será porque desentonemos de ella en la piedad y fervor religioso. Casi, casi estamos á su diapasón. A mis hijas las he puesto bajo la custodia espiritual de un santo varón muy extremado en la doctrina y muy riguroso en la conducta. Las pobrecitas frecuentan tanto el culto, que no les queda tiempo para una distracción honesta. ¿Qué más quiere doña Juana? ¿Es que todavía le parece poco?

ROSAURA

No sé. No me ocupo de agradar á tu tía por esos medios.

CLEMENTINA

Tampoco á mi marido le gustan. Por estas divergencias nos peleamos alguna vez. Y yo le digo: "Es preciso, Alfonso mío, es preciso..." (Cesa el coro de niñas; óyese rumor de voces en la sacristía.)

ROSAURA

Paréceme que esto se acaba. (Las dos miran con curiosidad á la puerta anchurosa que da paso á la sacristía. Entran en ésta diferentes personas, algunos sacerdotes que vuelven del Oficio. Las dos damas no distinguen los rostros; ven figuras movibles que se transforman, despojándose de las ricas preseas sacerdotales en que el oro se cuaja sobre el raso, y quitándose por la cabeza las nítidas albas de encajes vaporosos.)

CLEMENTINA, con mohín despectivo.

Son ellos... Aquí están.

ROSAURA

Me parece que estorbamos... Vámonos.

CLEMENTINA

No les corrompamos la *toilette*... (Salen presurosas por la capilla.)

ESCENA XIII

Jardín.

ISMAEL, ZENON

En el centro de una glorieta, sombreada por copudos árboles, está la mesa en que meriendan las niñas del Colegio de San Hilario, fundación de doña Juana. Visten de negro, con lazos azules ó grises en el talle y sombrero. Son de diferentes edades, desde los ocho á los quince años. Las acaudillan y pastorean cuatro Hermanitas de una Orden francesa ó afrancesada, que hablan el castellano arrastrando desaforadamente las erres. Preside la mesa doña Juana, sentadita en dorado sillón; rodéanla, formando corte, Alfonso de la Cerda, don Francisco Cebrián, el Marqués de Yébenes, don Ventura Nebrija y otros señores apersonados y reverendos. El suave y mirífico letrado Cebrián no se cansa de encomiar con expresiones castizas la hermosura de la fiesta. Sirven la merienda Rosaura y Clementina; participan de ella, á más de las chicas del Castañar, dos señoritas esmirriadas y sosas, hijas del don Ventura Nebrija. Ayudan con galante actividad Ismael, Zenón y algunos jóvenes cuelliestirados, entre ellos Ramirito, hijo de los Marqueses de Yébenes.—Ismael y el Cínico, una vez terminada la merienda, saludan y se apartan, alejándose por una alameda umbrosa.

ZENON

Yo gozaba echando de comer á esas niñas pálidas, que engullían con voracidad.

ISMAEL

Comen á la mano, como los gorriones, en quienes puede más el hambre que el miedo.

ZENON

Algunas son muy monas.

ISMAEL

Otras, feas de por sí, van tomando el aire de borricas melancólicas.

ZENON

Fuera de alguna que sea pizpireta, y por eso se salve, todas irán tomando la complexión idiota que se les quiere dar.

ISMAEL

Opino que serán las menos.

ZENON

Opino que serán las más, porque una ley, física ó social, no lo sé, ordena que dentro de tres ó cuatro generaciones no haya en España bello sexo... Vamos en camino de que nos conviertan el bello sexo en ganado lanar, del cual no seremos nosotros los pastores.

ISMAEL

Voy creyendo que tienes razón. (Parándose.) Y ahora que nadie nos oye, ¿sabes que tengo á nuestra doña Juana por una magnífica oveja?

ZENON

Chitón... los árboles oyen; oyen los pájaros... Puede oir Pepa, que aquí viene con los restos de la merienda. (Pepa les saluda.)

ISMAEL, después que ha pasado Pepa.

¿Sabes, Zenón, lo que hemos descubierto? Que esta moza no es saco de paja para el señor Insúa, el diablo *Moloch*, según Rogelio. ¿Te sorprende?

ZENON

Nada humano me sorprende. En las concavidades de la hipocresía hace sus mejores nidos el pecado amoroso.

ISMAEL

Y la inmaculada oveja no sospechará estos enredos.

ZENON

¿Qué ha de sospechar? ¿No pone toda su confianza en esa Martina blanda y pechugosa, que despide de sus ojos negros el resplandor candente de las pasiones retrasadas? Pues yo he descubierto que la maltrae un carpinterillo joven llamado *Apolo*... Le conozco... me cuenta sus conquistas. Dedícase á criadas maduras que tienen ahorros... Picotea con ella por la verja que da á la calle de San Poncio.

ISMAEL, riendo.

¡Ah!... ¡Que rabie la santa, que rabie!...

ZENON, mirando al extremo de la alameda.

¡Eh!... ¿Quién viene? ¿No son aquéllos Rogelio y Casandra? (Se cala los lentes.) Voy perdiendo horrorosamente la vista.

ISMAEL

Ellos son.

ZENON

Ahí tienes una de las pocas mujeres deliciosas que van quedando: deliciosa sin ser mala. Aún no hemos llegado á que maldad y hermosura sean un solo defecto.

ISMAEL

Pronto acuden á la cita. Aún han de esperar un rato.

ZENON

Linda mujer es Casandra. Observa qué majestad, qué andares de diosa helénica.

ISMAEL

He visto una estatua muy semejante á esta mujer.

ZENON

¿Estatua desnuda ó vestida?

ISMAEL

Vestida, hombre. Hay diosas muy decentes.

ZENON

Siguiendo la doctrina demoniaca de Rogelio, veremos en Casandra á la diosa *Astarté*, la Ve-

nus fenicia, que luego resultó diabla y está casada con el gran demonio *Astaroth.*

ISMAEL

No es diablesa, sino la propia Casandra, hija de Príamo, princesa de Troya y profetisa... Ya están aquí.

ESCENA XIV

ISMAEL, ZENON.—ROGELIO, CASANDRA: mujer arrogantísima, de gentil talle y rostro estatuario. ¿Quién, antes de verla viva, no la vió de mármol en algún museo? ¿Quién la ve que no quede suspenso ante tanta hermosura, prendado de sus ojos, que compendian la luz del cielo y toda la negrura de los abismos?... Viste traje rojizo que, por su sencillez y por llevarlo ella, resulta de cabal elegancia; sombrero del propio color, guantes blancos.

ZENON, después de los saludos de etiqueta.

Casandra, por algo tiene usted nombre de profetisa. ¿Quiere usted adivinarnos el porvenir, descifrarnos el tremendo enigma que á Ismael y á mí nos trae locos?

CASANDRA, graciosa.

Yo no adivino más que lo que ignoran los tontos y lo que olvidan los desmemoriados.

ZENON

¿Seremos nosotros desmemoriados en vez de pobres?

ISMAEL

¿Seremos ricos... sin acordarnos de ello?

ROGELIO

Sois sonámbulos que aquí andáis sobre montones de oro, creyendo que pisáis tocino del cielo.

CASANDRA

¿Quieren que les adivine si serán un día ricos? Bueno... Pues sí: serán riquísimos.

ISMAEL y ZENON

Bien, bravo.

CASANDRA

Poco á poco... He dicho que serán riquísimos... un día.

ISMAEL y ZENON

¿No más que un día?... ¡Oh!

CASANDRA

Más vale algo que nada.

ZENON

Yo, Casandra, me conformo con tener algún dinero para dedicarme á la noble profesión de la usura.

CASANDRA

Será usted un prestamista benéfico, y un ladrón de su propio caudal.

ROGELIO

Pide lecciones de usura al Marqués de Yébenes, que veo tras de aquellos árboles salmeando con cítara, entre ángeles patudos... El comercio de esclavos fué su aprendizaje, y ahora compra almas en bruto para venderlas al Cielo á precio de refinado. Lleva consigo á *Thamuz*, el diablo que inventó la Inquisición.

ISMAEL, observando los grupos lejanos.

Ya sale el rebaño de colegialas, triste y mansurrón.

ROGELIO, mirando.

¡Pobrecillas! Desde aquí veo sus caras verdosas, del color del bálsamo tranquilo. Algunas, por más jorobas que les pongan en el alma, siempre serán esbeltas... Ya los del Castañar se despiden de doña Juana.

ISMAEL

Y ahora hociquean las niñas, besando la mano de cera de los reverendos. Lo mismo hacen las niñas espátulas Amelia y Casilda, Ramirito, el Marqués de Yébenes... Allá se van todos.

ROGELIO

El coro sacerdotal es el último que se va.

ZENON

Como que se lleva las llaves del pensamiento de doña Juana.

CASANDRA, riendo.

¡Vaya, que están hoy de vena!

ROGELIO

Allí está todo el sacerdocio. Veo al amable *Melquisedec*, que destila de sus labios la mirra olorosa... veo al corpulento acólito de *Vichnú*, con tres cabezas, seis ojos y veinticuatro manos... veo también al espiritual presbítero de *Buda*, con el tortícolis que le ha producido el último nirvana. Ya desfilan.

ZENON

Todos, menos Cebrián.

ISMAEL

Que es de los que se pegan colgando, como el aprovechado percebe.

ROGELIO

Es *Baalberith*, canciller del Infierno, *sebastocrátor*, archivero y hacendista. Toma la figura de un pájaro mojado, con lengua de oro y uñitas de marfil.

CASANDRA

Rogelio, por Dios, ¿otra vez con tu manía de los demonios?

ROGELIO

Aquí hay muchísimos, vida mía. Tras de cada árbol se esconde uno. Tú no los ves... yo, sí.

ISMAEL

Por eso estás pálido. Tienes un miedo horroroso á la entrevista con doña Juana.

ROGELIO

No puedo negarlo. Mi alma está llena de angustias.

ZENON

¿Y Casandra también está medrosa?

CASANDRA

¿Yo por qué?... No he visto nunca á doña Juana. Vengo á su casa porque ella me ha llamado... Mientras no sepa lo que quiere de mí, no debo afligirme ni alegrarme.

ISMAEL

Zenón y yo vamos á despedirnos. Le diremos que estáis aquí, en expectación de audiencia. (Aléjanse Ismael y Zenón.)

CASANDRA

No veo motivo para este temor. ¿Nos va á comer, nos va á pegar? No seas débil. Cada uno, dentro del castillo de sus pensamientos y de su conciencia, es rey. ¿Creés que sólo el dinero es la fuerza?

ROGELIO

Yo no sé si es la fuerza; pero sé que la da.

CASANDRA

Lo que importa es tener razón, que el dinero...

ROGELIO

¿Sostienes tú que la razón da dinero?

CASANDRA

Da, por lo menos, derecho á él; da justicia.

ROGELIO

De derecho estamos hartos... La justicia es la que no parece.

CASANDRA

Cállate la boca. Mi tema es... razón y siempre razón.

ROGELIO, mirando.

Zenón se va... nos saluda. Ya vuelve Ismael. Doña Juana, con Martina, entra en el Palacio por la escalera de la estufa.

ISMAEL, llegando presuroso.

Doña Juana espera. Pase usted, Casandra... por la puerta principal. (A Rogelio.) Tú no. Ha dicho que te estés por aquí, ó que pases al billar si gustas...

ROGELIO, sombrío.

Ya... Es conferencia para mujeres solas.

CASANDRA

Espérame aquí. (Dirígese á la casa.) Razón, no me abandones.

ESCENA XV

Sala baja en el Palacio.

DOÑA JUANA, CASANDRA

DOÑA JUANA, sentada.

Pasa, hija. (Acércase Casandra; la saluda cortesmente, y le besa la mano.) Siéntate... Deseaba mucho conocerte... Veo que no exageran los que tanto alaban tu hermosura.

CASANDRA

Gracias.

DOÑA JUANA, la examina de pies á cabeza.

Dios ha querido darte la belleza física en su mayor grado. Si en el mismo punto tuvieras la belleza moral, no serías mal prodigio, Casandra. (Esta sonríe y no sabe qué decir.) Por mi edad podré tomarme la licencia de hablar con toda franqueza.

CASANDRA

Sin duda.

DOÑA JUANA

Pues te diré que ese vestido colorado, y ese sombrero como las amapolas, no son lo más propio para una mujer de juicio.

CASANDRA, gravemente.

Este vestido es el mejor que tengo; el único presentable, debo decir. Me lo regaló Rogelio

al entrar la primavera. Pensé hacerme otro gris, ó azul marino; mas no he podido pasar del deseo... Me puse á economizar... llegué á reunir una corta cantidad... que fué preciso aplicar á cosas más urgentes.

DOÑA JUANA

A compromisos de Rogelio quizás... Claro, con ese desorden, no extraño que sean insuficientes los cien duros que os doy cada mes... ¿Querrás explicarme...?

CASANDRA

Mucho más de la mitad de esos cien duros tengo que dedicar á las deudas de Rogelio... á intereses pelados, señora; que lo que llaman principal no hay manera de recogerlo.

DOÑA JUANA

¡Jesús, Jesús! ¿Deudas nuevas, recientes?...

CASANDRA

No, señora: antiguas; lo que él llama su *bagaje histórico.*

DOÑA JUANA

¡Loquinario como ese...!

CASANDRA

Yo hablé de esto con el señor Insúa. Le propuse que recogiera todo el papel *histórico*, y que, durante un tiempo convenido, no nos diera más que media pensión.

DOÑA JUANA

Sí: algo de eso me dijo Insúa... Ya lo arreglaremos... ¡Infame libertino es el hombre con quien vives!... Tú y él condenados sois muy difíciles de redimir.

CASANDRA, soltándose en el pensar y el decir.

No es malo Rogelio, señora. Está usted en un error, del que yo quisiera sacarla.

DOÑA JUANA

¿Tú qué has de decir? Respiras su veneno.

CASANDRA

Lo que usted llama veneno es la imaginación, en Rogelio impetuosa, como un soplo de huracán. (Suplicante.) ¡Por Dios, no le tenga usted mala voluntad!

DOÑA JUANA

Por Dios y mi conciencia le haré todo el bien que pueda; pero nunca, nunca podré estimarle. Es para mí la encarnación de una deslealtad que me hirió en lo más vivo; es un gravísimo pecado traído á forma humana para mayor tormento mío y ofensa de Dios. (Amargada con el recuerdo.) Cierto que ya perdoné... Dios manda perdonar. Pero el duelo mío, los torozones de mi pena, siguen aquí... (Pausa.) Mi esposo... se dejó enloquecer por la gracia desvergonzada de una mujer que cantaba coplas obscenas, y alzaba la pata con indecencia en un teatrucho...

CASANDRA

Nada sé de eso.

DOÑA JUANA

Yo sí... Lo que mi inocencia pudo ocultarme me lo enseñaron mis amarguras. Aquel trasto escandalizó á Madrid, primero con su arte asqueroso, luego con su lujo. Dicen que era hermosa... (Burlona) elegante. Entiendo yo que era de esas que se visten, no por honestidad, sino por lucir formas parecidas á las de las estatuas... mujeres que, no pudiendo andar desnudas, se arreglan una desnudez, no cubierta, sino marcada con los trapos. (Casandra, creyéndose aludida, se sonroja.) No, no lo digo por tí, aunque, la verdad, debieras procurar... parecerte menos á una estatua.

CASANDRA, turbada, mirándose.

Señora... yo...

DOÑA JUANA, aferrada á sus resentimientos.

¡Quién había de decir que por semejante mujerzuela se trastornase el hombre de más juicio y de mejores costumbres que había en Madrid; el hombre que en su casa no vió nunca más que decencia y virtudes! Y ello fué cuando Hilario, con su trabajo, con su tino para el negocio y la ayuda de Dios, había reunido un buen caudal, mereciendo por ello el respeto de todos, y el honor que le hizo Su Majestad concediéndole el título de Marqués de Tobalina, y la Gran Cruz, de donde le vino que le llamaran Excelentísimo Señor. ¡Y con tales

flaquezas y tal vilipendio pagó Hilario á la Sociedad, al Rey y á Dios, los honores que le hacían!... No sigo; no quiero hablar de esto, porque se me enciende la ira, gran pecado; la ira, que lo mismo daña al alma que á la salud. (Con el ademán de sacar algo de su pecho y arrojarlo.) ¡Fuera, fuera de mí, serpientes ponzoñosas!

CASANDRA

Señora, si para usted pasaron ya esas amarguras, ¿á qué viene recordarlas?

DOÑA JUANA

Las recuerdo para maldecirlas. (Dejando salir el raudal de sus pensamientos desbordados.) Lo que digo: bien claro se ve que esta generación de plebe hinchada, enriquecida por las leyes que dió el maldito judío Mendizábal, ni es aristocracia ni es pueblo, sino un amasijo de los vicios de pueblo y nobleza, sin ninguna virtud. La riqueza que esta clase nueva cuenta y atesora es maldita, como amasada con los bienes que Gobiernos sin fe robaron á la Iglesia... Los frutos de esta riqueza, malditos serán en nuestra generación y en las que vengan... hasta la quinta ó más... Pero tú no entenderás esto...

CASANDRA, deseando abreviar.

Lo entiendo á medias, sí...

DOÑA JUANA

Yo diré que esto que acabas de oir no te atañe por tí misma, pobre criatura insignificante y sin arraigo, sino por algo que de ello se deriva... ¿Tampoco lo entiendes? (Casandra

permanece *in albis.)* Yo tengo un plan... un plan de reparación... Antes de realizarlo he querido verte y tratarte. Vamos á nuestro asunto. (*Casandra es toda curiosidad.*) Respóndeme... háblame como hablarías al confesor... ¿Amas verdaderamente á Rogelio?

CASANDRA

Por lo que de él he dicho, comprenderá usted cuánto amo á Rogelio.

DOÑA JUANA

¿Qué has encontrado en ese perdido? ¿Qué prendas, qué cualidades has visto en él?

CASANDRA, *resplandeciente de ingenuidad y hermosura.*

Sus desdichas, el vivir suyo solitario, sin familia ni afectos, su corazón bueno que le sale á la boca cuando habla, su gallardía y el fuego de su imaginación.

DOÑA JUANA

¡Cuánta baratija, sin ninguna joya entre ellas!... ¿Puede ser eso causa de verdadero amor?

CASANDRA, *vehemente.*

Señora, yo le juro...

DOÑA JUANA

No jures, que es pecado.

CASANDRA

Yo tengo el orgullo de decir que...

DOÑA JUANA, cortándole la palabra.

No seas orgullosa, que también es pecado... Respóndeme á otra pregunta: ¿ha sido Rogelio tu primer amor?

CASANDRA, suspensa y grave.

Primero y único. Pensar otra cosa es ofenderme.

DOÑA JUANA

No hay ofensa en meter mis dedos en tu alma hasta tocar lo que tienes dentro. Lo que me dices... y admito que no me has engañado... me sirve para construir la verdad de tus sentimientos. Estás enamoriscada, encandilada, como quien dice, con los resplandores, con las desdichas y el hablar gracioso de ese hombre... Pero no me sorprenderá que el mejor día te canses de sus vicios y de sus dicharachos, y traslades tus entusiasmos á otro... más bonito ó más feo, más formal ó más pillo... á otro cualquiera, en fin, de los muchos que hay.

CASANDRA

Sin quererlo, señora, usted me ofende más con esa explicación.

DOÑA JUANA, fría y severa.

No es ofensa, repito. Las viejas tenemos derecho á decir todo lo que pensamos, y las jóvenes deben acatar los juicios de las viejas, aunque los crean equivocados.

CASANDRA

Yo respeto á usted... la respeto sin olvidar mi dignidad y el respeto que me debo á mí misma.

DOÑA JUANA, acariciando un poco para herir de nuevo.

Está muy bien, está muy bien que te respetes. Eso me gusta... Yo vuelvo á decirte que no fué mi ánimo lastimarte. Pero también debo decir que el tipo de tu hermosura de museo, que es algo de hermosura pública para el recreo de la muchedumbre; la arrogancia de tu actitud y de tu mirada, parecen... no digo que sea... parecen revelar á la mujer enamorada de sí propia, y atenta no más que al arte de agradar... de esas que no ven en la vida más que un perpetuo motivo de lucimiento... (Notando que Casandra se enoja más) sin que esto quiera decir que sean malas... Dios me libre... (Casandra se levanta.) ¿Qué? ¿También esto es ofensivo?

CASANDRA, sollozando.

Sí, señora; y tanto, que le pido permiso para retirarme.

DOÑA JUANA, buscando la atenuación festiva.

Vamos... ya una persona experimentada, cargada de años y de autoridad, no puede aventurar una opinión sobre estas mocosas. (Autoritaria.) No te doy permiso para retirarte... Basta de mimo... No es para llorar... Siéntate; que aún tengo mucho que decirte. (Casandra permanece en pie, el pañuelo en los ojos.) Vamos, siéntate... (Casandra se sienta.) Ya no hablo más de Rogelio...

Hablaré de tí misma. Dime otra cosa. Era lo primero que pensé preguntarte, y se me fué de la memoria... ¿Ese nombre tuyo de Casandra es nombre cristiano?

CASANDRA

No sé, señora... Por cristiano lo tuve siempre.

DOÑA JUANA

Yo no he visto en las Vidas de los santos ni en ninguna relación de mártires el nombre de Casandra... Sólo recuerdo haberlo visto en algún novelón... no sé si en una tragedia.

CASANDRA, turbada, sin saber qué decir.

Pues... no sé... Ahora recuerdo que una vez pregunté lo mismo á mi padre... y mi padre me dijo que había una Santa Casandra... y que mi santo era un día... (Queriendo recordar.) ¿Qué día era, Señor?

DOÑA JUANA

Tu padre se guiaba por algún Almanaque gentil. Dime otra cosa: ¿te enseñó alguien la doctrina?...

CASANDRA, insegura en la respuesta.

Sí... creo... Sí, señora... algo... me enseñaron.

DOÑA JUANA

¿Nada más que algo?... ¿Tu madre...?

CASANDRA

Yo no conocí á mi madre. Cuando murió, tenía yo diez meses. Las criadas de mi casa me

enseñaron á rezar, y luego en el Colegio... Doctrina y mucha Historia Sagrada, que se me ha olvidado.

DOÑA JUANA

¿Y tu madre...? Perdona esta pregunta, que es penosa, pero necesaria... ¿Tu madre... estaba casada con tu padre?

CASANDRA, turbada.

Sí... no... no sé... ¡Ah, ya me acuerdo!... Se casó cuando estaba malita... para morirse.

DOÑA JUANA

Vamos... menos mal. Llénate de paciencia para responderme á otra pregunta. Tu madre... ¿qué era?

CASANDRA, sofocada.

¿Cómo que... qué era? Era... mi madre.

DOÑA JUANA

Quiero decir que cuál era su clase y condición... ¿No lo sabes, ó no quieres decirlo? (Pausa.)

CASANDRA

No lo sé.

DOÑA JUANA

¿Era tu madre de clase humilde?... Acaso... acaso fué criada de tu padre... modelo de tu padre.

CASANDRA

No sé... (Balbuciente.) No me pregunte usted cosas que ignoro... y... que son para mí sagradas, desconociéndolas.

DOÑA JUANA

Quizás tu padre... esto es un suponer... conoció á tu madre en alguna fiesta pública ó privada... quizás en algún lugar á donde van los hombres en busca... de alegría, de libertad.

CASANDRA, defendiéndose con la sinceridad.

Mi padre, al hablar de mi madre, no me ha dicho más sino que era muy hermosa. Retratada la tenía en varios bustos y figuras.

DOÑA JUANA, implacable.

¿Desnudas?

CASANDRA

El busto de mi madre no tiene más que... hasta aquí (Marcando el seno)... y esto vestido.

DOÑA JUANA

Pero la representaría tu padre en otras figuras.

CASANDRA

Sí, señora... había en el estudio muchas que á mi madre se parecían: una Diana, una Astarté.

DOÑA JUANA

¿Es cierto que has pasado toda tu infancia en el estudio de tu padre?

CASANDRA

En el estudio pasaba largas horas. Iban allí los amigos de mi padre, y entretenían el tiempo hablando de escultura, de pintura. Iban los

que llaman críticos, y también señores ricos, que le encargaban á mi padre sepulcros, monumentos...

DOÑA JUANA

Y para esas obras, alguna vez servirías tú de modelo.

CASANDRA

Alguna vez.

DOÑA JUANA, después de una pausa.

¿Desnuda?

CASANDRA

¡Ay, no!

DOÑA JUANA

No te ofendas. Dicen los artistas que, en la estatuaria, la desnudez es honesta, casta... ¡Qué cosa más rara!

CASANDRA

Por honesta la tenía yo. Pero mi padre no me desnudaba cuando yo le servía de modelo. No me hacía más que la cabeza, esta parte del cuello y garganta, los brazos... (Pudorosa.) Sólo una vez me puso para una pierna... desnuda del muslo para abajo... Hacía el grupo alegórico de un sepulcro... Yo representaba la Inocencia.

DOÑA JUANA, irónica.

¡Famosa inocente serías! Y dime otra cosa: ¿tu padre no te llevaba á la iglesia, á misa, á confesar...?

CASANDRA, declarando penosamente.

No... señora... no me llevaba. Ya ve usted con qué sinceridad le respondo... Mi padre...

era... poco creyente... ó lo decía. En general, los hombres... apenas creen.

DOÑA JUANA, sarcástica.

¡Vaya, vaya! Has aprovechado bien la edad inocente.

CASANDRA

En el colegio, como he dicho, aprendí la Doctrina, y confesé y comulgué dos veces... Más tarde, hallándose mi padre enfermo del mal de que murió... unas señoras amigas de casa, la esposa y la hermana de un pintor, me llevaron á la iglesia, y allí estuvimos rezando con mucha devoción largo rato. Muerto mi padre, las tías que me recogieron y con quienes viví muy mal, no me hablaron nunca de cosas de Fe ni de Doctrina. Abandoné todo acto religioso... y... (Se interrumpe temerosa.)

DOÑA JUANA, iracunda.

Acaba... Aún te falta lo peor, lo más ignominioso... Que te uniste á Rogelio sin ley ni religión, casamiento de animales... que con él has vivido en las tinieblas del ateísmo... ¡Oh! (Haciendo careta de sus manos.) ¡Qué horror!

CASANDRA

Me pide usted la verdad... se la doy... Desde que me uní á Rogelio, los afanes de cada día me embargaron la voluntad de tal modo, que no he tenido tiempo para pensar en cosa distinta de las realidades de la vida.

DOÑA JUANA

¡Desgraciada!... No sé cómo tengo paciencia para oirte. (Más severa.) Responde á otra pregunta, sin duda la más delicada y dolorosa... He oído... no sé lo que hay en esto... Por tí quiero saber la verdad. ¿Es cierto que tus hijos no están bautizados?

CASANDRA

Lo están, señora, aunque Rogelio diga lo contrario y de ello se envanezca. Yo les mandé secretamente á la pila del bautismo... sin que Rogelio se enterase. Es la única cosa... puede creérmelo, señora... la única cosa en que le he engañado.

DOÑA JUANA, agriamente.

¡Tu único engaño!... No habla muy en favor tuyo esa doblez, aun siendo con el mejor de los fines... Debiste afrontar las iras ateas de Rogelio, contrariarle abiertamente pasándote á Cristo, y dejándole á él con Satán.

CASANDRA

No me atreví... No quería disgustarle: reconozco mi debilidad.

DOÑA JUANA

No tienes fe... Alma muerta eres... (Sin cesar en su acritud.) El bautismo de tus hijos, administrado con sigilo y vergüenza, no me inspira confianza. Es forzoso renovar el Sacramento para que nadie dude de que pertenecen á la familia cristiana. Yo me encargo de eso.

CASANDRA

Como usted quiera.

DOÑA JUANA, regañona.

Eres la misma debilidad... No tienes fe... no sabes, ó no quieres buscarla.

CASANDRA

Tenga yo sosiego en mi vida, y yo buscaré los caminos de la fe.

DOÑA JUANA

No te creo. Tu alma se ha perdido. Es una vagabunda que no quiere volver al hogar. Rogelio y tú estáis condenados irremisiblemente. Quisiera yo poder salvaros.

CASANDRA, queriendo con su humildad aplacarla.

Sálvenos, señora.

DOÑA JUANA

Mis esfuerzos serán inútiles. Has de saber que aunque no amo ni estimo á Rogelio, es mi ánimo protegerle, aliviar su vida.

CASANDRA

Hará usted una buena obra.

DOÑA JUANA

Hágola por mandato de mi conciencia, cumpliendo la voluntad de mi esposo... ¡Lástima de dinero! Servirá tal vez para dar más libre campo á la inmoralidad, al ateísmo.

CASANDRA

No, no.

DOÑA JUANA

Yo cumpliré con mi deber... Rogelio y tú, juntos ó separados, entendeos con Dios... Rogelio ama las riquezas... las tendrá. Escoria es el oro; escoria humana sois vosotros... Arrastraos por el suelo hasta que os barra la muerte.

CASANDRA, afanada, medrosa.

No nos maldiga, señora... Denos su apoyo; ábranos camino franco para la Virtud.

DOÑA JUANA, bruscamente.

Ultima pregunta. En esta unión vergonzosa, en ese inmundo concubinato, ¿cuál de los dos opone resistencia mayor á contraer matrimonio?

CASANDRA, con viveza.

El, él... Yo lo deseo... La oposición es de Rogelio, de sus ideas fantásticas.

DOÑA JUANA

¿Es eso verdad? ¿Deseas tú casarte? Yo creí que los dos profesábais el absurdo, el indecente principio de...

CASANDRA

¿Qué, señora?

DOÑA JUANA

Juntos y libres.

CASANDRA, con solemnidad.

Aseguro á usted que he deseado y deseo casarme con Rogelio... ¿Pero no cree lo que digo?

DOÑA JUANA, incrédula.

Sí... lo creeré... Será preciso creerlo, si tú lo afirmas. (Pausa.) La verdad, me ha sorprendido que no hayas hablado de casorio hasta que me has oído decir que Rogelio recibirá la herencia de su padre.

CASANDRA, con grave dignidad.

No hablé de casamiento porque he observado en esta visita la etiqueta que es de rigor, según dicen, en las audiencias de los Reyes. La persona que tiene el honor de visitar á Rey ó Reina, contesta á lo que se le pregunta, y no debe iniciar ninguna conversación.

DOÑA JUANA, maliciosa.

Vamos, que no te falta donaire para urdir una bonita réplica.

CASANDRA, desalentada.

Me pregunta si quiero casarme... le respondo que sí... duda de mi palabra... me cree interesada, ambiciosa de riquezas...

DOÑA JUANA

No dudo... Creo natural en tí que desees una posición...

CASANDRA

Deseo que Rogelio sea mi marido con posición ó sin ella. Lo mismo le amaré rico que pobre. Pobre le amé: mi vida es suya, y lo será siempre, siempre, aunque lleguemos á la miseria, á la mendicidad.

DOÑA JUANA, irónica.

Muy bien... Veo que tienes más mundo de lo que yo creía. Sabes tomar actitudes airosas... De casta le viene al galgo... Dígolo porque conservas los hábitos de escultura, de modelo de estatuas...

CASANDRA, herida en su delicadeza.

¿Qué dice?

DOÑA JUANA

Nada que pueda lastimarte. No sólo debe una ser modelo, sino parecerlo. Lo que has dicho es muy decorativo, y te honra... te honra. Desprecias la riqueza material.

CASANDRA, afligida.

En mí no ve usted más que la estatua de la mujer ambiciosa, deshonrada y sin juicio.

DOÑA JUANA

No es eso, no. Estatua ó mujer, me inspiras compasión. Yo miraré por tí.

CASANDRA, llorosa.

Lo agradezco, señora... y si le parece bien, daremos la audiencia por terminada. (Se levanta.)

DOÑA JUANA

Como gustes. A mí no me molestas. ¿Tienes que hacer en tu casa?

CASANDRA

Sí, señora.

DOÑA JUANA

No te irás sin que yo te dé una buena noticia... Mañana se ocupará Insúa en pagar todas las deudas de Rogelio, en recoger esa inmundicia histórica. Ya ves: tú á desconfiar de mí; yo á favoreceros, á sacaros de esa esclavitud degradante.

CASANDRA, con sincera efusión.

¡Oh, señora! lo agradezco... con el alma lo agradezco.... Perdóneme... Yo no desconfío... La desconfiada es usted, que no me cree...

DOÑA JUANA

Sí te creo y te conozco... Me descubres ingenuamente tu interior... Ahora mismo, no has podido disimular tu júbilo al oir el tin-tin de la moneda. (Levántase para despedirla.)

CASANDRA

Es la necesidad. Quien no tiene necesidades, niños desabrigados, casa mal provista, no comprende estas tristezas... ni estas alegrías cuando encontramos una mano generosa...

DOÑA JUANA

Yo te ampararé... (Friamente, abrazándola por fórmula.) Ten confianza en mí... Recibirás aviso

para que vuelvas á verme, y hablemos otro poquito... En mí tendrás la mejor consejera, la maestra más cariñosa.

CASANDRA

¡Maestra!

DOÑA JUANA, llevándola despacio hacia la puerta.

Yo te guiaré en tu camino doloroso.

CASANDRA, sin comprender.

¡Caminos dolorosos! ¿Cuáles son? ¿Iré por ellos?

DOÑA JUANA

Todos los caminos del mundo son dolorosos, cuando no conducen al fin infinito...

CASANDRA, con vago mirar, hablando sola.

Tristeza sin fin...

DOÑA JUANA, cariñosa en la superficie, glacial en el fondo.

Aunque tú no me quieres, yo te quiero á tí. Debemos amar á los débiles más que á los fuertes, y á los desgraciados más que á los felices... (La besa en la frente.)

CASANDRA, atónita, casi muda, dejándose llevar hasta la puerta.

Adiós.

DOÑA JUANA, empujándola suavemente.

El Señor te acompañe. (Viéndola salir y descender la escalinata.) ¡Pobre alma, la adversidad sea

contigo!... Padece y sálvate. (Cerrando la puerta de cristales.) Te doy lo que te conviene. (Santiguándose, vuelve lentamente á su silla.)

ESCENA XVI

Jardín.—Anochece.

CASANDRA.—MARTINA, que pasa.

CASANDRA, anda lentamente llevándose la mano al pecho.

¡Qué opresión, qué angustia! (Tocándose la frente en el sitio que fué besada por doña Juana.) Aquí fué. El beso que me dió me ha helado toda la sangre. (Dominada por intenso terror, revuelve sus miradas buscando á Rogelio.) Dijo que aquí me esperaría... No le veo. (Las espesuras del parque aumentan la obscuridad. Siente Casandra la impresión de noche solitaria, dentro de un laberinto de masas verdinegras. El corazón se le oprime más. A los sombríos árboles y á las lejanas luces de la calle pregunta mentalmente por su amante perdido. Después grita con acento vigoroso.) ¡Rogelio! (Nadie le responde; da algunos pasos. Suenan timbres en el interior de la casa. Avanzando por una alameda curva y siniestra, acuérdase Casandra de los diablos que Rogelio suponía ocultos en cada árbol y en cada mata del espeso parque. Cree por un momento que los diablos existen; teme que estén allí; imagina que la acechan con burlones gestos y sonrisas. Suenan cada vez más vivos los timbres. De improviso, ve Casandra que por la alameda curva avanza un bulto en veloz carrera. Viene de la verja y va en dirección del palacio. La desdichada joven

tiembla con escalofrío. ¿Será un diablo? Sí: diablo parece, ó murciélago tan grande como una persona. Casandra saca del pecho todo su aliento para gritar.) ¡Rogelio!

MARTINA, que pasa junto á ella corriendo.

No está... Se ha ido.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

(11 de Mayo)

ESCENA PRIMERA

Despacho en la casa de los Marqueses del Castañar.

DON ALFONSO, afanado, escribiendo; CLEMENTINA, que entreabre la puerta.

CLEMENTINA, sofocada: acaba de entrar de la calle.

Alfonso, Alfonso mío.

ALFONSO

¿Qué?

CLEMENTINA

¿Estás muy ocupado?

ALFONSO

Ocupadísimo. Déjame un momento... Sabes que en el Pardal tenemos casi perdida toda la cosecha... Trato de salvar una parte, utilizando la concesión para tomar agua del Tajo... Pero no tengo máquina.... Escribo á los González Alonso proponiéndoles que me arrienden la suya...

CLEMENTINA, entra.

Luego resolverás eso... Tengo que hablarte...

ALFONSO

¿Es cosa urgente?

CLEMENTINA

Urgentísima.

ALFONSO, alarmado.

¿Ocurre alguna desgracia?

CLEMENTINA

No... digo, sí... un hundimiento. ¡Espantosa catástrofe! Se ha hundido el caletre de mi reverenda tía doña Juana. Esparcidos están por el suelo los pedazos del cascote cerebral.

ALFONSO

Algún disparate muy gordo. Serán habllillas... No des crédito...

CLEMENTINA

Me lo ha dicho ella misma. De allá vengo.

ALFONSO, impaciente.

¿Pero qué es?

CLEMENTINA

Para que no te atormentes... mi tía ha determinado hacer efectiva la recomendación testamentaria de don Hilario... en lo referente á Rogelio.

ALFONSO

Ya... le asigna un capital, que puede ser de un millón, de dos millones de pesetas...

CLEMENTINA

Dos millones.

ALFONSO

Y le obliga á casarse con Casandra.

CLEMENTINA

En eso no aciertas. Es todo lo contrario... Le impone el divorcio que llamaremos *concubinal*. De la entrevista que celebró mi tía con Casandra, sacó el convencimiento de que ésta lleva en sí todos los signos de la predestinación... de que es demasiado estatuaria para ser buena.

ALFONSO

¡Oh, iniquidad!... ¡Qué afán de calificar las conciencias, juzgándolas, no por lo que son, sino por lo que pueden ser!... Sigue. ¿Y los hijos?

CLEMENTINA

Pásmate... Ahora resulta que no están bautizados... Por lo menos, hay dudas... Lo primero será incluirlos solemnemente en la grey de Cristo. Luego, para darles la educación sana, religiosa, de que carecen, doña Juana piensa ponerlos bajo la custodia de su prima Cayetana Yagüe, que es muy para el caso... Nota al margen: cuenta con la aquiescencia de Rogelio.

ALFONSO

¡Pero es monstruoso...! ¡Y esa pobre mujer...! Será todo lo que quieran... Yo apenas la trato... Pero aunque fuese de la peor índole, y su conducta de las más depravadas...

CLEMENTINA

¿Y quién te dice que ella no pasará por todo con tal de adquirir la libertad, que es el ambiente en que viven mejor las estatuas vivas?

ALFONSO

¡Ah!... Si es así, no digo nada.

CLEMENTINA

Fíjate en la cláusula del testamento de don Hilario, que recomienda...

ALFONSO

Sí... dice poco más ó menos: "Encargo á mi esposa que mire por Rogelio, y que si contrae relaciones nefandas, procure apartarle de ellas."

CLEMENTINA

Moribundo, se cala el capuchón ese diablo harto de carne.

ALFONSO

Dice más: "Constitúyale un capital de un millón de pesetas, ó de dos millones, si por su buena conducta lo mereciese; y si á la fecha de la resolución de mi esposa estuviese soltero, proporciónele casamiento con doncella honesta de nuestra clase, mejor, de nuestra familia..." Que el don Hilario de Berzosa era un inmenso mentecato en todo lo que no fuese sacar el dinero de debajo de las piedras, ó del bolsillo de todo español descuidado, lo demuestra esa cláusula de su testamento cominero, egoísta, ridículamente previsor y minucioso.

CLEMENTINA

La cláusula es un gran desatino. Don Hilarió debió de morirse muy satisfecho de tal engendro. Pero no está menos orgullosa mi tía de su buena mano para llevarlo á la práctica. Es una idea doblemente redentora... y qué sé yo qué... No sé si habrás comprendido que la doncella honesta que ha de compartir los millones de Rogelio es una de las chicas de Nebrija.

ALFONSO

Me lo he figurado. ¿Cuál de ellas? Será la que hace trajes azules para la Concepción, y colorados para el Niño Jesús.

CLEMENTINA

Es la otra, Casilda, tan ñoña, sandia y rasa de instrucción como Amelia, pero un poquito menos esguízara y antipática.

ALFONSO

¡Y ese Rogelio es capaz...! ¡Qué bajeza de hombre!

CLEMENTINA

Entiendo que Cebrián le ha cazado, deslumbrándole con un espejo al sol, como á las alondras.

ALFONSO

Es poeta y pagano, de los que adoran al sol bajo la especie de billete de Banco... (Hastiado del asunto.) Total: que doña Juana ha dado colocación á esa joven, artículo de muy difícil salida. ¿Y á nosotros qué nos importa eso, ni en qué puede afectarnos?

CLEMENTINA, con tristeza.

¡Ay! puede afectarnos más de lo que tú crees... porque tras ese disparate vendrán otros. Tengo por seguro que ha inaugurado mi tía una serie de lamentables despropósitos.

ALFONSO

¿En qué te fundas para creerlo así?

CLEMENTINA

Es un presentimiento... más bien un resultado de mis observaciones. Conozco el carácter de mi tía; leo en sus ojos y en su acento las ideas que andan por aquel interior tenebroso.

ALFONSO

¿Y qué has leído en ese Manual de la perfecta hipócrita?

CLEMENTINA

Por de pronto... Fíjate en este dato: hoy me ha tratado mi tía con una sequedad y un despego que me han llenado de sobresalto. Al pedirme mi opinión sobre esta ridiculez que has oído, le dije que me parecía muy bien. Pongo mucho cuidado en no decirle nada que hiera su desmedido orgullo. Cualquier dureza la ofende; la menor sombra de contradicción la enoja, la enfurece...

ALFONSO

¿No será suspicacia, cavilación tuya?

CLEMENTINA

No, Alfonso de mi alma. Ignoro la razón de esta sequedad. Yo veo una sombra, una nube

negra, un no sé qué... No puedo precisar lo que veo, ni darte idea de la calidad del desastre que barrunto.

ALFONSO, principiando á sentir inquietud.

Es tu imaginación... es... esa ansiedad en que vives... es el vértigo insano de las esperanzas siempre marchitas y siempre verdes. (Perdiendo su reposado talante.) ¡Vive Dios que he de cerrar los ojos al espejismo vano, al fantasma de las promesas! ¿Y no será prudente y cuerdo desprendernos de esta soñación quimérica y acomodarnos á una pobreza decente y tranquila?... Por mí, la verdad, me curaría de estas zozobras abrazándome á la tierra madre. Cierto que es pobre, cierto que es mísero el jugo que nos da. Pero esa madre fiel no nos engaña, no nos impone la farsa, la adulación, ni un vivir dispendioso, imposible...

CLEMENTINA, gravemente.

Tenemos hijos, Alfonso.

ALFONSO

Tenemos hijos... Pero también es cosa fuerte que por los hijos vivamos humillándonos un día y otro ante esa esfinge sentada sobre un cofre atestado de riquezas.

CLEMENTINA, con gravedad casi lúgubre.

Tenemos hijos.

ALFONSO, subiendo de tono.

Por Santa Bárbara que me has contagiado de tus presentimientos... ¡Qué tontería!... Y

acabaremos porque todo será infundado... vanas aprensiones de mujeres nerviosas... Trataremos de averiguar si continuará doña Juana incubando despropósitos... ¿Crees que nuestro amigo Insúa tendrá franqueza bastante para decirnos...?

CLEMENTINA, con súbito recuerdo, llevándose las manos á la cabeza.

¡Ay, tonta de mí! se me olvidaba contarte la gran novedad.

ALFONSO

¿Más?

CLEMENTINA

Se me fué del pensamiento lo que creí menos interesante. Pásmate, Alfonso. Doña Juana ha despedido á su administrador.

ALFONSO

¡Loca perdida!

CLEMENTINA

¡Le ha puesto en la calle... con treinta años de servicios!

ALFONSO

De servicios absolutamente leales. ¿Pero estás segura?

CLEMENTINA

Hoy lo supe. Según me han dicho, es público desde anteayer... Riámonos un poco, que todo no ha de ser tristezas. La tía sorprendió al grave don Damián Insúa en amorosa connivencia con Pepa, la criada joven y bonita.

ALFONSO, riendo.

Nunca falta la inflexión cómica en las situaciones más serias. No me coge de nuevo. Ya es sabido que Insúa las mata callando... ¡Pero si tengo aquí una carta suya!... (Buscando entre las cartas que hay sobre la mesa.) Me dice que quiere hablarme... Y yo no hice caso. Creí que lo mismo podía contestar hoy que mañana. (Encuentra la carta; lee rápidamente.) "Sírvase indicarme hora... deseo hablarle de asuntos de extraordinario interés." (Queda suspenso.)

CLEMENTINA, después de una pausa en que ambos se miran perplejos.

Contéstale ahora mismo.

ALFONSO

Pensé que quería proponerme la expropiación de los molinos del Pardal. (Se sienta y escribe.) Le diré que venga cuando quiera, que no saldré en todo el día...

CLEMENTINA, que ha caído en meditación honda.

Asuntos de extraordinario interés...

ALFONSO, asaltado de misteriosa inquietud.

¿Qué piensas?

CLEMENTINA

La carta de Insúa ennegrece más la sombra que me persigue desde esta mañana, y la acerca más á mí... ¡Siento frío... terror...!

ALFONSO

¿De qué?

CLEMENTINA

De mayores dislates de doña Juana, de acciones vesánicas que puedan afectarnos... (Consternada.) Esto no es vivir.

ALFONSO, furioso, manoteando.

¡Ah... el maldito esperar, el ansia nunca satisfecha, la horrible interinidad en que nos tiene esa vieja loca!

CLEMENTINA, con acento lúgubre.

Nuestras almas, como reos en capilla, suspiran entre la vida y la muerte.

ALFONSO

No más, no más, Clementina. (Con desvarío.) Huyamos de este suplicio... Retirémonos al Pardal... Casemos á nuestras hijas con gañanes... Viviremos de lo que nos dé el terruño. Madrid, te odio; vanidades, os pisoteo; esperanzas, os arrojo al fuego; doña Juana, te arrojo más allá del fuego... ¿A dónde? No sé... no sé... (Da golpes en la mesa; vuelan los papeles; saltan las plumas; el tintero escupe su tinta sobre los papeles. Clementina inclina el rostro... deletrea sus presentimientos en los dibujos de la alfombra.)

ESCENA II

Gabinete modesto en la casa de Rogelio.

CASANDRA, cosiendo á máquina; AQUILES, precioso niño de cinco años, enredando en el suelo con juguetes rotos, papeles, piedrecitas, carretes sin hilo.

CASANDRA, hablando consigo misma.

Rogelio es otro... ¿De dónde vienen estas ondas violentas, que cambian el sér de los hombres? Son ondas de alguna voluntad juguetona y perversa... Rogelio ha perdido aquel humor gracioso que era la claridad de nuestros días tristes, el descanso de nuestras penas... Anoche no durmió ni un segundo. Daba vueltas alrededor de una idea... La idea estaba siempre del lado contrario... (El niño se tiende en el suelo, panza abajo, y hace garabatos en un papel con un lápiz de punta roma, que humedece con su boca.) Monín, ¿qué haces? ¿Soldaditos? Enséñamelos. (De un brinco se levanta el chico y corre á enseñar á la madre sus fantásticos dibujos.) Está precioso... ¿Qué es esto? ¡Ah... el tranvía... un tranvía que va por las nubes! (Mira el papel por la otra cara.) ¡Ah! pícaro, te tengo dicho que no cojas papeles de la mesa de tu papá... Y éste también está lleno de cuentas; también tu papá pinta nubes. Mira, mira qué bonitos números... Este dos con la mar de ceros, quiere decir dos millones... Luego hay otros guarismos, y sumas, divisiones, restas... ¿Qué relación hay entre estas cifras, hijo mío; qué pensamiento se esconde en ellas? Ni tú lo sabes, ni yo tampo-

co... Parecen combinaciones para jugar á la lotería. (Retírase el chiquillo para seguir pintando. Suena la campanilla.) El es.

ESCENA III

CASANDRA.—ROGELIO, AQUILES

ROGELIO, entrando presuroso.

¿Estáis aquí?

CASANDRA

¿Dónde querías que estuviéramos?

ROGELIO

Es que... al traspasar la puerta sentí una impresión de vacío... como si no estuviérais en casa... Aquiles, hijo, ven á besarme. (Le acaricia.) ¿Y el pequeño, dónde está?

CASANDRA

¿No sabes que duerme á esta hora?

ROGELIO

Es verdad. Hablemos bajito para que no se despierte. (Deja Casandra la costura y pasa á la próxima estancia, donde duerme *Héctor*, solito, como garbanzo en olla, en la extensión de la cama matrimonial.) Aquiles, ven á besarme otra vez. Te compraré lo que quieras. ¿Qué te gusta más: automóvil, bicicleta, ó un globo para andar por los aires? (Los ojos chispeantes y la lengua balbuciente del niño expresan la preferencia del globo para subir en él con toda la familia.) Pero yo tengo que hacer. No puedo ir contigo. Y ahora peso más que antes.

CASANDRA, que vuelve de la alcoba.

¡Cómo está tu cabeza!

ROGELIO

Sí que está un poco ida... de tanto discurrir, vida mía. Venimos al mundo condenados al suplicio de razonar.

CASANDRA

El hombre que ha vivido siempre en una ligereza descuidada, simpática y graciosa, ahora quiere parecerse á los que entristecen su alma en los negocios. Eras la franqueza, el desprecio de la adversidad, el ingenio y la poesía, el semblante siempre risueño, y ahora te has hecho una cara nueva, poniéndote en ella cavilaciones y el pliegue feísimo que dice: "aquí hay secretos..." Para que veas lo cambiado que estás, tienes cara de hombre público... imitas á esos que hablan de arreglar la Hacienda y de salvar al País.

ROGELIO

Sí que estoy caviloso: no puedo negártelo... lo estoy desde aquel día de tu entrevista con doña Juana.

CASANDRA

Y del plantón que me diste cuando salí, y me encontré sola en el jardín... Desde aquel día, ó desde el siguiente, empezaste á traer á casa pensamientos sombríos.

ROGELIO

Los traigo y me los vuelvo á llevar. Entro y salgo con ellos como el enfermo con sus males.

CASANDRA

Ya sé dónde has cogido tu enfermedad. Pensamientos negros, ¿de dónde habéis de venir sino de la negrura de doña Juana?

ROGELIO

No nombres á la bestia apocalíptica, que su nombre sólo me trae la neuralgia. (Llévase la mano á la quijada.)

CASANDRA

Sí que la nombro, y te pregunto: ¿no has hablado con ella desde aquel día? (Rogelio deniega con la cabeza.) ¿Y con sus ministros ó secretarios, que, como tú ahora, parecen hombres públicos?

ROGELIO

Con *Moloch* y *Baalberith* he hablado alguna vez.

CASANDRA

Cuéntame, explícame... ¿Callas por no darme una parte de tus sufrimientos? Tú padeces con dolor y rabia de mártir. ¿Por qué no me pones contigo en el potro? (Pausa. Calla Rogelio, pensativo y cejijunto.) Háblame con la franqueza que echo de menos en tí. ¿Esperas algo bueno de doña Juana, ó temes algo malo?

ROGELIO

Espero de la astuta *Decaberia* una maldad resplandeciente, quiero decir, una cosa perversa que brilla como los rayos del sol.

CASANDRA

Aunque algo entiendo, explícate mejor.... ¿Qué maldad resplandeciente es esa?...

ROGELIO

Doña Juana es el demonio mismo, con una cresta de plumas blancas robadas al Cielo. Su dentadura postiza es la que tenía Saturno para masticar bien á sus hijos. Calza las pantuflas que usaba Caifás para andar por casa.

CASANDRA, impaciente, enojada.

¡Eh!... fuera pamplinas y dicharachos. Háblame seriamente... La verdad, Rogelio; quiero la verdad.

ROGELIO, con brusquedad cariñosa.

La verdad clara, infalible, la única verdad digna de ser dicha, es que te quiero. Preguntona, te adoro... Fisgona, la esencia de la vida es amarte. (Echale los brazos.) Ven aquí.

CASANDRA, dejàndose abrazar.

¡Embustero!

ROGELIO, abrazándola con frenesí.

¡Qué gusto estrujar el cielo!

CASANDRA, haciéndose la enojada.

¡Vaya un cielo que te has echado! Si soy tu cielo, ¿por qué no me cuentas tus penas?

ROGELIO

Porque prefiero contárselas al Infierno. Las comprenderá mejor. Abrázame... Pero tú, tú á mí.

CASANDRA

No me da la gana.

ROGELIO

Ven acá, mal genio, basilisco. (La besa con cariño ardiente.) Toma más... para que chilles.

CASANDRA

Déjame... ¡baboso!

ROGELIO

Adorándote... idolatrándote. (El niño se interpone, alza sus manecitas, pide que le suban para participar del besuqueo.)

AQUILES

A mí... á mí.

CASANDRA

¡Angelito! Está celoso... y con razón... Estos besos son suyos.

ROGELIO

Le robamos, le sacamos el dinero del bolsillo. (Se sienta y pone al chico sobre sus rodillas.) Ven

acá, gloria del mundo, príncipe del firmamento. (Con sílabas pocas pide Aquiles á su padre que le cuente un cuento. Rogelio balancea la cabeza, tan desganado de contar mentiras como verdades.)

CASANDRA

Vamos, hombre, cuéntale cualquier disparate de los que á tí se te ocurren á todas horas.

ROGELIO

No pienso ahora disparates. Le contaré un hecho real.

AQUILES

¿Es bonito?

ROGELIO

Precioso... Pues, Señor... Erase un espacio muy grande, muy grande...

AQUILES

¿Como el comedor?

ROGELIO

Mucho más grande; pero más, más... Erase el Cielo. Una tarde, serían las cuatro y media, el Padre Eterno llamó á *San Acá* y á *San Allá*, despenseros del Cielo, y les dijo dice: *Acá* y *Allá*, hoy, millonésimo *cumplesiglos* de la Creación del Mundo, daréis á mis ángeles merienda de naranjas. (Estupefacción de Aquiles. Sonríe Casandra mirándole.) Habías de ver á *San Acá* y *San Allá* corriendo á la despensa. Meten llaves, sacan llaves... Salen por fin con una cesta tan grande, tan grande como doscientas mil veces esta casa. A una voz de *Acá* y á un ges-

to de *Allá*, empiezan á desfilar los ángeles todos: delante los chiquitos, detrás los medianos, los grandes, los grandullones... y á cada uno se le va dando su naranja... Avanzan de cuatro en cuatro, de cuarenta en cuarenta, y pasan, una fila, doscientas filas, quinientas mil filas... y pasan... Todos son blancos, blancos, y llevan en la mano derecha su naranja... así... como pintan á Dios con el Mundo en la mano.

AQUILES

¿Tú lo *vites?*

ROGELIO

Yo lo ví. Eran millones de millones... formados, alineados...

AQUILES

¿Como la tropa?

ROGELIO

Como miles de cuatrillones de ejércitos, todos blancos; blancos de rostro, de plumas y de ropa, cada uno con la naranja... aquí... en la palma de la mano. Avanzaban marchando al paso, serios, despidiendo luz: luz de sus ojos, luz de sus vestiduras, luz de sus pies. Las naranjas brillaban como el sol.

AQUILES

¿Tú lo *vites?*

ROGELIO

Yo lo ví. Las naranjas eran de oro, globos de oro llenos de dulzura. El oro es dulzura...

(Aquiles suspira.) Pues, Señor... llegado que hubieron á un llano del Cielo, ya mirando á la Tierra... á un llano... como mil millones de veces más grande que toda España y sus Indias, se sentaron formando grupos, y cada cual se puso á comer su naranja.

AQUILES

¿Tú lo *vites?*

ROGELIO

Lo ví yo, hijo mío, y viéndolo extasiado desde abajo, cayeron sobre mí cortezas de naranja... cascaritas de oro. Llovían, caían, cubrían el suelo, y me iban enterrando á mí... Se me entraban por la boca, por los ojos, por las narices, por las orejas. Yo mascaba y respiraba el zumo de naranja, que es la esencia del oro. (Pausa. Rogelio queda suspenso y mudo, atento á su interior. Aquiles se impacienta.)

CASANDRA, sacudiéndole.

¿Eh, Rogelio, qué piensas?... Sigue: el niño y yo queremos saber en qué para eso. Sin desenlace y moraleja, el cuento no tiene gracia.

ROGELIO

Yo me dormí... No sé lo que pasó. Hijo mío, las historias verdaderas no tienen desenlace...

CASANDRA

¡Mira con lo que sale!

ROGELIO

Los desenlaces son artificios inventados por los malos poetas. (Pone al chiquillo en el suelo. Llévase la mano al rostro.)

CASANDRA

¿Te vuelve el dolor neurálgico?

ROGELIO

Un amago ligero... Ya pasó. (De la alcoba viene un gemido del pequeño. Corre allá Casandra. Rogelio se dirige á la mesa. Aquiles le pide un lápiz porque ya el suyo no tiene punta. Rogelio se lo da.) Toma, hijo mío. Ponte á pintar los ángeles marchando cada uno con su naranja... así. (Rogelio coge la pluma y hace cuentas. Sale Casandra con Héctor en brazos, lloroso, frotándose los ojos con los puños.)

CASANDRA

Otra vez con los números malditos.

ROGELIO

Me pasa un cálculo por la mente, y no quiero que se me escape.

CASANDRA

Yo te resolvería todos los cálculos si me los confiaras.

ROGELIO, afanado, escribiendo.

Déjame, déjame ahora.

CASANDRA

Almorzaremos si quieres.

ROGELIO

No tengo ganas. Almorzad vosotros. (Llévase la mano á la quijada.)

CASANDRA

¿Estás malo?... ¿Apunta el dolor?

ROGELIO

Sí... Déjame... Prepara el almuerzo... Tomaré algo.

CASANDRA

Al momento... Tu cabeza está débil... Los cálculos... la maldita neuralgia. (Sale Casandra con el chiquitín.)

ROGELIO, muy inquieto, abandonando la mesa.

No es neuralgia; es la duda, la horrible balanza; la balanza es lo que me duele... dolor más fuerte que ser quemado vivo, ansiedad más honda que la de subir al tablado de la guillotina ó del garrote... ¿Puede ser aquello sin esto? ¿Puede ser esto sin aquello? ¿Puede ser aquello y esto? Duda horrenda, no de dos términos, sino de tres; balanza de tres platillos...

CASANDRA, entrando sin el pequeñuelo.

¿Se te alivia, rey mío?

ROGELIO

No me duele la cara, sino el alma, de la cual tiran dos demonios, digo, tres...

CASANDRA

¡Pobrecito de mi alma! Tu sufrimiento sería menor compartido conmigo.

AQUILES, acercándose á la mesa, muestra á Rogelio un papel lleno de rayas.

Mira, padre.

ROGELIO

Está muy bien; pero déjanos ahora. (El niño le pide un papel más grande para pintar todos los ángeles.) Allá va papel mayor. Píntalos, y que no se te quede ninguno. (Vase el chiquillo muy contento.)

CASANDRA

El niño ha retratado en ese papel tu pensamiento. Llevas en tu cabeza las cáscaras de oro que arrojaban los ángeles.

ROGELIO, con tristeza serena.

No llevo ángeles: llevo mi demonio familiar. Cada hombre tiene el suyo. El mío es *Caym*, el mismo que habitó en el alma de Lutero, el que con él sostenía las disputas teológicas. La voz de *Caym* se oye en toda la Naturaleza: es el canto de los pájaros, el ruido de los huracanes, el ladrido de los perros... En cada voz de la calle oigo la palabra de mi diablo *Caym*.

CASANDRA, asustada, cariñosa.

Rey mío, echa de tí la caterva infernal... Prefiero que pienses en los ángeles de las naranjas de oro... Esas son tus cavilaciones, esos tus cálculos y tus números... el oro, el dinero de doña Juana.

ROGELIO, con mirada fulgurante.

Es que en las arcas de esa vieja urraca hay dinero que fué de mi padre y que me pertenece.

CASANDRA

Pero si ella no quiere dártelo, ¿qué has de hacer tú?

ROGELIO

Si ella no me lo da, debo tomarlo para tí y para nuestros hijos. (Casandra protesta enojada.) No, no digo que lo tome por la fuerza, sino por la astucia. Seré más artista que ella, engendrada por Samael, la gran víbora que sedujo á Eva. De Samael concibió Eva, y tuvo una hija que se llama *Decaberia*, ó doña Juana, maestra en la magia y en todas las sutilezas y perfidias que cabe imaginar.

CASANDRA

¡Ay, ay, ay! ¡Qué desatinos! (Acariciándole.) Rey mío, vivamos pobres y tranquilos, sin pensar en riquezas que no han de ser para nosotros.

ROGELIO, exaltándose más.

Si quieres que nos entendamos, no me digas que en la pobreza puede haber felicidad. Esa, esa es la inmensa mentira del ascetismo. Yo he arrancado de mi mente toda la hojarasca para pisotearla y echarla al fuego. No me hables de pobreza, Casandra... ¡Pobreza nunca!... (Excitadísimo, se pasea por la estancia.) Pobreza no.

CASANDRA, llevándole el genio, con idea de sosegarle.

Bueno, bueno: seremos ricos.

ROGELIO

Yo resolveré el terrible problema... (Casandra, siguiéndole. trata de abrazarle.) La duda de tres términos... La resolveré de un modo sutilísimo. (Dándose un golpe en la frente.) Ya te tengo, idea. (Coge el sombrero.)

CASANDRA, consternada.

¿Pero te vas?

AQUILES, corriendo detrás de su padre.

Dame papel más grande. ¿Ves? Lleno... No *quepen* todos.

ROGELIO, sin hacer caso del niño ni de la madre.

Voy á ver á Baal... á *Baalberith*, el demonio clásico, el del lenguaje limpio y sonoro... Me ha citado... Tengo que llevarle mis condiciones...

CASANDRA

¿Condiciones... de qué?

ROGELIO

De transacción, de... Déjame. Es la hora... Me espera.

CASANDRA, queriendo asirle del brazo.

No salgas... Por Dios te lo pido... Almorzaremos antes.

ROGELIO

No tengo gana... Luego comeré.

CASANDRA

Pero oye... oye... aguarda. (Quiere detenerle. Rogelio se le escapa.)

AQUILES, chillando.

Padre, padre... papel grande.

ROGELIO

Dejadme... Volveré pronto... Adiós... Reina, adiós. (Sale corriendo. Se precipita hacia la puerta. Suena el portazo... traqueteo de pasos descendentes en la escalera.)

CASANDRA, llorando.

Confusión mía, misterio que envuelves mis días tristes y mis noches sin sueño, ¿de dónde venís y á dónde nos lleváis?... Rogelio, ¿qué meditas, qué haces, qué esperas?... Dios de los humildes, ten piedad de esta pobre familia.

(Poco después se la ve en el comedor dando de almorzar á los niños. Sus lágrimas silenciosas caen en los platitos. Contagiadas las criaturas de la aflicción de su madre, lloran también un poquito... pero comen.—Un fuerte campanillazo estremece á todos. Corre á la puerta la criada. ¿Quién es? Un criado de la señora Marquesa de Tobalina. Casandra sale.)

SATURNO, criado viejo.

La señora espera á usted esta tarde, á las cuatro.

CASANDRA

No faltaré. (Volviendo al comedor.) Iré, veré á la maldita vieja... No, no: bendita será si me saca de esta mortal incertidumbre.

ESCENA IV

Sacristía de la capilla, en el palacio de Tobalina.

DOÑA JUANA, DON FRANCISCO CEBRIÁN, sentados á un lado y otro de la mesa central; después AMELIA y CASILDA NEBRIJA.

DOÑA JUANA

¿Verdad, don Francisco, que ha sido buena idea venirnos á despachar á la sacristía? Es lo más fresco de la casa.

CEBRIAN, alzando sus ojos de lo que escribe.

Fresco, silencioso, con risueñas vistas al parque. Por esa ventana penetra el aroma de las rosas de Jericó. Aquí nos llega un aire tibio que calentaron los rayos del sol y enfrían con su sombra los cedros del Líbano y los almendros de Judea, vestidos de tempranas flores... Plácido es este aposento, al par que venerable, como protegido del silencio de fuera, y esmaltado por de dentro con hermosos símbolos de piedad.

DOÑA JUANA

Yo siento aquí facilidad mayor para imaginar la paz del claustro. Diría que estoy en la celda prioral.

CEBRIÁN, sin mirarla, atento á ordenar sus apuntes.

Enteramente.

DOÑA JUANA

Sigamos.

CEBRIAN

En puridad, hemos concluído. No nos falta ya más que la respuesta del Director del Banco General de Agricultura, que ha quedado en dármela mañana.

DOÑA JUANA, recordando un asunto.

¡Ah!... antes que se me olvide, Cebrián... Apunte usted... Que sin falta, esta tarde, venga á verme mi prima Cayetana Yagüe. Tengo que conferenciar detenidamente con ella y encargarla de una comisión muy delicada...

CEBRIÁN, apunta.

"Esta tarde... Cayetana Yagüe.„

DOÑA JUANA

Y que no pase mañana sin que me traiga usted la conformidad de Rogelio.

CEBRIÁN

Tengo para mí que es hombre entregado, cautivo de los deseos de usted. Su alma está revestida de una frágil armadura floreada y reluciente, que se desbarata al menor soplo de la razón. Es de éstos que cantan á los espacios ideales y que fácilmente se rinden á la poesía del interés.

Entran en la sacristía Casilda y Amelia. Son indigentes de carnes, y tan puntiagudas de huesos como peladas de entendimiento y mondas de cultura. El color cetrino afea sus facciones hocicudas, compuestas con toda la singracia que espanta las miradas del hombre. Visten de negro, sombreros *idem*, sin ninguna ráfaga de color que alegre aquellos túmulos semovientes. El luto parece como esencial en sus temperamentos descoloridos: son pálidas de rostro y de pensamiento; pálidas por su pasividad y hasta por su mojigatería pedestre, sin ensueño ni exaltación. Han estado en la capilla tomando la medida para hacer trajes completos, *de última moda*, á la Virgen y al Niño Jesús. Emplearán tela riquísima comprada por doña Juana. Amelia es maestra peritísima en la sastrería imaginera, y se precia de conocer las últimas novedades en esta clase de labores.

DOÑA JUANA

¿Has concluído de tomar tus medidas?

AMELIA, mostrando el metro de cinta y un papel con números.

Sí, señora. Aquí llevo todo.

DOÑA JUANA

El traje del Niño que no sea corto, Amelia. Está feo que se le vean las piernecitas. (Asiente Amelia estirando los labios.)

CASILDA, acércase á la ventana para mirar al parque.

Dígame, tía: esa que se pasea en el jardín, ¿es *esa* Casandra?

DOÑA JUANA

Ella será. Como le dije que á las cuatro, y faltan diez minutos, estará haciendo tiempo.

AMELIA, mirando.

Ella es. Hoy trae vestido de lanilla gris con motas azules.

CEBRIAN, se levanta y mira.

A fe que es hermosa.

DOÑA JUANA, sin moverse de su asiento

De una hermosura provocativa, que por donde quiera que va lleva tras sí las miradas de los hombres.

CASILDA, contemplando con avidez á Casandra.

¡Qué precioso cuerpo!

AMELIA

Es muy esbelta.

DOÑA JUANA

Cuerpo descaradamente estatuario.

CEBRIAN, ingenioso.

Escultor era el padre.

DOÑA JUANA

Y cuando quedó huérfana, la recogieron unas tías que tenían fábrica de corsés. Los corseteros son los verdaderos escultores del día: han encontrado el medio de hacer el desnudo vestido.

CASILDA, sin quitar los ojos de la figura de Casandra.

Imposible que sea verdad lo que dicen: que se hace los vestidos ella misma.

AMELIA, en la misma contemplación.

Corte y hechura más perfectos, ni en París.

DOÑA JUANA, severa.

¿Por qué miráis embobadas á esa mujer tan inferior á vosotras por todos estilos? Quitaos de la ventana. (Amelia y Casilda, obedientes como máquinas, se apartan de la ventana sin chistar.)

CEBRIÁN

No es grave mal que las mujeres buenas miren á las que no lo son, si las examinan con el intento y propósito de no parecerse á ellas. (A Casilda y Amelia no se las ocurre nada que decir. Sus entendimientos son verdaderos páramos.)

DOÑA JUANA

Voy á mandarle recado para que entre ya. No me gusta hacer esperar á nadie. (Llama por un timbre.) Por desgraciada merece esta mujer respeto. Yo llevaré mi respeto hasta la protección, siempre que ella me dé indicios de merecerla.

CEBRIAN, chistoso y clásico.

No hay mayor desgracia que ser panal viviente, á que acuden los ojos lascivos.

DOÑA JUANA

Aprended, niñas, á despreciar la admiración de los hombres depravados. Y si alguno os llamase estatuas, no os engriáis: bajad los ojos, y disimulad vuestras gracias porque no sean estímulo de pecados. (Las señoritas apenas se

enteran. Son como imágenes vestidas á la moda mundana.) Mientras yo y don Francisco recibimos á la infeliz Casandra, daos un paseíto por el jardín. Cuando la veáis salir, volved acá. (Entra Martina; doña Juana le da órdenes.)

AMELIA

¿Y si nos encontramos con ella, podemos saludarla?

DOÑA JUANA

No más que con una discreta inclinación de cabeza. No habléis con persona que jamás ha de alternar con vosotras.

CEBRIÁN

Sed modestas, sin olvidar nunca que modestia y dignidad se compadecen en las almas delicadas.

DOÑA JUANA, sentenciosa.

Debemos ser dignos... con humildad. La humildad en el corazón, la dignidad en... (No concluye, por no saber bien dónde está la dignidad.)

CEBRIÁN

Ya viene Casandra. (Salen con tiesura lenta las señoritas.)

ESCENA V

DOÑA JUANA, CEBRIÁN.—CASANDRA

DOÑA JUANA

Pasa. ¿Por qué no entraste antes?

CASANDRA

Su criado de usted me dijo que á las cuatro. Como no tengo reloj, me anticipé... No quería entrar antes de la hora marcada.

CEBRIÁN

Anticiparse á las horas designadas es, más que falta, sobra y lujo de puntualidad.

CASANDRA

¡Estaba yo tan impaciente...! (A doña Juana.) Deseaba ver á usted para que me sacase de una incertidumbre dolorosa.

DOÑA JUANA

Siéntate. (Casandra y Cebrián se sientan.)

CASANDRA, temerosa.

Rogelio está como delirante. Le atormentan dudas, no sé qué dudas...

CEBRIÁN

Es hombre más destemplado en la superficie que en el fondo. Sus arrebatos son pura espuma.

DOÑA JUANA

En esto, no más que en esto, se parece á su padre.

CEBRIÁN

Cierto. Hilario, á las veces, se ponía como loco.

CASANDRA

¿Como loco?

DOÑA JUANA

Pero sólo cuando traía entre manos un negocio de importancia. Si el negocio era bueno, creía que se le escapaba. Hacía números sin cesar. Arrojábase de la cama para llenar de cifras el primer papel que encontraba.

CASANDRA, vivamente.

Lo mismo hace Rogelio.

DOÑA JUANA

Ni comía, ni dormía. Hablaba de los demonios, de un demonio tutelar y consejero...

CASANDRA

Lo mismo, lo mismo.

DOÑA JUANA

Pero, en cuanto realizaba el negocio, se quedaba tan tranquilo, y ya no pensaba más que en ir conmigo á misa para dar gracias á Dios.

CASANDRA

El caso es que Rogelio no se ha ocupado nunca de negocios. Desea tener dinero. Habla del oro con pasión y con donaire; pero desconoce los medios de ganarlo... Es un poeta que, por no hacer nada, no hace ni versos; es un imaginativo, un hombre de fantasía y de ternura, de infinita ternura... ¿Cómo le ha entrado ahora la fiebre de los negocios?

DOÑA JUANA

Entenderá por negocio un cambio de posición llovido del Cielo.

CASANDRA

Entiéndelo como llovido de la magnanimidad de la viuda de su padre.

DOÑA JUANA, secamente.

En ese caso, yo lo haría por cumplir un deber sagrado. No hay motivo para que se me llame magnánima.

CEBRIÁN, viendo á Casandra un tanto cohibida.

Y usted, naturalmente, desea, ambiciona el cambio de posición.

CASANDRA

Delante de todos mis ensueños va el de ser esposa legítima de Rogelio.

CEBRIAN

Con la venia de la señora, yo pregunto á usted si sintió ese anhelo matrimonial cuando Rogelio no podía ver delante de sí más que soledad y pobreza.

DOÑA JUANA, apoyando la argumentación de Cebrián.

Ese es el punto... ese es el punto.

CASANDRA, con gravedad.

Y yo respondo que el mismo anhelo he sentido siempre. (Pausa. Cebrián y doña Juana se miran

sonriendo.) He dicho la verdad. Júzguenme como quieran, y decidan de mi suerte.

DOÑA JUANA, con solemnidad hueca, como el son de un cántaro vacío.

De tu suerte, tú sola decidirás.

CASANDRA, consternada.

¿Pero no sabré de una vez qué quieren hacer de Rogelio, de mis hijos y de mí?... Así lo digo, poniéndome la última. (Pausa. Perpleja se ve doña Juana, sin saber cómo formular la dura respuesta. Acude Cebrián con su razonar forense y sus retóricas de hablista.)

CEBRIAN

Yo contestaré. (Prepárase con una tosecilla.) Antes de examinar separadamente el grado de protección que conviene á cada una de las entidades que usted designa, y de fijar la relación de estos parciales actos caritativos con el conjunto armónico de caridad integral ó sintética, hemos de presentar y resolver una cuestión previa, que á la señorita Casandra particularmente se contrae. (Aquí, y en lo restante, apoya y asiente doña Juana con enérgicas cabezadas.) No es problema baladí, ciertamente, traer á la virtud y al buen gobierno á ese vendehumos de Rogelio, fruto de amores desordenados, y por ende malditos de Dios. Menos difícil será sacar de las tinieblas á esos vástagos inocentes, en cuyas almas no han alboreado las primeras luces de la verdad. Su edad tierna permite que esos delicados arbolitos humanos sean criados derechos y firmes. Pero más áspero y escabroso que estos problemas es, á mi ver, el de la ma-

dre, por las circunstancias, no insólitas, pero sí lamentables, en que la encuentra la presupuesta reforma cristiana y social. (Casandra pone su atención más intensa en el discursillo, no perdiendo sílaba, y anhela sacar de él la enjundia que sin duda tiene. Tose otro poquito el orador, y prosigue.) Menester es procurar, ante todo, la corrección espiritual de la señorita Casandra, pues en dicha corrección y reforma estriba su ulterior consuelo. Menester es asimismo atender á su material socorro, pero poniendo mayor solicitud y cuidado en remediar los estragos de su educación viciosa, de su larga permanencia en donde no pudo respirar más que aires insanos. (Por más esfuerzos que hace la mente de Casandra para extraer algún sentido de aquella sonata gramatical, nada consigue, y su confusión sube de punto. Cree lo contrario el letrado, y sigue.) Déjeme acabar... No es mi ánimo ofenderla... Su corazón no es malo, sin duda. En él existen los gérmenes del bien. Si estos preciosos gérmenes no han fructificado, débese sin duda á la total carencia del calor religioso.

CASANDRA, agarrándose á la última idea, única vista con claridad.

¿Qué quieren? ¿Religión? Dispuesta estoy á practicarla.

DOÑA JUANA, hueca y agria.

En tí existe el sér religioso como en toda criatura; pero está caído. Tu conciencia es como castillo abandonado y ruinoso. En las grietas de él viven las alimañas de la impiedad.

CASANDRA, impaciente, nerviosa.

Quieren restaurarme. Pues empiecen cuando gusten.

CEBRIAN

Pero no ha de pedirlo usted con formas arrogantes.

CASANDRA, con mayor viveza.

¿Pues cómo he de pedirlo?

DOÑA JUANA

Con humildad, sin ese tonillo altanero de que no puedes desprenderte.

CASANDRA, muy afanada.

¡Tono altanero yo! No lo sospechaba. Pero si es altanera mi voz; si en mis ojos y en mi frente ven un orgullo que no existe, yo rebajo voz, acento y todo mi sér para pedir que restauren mi fe, que á su gusto edifiquen este castillo en ruínas.

CEBRIAN

Muy bien.

DOÑA JUANA

Muy bien, repito yo. Se harán las pruebas que acrediten la sinceridad del deseo. Lo primero es que frecuentes los actos religiosos. (Casandra les mira con estupor y como atontada.)

CEBRIAN

Los actos religiosos empezarán por interesar su corazón, acabando por encenderlo y abrasarlo. En ellos, al fin, hallará usted el lenitivo de sus penas.

CASANDRA, asustada.

¿Penas dicen? ¿Me aguardan mayores penas?

DOÑA JUANA

Pobre mujer, alma ciega, ¿no caes en la cuenta de que en esta vida es baldío y ocioso todo lo que no nos prepare para la vida inmortal?

CASANDRA, dudosa al principio, después convencida.

Sí, sí... Nos preparamos cumpliendo fielmente nuestras obligaciones.

DOÑA JUANA

La primera y más sagrada obligación es mirar por nuestra alma. Dime: ¿no crees tú en la Bienaventuranza Eterna, destino y recompensa de los justos?

CASANDRA

Creo, sí, señora.

DOÑA JUANA

¿Y en el Infierno crees, fin y eterno castigo de los malos?

CASANDRA, dudando.

Sí... digo, no. No estoy convencida de que haya Infierno con llamas y diablos, como nos lo pintan. (Doña Juana se santigua.)

CEBRIAN, suspira mirando á doña Juana.

Su vaga doctrina se ajusta al comodín humano de creer en el premio y no en el castigo.

DOÑA JUANA

Loca, ¿no comprendes que así no puede haber moral?

CASANDRA, ingenua.

¿Moral? Yo la tengo, creyendo unas cosas y otras no... (Viendo el efecto que causan sus palabras, se confunde y marea más.)

DOÑA JUANA

No creerás tampoco en el Purgatorio, donde los que no hemos sido del todo malos permaneceremos hasta limpiarnos de nuestras culpas.

CASANDRA

¿Por medio de sufragios y oraciones de los vivos?

DOÑA JUANA

¿No lo crees?

CASANDRA

Sí... lo que usted quiera... Admito que...

DOÑA JUANA

¡Oh! esa duda desdeñosa es peor que la negación.

CEBRIAN

No vale admitir los dogmas con esa tolerancia latitudinaria y escéptica. El estado de su conciencia, señorita, es á todas luces desastroso. (Doña Juana suspira, considerando en silencio la infinita variedad de causas de la perdición de las criaturas.)

CASANDRA

Mi educación, ya lo sabe la señora, fué desdichada.

CEBRIAN

Eso en cierto modo la disculpa... También atenúa su ignorancia el hecho de haber puesto usted toda su atención últimamente en el cuidado de lo que llamaremos su familia. Pero bueno es que sepa usted que la más alta y apremiante atención del sér humano es...

DOÑA JUANA, interrumpiendo, impetuosa.

Salvar el alma.

CEBRIAN

Es decir, hacer cada día y cada momento lo que pueda conducir á la salvación del alma.

CASANDRA, en tono grave, con algún dejo de protesta.

¿Y para salvarme el alma, señora, me ha llamado usted hoy?

DOÑA JUANA, más dura.

Para enseñarte los medios de salvación, loca, ingrata.

CASANDRA

Yo entendí que me llamaba usted para salvarnos la vida á mis hijos y á mí, y para darme ante el mundo la dignidad de que carezco.

CEBRIAN, escandalizado.

¡Demontre! En el lenguaje de usted no podemos ver más que el efecto de un orgullo mal contenido. (Asiente doña Juana con energía.)

CASANDRA

No he venido con orgullo, sino con humildad, movida del deseo de ser grata y sumisa. He pedido á usted que me saque de mis horribles dudas; le he pedido claridad, y me envuelve en mayores tinieblas.

CEBRIAN

Moderación, hija, moderación.

CASANDRA, arrogante.

Y en estas tinieblas que me envuelven, la señora ilustre y el señor de Cebrián me hablan de salvar mi alma, que yo no creo perdida, y su lenguaje tristísimo es como si me cantaran mi funeral de cuerpo presente y viva. (Se levanta.)

CEBRIAN

¡Así juzga las exhortaciones á la piedad!

DOÑA JUANA, alardeando de generosidad cristiana, que es puramente externa y postiza.

Hija mía, quédate en tu orgullo, y déjame á mí en mi modestísimo propósito de ampararte, mal que te pese.

CEBRIAN

¿Oye usted cómo habla la fe?

DOÑA JUANA

La favoreceré, la iluminaré, aunque no quiera, con ruegos, con acciones. Para llegar á su bien pasaré por encima de su ingratitud.

CASANDRA, aturdida y acongojada, da un paso hacia doña Juana.

Señora... no sé lo que dije... Perdóneme usted... Me encuentro en un grado de irritación, que altera mi carácter. La duda, el no saber... Sea usted sincera... dígame... No extrañe que me subleve contra un misterio que... He venido en busca de la solución de mi vida. No quieren dármela. Pregunto una cosa y me contestan otra... Pero si en esta turbación de mi espíritu he dicho, sin quererlo, algo inconveniente, olvídelo, y usted, señor de Cebrián, olvide también...

CEBRIAN

La señora responderá á usted con hechos. La falta de fe la tiene á usted ciega, impidiéndole ver el corazón de doña Juana, anegado en dulce caridad.

DOÑA JUANA, con unción contrahecha, adquirida en el tráfico de cosas santas.

Amo á los desgraciados, y para los culpables tengo toda mi indulgencia. De este amor mío á la desgracia tendrás pruebas palpables. Nada más puedo decirte ahora.

CASANDRA, trémula.

Y con la promesa del amor de usted, ¿puedo retirarme tranquila?

DOÑA JUANA, lúgubremente.

No sé qué clase de tranquilidad es la que deseas. Si es la que nace de la conformidad con la voluntad de Dios, retírate sin cuidado.

CASANDRA, mirándola, sin atreverse á salvar la distancia breve que de ella la separa.

Señora... tenga usted compasión de mí.

CEBRIAN, suave, sigiloso.

Retírese, sosiegue su espíritu, y prepárelo para las saludables enseñanzas... Haga el mayor acopio posible de los tesoros de la humildad, de la anulación...

DOÑA JUANA, acabando su plegaria.

Escoge los caminos que gustes. En los caminos buenos y en los malos me encontrarás: en los buenos para ir en tu compañía, en los malos para sacarte de ellos. ¿Quieres salvarte? (Pausa.) ¿Quieres salvarte?

CASANDRA siente el misterioso terror del exorcismo sacerdotal. Enorme peso gravita sobre su corazón y aplana su voluntad.

Sí.

CEBRIAN

Más alto. Oigamos clara la voz penitente.

CASANDRA habla como máquina bajo la influencia de la rigidez hierática de doña Juana y de la entonada dicción de Cebrián.

Quiero salvarme.

DOÑA JUANA, con énfasis pontifical.

Bendita seas si te abrazas á la Cruz... Dete Dios la gracia que ha de salvarte. (Doña Juana alarga á Casandra su mano para que se la bese. Lentamente se acerca Casandra, se inclina y besa la mano.)

CEBRIÁN, en voz queda.

La fe mueve los montes y el amor hace santas á las pecadoras. (Acércase y la acompaña hasta la puerta.)

CASANDRA, para sí, en la puerta, volviendo de su estupor.

Dios... amor... fe, ¿dónde estáis?... Y me voy sin saber qué será de mí. (Mirando al cielo.) Cielo, Dios, Amor, decídmelo. (Sale. Cebrián cierra la puerta suavemente, y con paso blando vuelve junto al ídolo.)

ESCENA VI

Jardín... Calle.

CASANDRA, LAS NIÑAS DE NEBRIJA, DON VENTURA

En la alameda curva pasean Amelia y Casilda con su señor padre, que acaba de llegar. Es hombre más avejentado que viejo, de rostro tumefacto con vetas rojizas; bigote de moco, húmedo, pegajoso y amarillo; la mirada escondida tras azules gafas. Sus ojos destilan; sus narices lloran, y en su boca, las toses, el carraspeo y el silbo bronquial se confunden en horrible desconcierto con su palabra ronca. Friolento hasta lo álgido, lleva gabán de pieles hasta el 15 de Mayo, con capa encima y bufanda de añadidura. Su compleja y desdichada historia nos le

presenta como náufrago de la política y de los negocios, con tan mala suerte en las conspiraciones y en los agios, que más de una vez cárcel y ruina fueron el término de sus alocadas empresas. Dando tumbos fué á caer con su displicencia y sus catarros bajo la mano piadosa de su prima doña Juana, que le recompensó con largueza la abjuración de sus errores, y le metió en cadenas de religión para tenerle bien trincado. Titulábase, para disimular su parasitismo, corredor de comercio; mas casi nada trabajaba, y sólo parecía corredor de constipados, porque los traía y los llevaba de una parte á otra, colocándolos, leves ó graves, en las personas de sus amigos y clientes.

Á poco de juntarse aquella tarde con sus hijas, pasó Casandra en dirección de la verja. Iba la guapa moza tan metida en sí, que apenas paró mientes en las tres figuras melancólicas. Las niñas sí que la vieron, y se pararon para contemplarla á su gusto.

AMELIA, con admiración triste.

Papá, mira: es Casandra.

NEBRIJA

Ya la he visto... No miréis tanto al pecado que pasa.

CASILDA

¿Por qué no la miras tú, papá?

NEBRIJA

Porque me escandalizo... Me da frío, y en seguida viene el golpe de tos. Como le digáis á vuestro confesor que habéis mirado á la diosa... ni Dios os libra de una buena peluca.

CASILDA

No es pecado admirar la belleza.

NEBRIJA, echando babas.

Más bonitas sois vosotras, aunque os llamen palitos vestidos de negro; vosotras, las encanijadas más graciosas que hay en Madrid. A nadie tenéis que envidiar. Tú, Casilda, con anzuelo sin carne has pescado á un marido millonario, y para tí, Amelia, no ha de faltar un buen hueso que arrimar á los tuyos... Dios colme de gloria á mi prima, y cuando al Cielo suba la santa, llévеme consigo, para que desde el abrigo de la Eternidad os vea yo felices... y engordando... Vamos adentro, que ya terminó la visita. (En el pórtico, arreándolas por delante.) Entrad, entrad, ganado mal comido, que este beaterio es vuestro pesebre. ¡Ah, si yo tuviera vuestros años, quién me tosería!... (Tose... Entran.)

ESCENA VII

Despacho en la casa de los Marqueses del Castañar.

DON ALFONSO, INSUA.—CLEMENTINA

ALFONSO, recibiéndole cariñoso.

¡Cuánto gusto en verle, amigo Insúa!

INSÚA

No pude venir esta tarde. ¿Es ésta buena hora?

ALFONSO

La mejor. No salimos.

CLEMENTINA, entrando presurosa.

Le sentí entrar, señor de Insúa, y aquí me vengo. (Saludos cordiales.)

INSÚA

¿Tienen ustedes mucha gente en casa?

CLEMENTINA

La tertulia de siempre. María Navalcarazo, que viene todas las noches... la de Armada y sus niñas, y algún otro amigo tresillista.

ALFONSO

Luego vendrá quizás Zenón Guillarte.

INSÚA

Es que... Hablaré á ustedes de asuntos reservadísimos, en extremo delicados, que han de quedar, por ahora, entre nosotros.

CLEMENTINA

Descuide usted. Seremos la misma discreción. (Cierra la puerta.)

ALFONSO

¡Vaya, vaya, que se ha portado doña Juana con usted! (Se sientan los tres.)

INSUA, suspirando fuerte.

Cosas de la vida, que no por inesperadas, no por injustas, dejan de ser dolorosas.

CLEMENTINA

¡Pagar así treinta años de leales servicios!

INSÚA

De la honradez y lealtad de mis servicios no debo hablar yo... Mi rectitud está de tal

modo grabada en la opinión, que no necesito salir en mi defensa... Dejo la administración de doña Juana tan puro como en ella entré.

ALFONSO

Cierto... Ella es la que pierde...

CLEMENTINA

Ha sido ingratitud grande de esa buena señora... Y todo por una tontería... (Pausa.)

INSÚA, tras un momento de vacilación, se arranca por la sinceridad. Sus primeras palabras premiosas imitan las ronqueras iniciales del teléfono.

Nada... señora mía, nada... Con ustedes, personas razonables, personas de mundo, puedo tener esta confianza... En efecto, la Pepa... válgame la verdad... la Pepa me agrada. Hace tiempo que buscaba yo una muchacha humilde y limpia que me gobernara la casa... La casa de un viudo sin hijos presentes, tiene no poco que arreglar... Prefiero las mozas de pueblo á las de clase empingorotada, y aún más á las de clase media, que son las peores... Se dirige usted, pongo por caso, á la hija de un empleado de diez ó doce mil reales, á una esmirriada señorita que se arregla los trapos y no ha comido nunca más que patatas... Es usted hombre acomodado, como yo, y se casa con ella... esto es un suponer... Pues ya la tiene usted hipando porque la hagan marquesa y por alternar con las tales y las cuales... No es así la Pepa... Repito que me ha entrado por el ojo derecho... Me han conquistado, más que sus ojuelos negros, sus cualidades... Yo, desde que era tamaña así, la conocía... pues al padre

de ella le tuve de ordenanza cuando yo administraba la Sacramental de San Nicolás... Luego, la recomendé á doña Juana...

CLEMENTINA, ardiendo en impaciencia, aprovecha el nombre de doña Juana para dar un corte á la amorosa historia.

¡Ah, doña Juana!... Háblenos usted de ella, y luego nos contará lo demás...

INSUA

Lo mío no puede interesarles... Cosas de mayor importancia quería comunicar á ustedes... para que antes que nadie conozcan y aprecien el desquiciamiento cerebral de esa buena señora...

ALFONSO

De los últimos estragos de esa máquina descompuesta ya tenemos conocimiento.

CLEMENTINA

Sí, amigo Insúa... No se moleste en contarnos lo que yo he sabido por ella misma...

INSÚA, sorprendido.

¡Por ella misma... sabe!

CLEMENTINA

Ya me dió cuenta esta mañana de su plan de reconocer á Rogelio un capital de dos millones...

ALFONSO

Y de casarle con la chica de Nebrija.

INSÚA, poniéndose muy serio y enronqueciendo considerablemente.

No era eso... no era ese el asunto que yo quería comunicar á usted cuando le pedí hora para una conferencia.

ALFONSO

Ya presumo que algo más grave ha de ser, pues ni Rogelio ni su casorio nos afectan nada.

INSÚA

Y esto sí, esto les afecta... y de un modo gravísimo... Perdónenme, queridos amigos, si la fatalidad me hace portador de las noticias más desagradables...

CLEMENTINA, en gran consternación.

¿Ves, Alfonso, ves?... ¡la sombra negra que era mi espanto desde que hablé con la tía esta mañana!... ¿Ves la confirmación de mis presentimientos?... Lo que te dije... desviada de nosotros... enojada con nosotros... ¡Oh, Dios mío!

ALFONSO, tranquilizándola.

Deja, deja que hable Insúa.

INSÚA

Yo no tengo que guardar consecuencias á la señora Marquesa de Tobalina, que me ha despedido como á un lacayo. Consecuencia guardo á ustedes, que siempre me han considerado y

distinguido... Estimo á ustedes, y empiezo por decirles que lo mismo debe importarles ya el enojo que el desenojo de esa funesta señora. (Clementina traga saliva y oye, dudando de lo que oye.) Viven mis buenos amigos pendientes... esa es la palabra... pendientes de una esperanza, del testamento que otorgó doña Juana en Diciembre de 1901... pendientes, digo, materialmente colgados viven de aquella disposición testamentaria, porque en ella adjudica doña Juana á su sobrina carnal, aquí presente, todos los bienes raíces del llamado *latifundio*... con más buena cantidad de riqueza mobiliaria... (Alfonso no hace más que sobar su escurrida barba toledana, que parece pintura del Greco, y mover nerviosamente los párpados. Clementina no tiene ya saliva que tragar.) Pues bien... es muy duro decirlo: esas esperanzas y ese testamento y ese *latifundio*, son ya hojas secas que se ha llevado el... (Pausa. Silencio lúgubre, en cuyo fondo vibran lejanos ecos del *Dies iræ*. Sobre ellos culebrea el final de latiguillo) que se ha llevado el viento (Y lo repite con la más honda ronquera), que se ha llevado el viento.

ALFONSO, sin volver de su estupor.

Un testamento no puede ser anulado más que por otro testamento.

INSÚA

Un testamento es nulo desde el momento en que desaparece la materia testable.

CLEMENTINA, intentando recobrar el uso de la palabra.

Pero... explique... Mi tía... ¿loca...?

INSÚA

Doña Juana se desprende de toda su fortuna por medio de donaciones *inter vivos*. Así le queda el alma más ligera y ágil para volar al Cielo... ¿Qué? ¿No lo creen? (Clementina, como idiota, no afirma ni niega.) Lo dice quien ha preparado toda la documentación.

ALFONSO, queriendo aparentar serenidad.

¿Pero cómo puede ser...? Tenga la bondad, amigo Insúa, de explicarnos la tramitación de ese increíble reparto *inter vivos*.

INSÚA

Lo primero ha sido instituir en la cabeza destornillada de Rogelio los dos millones... Es para doña Juana cuestión de conciencia, un tributo necesario, siquier tardío, á la memoria de su esposo. Después se distribuye la cuantiosa propiedad urbana en diferentes donaciones; la riqueza mobiliaria fácilmente y sin ninguna ficción sigue el mismo camino; y en cuanto al *latifundio*, ultimada la negociación con el *Banco General de Agricultura*, quedará convertido en mobiliario. (Clementina clava sus dedos en los brazos del sillón, horadando la tela.) Mi sucesor, el amigo Cebrián, terminará entre mañana y pasado las operaciones por mí preparadas, y... Me han asegurado que algunas escrituras están ya extendidas... En fin, que todo acabó... Vean un mundo que se deshace... (Alfonso hunde la barba en el pecho.)

CLEMENTINA, balbuciente, con lengua que quiere paralizarse.

Pero ¿á quién?... ¿en favor de quién...?

INSÚA

Ya debió usted comprenderlo. El *para quién* está bien á la vista... como que está en todas partes. De todo ese caudal, que no baja de diez y siete millones... pero de duros, ¿eh? será pronto heredero... ya lo adivinan... Dios, muy necesitado de bienes materiales, según doña Juana... Dios, creador y dueño de todo lo creado... Descalzo, pobre, sin tener una piedra en que reclinar su cabeza, anduvo Nuestro Señor Jesucristo por el mundo, enseñando su doctrina sublime... Pobre y descalzo, le llevamos nosotros en nuestros corazones. Doña Juana, más cristiana que el mismo Cristo, según ella, se aflige de ver á Nuestro Redentor tan menesteroso, y emplea todo su dinero en proporcionarle zapatos de oro, corona de pedrería, manto bordado, y un palaciote con buenas camas y divanes.

ALFONSO

¡Horrible ironía!

INSÚA, mirando al techo:

Figúrense ustedes el gusto con que recobrará Dios todo ese capital, que era suyo y le fué arrebatado por el ladrón de Mendizábal. El pobre Hilario, sin saber lo que hacía, compró el *latifundio* con dineros mal adquiridos... Pero al fin todo queda en casa, y el Altísimo muy contento con que las fincas urbanas y rústicas, y el cúmulo de acciones del Banco y de valores públicos, vuelvan al sagrado Tesoro...

CLEMENTINA, sofocada.

No siga usted, amigo Insúa... Yo le suplico que calle. (Ni ella ni su marido apartan los ojos del suelo, donde ven los escombros de una ciudad destruída por terremotos.)

ALFONSO

¡Es increíble, monstruoso!

CLEMENTINA

Es una infamia, es desprecio de Dios, y burla de los sentimientos más elementales... de la sociedad, de la familia. Pero dígame, Insúa: ¿reparte todo absolutamente? ¿Y ella...?

INSÚA

Para sí reserva sólo cien mil duros, y del mundo se retira, desengañada de sus falaces pompas. Para estar más segura contra vanidades y más resguardada contra tentaciones, se recoge al convento de Monjas Franciscas de Medina de Pomar, donde ya le están preparando habitaciones con tribuna cómoda sobre la iglesia. Allí vivirá en éxtasis, hasta que Dios, su padre y heredero amantísimo, quiera llevarla á la eternidad gloriosa.

ALFONSO, levántase con brusca distensión de sus piernas.

Siento aversión, asco de una sociedad en que son posibles estas indignidades; repugnancia también y desprecio de nosotros mismos, que hemos vivido tanto tiempo engañados por las promesas y el falso cariño de esa mujer. Basta. Hablemos de cualquier abomi-

nación de las muchas que existen en el mundo. Las más atroces nos refrescarán de la irritación de ésta.

CLEMENTINA

¿Y es permitido que los locos destruyan así la sociedad y la familia?

INSÚA

Señora, innumerables locos sueltos vemos por ahí, y ellos son los que nos dirigen y gobiernan.

CLEMENTINA, echada atrás en el sillón, mirando al techo.

¡Y para ver esto vivimos!

ALFONSO

Vivimos en un mundo de ficciones, en un armadijo de noblezas figuradas y de distinciones mentirosas. Los ricos aparentan mayor riqueza, y los de un mediano pasar decoramos con talco nuestra medianía para parecer opulentos. Todo en nuestra vida es ilusorio, teatral y fantástico... Ningún noble empobrecido tiene arranque para irse á labrar las tierras vírgenes de América, ni virtud para esconder su pobreza en un rincón campesino, entre villanos y animales. Ese valor lo tendré yo, yo, Alfonso de la Cerda. No quiero vivir más tiempo engañando al mundo y engañándome á mí mismo.

CLEMENTINA

Casi casi sin acordarme de que era huérfana me he criado yo, pues padres míos se llama-

ban don Hilario y doña Juana. No fué culpa mia tenerles por padres, ni ha sido disparate pènsar y creer que heredaría parte de su fortuna. ¿Por qué desde niña no me inclinaron á la pobreza? ¿Por qué no me echaron á una aldea, donde yo cuidaría ovejas ó cabras, traería agua de la fuente y me casaría con un pastor? ¿Qué culpa tengo de que la propia doña Juana, ella, ella, me criara señorita, con todo el regalo y las pretensiones de una heredera de marqueses?... No, no es una ridiculez, no es locura que yo me haya colgado á esas esperanzas, que haya vivido de la substancia de ellas, y que las haya hipotecado á la sociedad, tomando de ésta la representación que por mis esperanzas me daba.

ALFONSO

Clementina, seamos humildes.

CLEMENTINA

Yo no puedo serlo. Esta desesperación ha de matarme. No sobreviviré á esta burla indigna, que pisotea toda mi existencia. (En un arrebato de furor se pone en pie, altanera, majestuosa.) Debiéramos las madres pobres ahogar á nuestros hijos antes que criarlos en la ilusión de una herencia. ¡Maldita sea la hora en que fuí madre, y aumenté el número de los engañados por fantasmagorías vanas! ¿Por qué no fuí estéril?... Una sociedad como ésta, incapaz de impedir iniquidades de tal calibre, debe ser aniquilada, dejando el territorio á las cuadrillas de gitanos. ¡Oh problema sin solución y angustia sin alivio!... Yo me sentía fuerte en la sociedad; andaba en ella con paso firme...

Ahora tendré que andar azorada y corrida. (Con desvarío.) ¡Ah! no, no quiero oir las burlas (Tapándose los oídos), no quiero oir los chistes con que celebrarán mi horrible desengaño... no quiero, no quiero.

ALFONSO, acude á ella, asiéndola por los brazos.

Clementina, por Dios, ¿qué delirio es ese...?

INSÚA

Señora, sosiéguese... Piense en sus queridos hijos.

CLEMENTINA, con mayor trastorno.

Hijos, más os valiera no haber nacido, que crecer en el regazo de una madre idiota... porque lo he sido: idiota he sido hasta hoy... Vea usted, señor de Insúa: mis pobres niñas María Juana y Beatriz, tan buenas, tan inocentes, tan puras, serán las primeras en llamarme imbécil... Había yo dispuesto que confesaran y comulgaran mañana. Todo el día han estado preparándose... Antes cumplían con la Iglesia, como yo, como todas las mujeres de mi tiempo, dos ó tres veces al año. De dos años acá, por bailarle el agua á la señora tía, las hago confesar cada mes, cada semana... ¡Y aún le parece poco! Para tener á doña Juana contenta, les hemos puesto un director espiritual, que no las deja respirar, que llena sus pobres almas de terror y las priva de los esparcimientos más inocentes... ¡Horrible, horrible! Cuando mis hijas despierten de esa embriaguez y comprendan toda la hipocresía que encierra, no maldecirán á doña Juana, sino á mí, á su madre... Y lo merezco... lo

merezco. (Presa de un violento furor, se abofetea. Alfonso trata de calmarla.)

ALFONSO

Vida mía... ¿qué es eso... qué dices... qué haces?

CLEMENTINA, cae en el sillón, como si cediera súbitamente el espasmo.

¡Alfonso, Alfonso... hijos míos!

ALFONSO, muy cariñoso.

Clementina, no desesperes. Dios no nos abandonará.

CLEMENTINA, trincando los dientes.

¡Dios! (La dama parece hacer violenta presión sobre sí misma.) No, no diré una blasfemia... Mi tía me ha enseñado á no creer... No me enseñará á blasfemar.

ALFONSO

Retírate... Estás muy excitada... Perdone usted, amigo Insúa... La llevaré á su habitación... Allí, con sus hijas, se calmará.

INSÚA, consternado.

Siento haber sido causa de esta turbación... digo, causa no soy...

(Alfonso hace levantar del sillón á su señora; la sostiene por la cintura; se la lleva medio abrazada, animándola con frases cariñosas. Clementina masculla palabras ininteligibles. En el pasillo encuentran á la institutriz de las señoritas.)

ALFONSO

Llame usted á las niñas.

ESCENA VIII

Alcoba de Clementina.

CLEMENTINA, ALFONSO; entran presurosas MARÍA JUANA, BEATRIZ, la INSTITUTRIZ, la CONDESA DE NAVALCARAZO.

María de la Cerda, prima carnal del Marqués del Castañar, ligada á la esposa de éste, más que por el parentesco, por entrañable y cariñosa amistad, es dama de peregrino ingenio, que heredó de su madre, famosa en la pasada generación por su gracejo epigramático. No hallaréis en ella la hermosura y arrogancia de Clementina; pero sí mayor ilustración, cultura y amenidad de trato. Lee al Dante y á Shakespeare en sus propias lenguas; le son familiares el Aretino, el Arcipreste de Hita y Brantome. Es, en fin, mujer de literatura y de historia.

MARÍA JUANA, corriendo hacia su madre, tendida en una meridiana.

Mamá, ¿qué tienes?

BEATRIZ

¡Mamita, mamita!

ALFONSO

No es nada... un vahído... Hacía mucho calor en el despacho.

LA NAVALCARAZO

Ví entrar á Insúa como nube cargada de tempestades.

ALFONSO, á las niñas, que afligidas besan á su madre.

No os asustéis, chiquillas... no es nada.

LA NAVALCARAZO

Guardad silencio. Le aflojaremos el corsé. (María Juana y Beatriz aflojan el corsé.)

LA INSTITUTRIZ

Traeré una taza de tila.

ALFONSO

Sí, pronto la tila... Esto pasa. (Sale la institutriz.) Niñas, no alborotéis... Se pondrá peor si os ve llorar.

CLEMENTINA, delirando, los ojos cerrados.

Dios está dormido... durmamos... España, tienes cara de idiota.

MARÍA JUANA

Mamita, ¿qué disparates dices?

LA NAVALCARAZO

Callad... Clementina, ¿no me ves? Estoy á tu lado... Haznos el favor de ser razonable.

BEATRIZ

Mamita, ¿no nos ves? (Abre Clementina los ojos; sus hijas la besan.)

CLEMENTINA

Os veo. (Las acaricia.) Hijas del alma, ya podéis prepararos.

MARÍA JUANA

Preparadas estamos ya.

BEATRIZ

Para confesar mañana.

CLEMENTINA, con súbito terror.

¡Confesar, no!

MARÍA JUANA

Hemos hecho examen de conciencia.

CLEMENTINA

No, no... Dios está chocho. El mundo se muere de imbecilidad.

BEATRIZ, consternada, mirando á su padre.

¡Jesús! ¡qué atrocidades dice!...

ALFONSO

Chitón, no habléis ahora de confesiones.

LA NAVALCARAZO

Peor es meneallo.

CLEMENTINA, en un momento lúcido.

Habéis de prepararos, decía, para ser unas pobres paletas.

MARÍA JUANA

No nos importa ser paletas.

BEATRIZ

Seremos pastoras, y cuidaremos ovejitas y cabritas.

CLEMENTINA, sarcástica.

¡Buenas ovejas tengo yo en mi casa!... Al pastor que os hemos puesto, cogédmelo entre las dos, y ponédmelo bien guardadito en un muladar... (Prorrumpe en risa histérica.) Y asegurádmelo bien allí... con muchas, muchas piedras encima.

MARIA JUANA, aterrada.

Papá, ¿qué dice?

ALFONSO

Clementina, ten juicio. (Entra la institutriz con la tila.)

BEATRIZ, cogiendo la taza.

Mamita... toma... es flor de tilo...

CLEMENTINA, cesa de reir: su turbación toma un giro calmoso.

Tomadla vosotras. Buena falta os hace. Os habéis caído de muy alto, y estáis deshechas... Ya, ni paletas podréis ser... Vale más que nos vayamos todos al otro mundo... no á donde esté la tía con San Hilario su patrono, sino más allá, más allá. (Sigue desvariando, con dicción apagada y lenta, sus ojos fijos en el techo. Pronuncia conceptos incoherentes, y entre ellos alguna blasfemia, que pone á las niñas en gran consternación.)

LA NAVALCARAZO, tranquilizándolas.

Mejor es que su pensamiento se desborde. El volcán no se aplaca sino después de arrojar toda su lava.

ALFONSO

Clementina, toma la tila. Te sentará muy bien. (A las niñas.) Incorporadla.

MARIA JUANA

Vamos, mamá. Hazlo por nosotras. (Entre todas la incorporan: consiguen que tome la paciente algunos sorbos de tila.)

CLEMENTINA, recobrando su actitud yacente, como blanca estatua de sarcófago.

Me aplastó el hundimiento.

LA NAVALCARAZO

No ha sido nada.

CLEMENTINA

Me duele esta pierna. La tengo rota.

LA NAVALCARAZO

Llamaremos á un carpintero para que te la componga.

CLEMENTINA

Los dos brazos se me han hecho astillas. Tocad, hijas, tocad.

MARIA JUANA

Mamita, no tienes nada.

CLEMENTINA

El corazón se me ha quedado hecho añicos. Tocad.

LA NAVALCARAZO

Te lo arreglaremos si duermes un poquito.

CLEMENTINA

Los sesos no sé dónde han ido á parar.

LA NAVALCARAZO

Yo los recogí. Te los volveré á poner en su sitio.

CLEMENTINA

Me cayó encima todo el techo de la casa. Voló la casa. ¿No oísteis el estrépito? Yo sí. (Sigue desvariando. Habla con poco respeto de las cosas sagradas, de algunos santos y del Sumo Pontífice.)

BEATRIZ, á su padre, aparte.

Papá, ¿por qué no llamamos al médico?

ALFONSO

Vendrá, si queréis. Esto no es más que un ataque de nervios sin importancia. Ya habéis visto en ella estos arrechuchos.

MARÍA JUANA

Sí: cuando mi hermano tuvo la tifoidea.

LA NAVALCARAZO

Y cuando derrotaron á tu papá en las elecciones de senadores.

BEATRIZ

Pero en el ataque motivado por las elecciones no dijo disparates contra Dios, sino contra Sagasta y Moret.

CLEMENTINA, en tono que no es delirio ni deja de serlo.

Si yo fuera hombre, no pasarían estas infamias... ó tendrían el debido escarmiento... ¿Verdad, Alfonso, que ya no hay hombres?

ALFONSO

Ya no. Los hombres se fueron.

CLEMENTINA, repitiendo como un eco que se extingue.

Ya no hay hombres... Los hombres se fueron. (Lentamente se va calmando la ilustre y desgraciada señora. Mandan traer poción espasmódica. Alfonso y la Navalcarazo hablan quedamente en la puerta.)

LA NAVALCARAZO

Veremos si ahora entra en sedación.

ALFONSO

Está más tranquila. Voy al despacho, donde dejé solo á don Damián Insúa.

LA NAVALCARAZO

Y despide á los del salón. Yo me quedo aquí esta noche.

ALFONSO

¿Para qué has de quedarte aquí? No es preciso, María.

LA NAVALCARAZO

Déjame, Alfonso: es mi gusto.

ALFONSO

¿Crees que Clementina tendrá nuevos ataques en el resto de la noche?

LA NAVALCARAZO

Los tendrá en otra forma. Los combatiremos con bromuros. Pero no esperes que la sedación venga de una vez, sino por alivios parciales, alternos. Y no te asustes del traqueteo muscular ni del delirio... Son nuestros nervios, en estos casos, como potros salvajes. Mientras más brinquen y coceen, mientras mayores relinchos echen por la boca de tu mujer, más pronto la verás rendida... Te lo dice quien sabe de estas cosas más que nadie. En la edad en que pude tener ilusiones y perderlas, ilusiones de amor ó de ambición, he sido la más alborotada y descompuesta de las nerviosas. Mis pataleos, mis dicharachos, alcanzaron, como sabes, celebridad... Pero ya pasó todo eso. He puesto fin al período dramático de mi existencia, y vivo en una comedia insulsa y tranquila. Con que... aquí me quedo. Despide á los amigos; manda acostar á las niñas y á la institutriz, que no sirve más que de estorbo, y acuéstate tú, aunque no duermas.

ALFONSO, inmensamente triste.

¡Cómo he de dormir si...!

LA NAVALCARAZO

Cállate... He visto el trastorno y no he preguntado la causa.

(De malísimo talante se dirige Alfonso al salón. A las preguntas de la Marquesa de Armada y de los tresillistas, contesta que no ha sido nada... una ligera indisposición sin importancia. Créanlo ó no, todos expresan con lastimera cortesía su sentimiento, y comienza el desfile.—En el despacho se había colado Zenón de Guillarte, que departía con Insúa de la forma y modos de practicar decorosamente la usura.—Con perentoria frase y consigna de reunirse al día siguiente, es despedido Insúa.—Zenón, que en la casa tiene mucha confianza, pide permiso á su amigo para quedarse hasta la una. El trasnochar es en él costumbre que ha suplantado á la Naturaleza, y aprovecha cuantas ocasiones se le ofrecen para pasar entretenido la noche. De allí se irá al Casino.)

ESCENA IX

Gabinete en la misma casa, no muy distante de la alcoba de Clementina.

ALFONSO, ZENÓN DE GUILLARTE

Los dos amigos se sientan á un lado y otro de una mesita donde les han servido té, y coñac pedido por Zenón. Lámpara de pantalla roja sobre la mesa. Transcurre largo tiempo sin que los dos personajes entablen conversación. Quiere hablar Guillarte: sus palabras chocan en el duro silencio de Alfonso, y en el aire se disuelven. Zenón consume exclusivamente las bebidas que están sobre la mesa. A ratos, Alfonso se levanta y pasa á la alcoba de su mujer.

ZENON, tomando té y perorando solo.

¿Qué sucede aquí? Un soplo de adversidad corre por toda la casa... Entorpecimiento pecuniario sin duda... Por eso estaba aquí don Damián, á quien habrán encargado la gestión de un empréstito... (Burlón.) Ahí tienen los frutos del trajín agrícola... ¡*Vade retro*, Agricultura, desconcierto y ruína de las naciones! ¡Qué hermosa sería una nación sin campo! A mi usura me atengo. (Vuelve Alfonso y da vueltas por la habitación.) ¿Está mejor Clementina? (Contesta el Marqués con palabras vagorosas que Zenón no entiende.) ¿Qué dices, Alfonso?

ALFONSO

Digo que me haré pastor... ¡Cuidar ovejas, cuánto mejor que ser oveja ó carnero en este rebaño farisáico! (Cree oir la voz de su mujer, y vuelve á la alcoba.)

ZENON, habla solo á media voz.

Bien dice Rosaura que todos los parientes de doña Juana están locos... Yo no: yo bien cuerdo estoy; y cuando este pobre labrador de secano rechina los dientes porque la tiíta no quiere fomentarle la chifladura campesina, yo tengo mi espíritu alborozado... (Bebe coñac) mi espíritu mecido en dulces esperanzas. No sé, querido Alfonso, si será discreto que yo te participe la causa de mi júbilo. ¿Cómo podría yo enmascarar mi alegría con fingidas demostraciones de duelo?... Pero ¡ay! no sabré reservar, guardar para mí solo esta grande alegría... (Vuelve Alfonso.)

ALFONSO

Ahora duerme... ¡Quiera Dios que esa tranquilidad dure! (Déjase caer en el sillón.) Yo no dormiré. He vendido el sueño por un plato de esperanzas, y ahora... sólo con la muerte podré recobrarlo.

ZENON

¿Duerme Clementina? El sueño es la mejor droga, y la paz de la familia el mejor médico... Y á propósito, Alfonso: la más grande lumbrera de la ciencia es Bustamante, el médico de doña Juana, sabio eminentísimo... ¡con una experiencia y un ojo clínico...! Casi todos los días le veo... hago por verle, y le pregunto por la excelsa viuda de mi tío don Hilario... Pues hoy me ha dicho... (Sin poder enmascarar su regocijo.) Oye, Alfonso... carísimo Alfonso...

ALFONSO, sin oir á Zenón.

Pastor, matarife, cantero, sereno... todo pude y debí ser antes que envilecerme de este modo.

ZENON, esforzándose en atraer la atención de su amigo.

Oye una palabra... Me ha dicho Bustamante hoy... oye... que doña Juana no resistirá un segundo ataque. ¿Te enteras? (Alzando la voz.) Que el segundo ataque está próximo.

ALFONSO, metido en sí mismo.

¡Ah! mujer mía, ¿por qué no afrontamos la pobreza antes que someternos á la comedia vil, por congraciarnos con esa vieja... y con los contratistas de la vida de ultratumba?

ZENON

¡Que no puede tardar el segundo ataque!

ALFONSO

Los que más presumimos de rectitud, ponemos toda nuestra ambición en la carta de la muerte ajena... escamoteamos su redención á las ánimas de los difuntos... No, no: los ricos al Cielo, con la fianza de sus millones... los pobres á la Tierra, á la esclavitud...

ZENON, sacudiéndole un brazo.

¡Inevitable y próximo un segundo ataque... el torozón decisivo!... No es que yo me alegre... (Tratando de alargar su rostro para parecer triste.) Eso no, no. Yo lo sentiré. (Sonríe con expresión beatífica.) Sentiré que se pierda esa existencia preciosa.

ALFONSO, levantándose.

Perdóname... Quiero ver si las niñas se han acostado... Allí las tienes, cayéndose de sueño, arrimadas á la cabecera... (Pasa á la alcoba)

ZENON, con idea fija.

Cercano está el término de nuestras angustias. (Bebe.) Y no es que yo me alegre, no... Conciencia, no me arguyas, pues aunque te parezca que me pongo contento, no es así. Estoy tristísimo. (Sonríe.) Alfonso sí se alegrará cuando yo le diga que soy hombre fuerte en la cábala, que sé manejar los signos y las combinaciones de iniciales que nos dan la clave del porvenir. Mi ciencia del *Bereschit* y del *Mercara* me dice que doña Juana se extingui-

rá en la semana entrante. Hoy es jueves, digo, viernes, porque ya han dado las doce. (Con somnolencia.) El viernes, el viernes de la semana próxima, vendrán por ella los ángeles... la veremos subir á los altos cielos... (Vuelve Alfonso.)

ALFONSO

Al fin se han acostado las niñas. He tenido que cogerlas de una oreja y... La prosperidad ficticia en que vivimos las ha hecho desobedientes... Pero hay que domar sus voluntades... ahora que la pobreza nos ha de endurecer la vida.

ZENON, venciendo la somnolencia.

¿Qué dices, Alfonso?... ¿Has heredado algo?

ALFONSO

Sí... Mis esperanzas, al morir, me han dejado un plantío lozano de cardos borriqueros. Decía, Zenón, que he de hacer paletas á mis hijas. Hemos de volver á la vida rústica, de que nunca debimos salir. Cuando mi bisabuela, hija única de un riquísimo mayorazgo de Ajofrín, fué pedida en matrimonio por mi bisabuelo, Marqués del Castañar y de Mazarambroz, dejó su atavío tradicional; quitáronle la basquiña, el moño de picaporte, el justillo, la media calada y los zarcillos de filigrana, para vestirla al uso cortesano, y pusiéronla maestros para desasnarla, pues era tan borrica como hermosa... Yo pondré á mis niñas un contramaestro. que me las *aborrique* y me las *deseduque* del fárrago insubstancial que han aprendido. Su institutriz será una vaca, y los guantes que usen no serán de ca-

britilla, sino de callos y sabañones... (Zenón le mira con estupor y lástima.) Yo seré pastor; viviré libre, sin ambición ni cuidados, vestido de paño burdo y desnudo de etiquetas.

ZENON

¿Qué dices, Alfonso? ¿Hablas de pastoreo, de las treinta mil merinas de doña Juana, que pronto serán tuyas?

ALFONSO

¿Mías? Zenón, no admito bromas crueles.

ZENON

No pasará del viernes de la semana venidera. Yo te lo aseguro.

ALFONSO

Te he permitido emborracharte en mi casa. No te permito burlarte de mí. (Se levanta; recorre con desordenadas vueltas la estancia.)

ZENON

Como dijiste que te harás pastor... Oficio es éste indigno de un aristócrata. El hombre debe aspirar siempre á mejorar de clase, á subir de la nada al todo. Mírame á mí, de origen bien humilde. Mi padre fué primero curtidor de pieles de cabrito, después guantero. Hacía guantes y mi madre los vendía. Mi madre, hermana del egregio Marqués de Tobalina, hizo un capitalito forrando las manos de caballeros y damas elegantes... Me crió y mimó como á señorito de elevados destinos. Desde mi tierna infancia fuí aristócrata, por mi deli-

cadeza no aprendida, por mi elegancia ingénita, por mi gusto del comer fino y del vestir correcto. En la aristocracia linajuda me infiltré, y de aquí no me saca nadie... Y ahora, mi querido Alfonso, tú pastor, yo bandolero, ó lo que es lo mismo, facineroso en las encrucijadas usurarias, que es oficio muy considerado y de indudable nobleza en estas repúblicas... (Entra María Navalcarazo sin que los pasos se le sientan. No la ven hasta que á la mesa se aproxima, quedando su rostro en la penumbra roja de la pantalla.)

ESCENA X

ALFONSO, ZENON, MARÍA NAVALCARAZO

LA NAVALCARAZO

Zenón el Cínico, ¿quieres darme una taza de té? (Zenón, muy complaciente, se apresura á servirla.) Bien está que abraces la honrosa profesión de usurero.

ZENON

¿Verdad, María, que con esa liberal industria han echado buen pelo algunos que hoy arrastran títulos y cabecean con plumachos?

LA NAVALCARAZO, tomando té, en pie.

En una terrible crisis mía, crisis de ambición... y de algo que no es ambición, pero se le parece, desperté una mañana con la idea de hacerme prendera... fiadora. Me ilusionaba el andar de casa en casa corriendo joyas, engañando á las damas aristocráticas con los despojos de las damas públicas, y á las públicas

con los de las ricachas de abolengo... Me faltó valor.

ALFONSO, creyendo oir voces de durmientes ó palique de ociosos.

Callad, que ese bromear desenvuelto es una profanación en esta casa de la tristeza. Dí, María, ¿duerme aún Clementina?

LA NAVALCARAZO, que continúa en pie, el rostro iluminado por el resplandor rojo de la pantalla.

Dormida está; pero dentro del fanal de su sueño, el espíritu de tu mujer vela y se agita en un espacio de visiones trágicas.

ALFONSO

¿Sigue hablando dormida? Al despertar, ¿no rectifica sus embustes soñados? (Zenón da cabezadas.)

LA NAVALCARAZO

El sueño suyo prolonga sus nieblas hasta el despertar, y nos repite el engaño con los ojos abiertos. Parece que se ha incrustado en su pensamiento una idea criminal.

ALFONSO

En el sueño nos acometen pasiones que salen del seno de la bestia humana, donde yacían ocultas.

LA NAVALCARAZO

Rencores y venganzas que despiertan cuando dormimos. Hace un rato, Clementina me habló creyendo hablar contigo, y me increpaba, mejor dicho, te increpaba, porque careces de arranque para la idea criminal que la tiene

solivantada... Después, bien despierta, me dijo... te dijo una frase de *lady Macbeth*, exacta, sílaba por sílaba: *Desconfío de tu carácter, amamantado con la leche de la clemencia.*

ALFONSO

Delirio es ese menos vano de lo que yo creía. Pero no hay que hacer caso, que soñando, en las noches críticas, la feroz bestia introduce su sangre venenosa en nuestro cerebro... Esperemos la aurora, que acabará por sosegarla. (Zenón se duerme.)

LA NAVALCARAZO

Esperemos la aurora. Vuelvo allá... En el sueño de una nerviosa, leeré el poema de la bestia humana. (Retírase como sombra.)

ALFONSO

¡María! (María se para y oye.) Cuando esté bien despierta, pero bien despierta, le dices que aceptamos nuestra pobreza resignados y tranquilos... Hemos dado muerte á una falsedad, hemos destruído el fantasma que nos trajo á esta existencia ficticia... Ante la pobreza, seremos más humildes, pero más fuertes... Beberemos la leche de la verdad... dile esto, María; hazme el favor de decírselo... (Afirma María ligeramente con la cabeza y se pierde en la sombra. Alfonso contempla á Zenón dormido.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

(12 de Mayo)

ESCENA PRIMERA

Habitación amplia y modesta en casa de Ismael y Rosaura, los cuales han dispuesto que el mejor aposento no sea para recibir visitas, sino para despachar asuntos, y reunir metódicamente los medios de trabajo. Veréis en ella planos, mesa de escribir y de dibujar, librería, instrumentos de física, muestras de diferentes materias industriales.

ISMAEL, en su mesa de escribir; JUAN y RAIMUNDO, sus hijos mayores, que se disponen para ir á clase, el mayor á una Academia preparatoria, el segundo al Instituto; después las tres hijas mayores, VICENTA, ALICIA y RAFAELA, y, por último, la niña menor, SOCORRO, llamada familiarmente CORRITA.

JUAN

Papá, he soñado anoche que me mandabas á estudiar á Lieja, donde tú aprendiste lo mucho que sabes.

ISMAEL, triste.

Malos se están poniendo los caminos de Bélgica. ¿Sabéis lo que soñé yo anoche? (Entra Raimundo cargado de libros.) Pues soñé que me veía precisado á dedicaros á la carrera eclesiástica.

JUAN, impetuoso.

¿A mí?

ISMAEL

A los dos.

RAIMUNDO, con ardiente protesta.

¿A mí?... ¿Clérigo yo?... ¡Yo vestido de sotana, y con bonete! Papá, no gastes esas bromas.

JUAN

Creí que ni en sueños podrías pensar tal locura.

ISMAEL

Tontos, ¿qué idea tenéis del oficio más cómodo, fácil y lucrativo que existe en el mundo? Estudios muy flojos; autoridad, como nadie; el pan seguro en esta vida; en la otra, la Gloria Eterna.

JUAN, rebelándose.

No quiero, no quiero... Ni aunque empezara la carrera por Obispo.

RAIMUNDO

Ni aunque la empezara por Papa. Hoy te has levantado con ganas de tomarnos el pelo.

JUAN

Papá, mátanos; pero no nos hagas curas.

RAIMUNDO

Queremos ser hombres; clérigos, no.

ISMAEL, dando fin á la broma.

Hombres seréis, aunque tenga yo que venderme al diablo para daros carrera. Vaya, hijos, á clase, que es tarde. (Entran las niñas mayores, que van al colegio: con ellas la criada, que lleva el almuerzo en una cesta. Confusión y barullo entre los cinco hermanos, que van y vienen, y echan sus voces al aire con jovial algarabía.)

ALICIA

Papá, Mundo me ha quitado mis lápices.

RAIMUNDO

Ella me quitó á mí mis sellos de Alemania y Suiza.

VICENTA

¡Que fastidio! Nos vamos antes que vuelva mamá de casa de la tía Juana.

RAFAELA

¡Y que no madrugó poco!... Sabe Dios á qué hora vendrá.

ALICIA

Papá, dile á Mundo que me devuelva mis lápices.

RAIMUNDO

Papá, dí que no. Todos sus libros los tiene llenos de monos.

ALICIA, sacando la lengua.

¡Y tú, qué mono eres...! *¡Saborío, filófoso!*

RAFAELA

Papá, me voy con un miedo tremendo: no me repasaste anoche la Aritmética.

ISMAEL, abatido.

Otro día será. Idos de una vez.

ALICIA

Papá, ¿sabes lo que dice Rafaela? Que Jeroboam era un pillo, y que David las mataba callando. Yo me sé mejor que ella la Historia Sagrada.

RAFAELA

¿Verdad, papá, que fué Joab el matador de Absalón?

ISMAEL

Hijas, no sé nada de esa familia.

JUAN

Papá, ¡qué risa! Vicenta llama á los suevos, *huevos*, y á los ostrogodos, *maragatos*.

ISMAEL, aturdido.

Bueno, bueno. Por favor, hijos, despejadme el taller. Tengo que trabajar. (Entra Socorro con un envoltorio de diferentes trapos figurando un muñeco: lo abriga con una toquilla vieja.)

CORRITA

¡Ay, qué hijo tan tragón! Me va á dejar en los huesos.

RAIMUNDO. Arranca el muñeco de las manos de Corrita y lo tira al aire.

¡Ay, Corra, qué babosa estás con tu crío!

CORRITA

Bruto, que me lo despiertas.

ISMAEL.

Ea, no más, no más. ¡Fuera, fuera! ¡Ay, qué ganado! (Salen atropelladamente.) ¡Pobre cabeza mía! (Oyese el ruido torrencial del rebaño, escaleras abajo.)

ESCENA II

ISMAEL, CORRITA. Niña de cinco años, desmedrada y precocísima. Su vivo entendimiento y su gracia no caben ya en el vaso de su inocencia. Hace días que no la mandan al colegio con sus hermanas, porque está convaleciente de unas calenturillas.

CORRITA. Recoge y procura rehacer el lío de trapos.

¡Hijo mío, cómo te han puesto!... Agradece que tienes una madre... que no te la mereces. Papá...

ISMAEL, en su mesa, meditando.

Corrita, déjame...

CORRITA

Papá, no trabajes tanto. (Deja el muñeco bien arropado en una silla, y corre junto á Ismael.) Papín, enséñame tu cara; enséñame tus ojos.

ISMAEL, cariñoso, inclinándose hacia ella.

Cordera, ¿qué quieres ver en mis ojos?

CORRITA, alzándose sobre las puntas de los pies.

Déjame que los mire. Ha dicho mamá que te estás quemando las pestañas... Pues yo no te veo las pestañas quemadas. Y dice que te las quemas, y te las quemas... para nada. (Sonrisa triste de Ismael.) ¿No sabes lo que dijo ayer la tía Felisa? Pues dijo que no adelantas porque no tienes capital. ¿Y qué es capital? Te lo pregunto porque una niña grande de mi colegio dijo que cuando se muera doña Juana tendrás capital... ¿Es verdad, papá? Pero yo digo que nunca tendrás capital porque la tía no se muere... ¡Como que es santa! ¿Verdad que los santos no se mueren?

ISMAEL

Ya ves que siempre están lo mismo... tan tiesos, tan graves y tan pintaditos, en sus altares.

CORRITA

Pero esos son de palo... Dime, papucho, ¿la tía Juana es santa de palo?

ISMAEL

No, hija mía... es de piedra.

CORRITA

¿De qué piedra?... ¿de esa blanca, como la del fregadero?

ISMAEL

Más dura que la del fregadero. Vaya; un besito, y juega sin hacerme ruido.

CORRITA, rodeando la mesa, se pone frente á Ismael.

¿Vas á pintar máquinas?... Dime, papingo, ¿por qué no inventas una máquina para fabricar dinero?

ISMAEL

Porque me cuesta más dinero que el que puedo fabricar con ella.

CORRITA

¡Anda, anda! Y los ricos, ¿cómo han juntado todo el dinero que tienen?

ISMAEL

Quitándoselo á los que lo juntaron antes que ellos.

CORRITA

¡Ole ya! ¿Y por qué no le quitamos nosotros á doña Juana el dinero que tiene?

ISMAEL

Porque quitar lo ajeno es pecado.

CORRITA

Pecado es. Y si yo le quitara á la tiíta el dinero, me llamarían ladrona.

ISMAEL

Ya ves qué cosa tan fea...

CORRITA

Sí que sí... Y yo sé dónde tiene guardado la tiíta el muchísimo dinero... ¿Ves aquel banco grande, grande, que está en el recibimiento á mano derecha?... Pues allí lo guarda... Me dijo Martina que tiene su dinero en el Banco... Pero oye, papucho: lo que te dije de quitárselo fué por oirte. ¿Qué quieres apostar á que si yo le pido dinero á la tía, me dará muchos *milientos* de billetes?

ISMAEL

¿Y para qué los quieres?

CORRITA

¡Anda, morena! Para dárselos á mamá y á tí, que siempre estáis llorando por dinero... A ver si así calláis y estáis contentos.

ISMAEL

Dame otro beso, y déjame escribir.

CORRITA

Tengo al hijo dormidito... ¿Por qué no me das licencia para jugar con el gato?

ISMAEL

Con el gato no: tienes los bracitos y la cara llenos de arañazos.

CORRITA

Pues si no me dejas jugar con el gato, aquí me quedo... Oye una cosa, papiango.

ISMAEL

¿Qué cosa?

CORRITA

¿Ser pobre es lo mismo que ser bobo? (Ismael rompe á reir.) Me lo ha dicho una niña de mi colegio... Y me contó que su papá no es bobo, y que por poner todos los adoquines que hay en Madrid, tiene muchas perras... ¿Y tú, por qué no haces adoquines?

ISMAEL

Ven acá, sol del mundo... ven. (La coge; la sienta sobre sus rodillas; la besa una y otra vez.)

CORRITA

Dime una cosa, papujo... pero con franqueza...

ISMAEL

Sí, paloma: con mucha franqueza.

CORRITA

A ver... Pero que no me engañes... ¿Tú eres pobre?

ISMAEL

Sí, hija de mi alma: pobre soy.

CORRITA

Por eso no comemos huevo hilado más que dos veces al año.

ISMAEL

De huevo hilado nos privamos, y de otras cosas.

CORRITA

Pues yo quería decirte... ¿te lo digo?

ISMAEL

Sí, ángel... con toda franqueza.

CORRITA

Pues yo sé que vas á ser muy rico, porque la otra noche, hablando aquí mamá con mi tío Rafael, dijo el tío Rafael que á tí te tocarán seis millones.

ISMAEL

Hablaban de la Lotería.

CORRITA

De la Lista grande no hablaban, sino de la tía Juana. Y el tío Rafael dijo que sí, ¡anda, anda!, que te tocan muchas casas, y que así lo pone el Testamento del año *Mil y pico*.

ISMAEL

¡Caramba!

CORRITA

Pero yo te digo que no te fíes, porque el Testamento no pone nada de eso.

ISMAEL

¿Tú lo has visto?

CORRITA

En el colegio estoy dando ahora el *Viejo Testamento*, que pone cómo Dios hizo á Adán y á Eva, y otras cosillas; pero no dice nada de que á tí te den seis millones de casas.

ISMAEL

No, mi cielo... (Abrazándola y besándola con ardor.) No dice nada... Tu mamá y el tío Rafael tienen la cabeza á pájaros.

CORRITA

Y que lo digas... Bueno, papucho; y ahora, que te he contado cosas tan bonitas, ¿me dejarás jugar con *Pirracas?*

ISMAEL

Sí, alma mía: juega con el gato... ¡Cuidado con sus uñas! Estate un ratito por allá... Luego vuelves... me cuentas más cositas... Ahora tengo que acabar esta carta... (Le enseña una carta empezada.) ¿Ves?... una carta muy larga... y muy triste...

CORRITA

¡Ay, qué pánfilo! ¿Y por qué no la escribes alegre?... ¿Quieres poner lo que yo te diga?

ISMAEL

Sí que lo pondré... Pero antes vete á dar una vuelta á tus hermanitos... entretenles... Puede que estén haciendo rabiar á la pobre Severiana...

CORRITA

La tienen loca.

ISMAEL

Pues ya estás andando allá... Corre, vida mía.

CORRITA

¡Ay, sí! Tengo que estar en todo. (Coge el muñeco y se lo lleva á rastras, con las tripas de fuera.)

ISMAEL

Si mis hijos y mi mujer no me hicieran amar la vida, ¡qué sería de mí!... Ea, concluiré la carta. (Coge la pluma; intenta escribir; queda suspenso.) ¿Y con qué términos digo yo ahora á los hermanos Verlenger que no puedo entrar á constituir con ellos la *Sociedad de Ascensores hidráulicos?* Es fuerte cosa decir: "Amigos, engañé á ustedes... no tengo un céntimo... la suma que, según convenio, debía yo adelantar y que prometí para hoy, era un valor fantástico que no existía más que en mi imaginación..." ¿Cómo doro yo esta píldora, cómo explico esta informalidad?... (Escribe.) "Especialísimas circunstancias de familia... me obligan á..." (Soltando la pluma.) ¡Descrédito tan humillante como ridículo!... Y además, tendré que decirles que he determinado vender mi taller á cualquier precio... que no puedo seguir trabajando en el vacío... ¡Negra suerte, inmenso desengaño! (Planta los codos en la mesa, y permanece inmóvil, la cara escondida entre las manos.)

CORRITA, entreabre la puerta.

Papá, papingo... ¿qué me das por la buena noticia que te traigo?

ISMAEL, vivamente.

¿Qué... qué hay?

CORRITA

Pues que ha venido mamá... Esta no te la esperabas... Hablando está con Severiana... Ahora viene.

ESCENA III

ISMAEL, CORRITA.—ROSAURA. Con ella entran los dos niños pequeños, últimos retoños del árbol matrimonial.

ROSAURA

¡Gracias á Dios que vuelvo á mi casa! (Se sienta fatigada.)

ISMAEL

¡Cansada vienes, pobrecilla! (Corrita y los pequeñuelos se enraciman junto á ella, y la acarician y la soban.)

CORRITA

Mamucha, ¿qué nos has traído?

ISMAEL

¿Qué os ha de traer? Azotes.

ROSAURA

No marees, hijita. (Llamando.) ¡Severiana! (Reparte besos.) Vaya, idos á jugar al cuarto de las niñas. (Severiana se lleva á las tres criaturas.)

ISMAEL

Mucho has tardado.

ROSAURA

No tuve más remedio que oir dos misas.

ISMAEL

La santa ociosa no se hace cargo de que tienes hijos... ¿Y qué impresiones me traes?

ROSAURA

Así, así... Medianas.

ISMAEL, impaciente.

¿Para qué te llamó?

ROSAURA

Para confiarme una misión delicada.

ISMAEL

Para fastidiar, para quitarnos el tiempo. (Viendo que Rosaura saca del pecho dos sobres que contienen billetes.) A ver... ¿te ha dado algo?

ROSAURA

Sí... Este... no me vaya á equivocar... es para nosotros... Cien duros...

ISMAEL, sarcástico, cogiendo el sobre.

El socorro extraordinario para estos pobres... Lo terrible es que sobre tales miserias tiene uno que poner la flor de la gratitud.

ROSAURA

Este otro es para que lo dé á Casandra, al tiempo de notificarle las amarguras que la esperan.

ISMAEL, displicente.

Para esas encomiendas de traer y llevar amarguras, estamos aquí nosotros... Y estos burros de carga, auxiliares de sus planes malditos, ¿no merecen mejor trato?... ¿No le has dicho el conflicto en que estoy?

ROSAURA

Hoy, como siempre, le eché la jaculatoria de tus industrias, de tu falta de capital... pero ya sabes. Ella cumple con su risilla helada, y su frase de letanía: "Tantas máquinas darán á Ismael mucho dinero.„ No hay quien le quite de la cabeza que tienes inmensa parroquia... entre la masonería.

ISMAEL

¡La leyenda masónica! Fácil nos habría sido desvirtuarla, imitando á Nebrija en la santurronería fetichista y grosera, ó á Clementina en el beatismo elegante y *comm'il faut*... Pero esto pugna con mi carácter, con mi conciencia...

ROSAURA

Siempre he creído que debemos ser buenos, y cumplir sencillamente y sin aparato nuestros deberes. Disculpo al hipócrita que lo es desinteresadamente, por orgullo de parecer santo; pero al que se disfraza con devociones para enternecer la voluntad de los parientes ricos, le tengo por el peor de los falsarios... Yo no voy á la iglesia sino cuando me dejan mis quehaceres; sigo adelante por mi camino estrecho con mi carga de obligaciones, fatiga-

da, pero con mi conciencia bien tranquila, eso sí, esperando lo bueno y lo malo que Dios quiera mandarme.

ISMAEL

Por eso eres tú la verdadera santa; no ese ídolo chinesco, que se adora á sí mismo.

ROSAURA

No soy santa; pero sí creyente, y como creyente, siempre espero.

ISMAEL

¡Esperar! No pronuncies el verbo fatídico, que creo ha de ser la inscripción del Purgatorio: "*Aquí están los que esperan...*" Pero hemos olvidado lo principal. Dime, Rosaura: hablando con doña Juana, observándole el rostro, olfateando el ambiente que la rodea, personas y objetos, las vagas proyecciones de lo espiritual sobre lo material, ¿has podido confirmar lo que anoche nos dijo Pepa?

ROSAURA

Oí, ví y observé; mas no pude confirmarlo. Tal monstruosidad no puede ser cierta.

ISMAEL

Los planes monstruosos suelen ir hacia la certeza más á prisa que los razonables. Por eso se ha dicho que este mundo es el reino de la contradicción... Si hace mi tía lo que la Pepa nos anuncia, es que sus actos absurdos han de ser coronados por la catástrofe. Esa mole no puede rodar hacia nosotros sino para hundir-

nos y aplastarnos... Quizás lo merecemos... Hace tiempo que veo en doña Juana el mensajero del mal, el ángel terrible que trae á la Humanidad todos los trabajos y dolores á que está condenada.

ROSAURA, asustada.

No pienses eso, Ismael... Me da miedo ver en tí ese pesimismo negro... No, no.

CORRITA, entreabre la puerta asomando su cabecita.

Papito y mamucha, ¿me dejáis entrar?

ISMAEL

Consuelo de nuestras pesadumbres, ven aquí.

CORRITA, entra con un gatito negro en brazos, envuelto en trapo rojo.

¿Qué me dais si os digo una cosa que os va á poner muy contentos?

ROSAURA

¿Qué dices, tontuela?... ¿Ha entrado alguien?

CORRITA

¿No me das nada por decíroslo?

ISMAEL

Dilo pronto, mocosa.

CORRITA

Pues la que ha entrado es Clementina.

ROSAURA

¿Y por qué no pasa?

CORRITA

Pasó al cuarto de mis hermanas, donde estábamos jugando.

ISMAEL

Boba, ¿no le dijiste que estamos aquí?

CORRITA

Se lo dijo la Seve... Y ella contestó que no tiene prisa, que esperará...

ISMAEL, muy inquieto.

Como si lo viera... Quiere hablar á solas contigo. (Estupor de Rosaura.) Mi corazón no me engaña. Es barómetro seguro de las malas noticias... Vete allá. (Sale Rosaura. Queda Ismael solo con la niña.) Corra, ven aquí... ¿Clementina... te ha dicho algo?

CORRITA, entre las rodillas de su padre, sentado.

Me dijo *mona*, *rica*. Todos me llaman *rica*, y yo digo "pobre, pobre." A mí y á mis hermanos nos besó. (Asombrada.) ¿Sabes, padrucho, lo que he visto?

ISMAEL

¿Qué, hija mía?

CORRITA

Que hoy no viene Clementina pintada.

ISMAEL

¡Ay, qué tonta! ¡Si Clementina no se pinta! Los colores frescos de su cara hermosa son naturales.

CORRITA

¡Caracolillos!... Pues ellos serán naturales... pero se los ha dejado en casa.

ISMAEL

¿Será que la ves pálida, descolorida... como si estuviera enferma, ó hubiera pasado mala noche?

CORRITA

Será eso.

ISMAEL

Y además estará triste.

CORRITA

Sí... como te pones tú cuando no te compran las máquinas. Viene vestida de negro, con manto. Trae unos libritos cogidos con un elástico... como mis hermanas cuando van al colegio.

ISMAEL

Es que viene de la iglesia.

CORRITA

Pues como viene de la iglesia, ha echado unos suspiros muy grandes... A mis hermanos y á mí nos hizo fiestas... ¡Ay, qué risa!... Y acabadita de llamarme *rica*, me puso la mano en la cabeza y me dijo: "*¡pobre* criatura!„

ISMAEL

Rica y pobre. Tú le dirías: "¿en qué quedamos?„

CORRITA

No le dije eso; lo que hice fué callarme.

ISMAEL

¡Callarte tú! ¡cosa más rara! (Asaltado de mayores inquietudes y presentimientos, corre á la puerta. Sutiliza su oído, queriendo sorprender algo de lo que hablan Rosaura y Clementina.)

CORRITA

Papango, ¿me das este papel encarnado para hacerle un collar á mi *Pirracas?*

ISMAEL, sin mirarla.

Sí, hija: cógelo. (Acrece su ansiosa curiosidad. Cuando hace propósito de ir á donde hablan las señoras, aparece Rosaura. Vase Corrita.)

ESCENA IV

ISMAEL.—ROSAURA, CLEMENTINA, CORRITA

Queda Ismael perplejo al ver austera gravedad en el rostro aniñado de su esposa. La interroga con un monosílabo gutural. Rosaura tiembla un instante. Al latigazo de su voluntad, fulguran sus ojos la entereza que há menester ante el mayor y más fiero desengaño, y su ánimo valiente afronta la obligación de declararlo con lenguaje sincero.

ROSAURA

Ismael, es verdad lo que nos dijo Pepa. No hay lugar á duda. Quería Clementina que no te lo dijese sin preparación. No es desgracia irreparable... y aunque lo fuese, tenemos tesón y fibra para eso y para mucho más. ¿Verdad, Ismael? (Entra Clementina.)

ISMAEL, sacando de su dolor una sonrisa torcida y amarga.

Sí... ¿á qué viene preparar? ¿Somos niños acaso?

ROSAURA

Inquieta estaba yo cuando lo dudaba y lo temía. Ahora que lo sé, tranquila estoy.

ISMAEL, balbuciente, torciendo más la boca.

Yo también... yo tranquilo... Lo que se ha de saber... saberlo pronto. (Cae en una silla, y se agarra el pelo con su mano crispada.)

CLEMENTINA, avanzando.

Lo hemos sabido por Insúa. Es la catástrofe de las esperanzas, del engaño sostenido por ella misma... Conocemos todos los pormenores de este acto de barbarie. ¡Bien nos la ha jugado! ¡Con qué crueldad nos arroja al abismo esa... esa señora, que á tí y á mí, cuando éramos niños, nos acariciaba con mano blanda de madre; y después, año tras año, nos ha hecho creer que nuestros hijos eran su natural familia, como nacidos de sus entrañas!

ISMAEL

Como á miserables abortos nos trata.

CLEMENTINA

Sigue nuestro ejemplo, primo mío. Alfonso y yo, pasada la primera impresión, que fué terrible, hemos entrado en un período de reflexión, de sosiego...

ISMAEL, trastornado por el despecho.

¡Dios... Dios heredero de doña Juana!... Con esto pensará mi tía sacar del Purgatorio al ladrón de don Hilario... Será para llevárselo consigo al Infierno... ¡Es para reir! ¡Cómo se alegrará el Infierno!

ROSAURA, poniéndole la mano en el hombro.

Hijo, ¡qué hemos de hacer!... Dios lo dispone así.

ISMAEL

Siempre nos dicen lo mismo. ¡Dios lo dispone! ¡Dios disponía matar á los infieles!... ¡Dios disponía quemar á los herejes! (Desesperado.) ¡Que me traigan á Barrabás para que gobierne el mundo!... ¡Que me traigan á la Serpiente del Paraíso para adorarla!... Detesto á un Dios Intendente y Cajero de la Humanidad, á un Dios Recaudador, que nos aniquila...

ROSAURA, afligida, tapándole la boca.

No, no... blasfemar no.

ISMAEL

Desde hoy, la blasfemia será mi rezo.

CLEMENTINA, afectuosa, sentándose á su lado.

No, Ismael. Déjame que te cuente... Yo también blasfemé; yo también perdí la razón al conocer esta iniquidad. ¡Horrible noche! Al amanecer, repuesta ya de mi locura, lloré por mi marido y por mis hijos... La voz de Dios resonó en mi alma diciéndome: "Ni tú ni tus hijos me maldigáis. Al daros vida, os entregué á los azares del mundo. Todos habéis nacido desnudos y pobres... La riqueza es manejo vuestro. Los humanos la recogéis y la repartís á vuestro gusto. No por ricos, sino por humildes, entraréis en mi reino."

ROSAURA

Y sobre todo, Ismael, pongámonos en el terreno de la razón. Tu tía es dueña de hace con sus capitales lo que quiera.

CLEMENTINA

Según la pura razón... así es.

ROSAURA

Has de conceder que no tenemos derecho...

ISMAEL

Derecho, conforme al llamado Derecho, no tenemos... eso es verdad...

CLEMENTINA. Contra su voluntad, renace en ella el espíritu de rebeldía.

Pero conforme á la ley de Dios, á la ley de Naturaleza... entendámonos... teníamos derecho...

ISMAEL, que ya iba entrando en conformidad, se encrespa oyendo á su prima.

Teníamos derecho... Es tan claro como la luz.

CLEMENTINA, enérgica.

Tan claro como el sol que nos alumbra. Se nos ha engañado.

ISMAEL, dándose un fuerte golpe en la rodilla.

¡Se nos ha robado!

ROSAURA, muy apurada.

No, no, Ismael; no, Clementina. Es absurdo negar el derecho de la tía...

ISMAEL, gritando.

Pero el derecho no es razón, Rosaura. ¿O es que entiendes tú por razón la propia sinrazón? (Se levanta; da vueltas por la estancia.)

CLEMENTINA, á Rosaura, con mayor vehemencia.

No sostengas ahora que ha hecho bien.

ROSAURA

¡Si yo no digo que ha hecho bien, Clementina!... No es eso. El proceder de doña Juana ha sido muy malo.

ISMAEL, airado, manoteando.

Ha procedido como una hipócrita malvada y cruel...

CLEMENTINA, golpeando en el sofá, contagiada de la ira de su primo.

Como una madre desnaturalizada.

ROSAURA

No exageréis. Cierto que no ha sido leal, porque os hizo creer que seríais sus herederos... pero como derecho...

ISMAEL, echando fuego por los ojos.

¿Tú qué sabes?

ROSAURA

Es cuestión no más que de sentido común.

ISMAEL, disparándose.

No me repliques. Yo afirmo que hemos sido estafados, y á lo que yo digo y sostengo no tienes tú que replicar. (Gritando.) ¿Oyes lo que digo?

ROSAURA, humilde.

Sí, oigo.

ISMAEL, ciego, fuera de sí.

¿Y todavía insistes?... ¡Mira que...!

ROSAURA

No, hijo; no insisto. Tú tienes razón, yo no.

CLEMENTINA, reaccionando, se pasa la mano por la frente.

No te exaltes, Ismael... Calma, calma. Tu mujer no merece estos chillidos.

ROSAURA, lloriqueando.

Sí los merezco... por querer componer las cosas.

ISMAEL, sin ceder en su enojo.

Y esto no tiene compostura. Es el estallido de una bomba de jabón... que nos parecía un mundo... Y ahora..., forzoso será procurarnos un mundo más sólido... Ya no tengo alientos. El trabajo inútil de tantos años agotó mis fuerzas.

CLEMENTINA; se levanta; coge á Ismael por un brazo y le obliga á sentarse junto á ella.

Ven aquí. La culpa tengo yo, que entré aquí predicando templanza, y sin saber cómo me dejé contagiar de tu ira. Considera, Ismael, que la sociedad está llena de injusticias, contra las cuales nada podemos.

ROSAURA

Nada podemos. La miseria y el dolor nos acechan siempre.

CLEMENTINA

El mundo se compone de emboscadas traicioneras. Es nidal de bandidos.

ROSAURA

Lugar de sufrimiento, valle de lágrimas.

ISMAEL, sombrío.

Así lo llaman los que lloran. *Valle de risas* debieran llamarlo los que tienen acotados para sí todos los goces de la vida.

CORRITA, entrando de puntillas.

Papá, señor don papito...

ROSAURA

Déjale ahora, que no está para juegos.

CORRITA, acércase á su padre y pone las manos en las rodillas de él.

Papá, ¿quieres hacerme un favor?

ISMAEL, sin hacerle caso.

No me resigno á ser el eterno llorón en las partes sombrías de ese valle, donde otros ríen y gozan.

CORRITA

Papinguito, ¿no contestas á tu nena?

ISMAEL, con explosión de gritos.

¿Qué quieres?... Déjame... No fastidies... Vete pronto de aquí, charlatana, cotorra insufrible.

CORRITA, haciendo pucheros.

Que me hagas... el favor de prestarme... tus tijeras para cortarle el collar al, al... al gato.

ISMAEL

Déjame en paz... ¡Mira que te cojo y...!

CLEMENTINA, toma en brazos á Corrita; la estrecha contra sí.

Ven acá, pobrecilla... Hoy tenemos á tu papingo muy fastidioso... Oye, Ismael: más ciega, más desatinada que estás tú ahora, estuve yo

anoche. Impulsos me daban de meter la mano en mi corazón y arrancar de él mis creencias, arraigadas desde la cuna. Las abominaciones que pensé y dije, no puedo repetirlas... Contaré otra cosa: habíamos dispuesto ayer que las niñas confesaran. Ya sabéis: las obligamos á frecuentar el Sacramento, no porque sus puras conciencias lo necesiten, sino por ser gratos á su director espiritual. A éste le tomamos como se toma un maestro de música ó de inglés.

ISMAEL

Sin otro fin que adular á doña Juana... ¡Bien merecido os está que...! Sigue.

CLEMENTINA

Bueno: pues al anochecer de hoy, ya con la razón y los sentidos en su punto, mi primer cuidado fué decir á las niñas que no irían hoy á la iglesia, y que para director espiritual fijo bastante tienen conmigo. Parecióle bien á mi Alfonso esta decisión, y me dijo: "Pero no has de olvidar que somos cristianos, y que en nuestras creencias hallaremos la reparación de esta desdicha. Es forzoso sanear nuestras almas y arrojar de ellas la falsa piedad vanidosa"... Con esta idea de Alfonso se aclaró más mi entendimiento, y decidí buscar mi refugio en la pura, en la sencilla fe abandonada... Cogí á las niñas y me fuí con ellas á la parroquia. Allí confesamos y comulgamos las tres. ¡Qué consolada estoy! ¡Qué alivio tan grande!

ISMAEL

¿Y Alfonso?

CLEMENTINA

Se quedó en casa descansando.

ISMAEL

Dí que trabajando, metido en cálculos para buscar medios de manteneros á todos.

CLEMENTINA

Tal vez. Alfonso confía en Dios y en su actividad. Al salir de la parroquia, mandé á las niñas á casa con la institutriz. Alfonso vendrá á recogerme aquí. El y yo te diremos: "Ismael, no te amilanes. Trabaja cuanto puedas, y Dios te ayudará."

ISMAEL

¿Cuál de los dioses?

CLEMENTINA

¿Acaso hay más de uno?

ISMAEL

Hay dos: el de doña Juana y el de sus víctimas.

ROSAURA

No hay más que uno, Ismael: el mío. ¿No conoces el mío?

ISMAEL

Le conocía... Pero después de esta catástrofe, me confundo. Mi mente y mis ojos me dan la impresión de una divinidad de dos caras, como el Jano de los antiguos... Sin duda existen dos Dioses, el Dios de los Ricos y el de los Pobres. El primero es el que sostiene á todos

los gobiernos y el inspirador de los que legislan. Por él se dijo: *Nulla potestas nisi a Deo...*

CLEMENTINA

No me hables á mí en latín... Ya sabes que no lo entiendo.

ISMAEL

Quiere decir ese latinajo que todos los gobiernos, así monárquicos como republicanos, así conservadores como radicales, se apoyan en un Dios político, gubernamental, militar, judicial, administrativo y un poquito burocrático. Le invocan los reyes en toda alocución que suscriben, los ministros en los preámbulos de las leyes, los oradores en sus discursos, los generales en sus proclamas guerreras, y hasta los funcionarios en sus expedientes. Este Dios de los Ricos es el que ordena y dirige la Beneficencia Pública, el que manda pagar las contribuciones, el que distribuye libros y programas á los maestros, fusiles á la Guardia civil, millones á los frailes; este Dios figura en las condecoraciones, encabeza las sentencias de los tribunales, acompaña al patíbulo á los reos de muerte, bendice los altares, las máquinas, las banderas, los barcos, y me parece que bendice también la *Gaceta;* este Dios, en fin, es el que nos hizo creer que seríamos ricos, y ahora nos deja en la mayor pobreza y abandono... El otro Dios, el de los Pobres, es el que recoge á todos los desengañados del Dios de los Ricos, á los que no tienen influencia ni poder alguno en los mangoneos de la política ni de la Iglesia, á los que se pasan la vida encorvados sobre la tierra, sobre una máquina, sobre un pupitre, trabajando sin recompensa.

Este es el Dios de los desesperados, ó de los que esperan y nunca logran, de los que riegan con sus lágrimas el valle en que se solazan los ricos... Este Dios triste es invocado en los hospitales, en las buhardillas á donde la caridad no llega, en las cárceles, en las barricadas, cuando las hay. Su nombre encabeza las cesantías, los desahucios, los embargos, y se confunde con todo suspiro y toda expresión de congoja... Pues bien, Clementina: tú y Alfonso, desairados por el Dios oficial, legal y pontificio, revestido de púrpura, os encomendáis al Dios de los Pobres, andrajoso y mísero, sin influencia en la cosa pública, ni bienestar en la privada; á ese Dios del sufrimiento, de la paciencia y de la simplicidad del ánimo. Yo no, Clementina: puedes decírselo á tu marido; yo no me paso del Dios Rico al Dios Pobre (Exaltándose más á cada frase); yo no quiero cuentas ya con ningún Dios Grande ni Chico, Rico ni Pobre, sino que arramblo con todos los Dioses y los arrojo en esta hoguera que tengo aquí, encendida por la iniquidad de doña Juana.

ROSAURA, consternada.

¡Jesús, Jesús, cómo te has puesto, hijo!

CLEMENTINA

¡Qué locuras, Dios mío! (Queriendo aplacarlo con una idea de ternura.) Vamos, regañón, mal genio, dale á tu niña las tijeras que te pide para cortar el collar del gatito... un collar muy precioso, ¿verdad, ángel?

CORRITA, sorbiendo la moquita.

Encarnado... con picos.

ISMAEL, corriendo á la mesa.

Sí, sí, sabandija: toma, toma las tijeras... y vete pronto, con cien mil pares de gatos... Anda, que yo no te vea más aquí. (La empuja hacia la puerta. Corrita coge las tijeras y se va brincando.)

ROSAURA

¡Cómo estás, Ismael!

ISMAEL, cruzándose de brazos ante su mujer y Clementina.

¿Paciencia me pedís? ¿Trabajo me recomendáis? Si diez años há me hubieran dicho esto, yo habría tomado otro rumbo. ¿Puedo tomarlo ahora?... ¡Empezar de nuevo, cuando se creía llegar al fin! ¡Subir desde estas profundidades la horrorosa cuesta, sin un triste báculo en que apoyarse!... ¡Imposible! ¡No me pidáis trabajo superior á las fuerzas humanas!... Ignoro lo que haré... Por de pronto, no se me ocurre más que gritar. Chillaré, alborotaré contra los Dioses Ricos y Pobres... Voy, voy á eso... no puedo contenerme. Reclutaré todos los desesperados que encuentre, y han de ser muchos, porque estamos en la tierra de la desesperación; reclutaré pilletes, ociosos y vagabundos, que los hay, los hay: son contingente infinito. Arrojaremos piedras contra todo lo que represente al Dios oficial, legal, dogmático y jurídico... Me declaro revolucionario callejero entre tantos que lo son y no se atreven á mostrarlo fuera de sus casas; soy rebelde que chilla, para ejemplo de los miles de rebeldes solapados que callan... (Circula por la habitación ma-

noteando.) Esta noche acabaré en la cárcel... Pero ni en la cárcel me humillaré ante ninguna divinidad Rica ni Pobre. (Coge su sombrero.)

ROSAURA.

Ismael, no me hagas sufrir.

CLEMENTINA

No es para tanto, Ismael. Ten juicio... Ven aquí.

ISMAEL, rechazando las manos de su mujer, que quiere retenerle.

Quita, quita... Dejadme, mujeres débiles, encadenadas á la mentira, comparsa imbécil de nuestros verdugos.

ROSAURA

¡Jesús!

ISMAEL, descompuesto, trastornado.

Yo gritaré: ¡Abajo las fortalezas de injusticia y opresión, llámense leyes, tronos ó altares! ¡Arriba nosotros, la turba, los desesperados, los desengañados!...

ROSAURA, corriendo tras él.

¡Ismael!

ISMAEL

Déjame, lloricona... También tú, tú, eres la oveja sin seso que se humilla ante los altares... Déjame, pasta de bondad inútil, de clemencia vana... Me voy, me voy... Quiero gritar. (Sale precipitado. Se oye su rápido descenso por la escalera.)

ROSAURA, dolorida, se abraza á Clementina.

¡Oh, Clementina...! ¿Perderá el juicio? ¡Qué desgracia!

ESCENA V

CLEMENTINA, ROSAURA; después ALFONSO

CLEMENTINA

No te aflijas, mujer. El hervor de estas cóleras dura poco.

ROSAURA

Siempre fué Ismael vehemente hasta la exaltación; pero nunca le ví tan fuera de sí.

CLEMENTINA

Ya le pasará. Déjale que corra, que hable, que chille. El derroche de la palabra y el roce con los amigos irán gastando su furor.

ROSAURA, secando sus lágrimas.

¿Lo crees así?

CLEMENTINA

Verás cómo se calma. La razón puede mucho y es muy terca... La echamos, y vuelve... vuelve. Ismael volverá esta tarde resignado. Se dice muy pronto: "soy revolucionario,,... Ríete de eso. Ocho hijos son una fuerza conservadora incontrastable.

ROSAURA

¡Ay, Dios te oiga!

CLEMENTINA

Y saldréis adelante... Ismael es muy inteligente. Y desembarazado de las esperanzas de herencia, el ánimo libre, duplicará su actividad y hará maravillas, créelo... Afortunadamente para vosotros, no os habéis creado necesidades dispendiosas, no habéis construído una envoltura de artificios y costumbres sociales, que una vez pegada al cuerpo y al alma, difícilmente se puede arrancar... Nosotros ¡ay! quedamos en situación mucho peor que la vuestra... (Recayendo en su aflicción.) ¡Si aún me parece mentira esta catástrofe!... ¡Oh, Rosaura, para nosotros no habrá consuelo!... Es horrible...

ROSAURA, llorosa.

Querida mía, venías tú á consolarme, y ahora resulta que he de ser yo la consoladora... Tengamos entereza.

CLEMENTINA

¡Entereza! ¿Cuál de las dos tiene más, para que dé su sobrante á la otra? (Suena la campanilla.)

ROSAURA, corriendo hacia la puerta.

¿Será Ismael que vuelve?

CLEMENTINA

Creo que será Alfonso. (Compone su rostro; quiere parecer serena.)

ROSAURA. Vuelve desconsolada, precediendo á Alfonso.

Es tu marido.

CLEMENTINA

¿No has encontrado á Ismael, que hace un momento salió de aquí como una saeta?

ALFONSO

¿Llevaba ya en el cuerpo la terrible verdad? Su carácter vivo es de los que hierven pronto, y levantan vapor y restallan. Pero ya se enfriará. ¡Qué remedio tiene!

CLEMENTINA

¿Y qué? ¿Hay alguna novedad?

ALFONSO

Ninguna... como no lo sea la consumación de la catástrofe. Me han asegurado que esta tarde se firmará el convenio con el *Banco General*, y mañana las escrituras de las donaciones *inter vivos*.

CLEMENTINA

Me alegro de que hayas venido, Alfonso. Tu presencia nos asegura la entereza que ya empezábamos á perder.

ROSAURA

Ahora estamos más tranquilas.

ALFONSO

No hay tranquilidad, no puede haberla. Ni usted, Rosaura, está serena, ni lo está tampoco mi mujer, á pesar del reciente lavado de fe religiosa. Todas las víctimas de este sacudimiento tenemos el cerebro resquebrajado, he-

rido el corazón. Claro es que nos ponemos la túnica de la fortaleza, y procuramos distraer el dolor con las obligaciones, con el trajín de la vida corriente... Pero el gusanillo está aquí... Ya saldrán, ya saldrán otra vez el espanto, el despecho, la rabia. (Clementina y Rosaura suspiran.) En fin, mujer y amiga, consolémonos con saber que doña Juana está más desquiciada que nosotros. Acaban de decirme que ha despedido á todos sus criados.

ROSAURA

Ahora me explico... Esta mañana noté en la casa cierta soledad...

ALFONSO

Y ha comenzado el ajetreo de llenar baúles y embalar imágenes y muebles, preparando el tránsito de la señora al Convento de Medina de Pomar. (Suena otra vez la campanilla, muy fuerte.)

ROSAURA

¡Ismael, Ismael que vuelve! (Óyese que abren la puerta.)

CLEMENTINA

¿Será Ismael? (Pausa; expectación.)

ROSAURA

¡Ay, no! Si fuera él, ya habría entrado aquí alborotando. (En la puerta aparece Casandra. La blancura de su rostro, el ceño de su mirada y su rigidez escultórica, dan á las tres personas presentes impresión de sorpresa y temor. Viste Casandra traje sencillísimo, enteramente blanco; su sombrero es negro.)

ESCENA VI

CLEMENTINA, ROSAURA, ALFONSO.—CASANDRA

ROSAURA

Pasa, mujer.

CASANDRA. Da algunos pasos, mirando á todos estupefacta.

Creí que estabas sola.

CLEMENTINA

Sola estará pronto Rosaura. Nosotros nos retiramos. (Se levanta.)

ALFONSO, á Clementina.

Su dolor le da una hermosura terrible.

ROSAURA

Deseaba que vinieras. Te esperaba.

CASANDRA, ansiosa.

¿Tienes algo que decirme?

ROSAURA

Algo, sí.

CASANDRA

¿Sabes? Mi mayor tormento es ignorar la verdad de mi desgracia. Ayer ví á doña Juana... Me lastimó en lo más vivo, sin decirme nada con claridad.

ROSAURA

¿Y Rogelio?

CASANDRA

Nada sé... nada me dice. Anoche, su demencia ha sido espantosa. Esta mañana muy temprano sacó de paseo á los niños. No ha vuelto.

CLEMENTINA

¡No ha vuelto!

ALFONSO

¿Suele dar paseos largos?

CASANDRA

No, señor.

ROSAURA

Volverá... No temas.

CLEMENTINA

Nosotros no podemos sacar á usted de su confusión, y bien lo sentimos. Todos los parientes de doña Juana, desde los más allegados á los más distantes, tienen el alma desplomada, el pensamiento como volcán en erupción.

ALFONSO, dándole la mano.

Señorita, tenga usted valor, y haga frente á su desgracia con ánimo sereno.

CLEMENTINA

Acuérdese usted de que es cristiana. (Van despacio hacia la puerta.)

CASANDRA

Cristiana soy.

CLEMENTINA

Vuelva usted sus ojos á Dios.

ALFONSO

En Dios ponga sus ojos. (Casandra se ha sentado fatigada, y permanece quieta, en actitud sombría.)

ROSAURA, á Clementina y Alfonso, acompañándoles.

De todas las víctimas de doña Juana, ésta es la que me da más compasión.

CLEMENTINA

Se consolará pronto. ¿No lo crees?

ROSAURA

No.

ALFONSO

Ni yo. Entiendo que es pájaro muy doméstico, que no anhela libertad. (Salen á la antesala.)

CLEMENTINA

Yo creo que su carácter y su historia no son de los que hacen buenas migas con las tribulaciones.

ROSAURA

¿Qué será de esta infeliz?

CLEMENTINA

Tiene una solución y un camino que otras no tienen. Puede hacerse actriz.

ALFONSO

Su figura y rostro helénico parecen creados para el horror sublime de la tragedia. (Mirán-

dola desde la antesala.) Véanla desde aquí. (Casandra aprieta el puño y da un fuerte golpe sobre su rodilla.)

CLEMENTINA

Posee el arte de las actitudes. (Alza Casandra su cabeza y queda en actitud de arrogante fiereza.) Ahora me causa miedo.

ALFONSO

Y á mí compasión. (Salen al pasillo. Despedidos los Marqueses, vuelve Rosaura junto á su amiga.)

ESCENA VII

CASANDRA, ROSAURA; después CORRITA.

CASANDRA, echándole los brazos.

Rosaura, dime... háblame. Tu cara no miente... Tú sabes lo que yo no sé.

ROSAURA, turbada, sin saber cómo empezar.

Sí... te diré... Pero has de prometerme tener juicio. No me pongas esos ojos espantados, que me dan miedo.

CASANDRA

Los tengo así de tanto mirar á esta tragedia obscura y á esta catástrofe invisible.

ROSAURA, premiosa.

Bien... Encargo tengo de decírtelo... No te aflijas demasiado... Mayor desgracia es la nuestra.

CASANDRA

Pronto, pronto.

ROSAURA, queriendo atenuar.

No es, en rigor, tan grave como sospechas.

CASANDRA, con gran viveza y energía.

No, no... no me des cloroformo. Corta por donde quieras. Sé resistir el dolor... Pronto: ¿por qué está Rogelio en esas dudas que le igualan á un condenado del Infierno?

ROSAURA

Porque doña Juana le ha requerido para formar nueva familia... conforme á la voluntad expresa de don Hilario.

CASANDRA

Resulta lo que pensé... Doña Juana quiere separarle de mí.

ROSAURA

Y casarle con una señorita de la familia... conforme al maldito testamento... Doña Juana quiere colocar á su predilecta Casilda Nebrija, que es un coquito de santidad... Para coger al *leopardo vagabundo*, como dice doña Juana, han armado una trampa con cebo de dos millones de pesetas.

CASANDRA

Y él...

ROSAURA

Rondando, dudando...

CASANDRA

Sin dejarse coger.

ROSAURA

Siento decirte, amiga del alma, que Rogelio cae, ó habrá caído. El leopardo no es digno de tí. Sus dudas aparatosas no son más que un hervor de poesía puesta al fuego, ó un canto hipócrita para adormecerte.

CASANDRA

No me adormece... Le conozco bien...

ROSAURA

Rogelio es loco por el dinero.

CASANDRA

El oro de los hombres y el sol de Dios le deslumbran lo mismo. Apetece el oro para mí y para nuestros hijos.

ROSAURA

¿Pero aún le disculpas?

CASANDRA

Sé que Rogelio, caiga ó no caiga en la trampa, nunca dejará de amarme.

ROSAURA

¡Pero te abandona! ¿Eres capaz de conceder tu cariño á un hombre semejante?

CASANDRA

No puedo querer á otro. Ni aun volviendo á nacer podré.

ROSAURA

¿Y en su conducta, no ves una traición villana?

CASANDRA

Enamorada estoy de sus defectos.

ROSAURA

Eres desdichada satélite del poeta, antes que compañera del hombre. Te alucina con imágenes, con sutilezas de su ingenio engañoso, destellos de mil colores, como los que despiden los ojos de los gatos.

CASANDRA

No profundicemos, Rosaura, en eso tan raro, ininteligible para tí: que Rogelio me ame, aunque me traicione, y que yo le ame á él, aunque amarle no deba. Pongamos á un lado ese misterio, y sigamos. Aún no me has dicho lo principal. Ya entendí que doña Juana quiere separarme de Rogelio. Me tiene por una mujer mala. Las buenas formas que Dios quiso poner en mí, son para ella hechura de Satanás... Vamos á otra cosa, Rosaura... ¿Y mis hijos? ¿Qué hace de mis hijos esa mujer, que aquí reparte bienes y males, alegrías y dolores, paz y guerra, quitándole á Dios el cetro del mundo?

ROSAURA

Pues tus hijos... Doña Juana se encarga de su educación cristiana... Sospecha que no están bautizados.

CASANDRA

Lo están.

ROSAURA

Por si acaso, quiere repetir... Y les criará y educará... les dará carrera.

CASANDRA

¿Lejos de mí?

ROSAURA, después de una pausa, temerosa de decirlo.

Así parece.

CASANDRA

Por la ley, ¿no debe encargarse de criarlos su padre, ó yo, yo misma, aun siendo tan... deshonrada como doña Juana quiere que sea?

ROSAURA, afligida.

Doloroso es decírtelo... Comprenderás que... el hecho de acceder Rogelio á...

CASANDRA

A quitarme los cachorros... Ese hecho, según tú, todo lo justifica. ¿Sobre eso te habló doña Juana concretamente?

ROSAURA

No con toda claridad.

CASANDRA

Pues alguien tendrá que explicármelo.

ROSAURA

Rogelio.

CASANDRA

No... Ella, ella, que es quien arma las trampas y todo lo dispone. (Clava los ojos en Rosaura.)

¿No crees que es ella... ella la que debe decírmelo? (Cruza los brazos, frunce más el entrecejo, y permanece un rato mirando al suelo.)

ROSAURA, sobrecogida.

¿Qué piensas, amiga mía? (Pausa.) En otras cosas fué más explícita doña Juana.

CASANDRA

¿En qué?

ROSAURA, saca de su seno el sobre.

Mira también por tí... Cuidará de tí...: Al encargarme que te pusiera al tanto de sus resoluciones, me dijo que es obligación suya el ampararte.

CASANDRA

Y te ha dado una cantidad para que me la entregues. Con el dinero, con una sola llave, abre esa mujer piadosa las puertas del Cielo para sí, para mí las del Infierno.

ROSAURA, creyendo notar en Casandra repugnancia del donativo.

Cuando me dió esta comisión de entregarte el dinero, le dije que tú, quizás por dignidad, no querrías tomarlo.

CASANDRA

¿Y á eso qué respondió?

ROSAURA

Pues dijo: "ella no tiene dignidad; pero si la fingiera y no gustase de recibir dinero mío, vendrás á devolvérmelo."

CASANDRA

Pues... ajustándome á la idea de la santa, no tengo dignidad y tomo el dinero. (*Arrebata vivamente el sobre de manos de Rosaura.*)

ROSAURA

Cuéntalo. Son diez mil pesetas.

CASANDRA

No me importa la cantidad. (*Lo guarda en su seno.*)

ROSAURA

Veo que te resignas, que tienes juicio y calma...

CASANDRA

Lo que yo no entendía cuando me hablaba ésa mujer, ahora lo veo muy claro. Me amputa, me arroja. Puedo seguir ahora dos caminos, que para ella son carreras, como las que siguen los hombres: la carrera de mujer mala, ó la de mujer arrepentida.

ROSAURA

Así es. Si vas por el camino del bien, y quieres abrazar vida religiosa, te facilitará cuanto para esa vida sea menester... Si te lanzas al mundo, no podrá seguirte más que con su compasión y el socorro de sus oraciones. (*Observa con atento examen el rostro de Casandra; mas en él sólo ve una profunda concentración del pensamiento.*) Hay otro camino, Casandra; otra carrera... y es que vivas de un honrado trabajo... Ya ves: con ese dinero podrás establecerte. Doña Juana me indicó que si adoptabas ese partido, se-

guiría socorriéndote... siempre que te establecieras fuera de Madrid y dieras garantía de moralidad intachable... (Pausa.) Esta solución me parecé la mejor para tí... Yo que te quiero, que soy tu mejor amiga, puedo y debo aconsejarte...

CASANDRA, bruscamente. Su pensamiento vuelve de regiones lejanas.

En vez del consejo, dame agua y te lo agradeceré más. Tengo una sed horrorosa.

ROSAURA

Ahora mismo. (Sale Rosaura; se cuela Corrita con su gato en brazos.)

CORRITA

Casandita... mira qué collar tan majo tiene mi gatín... (Casandra no para mientes en la chiquilla.) Casandita, estoy muy enfadada, pero muy enfadada contigo. (Creyendo que Casandra le pregunta el motivo de su enfado, contesta.) ¿Que por qué estoy tan enfadada? Porque no has traído á *Quilín* para jugar conmigo y con *Pirracas*. (La presencia y monería de Corrita evocan en Casandra el recuerdo de sus hijos. Grande emoción la sobrecoge. Brotan y afluyen de sus ojos lágrimas ardientes. Se sienta; atrae á Corrita y la estrecha en su regazo. Así la sorprende Rosaura al volver con el vaso de agua.)

CASANDRA

Tu hija me ha desconcertado. (Bebe con ansia. Sus lágrimas con el agua se confunden.)

ROSAURA

Chiquilla, ¿qué tienes tú que hacer aquí?

CORRITA

Mamucha, déjame. Me gusta estar contigo. Quiero oir todo lo que habláis para contárselo á Severiana y á Narcisa.

ROSAURA

¡Qué cosa tan fea! ¡Contar lo que hablamos!

CORRITA

¿Pues no te cuento á tí lo que hablan ellas? Ahora llegó la *Sunción*, la pincha de la tía Juana.

ROSAURA

¿Y qué dice?

CORRITA

Que la han despedido.

ROSAURA

¿Y qué más?

CORRITA

Que la tía Juana no es santa, sino una bruja. (Suelta la risa.)

ROSAURA, tapándole la boca.

¡Desvergonzada!

CORRITA, quitándose de la boca la mano de su madre.

¡Y que se quiere casar con Jesucristo!... ¡Ja, ja!... ¡Para ella estaba! Pero Jesucristo ha hecho *fú*, y con quien se casa es con el Demonio.

ROSAURA

Calla, charlatana, enredadora. (Levántase Casandra con tensión nerviosa, limpiándose las lágrimas.) ¿Qué piensas, qué decides?

CASANDRA

Adiós, Rosaura.

ROSAURA

¿Serás buena; seguirás mi consejo?

CASANDRA, rígida.

Adiós, Rosaura.

ROSAURA

¿Por qué no te quedas y hablamos otro poquito?

CORRITA, abrazando á Casandra por las piernas. Ha soltado el gato, que brinca por la habitación jugando con el trapo rojo.

Casandita, no te vayas.

ROSAURA

¿Y á dónde vas? ¿Puedo saberlo? (Aparta á Corrita.)

CASANDRA, andando hacia la puerta.

No sé á dónde voy. Adiós.

CORRITA, frente á la puerta, los brazos en cruz, quiere cortar el paso á Casandra.

No sales, Casandita; no sales.

CASANDRA, se inclina y la besa.

Adiós, amor mío. (Apartando á la niña, sale velozmente. Rosaura la sigue sin poder alcanzarla.)

CORRITA, recogiendo su gato.

Mamá, se va... No nos quiere.

ROSAURA, llorosa.

Sí nos quiere, *Corra;* nos quiere. Es que...

CORRITA

Yo sé por qué está triste... Porque le han quitado el marido... Lo ha dicho *Sunción*, la pincha...

ESCENA VIII

Calles.

ZENON DE GUILLARTE, RIOS; después CAYETANA YAGÜE. Guillermo Ríos, abogado joven y romántico, que por primera vez aparece en escena, es de mediana estatura, espigado, descolorido el rostro varonil, fulgurantes los ojos. Viste con elegancia.

RIOS

Volvámonos, querido Guillarte, que en aquel balcón bajo de la acera de enfrente están como colgadas dos cursis lindísimas. Al pasar, nos miraron, y rieron como con ganas de tomar varas.

ZENON

Dejémoslo para luego, y ya que estamos tan cerca del palacio de mi amada tía, lleguémonos hasta él.

RIOS

No quiere usted que pase la mañana sin informarse de la salud de la excelsa señora, millonaria y papisa.

ZENON

Es la salud de mi tía tan preciosa como el aire y la luz.

RIOS

No me negará usted, querido Zenón, que hoy está usted inquieto.

ZENÓN

Suelo ponerme así los viernes. ¿No es hoy viernes?

RIOS

Así parece... pero no lo aseguro. ¿Y al nombre del día de la semana debo atribuir su inquietud, querido Guillarte?

ZENON, suspirando.

No precisamente á la serie nefanda de los viernes, sino á que he visto pasar un coche de la Funeraria en dirección al palacio de mi tía... No hay momento seguro para la criatura mortal. ¿Quién le asegura á usted que á la hora menos pensada no ocurre una desgracia?

RIOS

Tranquilícese el buen *Cínico*. El furgón fúnebre ha pasado de largo.

ZENON

¿Está usted bien seguro? Yo de lejos no veo nada.

RIOS

Yo veo bien: el furgón ha seguido.

ZENON

Quiero cerciorarme. No estaré tranquilo hasta adquirir la evidencia... (Andando, andando, se aproximan á la verja del palacio de Tobalina.)

RIOS

Ya estamos cerca.

ZENON, distingue á cierta distancia una figura negra que se aproxima.

Amable Ríos, dígame: esa que viene hacia acá, manga-cruz viviente, negra con galones amarillos, ¿no es la reverenda Cayetana Yagüe?

RIOS

Ella misma, y lo que amarillea es un lío que trae envuelto en pañuelo negro con franjas color de azafrán. El lío parece de ropas de altar.

ZENON

¿Ha salido del palacio?

RIOS

¿De dónde han de salir los fantasmas sino de un antro tenebroso?

ZENON

No hable usted mal de ella, que yo la estimo. Ha sido mi patrona, y le debo atenciones y cuidados. Aunque beata empedernida y en

olor de sotanas, es buena mujer. La saludaré, y ella me informará de la salud de su prima.

Llega junto á ellos la manga-cruz; la saluda Zenón muy afectuoso. Es Cayetana una mujer pasada, velluda, magra y ojerosa, toda huesos, la boca lloricona y el mirar inocente. Su habla dulce deshace la mala impresión de su facha. Es una excelente condición moral metida en la más negra y fúnebre funda que cabe imaginar. Desdichas y catástrofes de familia hanla traído á tan desapacible fealdad.

DOÑA CAYETANA, contestando á la pregunta de Zenón.

Hoy está mejor que nunca. No sabe usted bien lo entonadita y fuerte que se nos ha puesto... ¡Y qué cabeza para atender á tantas cosas!... ¡Qué tino, qué prontitud para disponer! Nada, Zenón, que tenemos doña Juana para mucho tiempo.

ZENON, con un nudo en la garganta.

¡Cuánto lo celebro! ¿Viene usted de acompañarla un ratito?

DOÑA CAYETANA

Vengo de darle cuenta de una comisión muy delicada que me encargó para hoy. Gracias á Dios, ya está cumplida...

ZENON, curioso.

¿Algo de iglesia, de culto y clero, de preces á Roma...?

DOÑA CAYETANA, evadiendo con poco arte la respuesta.

Vaya; usted tendrá que hacer... yo también... Consérvese bueno. (Con inocencia celestial.)

Yo, aunque usted no lo crea, siempre le encomiendo á San José bendito, para que le dé buena suerte y le apañe sus cosas.

ZENON

El buen apaño vendrá pronto, Cayetana... Gracias por acordarse de mí. Yo también la tengo á usted muy presente en mis oraciones. ¿Se ríe? Mis oraciones, sí; sólo que son por pasiva... Adiós, adiós... (Desaparece Cayetana.)

RIOS

Esta visión es de mal agüero, Guillarte amigo. (Llegan junto á la verja del palacio.)

ZENON

No lo crea usted. Cayetana es una fantasma inofensiva, y una estantigua que siempre me ha traído buena suerte.

RIOS, señalando un carro parado en la entrada del parque.

Mire usted, Guillarte. Esto que aquí vemos es un camión con cajas vacías y tablazón para embalaje. ¿Sale de Madrid doña Juana?

ZENON

¿Será costumbre que las santas se lleven sus muebles al otro mundo?

RIOS

Se dan casos. Hay ricos que al subir al Cielo cargan con todo, y no dejan á sus parientes ni los clavos.

ZENON

¡Malicioso!

RIOS

No se fíe usted de la cábala... (Mirando al parque.) ¡Ojo, Guillarte! Sale el Excelentísimo señor don Francisco Cebrián.

ZENON

Hagámosle un saludo grandioso.

RIOS

¡Ojo, ojo! Vienen con él dos conspicuos del orden sacerdotal.

ZENON

Pues que nuestro saludo sea de extremada reverencia.

Traspasan la puerta de hierro el señor Cebrián y dos apersonados sacerdotes. Arrima un landó de la casa, que á la sombra esperaba en la acera de enfrente, y antes de que á él suban los tres señores, adelántase Zenón y saluda con meliflua urbanidad á Cebrián. Contesta éste no menos meloso. Entran los curas en el coche. El administrador de doña Juana consulta con éstos acerca del orden de las visitas que han de efectuar. Tras discusión breve, acuerdan ir primero á la Nunciatura. «Cochero, á la calle del Nuncio.» Parten.

RIOS. Siguen adelante, costeando la verja.

¿Pero se van... dejan sola á la celestial oveja?

ZENON

Algún pastor quedará de guardia. (Viendo á un hombre que entra en el parque por el postigo próximo á las cocheras.) O estoy yo encandilado, ó ese

hombre que entra es el mismo *Apolo*. Su ropa ceñida y su aire chulesco no mienten.

RIOS

¿Sirve en la casa?

ZENON

Es caballero sirviente de Martina, la criada de confianza. Esta debe de ser la hora del idilio en las umbrías del parque.

RIOS, con repentino estupor, fijándose en una persona que avanza por la acera de enfrente, á distancia.

¡Oh! ¿Quién viene allí?

ZENON, calándose los lentes.

No distingo... veo una figura blanca. ¿Es mujer?

ESCENA XI

ZENON, RIOS.—CASANDRA

RIOS

Diga usted diosa. ¿Cuándo se ha visto más perfecta imitación de la divinidad?

ZENON

¡Ah!... Es Casandra. ¡Y qué paso trae! Cruza la calle. Viene al palacio... ¿Quiere usted que la detengamos y charlemos con ella?

RIOS, sobresaltado.

No, no. Prefiero que entre su persona y mi admiración quede siempre un espacio de ensueño.

ZENON

Vamos á su encuentro.

RIOS, con timidez huraña.

No, no... Véala yo pasar... Luego... en mi pensamiento la enfocaré mejor.

ZENON

Ha entrado... Ya se pierde en las alamedas.

RIOS, atisbando por los huecos del enverjado.

Por aquel claro de árboles la descubriremos...

ZENON, plantándose.

Lo que descubro, amigo Ríos, es que estamos enamorados.

RIOS

Usted, no sé... yo sí.

ZENON

¿Le gusta...?

RIOS

No es sólo gustar de ella; es adorarla.

ZENON

¿Sin conocerla?

RIOS

Viéndola no más, la admiro en toda su belleza, y me la imagino mejor de lo que es.

ZENON

Es buena... casi es un ángel.

RIOS

Quítela usted el ángel. La prefiero mujer.

ZENON

Dicen que quedará disponible. Animo, joven honesto.

RIOS

Es mucha diosa para un triste abogado de secano.

ZENON

Con la poesía de esa mujer, se desinfecta mi hombre de la prosa de los pleitos.

RIOS

Me conformo con pensar en ella cuando escribo un pedimento, y con evocar mentalmente su belleza cuando informo en estrados.

ZENON

Ya no se la ve.

RIOS

Allí está. Parece que titubea, sin saber qué camino tomar.

ZENON

Vámonos de aquí, Ríos. Esto es hacer fieramente el tonto.

RIOS

Mi tontería llevo siempre conmigo. Hoy la he visto; hoy creo en Dios... Vámonos.

ZENON

¿A ver á las cursis?

RIOS

A ver á nuestras pobrecitas cursis, los brazos cruzados sobre la barandilla del balcón, y sobre los brazos la turgencia de sus pechos lozanos. (Se alejan.)

CASANDRA, en la alameda curva.

Alguien me sigue, me acompaña... Creí que era mi sombra. No es mi sombra: Rogelio ha mandado tras de mí á su demonio familiar... Ya le siento por la izquierda, ya por la derecha. Sus pisadas blandas suenan al compás del pisar mío... ¿Eres tú, *Caym*, el amigo de Lutero, que con él sostenía las disputas teológicas?... Ven... guíame... ¿Por dónde entraré? (Párase indecisa.) Creo que no es por aquí... ¡Qué soledad! ¿No hay ya criados en esta casa? (Contempla con tristeza las puertas y ventanas.) ¿Hijos de mi alma, estáis aquí?... De la otra parte viene un ruido de martillazos, como si estuvieran clavando ataúdes... Creo que me he perdido... ¡Ah! (Distingue una persona.) Allí veo un viejecito... el que me llevó el recado á casa... Está junto á una puerta, que conduce á la capilla y á la escalera interior... Ven, *Caym:* entremos...

ESCENA X

La misma sala de la escena inicial de la Jornada primera. En varias mesas, sobre finas telas de damasco rojo, están colocados y como expuestos diversos objetos de valor: alhajas en sus estuches, cubiertos y bandejas de plata, armas elegantes y arreos de caza, que fueron de don Hilario.

DOÑA JUANA, MARTINA. Hállase la señora tal como aparece en la primera escena, sentada en el mismo sillón junto á la propia mesilla. Rezuquea leyendo.

MARTINA, después de esperar un rato á que en ella se fije.

Señora...

DOÑA JUANA

¿Por qué no has entrado antes?

MARTINA

Creí que la señora estaba con su Padre espiritual...

DOÑA JUANA

El Padre ha ido con don Francisco á la Nunciatura. No volverán hasta las cuatro. (Con la palabra alterna el rezo entre dientes.)

MARTINA

Si la señora no quiere estar sola, la acompañaré... ó mandaré á mi sobrina Micaela.

DOÑA JUANA

No: déjala en la cocina... Y tú sigue en tus quehaceres. ¿Has hecho lo que te mandé?

MARTINA

Todo está hecho... Y como la señora me dijo que no quiere en casa gente chismosa, he despedido también á Lucas y á su mujer, y á la pincha *Sunción*.

DOÑA JUANA, terminando su rezo, se persigna.

Bien despedidos están. En los tres días que ha de durarme el suplicio de mi riqueza, poca servidumbre necesito. Para la cocina, para nuestras comidas frugales, nos basta Micaela. No dejes de estar sobre ella, que es dada á la charla ociosa. (Asiente Martina.) Y tú, ya sabes. Si continúas firme en tu fidelidad en estos días de prueba, vendrás conmigo á Medina de Pomar... Ya sabes que has de abrazar vida de rigurosa honestidad y penitencia.

MARTINA

¿Pues qué puedo yo anhelar más que esa vida?

DOÑA JUANA

Ya verás, ya verás, pobre Martina, qué descansada y alegre queda el alma renunciando á todo bien material, y consagrada con libre alborozo á la adoración del augusto Sacramento...

MARTINA

Mayor delicia no puede una concebir.

DOÑA JUANA

Adorándole, no sólo por nosotros mismos, sino por pedir y obtener la conversión de to-

dos los herejes, impíos, ateos, blasfemos, hechiceros, mahometanos, judíos é idólatras...

MARTINA

¡Ay, señora, qué gusto tan grande ha de ser salvar á los mahometanos!

DOÑA JUANA

Pero nosotros, antes de sacar de las tinieblas á herejes y moros, aseguremos nuestra propia salvación.

MARTINA

¡No que no...!

DOÑA JUANA

Ea, no te entretengas. Cuida de que los carpinteros y embaladores vayan á prisita.

MARTINA

Van adelantando; pero no mucho, porque sólo el material de la capilla, blandones, altares, imágenes, se lleva quince cajas... Para que puedan concluir mañana, he dispuesto que venga otro carpintero, que es muy vivo, pero muy vivo para el trabajo... Y si la señora me lo permite, les llevaré esta tarde unas copas de Jerez... Con tan corto obsequio se animan los pobres, y adelantan que es un primor.

DOÑA JUANA

Con tal que no se emborrachen, obséquiales, si de ese modo se avivan.

MARTINA

¿Me necesita la señora para algo más?

DOÑA JUANA

No: más bien me estorbas... Es la hora de mi comunión espiritual... Después terminaré la lista para el reparto de toda esa broza entre los parientes y amigos. Me desprendo hasta de las últimas raspaduras de mi riqueza, y las derramo por todo el campo de la vanidad... Retírate ya; te llamaré cuando te necesite...

En cuanto desaparece la criada, arrodíllase doña Juana, y con gran ardor efusivo y total desprendimiento del alma enamorada, hace su imaginaria comunión. La costumbre le facilita de tal modo la abstracción sutil de carácter solitario y budista, que el acto queda realizado en corto tiempo. Dedícase después á ultimar la lista de regalitos con que se despide del mundo.

ESCENA XII

DOÑA JUANA; después CASANDRA.

DOÑA JUANA, alterna los apuntes con el rezo en un librito.

Para Rosaura, la sortija de perlitas y esmeraldas... Docena de cubiertos para Ventura Nebrija... Los pendientes de rubíes, para la niña mayor de Clementina... Para Beatriz, los de zafiros. (Fatigada, suelta el lápiz.) ¡Cómo me hastían estos cuidados menudos de la vida temporal! (Ávida del manjar místico, lee.) "Levántate, ¡oh alma que me visitas!... Abandona tus riquezas, que aquí estoy para enriquecerte de gracias... Date prisa; llégate á mí; no temas mi majestad... Eres *mi amiga*, no mi enemi-

ga; eres mi *hermosa*, porque mi gracia te ha embellecido... Ven acá: abrázate conmigo, y pídeme cuanto quisieres con toda confianza.„ (Súbitamente, requiriendo la lista.) Otro esfuerzo, y arrojaré el último puñado de estas porquerías. Los dos solitarios, á Clementina. La tercera bandeja de plata, ¿para quién será? Para Cayetana. A Casilda Nebrija daré el collar de perlas. Bien se lo merece la pobre... Y la Virgencita del Pilar, de plata, para Amelia será... Las armas y arreos de caza, ¿á quién los doy?... (Con hastio, deseando acabar.) Ea, sean todos para Alfonso, y así concluyo de una vez. (Escribe dos palabras y suelta con alegría el lápiz.) ¡Ay, gracias á Dios, ya acabé! Ya estoy libre; ya eché lejos de mí la última de estas menudencias, bagatelas frívolas con que sueñan los niños grandes. Todo lo doy, todo quiero entregarlo. Soy pobre, quiero serlo... ¡qué alegría inefable! Mis riquezas caudalosas, que para nada me sirven, pronto volverán al legítimo dueño de todo, que sabrá despojarlas de su original vileza y aplicarlas al bien de las almas. (Entreabre Casandra la puerta de la derecha; asoma la cabeza, el busto, explorando la estancia.) La mía, oh mi Dios amante y misericordioso, te da infinitas gracias por haberme inspirado esta resolución. Con la pobreza me purifico, Redentor mío, para llegar á tí y recibir tu abrazo celestial. (Avanza Casandra pasito á paso.) Monarca de los Cielos y de la Tierra, dale á tu esclava humilde alas para volar hacia tí y abrasarse en el fuego de tu amor eternamente... (Casandra retrocede hacia la puerta para cerrarla. El ligero ruido que esto hace llega al oído de doña Juana.) ¡Martina! (Alarga el cuello, creyendo que es la criada quien entra. Casandra avanza lentamente.) ¿Ocurre algo? ¿Ha vuel-

to el Padre que fué á la Nunciatura? (Casandra se detiene mirándola. Doña Juana la reconoce.) ¡Ah!

CASANDRA

No es Martina; soy yo.

DOÑA JUANA

Casandra... (Con ligero temor.) ¿Cómo has llegado aquí? ¿No había nadie en el jardín?

CASANDRA

Un viejecito... Yo le dije: "tengo que ver á la señora.„ Y él: "arriba... suba por aquí...„ He subido.

DOÑA JUANA

Pero... yo no te he llamado.

CASANDRA

Hay ocasiones en la vida, señora, en que es forzoso venir aunque á una no la llamen.

DOÑA JUANA

Seguramente... vienes aquí después de hablar con Rosaura.

CASANDRA

He hablado con Rosaura. Me ha dicho lo que usted le mandó...

DOÑA JUANA

Yo le encargué que te lo dijese con dulzura, procurando no herirte.

CASANDRA

Ha cumplido el encargo con dulzura infinita.

DOÑA JUANA

Un poco duro ha sido, pobrecilla... Pero has de conformarte con la voluntad de Dios... ¿Vienes resignada?

CASANDRA

Vengo convencida.

DOÑA JUANA

Yo... he procedido conforme á mi conciencia, oído el parecer de personas sabias, que no podían engañarse ni engañarme.

CASANDRA

Ayer... la señora... me aseguró que me amará siempre... No esperaba yo tan pronto la primera prueba de ese amor que le inspiraron mis desgracias.

DOÑA JUANA, recelosa ante la sequedad irónica de Casandra.

Amor es. ¿Pero lo dudas?... Aún no me has dicho si Rosaura te entregó...

CASANDRA

Sí: el dinero... (Saca de su seno el sobre. Pausa. Alarga lentamente hacia doña Juana la mano con el sobre.)

DOÑA JUANA

¿Qué? ¿No aceptas? ¿Crees que te ofendo? Ese rasgo de dignidad, con apariencias de gallardía, no viene al caso... Podría parecer un poquito afectado, artificioso. (Casandra alarga más

la mano, sin decir nada.) ¿Pero... de veras... no aceptas? Aunque no fuera más que por gratitud...

CASANDRA

No es eso, señora. Acepto y agradezco. Pero es que... (Encontrando una idea.) Como he de estar errante algún tiempo... yo le ruego que me guarde ese dinero.

DOÑA JUANA

¿Hasta cuándo? (Sin quitar los ojos del rostro de Casandra, coge el sobre.)

CASANDRA

Hasta que venga yo á pedírselo.

DOÑA JUANA, tranquilizándose.

¡Ah! eso es otra cosa. (Guarda el sobre en el cajón de la mesita.) ¿Y has dicho que vivirás errante? ¡Qué locura! Pobre mujer, ¿por qué no adoptas vida tranquila y resignada, de pura honestidad y modestia? Me dijiste que sentías á Dios en tí. ¿Qué te falta? ¿La fe? Ayer te ofrecí darte todo mi amparo si te decides á entrar por la franca vía de la religión. ¿Quieres, sí ó no?

CASANDRA

Quererlo, sí... pero me conozco... Soy muy rebelde... no podré.

DOÑA JUANA

Pero, hija, algo has de poner de tu parte. Convierte en voluntad toda tu alma. Pide á Dios energía; pídele gracia; enfrena tus pa-

siones; aparta de tu mente las imágenes de la frivolidad y el vicio.

CASANDRA

No podré, señora. (Con siniestra ironía.) Soy muy mala. La perversidad me dió el sér... Bien conoció usted mi condición maligna... Yo quería fingir... hacerme pasar por buena... pero no me valió el disimulo... no pude engañar á usted.

DOÑA JUANA, sin comprender la cruel ironía.

Hija mía, un arrepentimiento sincero ya sabes lo que vale. Proponte ser buena... Acércate... Yo te aleccionaré... yo te enseñaré los caminos para llegar á Dios... Ven: hablaremos... siéntate.

CASANDRA, secamente, sin desclavar de ella los ojos.

Estoy mejor en pie.

DOÑA JUANA, desalentada y otra vez recelosa.

¡Con qué desdén orgulloso rechazas mi mediación para salvarte!

CASANDRA

Soy orgullosa, sí señora.

DOÑA JUANA

Pues ya que no seas bastante humilde para entrar en vida religiosa, ten el orgullo de ser una mujer obscura y honrada. Con este dinero podrás establecerte. Me ha dicho Rosaura que eres hábil para los trabajos de modas y sombreros.

CASANDRA

Algo entiendo de eso y de otras cosas; pero no quiero establecerme.

DOÑA JUANA

Pues entonces, si no te arrepientes ni piensas trabajar, ¿qué consejo vienes á pedirme, qué buscas? Dímelo pronto.

CASANDRA, empezando su conminación con mucha calma.

He venido... he venido para pedir cuentas á la mujer santa de la conducta que ha observado conmigo, que no soy santa, pero soy mártir de usted... (Gradualmente llega al tono iracundo.) Quiero decírselo, y arrojarle al rostro toda mi amargura.

DOÑA JUANA, con alarma súbita.

¿Qué dices, desgraciada?

CASANDRA

Verdades diré que usted no ha oído nunca. No es justo que usted se muera sin oir otras voces que las de la adulación y la mentira.

DOÑA JUANA

Vete pronto. Sal de aquí.

CASANDRA

Calma. No me iré tan pronto. Tenga usted paciencia. Virtud primera de los santos es la paciencia.

DOÑA JUANA, llamando.

¡Martina! (Se levanta vacilante.) ¿Pero no hay nadie en esta casa? ¡Martina! (Vuelve á caer en el sillón.)

CASANDRA

No hay nadie. Dios la deja á usted sola; Dios la abandona á usted á la justicia, que ahora soy yo.

DOÑA JUANA

Sal de aquí, te digo.

CASANDRA, impetuosa, elocuente.

Mujer idiota y perversa, vengo á pedirte cuenta del mal que me has hecho, y á devolvértelo con mi odio, que es por lo menos tan respetable como tu falsa santidad.

DOÑA JUANA, abrumada.

¡Jesús, Jesús!

CASANDRA, acercándose á ella hasta ponerle cerca de los ojos sus manos, que acentúan vivamente la imprecación.

Yo soy la más ofendida por tu maldad; yo, pobre mujer que no te hice ningún daño, que merecía más que ninguna tu protección y tus consejos. A todos ofendiste, á todos lastimaste, y á mí me has arrancado el corazón, porque yo esperaba de tí que legalizaras mi unión con el hombre que amo... Era tu deber... tu conciencia te lo dictaba... ¿Pero á qué hablar de conciencia? Alma llena de telarañas, voluntad cruel y sin amor, me has robado mi único

bien, porque yo he dado á Rogelio mi vida, y sin él no hay para mí paz ni alegría, ni puede haber virtud.

DOÑA JUANA, balbuciente.

Rogelio... un perdido... Yo no le quiero, no le quiero... Esto que se ha hecho con él es... por cumplir voluntades de su padre... mi marido... que dispuso... ya lo sabes. Si Rogelio consiente, pídele cuentas á él... á ese loco...

CASANDRA

A ese loco, yo, con mi cariño y mis cuidados, le dominaba, le corregía. Yo enfrené su imaginación desbordada; yo iba trocando sus defectos en virtudes... ¡Y esta obra de piedad y de amor has destruído tú con malas artes, con la hechicería de tu infame riqueza!... A él le has hecho peor de lo que era, y en mí has encendido las llamas del Infierno.

DOÑA JUANA

A él le mejoro, y á tí, rebelde y descreída, te dejo en lo que eres: una mala mujer.

CASANDRA

Yo he sido y soy una mujer buena... A la calle me arrojas. Si yo me pervirtiera, mis malas acciones serían virtudes en tí, monstruo de hipocresía y de crueldad.

DOÑA JUANA

¡Virgen santa, Jesús mío!... (Llamando.) ¡Martina!

CASANDRA

No llames... no te oirán. Dios ha ensordecido las paredes de tu casa, y á tus sirvientes y al mundo entero, para que no acudan á tí... Dios está conmigo.

DOÑA JUANA, furiosa.

¡Mentira!... ¡Mujerzuela... sacrílega!

CASANDRA

Aunque tu voz clame como mil truenos, no te oirán. Aunque extremes tus ridículas devociones, no engañarás á Dios. (La coge de un brazo y la sacude violentamente.) ¡A Dios no le engañas tú, miserable!

DOÑA JUANA, aterrada, vencida del miedo.

¡Oh!... no quise ofenderte... perdóname.

CASANDRA

¿Para qué invoca el perdón quien no tiene ni chispa de cristiandad en su corazón resecado por la santurronería? Para tí no hay piedad, ni es justo que la haya. Has hecho mucho mal; has trastornado las conciencias de tus parientes, engañándoles con promesas falaces; me has robado mis amores, y todo esto has de pagarlo.

DOÑA JUANA, con terror supersticioso.

Diablo... diablo que me atormentas, vete... déjame. (Se santigua; murmura una oración, elevando los ojos.)

CASANDRA

Diablo soy, diablo me has hecho tú.

DOÑA JUANA, temblorosa.

Huye... vete á los Infiernos.

CASANDRA

No me voy, porque aún tengo algo que decirte y tú que responderme. No te dejo sin que me digas qué has hecho de mis hijos. ¿Dónde están? ¿Me los has quitado para devolvérmelos? Si es así y los tienes en tu casa, ordena que me los entreguen... pero al instante.

DOÑA JUANA, con torpe lengua, sobreponiendo la terquedad al miedo.

No puede ser... Esas pobres criaturas... ¡Oh, no! Sus tiernas almas, á tu lado se perderían para siempre. Es mi deber, es mi gloria apartarlas de tí... y criarlas para Dios.

CASANDRA, apretando los puños.

No, no irán mis niños á ese Limbo de tu falsa santidad... ni á ninguna clase de educación irán sin su madre. ¿Están aquí? Dámelos, dámelos pronto.

DOÑA JUANA, atontada, medrosa.

¿Yo?... Yo no. Pídelos á Rogelio. El te los dará, si quiere.

CASANDRA

Cierto que Rogelio los sacó de mi casa pretextando llevarlos de paseo; pero lo hizo por

instigación tuya. Con tu dinero maldito le has corrompido y le has cegado; le has traído á la maquinación de casarle con otra mujer, y de llevarse á mis hijos... A él, no; á él, que tan sólo ha sido un instrumento de tu hipocresía, no tengo que pedirle las criaturas que me ha robado; á él no, sino á tí, que con extraña mano has cometido este crimen... La infamia no es tanto del que la ejecuta como del que la compra.

DOÑA JUANA

¡A él... á mí, no!

CASANDRA

A tí, á tí los pido. Son mis hijos, de mis entrañas nacidos, no de las tuyas estériles.

DOÑA JUANA

De tus entrañas de pecado nacieron. Hijos tuyos son... No puedo asegurar que sean hijos de Rogelio.

CASANDRA. Su indignación llega al delirio.

¡Ah, monstruo!... Me robas, y encima me ultrajas... Espérate... llegó tu hora. (Con mirada rapidísima y ágiles manos, busca un arma sobre las mesas, llenas de objetos diferentes. Encuentra un cuchillo de fino puño damasquinado. Lo coge.)

DOÑA JUANA, temblando.

¿Qué haces?

CASANDRA

¡Matarte!... He venido con la resolución de matarte si no me devolvías á mis hijos.

DOÑA JUANA

Casandra... mujer...

CASANDRA, frente á ella, en actitud arrogante y trágica.

Y pues tienes franqueadas, según tu entender idiota, las puertas del Cielo, y allí están los ángeles formados en fila para recibirte, alégrate, pobre ilusa, de que yo te arroje de este mundo que llamas miserable. Alégrate; y si no estás preparada, prepárate pronto, arregla brevemente tus cuentas con Dios.

DOÑA JUANA, en el colmo del terror.

No estoy preparada, no... no. Tu presencia ha despertado en mí el pecado de la ira.

CASANDRA

Pues deséchalo pronto. A los condenados á muerte se les concede espacio para el arrepentimiento. Yo te lo concedo, condenada. Soy menos dura que tú.

DOÑA JUANA, preparando un quiebro para esquivar el golpe.

¡Morir! No podrás matarme... Dios no lo consentirá.

CASANDRA

Si ha consentido tus crímenes, ¿cómo no consentir éste? Pronto... mis hijos ó la muerte.

DOÑA JUANA

Muerte, no... Tus hijos, tampoco. (Huye.)

CASANDRA, corre tras ella; alcánzala detrás del sillón.

Muere, santa de caña y de hielo. Dios te dará lo que mereces. (La hiere.)

DOÑA JUANA

¡Ay! ¡Misericordia!... (Cae detrás del sillón; expira.)

CASANDRA, arroja el cuchillo.

¡Monstruo, ya no harás más daño en el mundo que te crió! (Examina el cadáver.) No respira, no tiene sangre. Su veneno no es rojo. (Se mira las manos y la ropa.) Nada... su veneno no me ha manchado. (Entran precipitadamente por la derecha Martina y Cebrián.)

ESCENA XIII

CASANDRA, MARTINA, CEBRIAN

CEBRIAN, presagiando el atentado.

¿Qué hace usted aquí?

MARTINA, ve el cuerpo de doña Juana; corre hacia ella.

¡La señora... la señora...!

CEBRIÁN, acudiendo rápidamente.

¡Desmayada!

CASANDRA

Desmayada, no: muerta... (Con bárbara entereza.) ¡He matado á la hidra que asolaba la tierra!... ¡Respira, Humanidad!

FIN DE LA JORNADA TERCERA

JORNADA CUARTA

(Junio)

ESCENA PRIMERA

Sala baja en el palacio de Tobalina.

SATURNO, criado viejo, limpiando los muebles;
INSÚA, que entra por el foro.

INSÚA

Buenos días, Saturno.

SATURNO

Señor de Insúa, Dios le guarde.

INSÚA

Creí encontrar aquí á los señores Marqueses del Castañar.

SATURNO

No tardarán. Ayer estuvieron... Examinaron la casa... quedaron en volver hoy á la misma hora con un señor Arquitecto... Entendí que harán grandes reformas en el edificio.

INSÚA

Naturalmente. ¿Qué han de hacer más que reformar, embellecer, convertir la tristeza en alegría, la obscuridad en luz, y estos ámbitos

vulgares en vivienda aristocrática, casi regia? (Se sienta.) Dime, viejo Saturno, ¿tienes muchos años?

SATURNO.

Muchos, señor.

INSÚA

¿Como cuántos? Venga la cifra exacta. No presumas rebajándote la edad.

SATURNO

Señor, puede creerme que no presumo. Como me llamo Saturnino, que no he pasado de los ochenta y dos... digo, paso un mes y seis días.

INSÚA, risueño.

Muy bien... Y en vida tan larga habrás visto cosas muy estupendas.

SATURNO, triste.

Tantos años, señor, pasando y pasando, le dejan ver á uno mil trastornos y revoluciones.

INSÚA

Pero ninguna revolución como la de esta casa, ¿verdad?

SATURNO

Tremenda, don Damián; como obra del Diablo más que de Dios... Teníamos á nuestra doña Juana con el pie en el estribo para ir á enterrarse viva en un monasterio, entregando todos sus bienes á Nuestro Señor Jesucristo... y de repente una mano criminal trabuca sus planes, y lo que había de ser para el Altísimo,

se queda en la Tierra para el sin fin de parientes de mi señora...

INSÚA

Su muerte inopinada dió al traste con los nuevos proyectos cuando á realizarlos se disponía, y puso en vigor el benéfico testamento de 1901, que distribuye la colosal riqueza según la voluntad de la señora en aquella fecha... Y así tenemos á la Marquesa del Castañar heredera de este palacio, y del título de Tobalina...

SATURNO

Y de lo que llaman el *latro-infundio*...

INSÚA

Con añadidura de una golosina de millones en valores fiduciarios...

SATURNO

Y el señorito Ismael se carga nueve casas magníficas, acciones del Banco... Todos, grandes y chicos, son agraciados.

INSÚA

La lista de herederos alegres es tan larga como la de la Lotería de Navidad. A todos les toca un premio con que remediarse. Innumerables familias pobres, ahora son acomodadas, y á tí, á Martina y á otros servidores leales, os toca también algo.

SATURNO

Ya, ya... (Riendo.) Señor de Insúa, es un compromiso tener que llamar á esto obra del Demonio... porque... la verdad...

INSÚA

Ten presente que, en buena doctrina, el Diablo no puede hacer sus diabluras sin que Dios se lo permita.

SATURNO

Ya lo decía yo... Y usted, señor Insúa, es testamentario...

INSUA

Testamentario soy, y conmigo el señor de Cebrián y el Marqués de Yébenes, personas de respeto.

SATURNO, con infantil alegría.

No habrá inconveniente en ponerme en la mano mis quince mil peseticas...

INSÚA

Pronto las tendrás... Estamos ahora en el reparto de los premios menudos... (Aparecen los Marqueses por el fondo.) Aquí están los señores.

SATURNO, aparte, conteniendo su risa infantil.

¡Benditos sean mis nuevos amos!... No, no es el Diablo quien les ha traído... no trae el Diablo tanta felicidad... (Hace gran reverencia y se retira.)

ESCENA II

INSÚA.—DON ALFONSO, CLEMENTINA, UN ARQUITECTO.

ALFONSO

¿Ha esperado usted mucho tiempo?

INSUA

He llegado hace un instante.

CLEMENTINA

Soy con usted, Insúa. Voy á enseñar al amigo Herrera la capilla. (Vase por la izquierda con el Arquitecto.)

INSÚA

Veo con gusto que la Marquesa no se descuida. Quiere hacer de este monasterio una mansión cómoda y señoril.

ALFONSO, meditabundo.

No hay otro remedio... Riqueza obliga. Obliga también la vanidad, en cuyo reino hemos entrado por un golpe inesperado del *Deus ex machina*.

INSÚA

Que el resorte, digámoslo así, á que debemos la solución, haya sido inesperado, violento y criminal, no debe importarle á usted nada, querido Marqués, pues ninguna responsabilidad le cabe en el hecho de autos.

ALFONSO

Cierto que no hay responsabilidad... Pero... el extraño caso me plantea un conflicto moral que pone en mi espíritu cierto sobresalto. Vacilo entre la execración del delito y la gratitud á la delincuente.

INSÚA

No veo yo incompatibilidad entre el execrar y el agradecer. (Alambicando el pensamiento.) Hagamos un distingo sutil entre lo aborrecible y lo... No sé, no sé cómo decirlo.

ALFONSO

Convengamos, amigo Insúa, en que existen estados especiales de conciencia, estados anímicos, á los cuales todavía no se ha puesto nombre.

INSÚA, acentuando su ronquera.

Cierto. Como que el lenguaje es un órgano muy primitivo... muy imperfecto. La mitad de las cosas que sentimos y pensamos no pueden ser expresadas.

ALFONSO

¿Y qué, ha sabido usted algo más de la desgraciada Casandra?

INSÚA

Sé que será su defensor ese chico... Guillermo Ríos, abogado muy despierto...

ALFONSO

Sí, sí: sobrino de la Marquesa de Armada. Paréceme más imaginativo y romántico de lo que pide la abogacía civil.

INSUA

Pero el romanticismo le va muy bien en lo criminal. Todo crimen es un drama, y no hay drama, por malo que sea, en que no se encuentre algo de poesía.

ALFONSO

Poesía y belleza vemos también en la justicia cuando es bien aplicada. El castigo mismo nos parece hermoso cuando es justo. ¿Se puede presumir ya la pena que impondrán á Casandra?

INSUA

¡Quién lo sabe! Es pronto. Usted, Marqués, ajuste su conciencia á este sano principio: "Cúmplase la ley...„

ALFONSO

Que se cumpla, sí... Pero yo, sinceramente lo digo, pondría en esa sentencia algunos granos de benignidad.

INSUA, en la más baja ronquera.

No granos, sino gramos y aun kilos de clemencia pondría yo... Aquí me tiene usted sin poder dar nombre á lo que siento. ¡Maldito lenguaje! Yo, como usted, abomino el crimen con toda mi alma, y celebro infinitamente que el *Deus ex machina* haya resucitado el testamento de 1901, en el cual figuro como albacea...

ALFONSO

El Destino ha querido poner un comentario humorístico al furor de doña Juana, por los melindres de usted con Pepa.

INSUA

Y la mano brutal de Casandra vuelve atrás el tiempo, llevándonos á los días en que era yo el ojo derecho de la señora. Cebrián era entonces abogado de la casa.

ALFONSO

Todo es peregrino y maravilloso en este suceso... Y para mayor extrañeza, don Francisco Cebrián, de quien yo temía enredos y dificultades, se ha conducido de un modo correctísimo en la ejecución del testamento.

INSUA

¡Oh, amigo mío! Cebrián es hombre de derecho, el *jus* en carne mortal, esclavo de la letra, y su intérprete más escrupuloso. Le conozco mejor que nadie. Juntos estuvimos en el Cuartel Real de don Carlos, yo sirviendo en lo que llamábamos *Suministros Militares*, él en los altos consejos del Rey. Allí nos tratamos íntimamente, y pude conocerle en todo el esplendor de su *jurismo* fanático... Me pregunta usted si es hombre de estricta probidad. A eso respondo que le tengo por honrado... á su modo. Ya ha visto usted que no ha entorpecido la ejecución del testamento... "El testamento es ley... Cúmplase." Después, cuando cada heredero esté en posesión de su parte...

no sé, no sé si el amigo Cebrián saldrá con algún otro *Cúmplase* de los que él gasta.

ALFONSO

¿Pero es honrado, sí ó no?

INSUA, vacilante, confuso.

Es honrado y es...

ALFONSO

¿Qué?

INSUA

No acierto á expresarlo... Lo que antes dije, querido Marqués... no tenemos palabra. En innumerables casos de la vida espiritual, el lenguaje para nada nos sirve.

ESCENA III

LOS MISMOS.—CLEMENTINA, EL ARQUITECTO

CLEMENTINA

¿Lo ves, Alfonso? Herrera opina como yo. ¿Para qué queremos capilla tan grande?

ARQUITECTO

Es parodia de una catedral, construída y decorada con malísimo gusto. Obra parece de los mismos demonios.

INSUA

Derribando tabiques en la planta baja y corriendo la crujía de la capilla, tendrán ustedes un comedor espléndido.

ARQUITECTO

Y además un magnífico salón.

CLEMENTINA

Pues decidido. ¿Qué te parece?

ALFONSO

Muy bien. Dispón lo que quieras.

CLEMENTINA

Y dedicaremos á oratorio la habitación en que murió la pobre doña Juana. Entiendo que es el mejor homenaje á su santa memoria. (Asiente Insúa con cabezadas.)

ALFONSO

Amigo Herrera, hágame usted presupuesto de esta reforma y de la modificación de las alcobas de arriba.

CLEMENTINA

Pero prontito... Las obras han de quedar concluídas en todo el verano. Cuando volvamos, allá por Octubre, no quiero ver en casa albañiles ni pintores.

(Ofrece el Arquitecto presentar sin demora plano y presupuesto, y se despide con afectuosa ronda de saludos y apretones de mano.)

ESCENA IV

DON ALFONSO, CLEMENTINA, INSUA

INSUA, mirando su reloj.

Señores, que es tarde para mí. Decidan si los cinco millones quedan en *Exterior* ó se llevan á *Obligaciones del Tesoro*...

CLEMENTINA

Queden como están. ¿Qué te parece, Alfonso?

ALFONSO

Cuatro millones en *Exterior*... Lo demás pase á la Cuenta corriente, donde no dormirá mucho tiempo. Pienso emprender inmediatamente mi campaña.

INSUA

¿Hará usted la presa en el Alberche?

ALFONSO

Sí... Pero antes prolongaré las minas de Pemán hasta la Lastra, y abriré dos más en el Horcajo, con lo cual obtendré un caudal de aguas enorme para la vega de Nuño-Sancho.

INSUA, con entusiasmo.

Muy bien. ¡A regenerar tocan!... Adelante.

CLEMENTINA

Y emprenderemos la repoblación del monte de Candeleda.

ALFONSO

En Noviembre empezaré los plantíos.

INSUA

Sonó la hora de la resurrección, la hora de las grandes iniciativas salvadoras... (Transición) y la hora de que yo me largue. ¿Mandan algo más?

ALFONSO

Mando... que esta noche coma usted con nosotros.

INSUA

Obedezco... No faltaré. (A Clementina.) ¿Hay más?

CLEMENTINA

¡Ah, sí!... me olvidaba... ¿El funeral...?

INSUA

Encargado está para el viernes.

CLEMENTINA

¿En *Santa Eironeia?*

INSUA

En *Santa Eironeia*. Será de una solemnidad nunca vista... Adiós...

ALFONSO

Hasta la noche... (Vase Insúa presuroso.)

ESCENA V

DON ALFONSO, CLEMENTINA

CLEMENTINA

Solemnes honras deben ser. A tal muerta, tales pompas.

ALFONSO

Con el grandioso funeral, con las mil misas que se celebrarán por disposición testamentaria, y las quinientas de añadidura que por nuestra cuenta mandamos decir nosotros, el alma de tu tía quedará satisfecha.

CLEMENTINA

O tal vez le parecerá poco. ¿Quién penetra el misterio de ultratumba?

ALFONSO

Otro arcano me inquieta más, Clementina, y es... No puedo echar de mí la idea, la imagen lastimosa de la pobre Casandra...

CLEMENTINA, ceñuda.

Yo también pienso en ella... y ojalá no pensara. No quiero que una lástima excesiva disminuya el horror del delito...

ALFONSO

Delito, que ha sido, digámoslo claramente, el generador de nuestra felicidad.

CLEMENTINA, temerosa.

No lo veas así, por Dios... Considéralo como un hecho casual, como la caída de un rayo.

ALFONSO

Hay, sin duda, rayos benéficos, rayos que salvan.

CLEMENTINA, llevándose las manos á la cabeza.

No... no... distingamos... ¡Qué confusión!... Desconocemos los enlaces misteriosos del mal con el bien... No nos metamos á desentrañar las causas de lo que sucede.

ALFONSO, pensativo.

Sí, sí... Dejemos las causas en lo insondable de su origen. (Pausa. Ambos meditan.)

CLEMENTINA

Dime, Alfonso: ¿crees tú que impondrán á esa desgraciada una pena muy dura?

ALFONSO

Hija, no sé... Quisiera yo que esa pena fuese benigna.

CLEMENTINA

Y yo. Benignidad quiero: un fallo que se aparte de los extremos del rigor, sin recaer en la extremada indulgencia.

ALFONSO

Precisamente nos hallamos en plena región de los términos medios. Mantengámonos en

ella; confiemos en que el Tribunal y el Jurado harán justicia razonable y discreta, con benignidad mesurada... Huyamos de las exageraciones. Si nos parece mal la fiereza de los que piden para Casandra pena capital, condenemos también el romanticismo de su abogado defensor, que se agita y mueve la opinión, con esperanza de obtener la absolución libre.

CLEMENTINA, alarmada.

Eso no, no... ¡Jesús! ni pensarlo. La absolución libre sería de malísimo efecto... Contra ella se sublevaría la conciencia pública, y de rechazo vendría contra nosotros un latigazo de la opinión. (Alfonso, meditabundo, deja que Clementina explane su pensamiento.) ¡Ay!... la opinión no cesa de acechar á los buenos, y el vulgo, como nutrido de la envidia, es por naturaleza mal intencionado. Ya corren por ahí chistes de mal gusto... ya andan diciendo que hostigamos á Casandra y le calentamos la cabeza, para que hiciera la Carlota Corday.

ALFONSO

Yo doy menos valor que tú á esas miserias. De una manera ó de otra, el vulgo de nuestra clase ha de zaherirnos.

CLEMENTINA

Pues María Navalcarazo, capaz, como sabes, de sacrificar á su padre por un epigrama, ha dado en llamarme *Lady Macbeth*. (Alfonso frunce el ceño.) Ya sabemos que es broma. Pero bien se ve la intención aviesa. ¡Oh! me lastima horrorosamente María con su *Lady Macbeth*, y

con la historia de que me levanto dormida frotándome esta mano manchada de sangre.

ALFONSO, desechando una idea lúgubre.

No hagamos caso... Es la espuma del fermento social, inevitable.

ESCENA VI

LOS MISMOS.—ISMAEL, que entra por el foro.

ISMAEL, gozoso.

Próceres ilustres, aquí me tenéis, cumplida la misión que me dísteis. (Saca una lista de nombres.)

CLEMENTINA

¿Has visto á todos los herederos?

ISMAEL

Los he visto... Todos, chicos y grandes, cada cual según sus medios, contribuyen al grandioso funeral. (Lee.) Zenón, Nebrija, los Yagües, los Samaniegos... Aquí tenéis á los legatarios más humildes: Blas Samaniego, *calle de Toledo;* Roque Villasante, *Tintoreros;* Adrián Berdejo, *Concepción Jerónima...* Sigue la pobretería á quien tuvo presente doña Juana en aquel precioso testamento, y aquí, entre los primeros, me tenéis á mí, que también contribuyo, aunque no creo en el Purgatorio.

ALFONSO, festivo.

¡Eh! que no valen ahora esos alardes tontos de incredulidad.

CLEMENTINA

Has entrado en el reino del Dios de los Ricos, del Dios Gubernamental y Oportunista, como tú dices, y es forzoso guardar la corrección en filas.

ISMAEL

Es verdad. Diré que obligado á poner todo mi espíritu en la superficie de la tierra, no me queda tiempo ni atención para explorar los profundos abismos... La mecánica terrestre me absorbe, y no puedo pensar en el subsuelo, llámese Purgatorio, llámese Limbo... Decididamente, Alfonso, emprendo el negocio industrial de los ascensores hidráulicos, sin abandonar la construcción de turbinas... Te lo digo para tu satisfacción y efectos consiguientes.

ALFONSO

No lo echaré en saco roto.

ISMAEL

En tu presa del Alberche tendrás un desnivel de aguas utilizable para un buen molino sistema austro-húngaro. Verás... (Echa mano al bolsillo para sacar un planito.) Tengo un tipo medio de turbina... veinte caballos...

CLEMENTINA, vivamente.

Deja eso ahora... Oye: Alfonso y yo ardemos en curiosidad... Dinos: ¿qué sabes de Rogelio?

ISMAEL

Es el único heredero de doña Juana que no ha recobrado la razón.

ALFONSO

Oí decir que intentó suicidarse.

ISMAEL

Pura exaltación poética. Sus pensamientos son estrofas, y sus actos posturas académicas. La noticia del atentado de Casandra le conmovió profundamente, dejándole en estado de estupor ó imbecilidad. Así le encontramos Zenón y yo cuando fuimos á verle en su escondite, que es la relojería de Adrián Berdejo... Con vagas palabras nos dijo que nunca pensó en casarse con Casildita. Delante de nosotros escribió á Nebrija una carta desdiciéndose y retractándose de todo lo convenido... La martingala de Rogelio bien clara está: atrapar los dos millones, y dejar plantada á la señorita flaca y honesta... Y no iba el hombre descaminado en su maniobra. La voluntad de don Hilario, que doña Juana reprodujo en su testamento, reconoce al hijo natural la propiedad de los dos millones. Lo del casamiento es exhortación sin fuerza imperativa. Yo así lo entiendo.

ALFONSO

La elasticidad del encargo testamentario permite todas las interpretaciones... Sigue contándonos.

CLEMENTINA

¿Y los niños?

ISMAEL

Continúan en poder de Cayetana Yagüe, que los cuida muy bien.

CLEMENTINA

Allí los depositó y enjauló el poeta loco cuando hizo la canallada de sacarlos de su casa con el engaño de llevarlos á paseo. ¿Y esto es también poesía?

ISMAEL

Drama fué planeado sigilosamente por nuestra tía, ignorante de que su perfidia y crueldad incubaban la tragedia y encendían la furia de Casandra.

CLEMENTINA, con ardiente curiosidad.

¡Oh! háblanos de esa mujer, que nos interesa profundamente.

ALFONSO

Es nuestro interés un triple sentimiento, amarga mixtura de horror, de lástima y... ¿por qué no decirlo? de gratitud.

CLEMENTINA, horrorizada.

Gratitud, no, Alfonso. No digas tal... Sigue, Ismael. ¿Qué crees? ¿La sentencia será muy rigurosa?

ISMAEL

Debemos hacer lo posible y lo imposible porque sea benignísima...

CLEMENTINA

Benigna... sin exageración, ¡cuidado!

ISMAEL

No, no: con toda la exageración del mundo. Por mi parte, si llamado fuese á sentenciar á Casandra, absolvería redondamente.

CLEMENTINA

Eso nunca. ¡Jesús, qué aberración!

ALFONSO

Ismael, no te metas en la trocha del sentimentalismo. Vente á la realidad.

ISMAEL

Vamos á ella, puesto que en esa verdad mentirosa, pintarrajeada con sacrosantos menjurjes y afeites, hemos de vivir. Tenemos intereses, tenemos hijos. Iremos todos á los funerales de doña Juana: allí estaremos muy compungidos, encubriendo con la careta de un falso dolor la alegría que...

CLEMENTINA, tapándole la boca.

No, Ismael: eso no te lo paso.

ALFONSO

Alegría, no.

CLEMENTINA

Yo he llorado á mi tía.

ISMAEL

Hay lágrimas de compostura; lágrimas de etiqueta, como hay perlas falsas. Yo sé fabri-

car las perlas falsas. Pero el llanto artificial no sé cómo se hace. Las mujeres son maestras en esa industria.

ALFONSO

Y los hombres también.

ISMAEL

Seamos comparsas discretos y disciplinados en esta suntuosa procesión del Dios de los Ricos, del Dios Gacetable, Dios de Gobernación y de Gracia y Justicia, Infinitamente Reglamentario, Eterno en su doble Naturaleza teológica y sociológica...

CLEMENTINA

Basta. No desvaríes más.

ALFONSO, se levanta.

Y pues la divina ley nos manda que almorcemos, vente con nosotros.

ISMAEL

Sí que iré. Y aprovecho esta ocasión para ver detenidamente el principal en que vivís. ¿No os he dicho mi proyecto? Tomaremos vuestra casa cuando os mudéis á ésta. Subimos tras de vosotros en la escala social.

CLEMENTINA, jovial.

Ya, ya sentía yo que empujábais... Vámonos. (Ismael y Alfonso declaran su formidable apetito. Salen los tres.)

ESCENA VII

Iglesia patriarcal de *Santa Eironeia.*—Pórtico.

Llegan lujosos coches, que descargan señorío elegante, de luto. Comparecen abriendo plaza los MARQUESES DEL CASTAÑAR y DE TOBALINA, con sus hijas MARIA JUANA y BEATRIZ; poco después la CONDESA DE NAVALCARAZO, con su hijo el Teniente de Artillería FELIPE DE ACUÑA y dos señoras; siguen los MARQUESES DE YÉBENES y su hijo RAMIRITO; los de ARMADA con sus dos niñas; el DUQUE DE RUY DIAZ, en representación de su madre la Duquesa de Cardeña; llegan otras personas de la nobleza heráldica y de la burguesía ricachona. Las señoras entran en la iglesia; permanecen los caballeros en el pórtico amplio, que convida á la formación de grupos parleros.

EL MARQUES DE ARMADA, señor de rostro flácido, estampa de la tristeza y el hastío.

Dime, Alfonso: ¿es cierto que te instalas en tu *latifundio?*

ALFONSO

Pasaré largas temporadas en el Horcajo, en Villaflor y la Lastra, sin olvidar mi querido Pardal. Pienso combatir con el ejemplo el funesto absentismo.

ARMADA

¡Ah, el absentismo!... Llaman así á nuestro despego del campo. Lo más triste es que también nos aburrimos en las ciudades. (Llevándole aparte.) Oye, Alfonso. (Su voz parece salir de un cántaro vacío.) ¿Harías tú un préstamo con hipoteca?

ALFONSO, acariciándose la barba.

No podré distraer fondos en negocios de esa clase. Tengo que emprender obras costosísimas...

ARMADA, alargando más el rostro macilento y ensordeciendo más la voz.

Me han dicho que Zenón de Guillarte coloca su dinero en préstamos. Pero sus condiciones parece que son brutalmente usurarias.

ALFONSO

Creo que también Nebrija da dinero á rédito... Ahora llega con sus hijas.

Acércase Cebrián, que á entrambos saluda. Armada entra en la iglesia y recibe agua bendita de los dedos glaciales de un señor para él desconocido. Es Ventura Nebrija. Ambos cruzan con agua bendita sus pálidas frentes, y se dirigen á tomar sitio en los bancos enlutados.

CEBRIAN, relamido y clásico.

Bien haya quien tan bien dispuso esta solemnidad funeraria. La grandeza, la hermosura y majestad de *Santa Eironeia* realzan el acto de piedad. El concurso escogidísimo hácelo más espléndido y más edificante. (Alfonso calla.) ¿Quiere usted que entremos? Yo tengo que hacer algo en la sacristía.

ALFONSO

Iré con usted. (Entran.)

Grupo de jóvenes.

FELIPE DE ACUÑA

¿Qué te pasa, Guillermo? ¿Hablas en verso?

GUILLERMO RIOS

He dicho: "toda júbilo es hoy la gran Toledo."

RAMIRITO

Yo diría más propiamente: "de sacro luto está *Santa Eironeia*."

RIOS

Sigue. Suelta otro endecasílabo: "y hueca pompa funeral nos brinda"...

ACUÑA

En prosa digo yo que en vez de funeral debieron dar un baile. Estas farsas no convencen á nadie, ni aun á los actores, digo, curas.

RIOS

Ya está compuesto el suelto de periódico que dice: "Ha sido una verdadera manifestación de duelo."

ACUÑA, burlón.

¡Inmenso duelo! La pena mía, ¿sabéis cuál es? Ver á María Juana obligada á soportar esta *lata* horrible.

RAMIRITO

Y la mía ver á Beatriz pálida y melancólica, como recordando las virtudes de la mártir doña Juana.

ACUÑA

¡Hipócrita! No está melancólica la niña, sino alegre, echando de su rostro chispas de júbilo... Quien se acuerda de la mártir eres tú, que adoras sus reliquias, sus huesos venerables... ¿lo quieres más claro?... el *latifundio*.

RAMIRITO

Poco á poco... Ya sabéis que mi adoración de Beatriz es anterior á la herencia del *latifundio*. Sus padres y los míos ven con agrado esta inclinación... Y ella... ¡Ay! su candor, su timidez me enamoran más que su belleza... Anteayer comulgamos juntos... ¡Qué ideal pureza en su rostro angélico!

RIOS

En la iglesia estaba yo, y ví á la niña en éxtasis... Puedo asegurar que no era para el Sacramento toda su devoción: la compartía con un Teniente de Ingenieros que hacía la guardia en el pilar de la capilla de San Fernando.

ACUÑA

Fernando Coello. ¿Quién no sabe que es devoto de Santa Beatriz del Castañar, y que ésta recibe gustosa el culto del Teniente?

RAMIRITO

¡Tontos, cizañeros, mal pensados...!

RIOS

Sea lo que quiera, y haya ó no ingenieros en la costa, tú vas por buen camino, Ramirín;

no han de faltarte protecciones poderosas que te lleven al fin que ambicionas... Angel de pureza eres tú, como Beatriz... ¡Santa pareja! Pronto vuestras azucenas serán azahares. (Ramirito se pone colorado. Desciende de su coche y se aproxima al grupo el Duque de Ruy Díaz, primogénito de la Duquesa de Cardeña. Es un joven de veinticinco años, guapo, elegante, educado en los Flaminios de Brujas.)

RUY DIAZ

¿Pero aún no habéis entrado? Yo creí llegar tarde.

RIOS

En estos besamanos de Su Majestad la Muerte, conviene llegar cuando todos los asientos están ocupados, y quedarse en pie, donde se pueda ver la andanada de mujeres bonitas.

RUY DÍAZ

¿Y habrá oración fúnebre? Si la hay, no entro ni á tiros. Sería una *scie*, una *secattura*, una *lata* demasiado pavorosa.

ACUÑA

No habrá más panegírico que el que pronuncie cada cual en el púlpito de sus pensamientos. Aguardemos aún.

(Llegan al pórtico los parientes de clase humilde. Las señoras de éstos entran en la iglesia: algunas lucen mantillas primorosas, sacadas para tan alta ocasión de las viejas arcas. Otras, más pobres ó descuidadas, ostentan, como *Cayetana Yagüe*, velo mustio con viso de ala de mosca. Los hombres forman grupo y apuran cigarrillos.)

BLAS SAMANIEGO, regordete, de bastón roten con puño de asta. Le cae la ropa negra como á un Cristo un revólver.

¿Conocías tú á la Casandra?

ROQUE VILLASANTE, mejor apañadito que el otro, con ropa bien cortada, aunque antigua. Ha sido alcalde de barrio y Presidente de un Comité Liberal-Democrático.

Una tarde la ví en el tranvía con el Rogelio... ¡Buena mujer!... Quiero decir que es guapísima.

BLAS SAMANIEGO

Y de pelo en pecho. ¡Dios!... ¡Cómo aseguró á la tía!

ROQUE VILLASANTE

Mujer más valiente creo que no ha nacido... ¿Crees tú que la matarán?

BLAS SAMANIEGO

¡Dios! sería un dolor... Veremos si le sale pena de muerte, ó *viceversa,* la absolución. (Acariciando el roten y chupando la colilla.) Yo jurado, ¡Dios!... digo que yo jurado... En fin, vamos á echarle un responso á la tía... que buena falta le hace. (Entran.)

Interior de Santa Eironeia.

RIOS, franqueando la cancela.

"¡Vive Dios, que me espanta esta grandeza!..." ¡Sublime luto, imponente majestad de las cosas negras!

RUY DIAZ

El túmulo es grande, hinchado, fachendoso.

ACUÑA

Considerable armazón de palo, rellena de billetes y de acciones del Banco, y de títulos de propiedad.

RAMIRITO

No profanéis el ceremonial augusto... Ved el sin fin de luces que nos dan la impresión de almas penitentes, temblorosas, anhelantes de redención...

RUY DIAZ

Fijaos en el adorno de calaveras doradas... Veréis también unos como chorretazos de oro, que quieren ser lagrimones de fuego...

RIOS

Son el dorado llanto de los herederos y partícipes. Fijaos en el grupo de señoras... Tres filas de caras; las unas lindas, las otras patéticas, todas luctuosas dentro del nimbo negro y sutil de las mantillas... Avancemos... tratemos de coger sitio.

(Entrando con cierto desorden, se van colocando los señores altos y bajos, de mediocre ó de lucido pelo. En el primer banco están ya Insúa y otro sujeto respetable: pronto vendrán los primates que están en la sacristía. En el segundo vemos á Nebrija y al Marqués de Armada. No se hablan hasta que recíprocamente les presenta Rafael Vives (hermano de Rosaura). Entáblase repentina y cordial amistad entre el Marqués y el corredor de comercio. El primero hace gala de jovial cortesanía, que es el encanto del hombre triste, cegato y catarroso. Detrás

de este grupo forman su trinca Ismael, Zenón y Ríos. Ruy Díaz pasa al primer banco. Acuña y Ramirito se confunden con la innumerable caterva desconocida en que alternan ricos y pobres.—Al lado de la Epístola se extiende el campo estelario de señoras en variadas constelaciones, según la jerarquía social y estética.)

Sacristía.

Los sacerdotes, puestas ya las albas de ricos encajes, se aprestan á completar la vestimenta de rito negro. El Preste, listo ya, se pone la estola. Al Diácono nada le falta, y departe jovialmente con el Marqués del Castañar. El Subdiácono, que ha llegado el último, arroja un cigarrillo á medio fumar, y se viste de prisa y corriendo, terminando con la dalmática de áureos borlones.—Volando de flor en flor, de clérigo en clérigo, mariposea el señor de Cebrián, encareciendo con clásicas hipérboles la elegancia y regio aparato del funeral.—El Preste da una formidable tabarra al Marqués de Yébenes, pidiéndole que acuda con sus caudales á la erección de holgados beaterios para un monjío exótico, que en España nos hace mucha falta, pero mucha. Laméntase el Marqués de la ruindad y turbación de los tiempos, y del materialismo que, cual vampiro, chupa la fe de los españoles y los desangra de su piedad.—Viene bien decir aquí que es Yébenes un señor maduro y acecinado, de barba escurrida y ojos tristes. Arde en fervor ultramontano y papista, y su rostro expresa una hondísima pena, de esas que con nada encuentran alivio. La causa de su desconsuelo es que no se restablezca la Inquisición, para poder quemar á gusto á los herejes, y de añadidura, á los que le deben dinero y á los empleados que no le ayudan en sus negocios.—Mientras el Marqués de Yébenes y el Preste se engolfan en consideraciones de un orden místico y crematorio, el del Castañar y el Diácono parlotean de cosas mundanas, rodeados de nubes olorosas. Los acólitos balancean los incensarios para activar la lumbre.

ALFONSO

Conforme aprieta el calor, las codornices dejan los sembrados y se bajan al soto.

EL DIACONO, embelesado en sus recuerdos.

¡Ay, caro don Alfonso... quién se viera en el Pardal! Los días que allí pasé en Octubre no se me olvidarán si mil años vivo. ¡Levantarme al amanecer... salir á la codorniz... *á perro puesto...!* ¡Qué delicia!

ALFONSO

Yo iré dentro de cuatro días. Véngase conmigo.

EL DIÁCONO

¡Si pudiera...! Pero está uno amarrado á la obligación. La caza es mi delirio... y perdone *Santa Eironeia*. (Obedeciendo á una indicación del Preste.) Ya salimos. Hasta luego, Marqués. (Salen al altar con bizantina pompa. Prorrumpen cantores y orquesta en armoniosa melopea.)

En el crucero.

ZENON, bajito á Ismael, en la tercera fila de bancos.

Si yo fuera clérigo, me gustaría subir hoy al púlpito y hacer el panegírico de doña Juana... Diría que es un sér glorioso y benéfico en grado sumo, y que si viva nos hizo rabiar tanto, fué por probar nuestra paciencia y tomar la medida de nuestra fe...

RIOS, al oído de Zenón.

Está usted profanando con su charla licenciosa este acto solemnísimo.

ISMAEL, muy quedo á Guillarte.

No fastidies. Me estás distrayendo y quitándome la devoción. Déjame admirar la buena música y el esplendor litúrgico.

RIOS

Zenón, rece usted, aunque no sea más que de dientes afuera.

ZENON

Sí, hijo: rezaré para que á doña Juana la tengan bien trincada en el Purgatorio, y no la dejen salir.

ISMAEL

Cállate, sacrílego. ¡Estaría bueno que con las mil quinientas misas y todo este holgorio no la dieran de alta inmediatamente!

ZENON

Las misas y el *gori-gori* de poco le valdrán... Lo que hay es que, como no podrán sufrirla, la pondrán en la calle lo más pronto posible. (Pausa. Permanecen callados hasta después de la lectura del Evangelio.)

RIOS

¿Sabéis si ha venido Rogelio?

ZENON

Habrá venido en representación suya y de su mujer. No le busquéis en butacas ni en palcos. Está de seguro en el paraíso, en el coro alto, con los músicos y cantores.

ISMAEL

Sí: paréceme que entre las voces atipladas oigo su voz hermosa de barítono... ¿Pero qué pisto musical es éste? De Palestrina han saltado á Mercadante, pasando por don Hilarión.

RIOS

Callaos, herejes. Ahora tenemos que arrodillarnos. (Pausa.)

ZENON, sentándose los tres.

¿Sabéis lo que he notado? Que ese maldito Nebrija, que parece un nigromante, me está quitando la clientela. El Marqués de Armada se pone muy baboso hablando con él... Sin duda han hecho trato.

RIOS

¿Se fijan ustedes en las chicas de Nebrija?

ZENON

Son, como el túmulo, armazones de palo admirablemente vestidas... Desde la herencia, han entrado en carnes... ó es que se rellenan la delantera con fajos de billetes.

ISMAEL

Atrévete con los huesos de Amelia, Guillarte. Para que puedas roerlos, ella te lleva dentadura de oro por valor de un millón de pesetas...

RUY DIAZ, en el primer banco, después de la consumación.

Esto es pesadísimo, querido Alfonso. ¿Por qué no lo dispusísteis con más brevedad?

ALFONSO

Chitón, Pepito. La Iglesia es aristocrática y ceremoniosa, y no nos perdonaría que celebráramos honras inferiores á nuestra clase.

RUY DIAZ.

Pagarles mejor mientras más pronto acaben. Yo te juro que me aburro aquí más que en el Senado.

ALFONSO

Yo no me aburro en ninguna obligación, porque estoy muy hecho á ellas... y esto es como pagar la contribución, pagar las deudas y pagar las visitas.

RIOS, tercer banco.

Mirad qué distraídas están María Juana y Beatriz. Sus miradas vuelan del túmulo al coro, y aletean pestañeando entre las luces...

ISMAEL

Ved á mi pobre mujercita, que se ha quedado dormida. ¡Oh, Rosaura, inocente y discreto ángel!... La pobre pasó en vela casi toda la noche, arreglando los trajecitos nuevos de nuestros chiquillos.

RAMIRITO, cuarto banco.

Aburridas están las niñas del Castañar, y su madre qué imponente. Aun en tan tierna ceremonia no abandona el ceño de *Lady Macbeth*.

ACUÑA

No te consiento que pronuncies esa denominación. Podrán oirla los que no comprenden su carácter festivo... creerán que soy yo quien la dice... Algún disgusto han tenido ya mi madre y Clementina por ese remoquete, que no es más que una broma. (Comienzan los responsos.)

ZENON

Este *Dies iræ* le pone á uno carne de gallina, y le adormece en una modorra fúnebre. (Inclina la cabeza hasta tocar con la barba en el pecho.)

RIOS

¿Duerme ó medita el buen Guillarte?

ZENON, soñoliento y atontado.

El becerreo de los cantores, el ritmo trotero del *Dies iræ*, me oprimen el corazón... Siento que me llevan en andas, arreándome con salmodia. (Cierra los ojos.)

ISMAEL, á Ríos.

Déjale que descabece un sueñecito...

ZENON, en un letargo breve.

Me siento sepultado, y desde mi cama de tierra oigo el gotear de una lluvia lenta... El suelo es mi techo... Oigo el paso de los sepultureros que se alejan... se van á cenar... Y yo me pregunto: "¿qué cenarán?..." (Vivamente, despabilándose.) ¿Pero se acaba esto?... Sáquenme de aquí... ¡Me ahogo!... Ismael, ¿estás vivo tú?

ISMAEL

Hijo, sí: vivo me tienes. Estoy mirando al Duque de Ruy Díaz, que marca el compás de los cánticos tamborileando en su sombrero... Esto se acaba... Rompan filas... Voy al encuentro de mi pobre Rosaura, que está muerta de cansancio y medio asfixiada en esta atmósfera pesada, espesa...

La nota final alegra todas las almas. ¡Ay, qué gusto poder moverse, salir de aquel antro tenebroso, pestífero, y devolver la luz á los ojos, á los pulmones el aire! En la confusión que se produce por la prisa con que caballeros y señoras abandonan sus puestos, las clases sociales se rozan, se cosarzan, como pólipos que cruzan sus tentáculos en enmarañado revoltijo. Resulta de esta confusión que Blas Samaniego, Roque Villasante y uno de los Berdejos tienen el honor de ser saludados con finura exquisita por el Marqués del Castañar, que les pregunta por la familia, y se entera graciosamente del buen giro de los negocios de cada uno de ellos. Aprovecha Samaniego esta coyuntura para recomendar al prócer que se encarguen algunas misas (de las mil y quinientas) á su primo Gonzalito, capellán de las Carboneras. Acoge don Alfonso con benévolo asentimiento petición tan justa.—Por otro lado, Clementina, lastimada por los puntiagudos codos de Cayetana Yagüe, se vuelve, la saluda, y entre las dos señoras se cruzan remilgadas expresiones de afecto.

Pónese en movimiento, entumecido y atontado, Zenón *el Cínico*, rezongando un discurso; sus pasos inciertos le llevan por el centro del crucero, donde se alza el catafalco entre blandones; trompica, se tambalea, cae contra la base del túmulo, y al golpe de su dura cabeza socrática responden las maderas de aquel vacío armatoste con un ruido seco y fúnebre. Le levantan Ismael y Ríos, y él,

más aturdido, sólo dice: «Creí que se abría la tierra...» La explosión de risa, efecto natural de las caídas súbitas, es sofocada por las personas graves, que nunca olvidan la santidad del lugar. Pero la juventud no puede contenerse, y singularmente María Juana y Beatriz se ven muy comprometidas, por ser ambas impotentes contra la tentación de risa cuando ésta se presenta con todo su ímpetu fisiológico. Llegan al pórtico oprimiéndose boca y nariz con el pañuelo, congestionadas, lagrimeando. Sin quererlo se contagian otras muchachas, y hasta los palos vestidos, Amelia y Casilda, son tentadas á regocijarse. Las señoras más circunspectas acaban por expulsar de sus rostros la forzada seriedad.

La presencia de Zenón concita mayor escándalo. Sale de la iglesia cojo, aturdido y con un chichón en la frente. Cuenta y explica el suceso de este modo: Se le iba la cabeza; cortinones y luces giraban en derredor de él. Púsose el hombre en marcha con gran debilidad de piernas; buscaba algún objeto á que agarrarse... al pasar junto al túmulo, pisó una alfombra de paño negro, que se le representó como profundo abismo... echóse atrás; quiso agarrarse á un blandón... resbaló el pie... cayó cuan largo era... El golpe fué duro y sonante; mas la contusión no era de cuidado.—Disputanse el llevarle en su coche los del Castañar, los de Armada y Ruy Díaz. Este puede más.—Disuélvese el enlutado concurso, partiendo unos en coche, otros á pie, por las calles que convergen á *Santa Eironeia*. Todos respiran satisfechos, alabando á Dios Misericordioso y Providente, gozando de la claridad y calor de un hermoso día, y recreándose en el estímulo vital que sienten en su cerebro y en su corazón. ¡A trabajar, á vivir!

ESCENA VIII

Cárcel de mujeres.—Sala-locutorio.

CASANDRA, RIOS, una HERMANA DE LA CARIDAD

CASANDRA

Señor de Ríos, es usted muy bueno, demasiado bueno quizás... (Ríos protesta con modestia) y quiere hacerme á mí mejor de lo que soy.

RIOS

Mi conciencia cristiana y mi dignidad profesional me obligan á emplear todos los recursos del entendimiento para obtener la absolución libre. (Casandra, incrédula, deniega.) Tenga usted confianza, y déjese querer, déjese defender... Oigame atenta. Habrá nueva indagatoria, y es preciso que usted se fije bien en lo que ha de decir al juez.

CASANDRA

Pero no puedo declarar cosa distinta de lo que...

RIOS, vivamente.

No, amiga mía. Se trata de que la declaración primera y la segunda resulten en perfecta congruencia psicológica y moral. (Casandra quiere hablar; no la deja.) Al palacio de doña Juana llegó usted encendida en cólera, pero sin la intención de matar. No hubo premeditación. Usted se creyó víctima de las marrullerías perversas de aquella mujer sin corazón.

CASANDRA

Así iba, así entré en el palacio... Pero yo llevaba junto á mí un demonio familiar que me decía: "matar, matar."

RIOS

Fué alucinación, ráfaga de locura. De eso no se hable... La idea homicida, digo mal, el ardiente impulso instintivo, no estalló en usted hasta el momento de negarle doña Juana la devolución de los niños.

CASANDRA

Creo haberlo dicho así. El demonio que sentí al lado mío no entró en el palacio, sin duda porque en él había tantas imágenes y cruces.

RIOS

Sea lo que fuere, el impulso de matar brotó en el momento que digo.

CASANDRA

Yo le aseguro á usted, señor de Ríos, y esto es tan verdad como los rayos del sol que entran por esa reja, que cogí el cuchillo sin darme cuenta de lo que hacía... Fué como si una mano invisible lo pusiera en mi mano...

RIOS

Usted, en suma, obraba fatal y automáticamente... Fué usted leona que defiende sus cachorros.

CASANDRA

Justo: con la leona me comparo.

RIOS

Quedamos en que si doña Juana se hubiera mostrado benigna y piadosa, usted no habría cogido el arma...

CASANDRA

Otra cosa, don Guillermo... Yo creía que mis hijos estaban en el palacio, que los encontraría al lado de doña Juana. La idea de que me los habían recluído en algún encierro lejano y obscuro, me encendió más la ira, me lanzó al delito y al goce de la venganza...

RIOS

Muy bien... Ese estado anímico es de un valor grande para la prueba. Hay algo más. La herida que recibió doña Juana en la región toráxica no era mortal de necesidad, ni mucho menos. Los forenses han declarado que doña Juana murió de congestión cerebral, producida por el terror, por la violencia de la caída. La diátesis congestiva era en ella bien clara... Adelante. Entre las causas de la furia de usted, debemos incluir el amor á Rogelio, que ha demostrado no ser digno de tanta fidelidad y constancia.

CASANDRA

El amor á Rogelio es y será siempre un móvil poderoso en todos mis actos. Yo había creído que doña Juana, como persona religiosa con pretensiones de santidad, me casaría con Rogelio. Era éste mi deseo más vivo. En mi primera entrevista con la señora, así me lo dió á entender. Su hipocresía rancia le facilitaba

la simulación de los afectos... Me hizo creer que me amaba cristianamente y que se interesaba por mí. ¡Mentira todo! Luego... ya vió usted lo que hizo. Deslumbrando á Rogelio con el brillo del oro, pescándole con aquel cebo como á un pobre pececillo, le movió á separarse de mí, llevándose los hijos y casándose con una señorita santurrona, desgarbada y fea. (Sollozando.) Esto me ha herido tan en lo vivo, que para mí no hay consuelo.

RIOS, tragando saliva.

Serénese, Casandra, y explíqueme la índole y calidad de ese amor... de su amor á un hombre que no lo merece. Este dato es para mí interesantísimo.

CASANDRA, lloriqueando.

Si cree usted que este amor mío á un hombre desventurado me perjudica para la defensa, renuncie á defenderme y entrégueme al rigor del Tribunal que ha de juzgarme. Sí, sí: quiero á Rogelio, á pesar de sus defectos, quizás por ellos, por sus propias debilidades ó imperfecciones. Yo, queriéndole, le amaestraba; yo le corregía; yo le iba sacando de sus vicios, alimentados por su imaginación de poeta y por sus hábitos de vagabundo.

RIOS

¡De modo que el amor de usted es inalterable, superior á todas las pruebas, á la traición misma, y á las locuras de un hombre incapaz de apreciar el tesoro que en usted poseía!

CASANDRA, protestando sin dejar de llorar.

Sí lo apreciaba; apreciaba su tesoro. Yo defiendo á Rogelio, como usted me defiende á mí. Rogelio me ama y me amará siempre. Le conozco: soy su maestra. Es una imaginación desquiciada, una voluntad tempestuosa... Adivino todo lo que siente y piensa. Sé... lo sé como si lo viera... sé que está horriblemente atormentado por los remordimientos... El mal que me ha hecho lo llorará como yo lo lloro. Su delirio de riquezas, bien lo ha pagado ¡pobrecito! No serán sus suplicios inferiores á los míos. Somos dos condenados que expiamos nuestras culpas en distintos infiernos.

RIOS, pálido, sintiendo que cae sobre su corazón una gota fría, y después otra y más, con ritmo siniestro.

Pedí ese dato del amor de usted, creyéndolo pasión mal correspondida, pasión ilógica, yerro manifiesto de su alma, y como tal pensé que me serviría para la defensa. Pero usted ahora me lo presenta como llama inextinguible, perdurable; amor que por su exquisita calidad espiritual, altruísta y cristiana sale de la esfera vulgar para entrar en la sublime.

CASANDRA, mirándole al través de sus lágrimas.

Y ya no le sirve...

RIOS, rehaciéndose con caballeresca abnegación, sin dejar traslucir en su rostro el inmenso desmayo de su espíritu.

Sí que sirve, Casandra. Lo utilizaré con argumentos distintos de los que había pensado. Sabré aplicar á la defensa esta fuerza heróica

que he descubierto en el alma de usted. (Se oprime los ojos con la palma de la mano.) Veo lo que no veía... algo que me perturba y me desconcierta. (Destapándose los ojos.) Pero no importa... Cumpliré como debo... Usted no entiende esto, Casandra. Son contratiempos de abogado. Las ideas luchan en nosotros... nos hunden... nos levantan.

LA HERMANA DE LA CARIDAD

Un señor, que desea hablarte...

CASANDRA

Visitas de curiosos ó de periodistas, ya sabe usted que no quiero, Hermana.

LA HERMANA

Es un señor de campanillas, digo, de mucho respeto: el señor de Cebrián.

RIOS, vivamente.

Recíbale usted.

CASANDRA, suspensa, temerosa.

¡Cebrián!... Ver á ese hombre es ver á doña Juana.

RIOS

Tenga usted valor y sobrepóngase á su repugnancia. Lo que ese señor diga, lo que traiga, ya en su intención, ya en su palabra, es forzoso que lo sepamos. Si hace preguntas referentes al hecho del sumario, niéguese usted á responderle... Sí, Hermana, que pase ese señor. Yo me retiro... Hasta mañana. (Salen.)

ESCENA IX

CASANDRA.—CEBRIAN

CEBRIAN, cortés, severo, compasivo, respetuoso con la desgracia.

Diría que se ha turbado usted al verme, y que mi voz y mi presencia le causan alguna desazón... Tranquilícese. Lo que hoy aquí me trae no debe ser para usted motivo de mayor pena; más bien lo será de consuelo. No soy de los que visitan á los procesados para consolarlos con vanos melindres sentimentales, que debilitan sus almas quitándoles espacio y energía para el arrepentimiento. (Casandra continúa muda. Cebrián saca de su bolsillo el sobre que contiene los diez billetes de mil pesetas enviados por doña Juana á Casandra, y que ésta devolvió á la señora.) ¿Conoce usted esto? (Muestra los billetes.) ¿Y esto?

CASANDRA, estupefacta.

Sí, señor... Me lo entregó Rosaura... lo devolví á... le dije que me lo guardara.

CEBRIAN

Yo lo encontré en el cajón de la mesita... de aquella mesita... En una palabra, me consta que este dinero es de usted. Cuando la señora me lo pidió indicándome su destino, yo metí los billetes en ese sobre... La señora escribió... ésta es su letra... "Para Casandra." Como soy extremadamente riguroso en cuestiones de de-

recho, y entiendo que no puede haber duda sobre la propiedad de estos billetes, vengo á entregarlos á su legítima dueña...

CASANDRA, poseída de un terror supersticioso.

¡Ah... no, señor...! Mis manos no tocarán ese dinero, no deben tocarlo. (Vuelve su rostro: no quiere ver el sobre que Cebrián le ofrece.)

CEBRIAN

Insisto en que á usted pertenece. Cada cual debe poseer y guardar lo suyo. (Casandra deniega enérgicamente con la cabeza.) Ese rostro demudado, ese mirar medroso, me revelan un estado de conciencia que tengo por saludable. Espejo son sus ojos que devuelven á usted imágenes horribles de sí misma. Ellos me revelan las angustias de su corazón, punzado y herido por un agudísimo remordimiento... ¿Me permite usted que le proponga el remedio de ese martirio?... Pues para que la paz entre en su conciencia, dedique este dinero á sufragios por el alma de la santa señora.

CASANDRA, recobrando lentamente el dominio de sí misma.

Si la señora es santa, no necesita sufragios.

CEBRIAN

Necesítelos ó no, que eso no podemos saberlo, yo aseguro que la señora ruega por usted y á la Divina Gracia la encomienda, para que inspire á usted la humildad y el arrepentimiento.

CASANDRA, sombríamente.

Así será tal vez.

CEBRIAN

La víctima intercede por su matadora. (Siente Casandra un estremecimiento frío, que recorre todo su cuerpo.) Si no se decide usted á dar al dinero la aplicación que indico, hay otros fines y objetos piadosos á que dedicarlo, con gran provecho de su alma... *Verbigratia:* solemne novenario impetrando de la Santísima Virgen que á usted conceda consuelo y paciencia en su tribulación... misas por los difuntos de usted, padre, madre, ó por quien más le interese... socorros á monjas pobres, que dedicarán á usted sus oraciones... (Larga pausa. En cuanto dice el señor de Cebrián, ve Casandra una resurrección del pensamiento y de la voluntad de doña Juana. Contra esta visión se recobra su espíritu, armándose de fortaleza.) ¿Qué decide?

CASANDRA

Nada. Ese dinero no es mío... y no siendo mío, no puedo ni debo aplicarlo á objeto ninguno.

CEBRIAN, contrariado, buscando otro medio de persuasión.

Bueno... Con todo, no renuncio á convencer á usted... (Tenaz, fecundo en recursos abogaciles.) Otra idea se me ocurre: con este dinero mejoraré la situación de los niños de usted... ahora ó cuando más necesitados estén de amparo.

CASANDRA, rompiendo á llorar.

¡Oh... mis pobres niños!... ¡Qué será de vosotros, hijos de una madre criminal, encarcelada, infamada para toda su vida, si con vida la dejan!... Hijos de mi alma, ¿por qué nacísteis?

CEBRIAN

Llore usted, llore. No haré yo la tontería de consolarla. ¡Dichosa el alma que en ese raudal de penas se ahoga y se limpia!... (Bondadoso y persuasivo.) Casandra, desdichada Casandra, ¿quiere usted que yo recoja á sus hijos y los lleve á una institución religiosa... (Casandra deniega enérgicamente, extendiendo su brazo) á una casa venerable, donde serán criados y educados en la ley de Dios?

CASANDRA, atormentada por recuerdos pavorosos, ve surgir del sepulcro de doña Juana la idea de ésta respecto á los niños.

No, no. Les enseñarían á aborrecerme, á olvidarme, y yo no quiero que mis hijos me olviden. (Se levanta; da vueltas desordenadamente por la sala, las manos en la cabeza.)

CEBRIAN

Sea usted razonable. ¿Qué puede esperar ya? ¿Por ventura, piensa que podrá reunirse con sus hijos? ¿tenerles á su lado? Si eso piensa, es que no les ama... Sea usted menos soñadora, Casandra... y más cristiana.

CASANDRA

¡Oh, señor! déjeme y no me atormente más.

CEBRIAN, insistiendo sin piedad.

Les educaremos en Dios... Esta cantidad les asegurará la subsistencia por algún tiempo... Y cuando se acabe, no han de faltar personas piadosas y ricas que den más.

CASANDRA, exaltándose, alza la voz.

No quiero... Mis hijos son míos... No son de nadie, sino míos, míos...

CEBRIAN

De usted nacieron. Carne de usted son; pero las almas...

CASANDRA

Mías también.

CEBRIAN

Las almas son de Dios.

CASANDRA, con desvarío.

De Dios es todo... sí... Pero no quiero... no, no quiero. (A los gritos de Casandra acude la Hermana.)

ESCENA X

CASANDRA, CEBRIAN.—LA HERMANA; después ROSAURA

LA HERMANA

¿Qué es esto, hija mía?

CASANDRA

Este señor me enloquece. Quiere quitarme á mis hijos.

CEBRIAN

No es eso, no. Es que se acalora sin motivo. No tiene humildad.

LA HERMANA

Este señor es bueno y sabe mirar por los desgraciados... Casandra, sosiégate; ven aquí. (Cariñosa.) ¡Ay, ay! ¡Cuando tu amiga doña Rosaura sepa que pierdes así la serenidad...!

CASANDRA, suspirando por su amiga.

¡Rosaura!

LA HERMANA

Y voy á decírselo. Está en la habitación del Director... Como tienes visita, no ha querido pasar.

CASANDRA, corriendo hacia la puerta.

¡Rosaura...!

CEBRIAN

Que venga esa señora, y ella dirá si tengo razón. (Entra Rosaura. Casandra se arroja en sus brazos llorando.)

ROSAURA, reparando en el visitante.

¡Ah!... señor don Francisco...

CEBRIÁN

Señora mía, por lo que me oyó decir esta mañana, sabe usted á lo que vengo.

ROSAURA

A devolver á Casandra lo que... Ya dije á usted que no querría tomarlo... (Casandra confirma su negativa con gran tenacidad.)

CEBRIAN, ofreciendo el sobre á Rosaura.

Pues recíbalo usted y dele el destino que le parezca mejor.

CASANDRA, estrechándose más contra su amiga.

No, Rosaura... recházalo.

ROSAURA

Ya ve usted... no puedo tomarlo.

CEBRIAN, con solemnidad oratoria.

He tratado por diferentes medios de hacer efectiva la voluntad de aquella santa, de aquella mártir... Pues la favorecida con esta limosna atiende más á los requerimientos de su orgullo que á los de la humildad, más á la ira insana que á la gratitud consoladora; pues no aprecia ni estima el sublime perdón... (Levántase.) No, no sigo. Noto que mis palabras dulces encienden más su desaforada soberbia... Esta suma ingresará en la testamentaría y será dedicada á un objeto piadoso... Así creemos interpretar la voluntad de la donante... de la desairada donante... y mártir... Señoras, adiós. (Se retira con grave paso; tras él la Hermana.)

ESCENA XI

CASANDRA.—ROSAURA

CASANDRA, oyendo los pasos lejanos de Cebrián.

Se ha ido... ¿Volverá? ¡Qué suplicio! Ese hombre me quita el arrepentimiento.

ROSAURA

Pasó el mal rato. Tranquilízate.

CASANDRA

Insiste ese hombre en la terrible idea de criar y educar á mis hijos lejos de mí... ¡Y me pide humildad! (Besando á su amiga.) Humilde seré contigo, Rosaura. Tú eres mi paz, tú harás de mí lo que quieras.

ROSAURA, risueña.

Y más ahora... que vengo á traerte buenas noticias.

CASANDRA, con súbita alegría.

¿Sí? Dímelas pronto. Sentémonos.

ROSAURA

Por un ratito no más. Tengo que irme pronto.

CASANDRA, secando sus lágrimas.

No me tengas en esta ansiedad. ¿Qué hay? ¿Has visto á los niños?

ROSAURA

Como todos los días. De allá vengo... Agradecida puedes estar á Cayetana, que te los cuida admirablemente.

CASANDRA

¡Oh, no ha sido poca suerte que la guardiana sea tan buena!

ROSAURA

Ella es beata de las que se comen los santos, atiborrada de supersticiones ridículas; pero no ha perdido el corazón, como otras que se entregan á la idolatría... Pues á Héctor le llevé una espada, y á Aquiles un álbum de animales...

CASANDRA

¡Angeles míos, quién pudiera veros, aunque no fuese más que un minuto!

ROSAURA

Espero que podrás verlos.

CASANDRA

No me lo digas, que me trastorno de alegría... Sigue; hay más. En tu cara de rosa, en tu cara de Virgen del Carmen, leo que aún no me has dicho lo mejor. ¿Qué es, qué es?

ROSAURA

¿No lo adivinas? Ha parecido el *leopardo*.

CASANDRA, palideciendo de emoción.

¡Ay, Rosaura mía! Lo soñé, lo he soñado anoche. ¡Pareció! Dímelo todo de una vez... En mi sueño he visto al *leopardo* en su caverna, tan loco como antes, y amándome más que antes. ¿Es así? (Afirma Rosaura gozosa.) Dios te premie la buena noticia. No me cuentes lo demás por si es menos agradable que esto.

ROSAURA

La caverna en que le han descubierto Ismael y Zenón es la casa de Adrián Berdejo...

CASANDRA

Concepción Jerónima... Relojería.

ROSAURA

Allí. Berdejo ha heredado también su pico; es sobrino de don Hilario en tercer grado... Pues Rogelio ha estado enfermo.

CASANDRA, asustada.

¿Qué ha sido? ¿La neuralgia facial?

ROSAURA

No... Reúma... en una pierna.

CASANDRA

¡Ciática! Ya la tuvo una vez. ¡Pobrecito mío! ¡Y que no le cuidara yo!

ROSAURA

Está bien. Ya puede andar... con un poquito de cojera. Se ha quedado demacradísimo, del sufrimiento moral más que del físico.

CASANDRA

¿Y le dijo Ismael que le perdono todo lo que me ha hecho?

ROSAURA

Se lo dijo; pero él no lo ha creído. Su tristeza es incrédula, como la del enfermo incurable que nada espera de la medicina. ¡Y qué cosa tan rara!... Sostiene que sus acciones no han sido malas.

CASANDRA

¿Y el engañarme diciendo que llevaba de paseo á los niños? ¿Y el entregarlos á la Yagüe?

ROSAURA

Esas, según él, no son maldades, sino combinaciones fallidas, martingalas que han salido al revés... Así lo dice al menos, por hacerse el valiente. Su plan era engañar á la pobre doña Juana; trincar los milloncejos, y asegurados éstos por escritura pública, dar esquinazo á Casilda, recobrar los niños y devolverlos á su madre.

CASANDRA

Por el maldito dinero, que es su fiebre, su locura, se lanza al delirio de las combinaciones... Es como un juego de cubiletes, en que pone la Muerte y la Vida, el Cielo y el Infierno. ¡Qué hombre tan extraño! ¡Qué moral la

suya! (Suspira.) Dios me ha puesto en el corazón el amor que tengo á Rogelio, para que pueda yo tener también la mayor cantidad de perdón que se puede dar á las criaturas...

ROSAURA

Pues, según dice Ismael, no serán tan fallidas las combinaciones del *leopardo*.

CASANDRA

¿Crees que, aun rechazando el casorio con la Nebrija, Rogelio heredará?

ROSAURA

Pronto lo veremos. Los testamentarios están divididos en la manera de apreciar ese asunto. Insúa sostiene el derecho de Rogelio...

CASANDRA

¿Y mis niños estarán libres de toda combinación?

ROSAURA

Naturalmente... Es lo que me quedaba por decir... (Risueña, efusiva.) Sabrás que Ismael, por encargo de Rogelio, los sacará mañana del poder de la Yagüe para llevarlos... ¿no adivinas á dónde?

CASANDRA, con emoción y júbilo.

A tu casa... Mis hijos vivirán con los tuyos, y tú serás su madre interina. (Se besan.) Quizás lo seas permanente. (Pausa; ambas suspiran. Rosaura se levanta.) Quédate un poquito más.

ROSAURA

Perdóname. Ya sabes que no puedo. Ya te dí las buenas noticias de hoy. Mañana espero dártelas mejores.

CASANDRA

¿Mejores?... Anticípamelas.

ROSAURA

No puede ser. Necesito asegurarme...

CASANDRA

Eres mi ángel tutelar. Madre y hermana veo en tí.

ROSAURA

Como hermana y como madre trato de ayudarte á llevar tu pesada cruz. Un delito cometido en momentos de exaltación horrible acumuló sobre tu pobre cabeza todas las desgracias. Hermana, yo trataré de endulzar tu cáliz.

CASANDRA, con efusión de piedad.

Tú eres mi religión, tú eres mi cristiandad. En tus manos pongo mi espíritu. A Dios me entrego, por mediación de tí, que eres una santa.

ROSAURA

Santa no soy. Cumplo mis deberes sin aparato.

CASANDRA

Eres la santa humana. Ante tí valen poco las que en figuras ridículas pueblan los altares. Yo te reverencio, Rosaura.

ROSAURA

No te pido reverencia, sino sumisión de hermana menor. Menor eres por tus desdichas... Obedéceme y espera resignada el porvenir doloroso, que suavizaremos todo lo que se pueda.

CASANDRA, besándole las manos.

Gracias infinitas á tí.

ROSAURA, en actitud de salir.

Vaya... te diré, como despedida de hoy, que en esta triste casa, todos, Director y Hermanas, están contentos de tí. Así te quiero... No te quejarás de tu instalación, ni de la relativa comodidad que disfrutas.

CASANDRA

Nada me falta, gracias á Ismael y á tí.

ROSAURA

No somos los únicos que por tí se interesan. Cuando supo Zenón que te pagamos el trato de preferencia, se puso furioso porque no le dimos parte en esta obra de caridad. (Casandra sonríe.) Hija, está más chiflado que nunca... Ha dicho que la mitad de su herencia la destina al negocio de la usura; la otra mitad á conseguir tu absolución...

CASANDRA

¡Generosa locura!

ROSAURA

Y que no se para en barras. El corromperá jueces y fiscales, y al Jurado en masa... Habla

también de arreglarte una bonita evasión teatral... todo á fuerza de dinero. (Casandra ríe.) Ea, ni un segundo más. Adiós.

CASANDRA

Adiós, fe y esperanza mía. (En la puerta, besándose.) Que no me faltes mañana. No tengo sosiego hasta saber...

ROSAURA

Paciencia y confianza. (Sale.)

CASANDRA, sola en su aposento, agitada, dando aire y espacio á sus cavilaciones.

Corazón mío, no saltes, no vueles... ¡Veré á mis hijos, veré á Rogelio! Verles aquí es alegría encerrada en la mayor de las penas... Rogelio comprende por qué estoy aquí; pero los pobres niños, ¿qué creerán, qué pensarán viéndome enjaulada y guardada como una fiera?... Angeles son, y como ángeles no saben lo que es crimen... ¡Que no lo sepan nunca, que crezcan sin saberlo! Rosaura y yo les engañaremos... les haremos creer que estoy aquí por... (Meditando) por... Ya encontraremos la mentira piadosa... Y así no sabrán, no sabrán lo que es crimen... y llegarán á ser hombres sin saberlo... La bondad de Rosaura lo puede todo... (Cruzando las manos en actitud de oración.) ¡Oh, mi ángel tutelar, yo te obedeceré ciegamente, y mi voluntad será espejo de la tuya!... (Vuelve á su inquieto pasear.) ¿Qué será la mejor noticia que mi ángel me anunció para mañana? Temo figurarme cosas demasiado buenas, inverosímiles... Pensaré lo peor. ¿Será...? ¡Ay de mí! no puedo librarme de pensar lo mejor. ¿Será que

Rogelio quiere al fin ser mi marido?... ¡Esposo de una criminal! ¡Imposible! No quiso serlo cuando yo era buena... ahora menos... ¿Qué será? vuelvo á preguntarme... Pregunta, no me acoses, ó tráeme contigo la respuesta. (Oyese el rumor lejano de las presas que salen á un patio en la hora de recreo.) Mis compañeras de prisión ríen y se solazan. No piensan, no esperan, no tienen delante la ansiedad del Mañana... Yo devano esta infinita madeja y hago un ovillo infinito, que vuelve á ser madeja... y yo siempre, siempre ovillando... ¿Será lo imposible? ¿Será...?

ESCENA XII

Entresuelo en la relojería de Adrián Berdejo. Es habitación de techo bajo, con dos menguadas ventanas á la calle. Relojes de pared de diferentes formas y variadas muestras cubren los muros casi totalmente. Los unos duermen; otros en gran número velan, marchan y cuentan las horas con el rítmico *tic-tac* de sus escondidos mecanismos.—En un ángulo del piso se ve el boquete de la escalera de caracol que comunica el entresuelo con la tienda.—Junto á una de las ventanas, mesa-escritorio comercial. Enfrente, cajas y paquetes que contienen material de relojería.

ROGELIO, en la mesa, engolfado en un trabajo interminable. Escribe, tacha, rasga, y vuelve á escribir; ADRIAN BERDEJO, que después asoma por la escalera.

ROGELIO

Todo se me arregla para disculparme; todo puedo reducirlo á lógica y á los cánones de una moral elevada. Pero el hecho de aquel día, de

aquel viernes funesto, no puedo, por más vueltas que le da mi prestidigitación de las ideas, traerlo á buena conformidad con mi conciencia... Fuí el más indigno de los hombres cuando dije á Casandra: "llevaré á los niños á paseo„, y al decirlo fingí la tranquilidad con que se realizan los actos comunes de la vida... ¡Enmascararme de alegría serena para sacar á los niños; engañar á la madre con tan horrible mentir de mi rostro y de mis palabras; llevar á los hijos suyos y míos á la caverna tenebrosa de aquella bruja, Cayetana Yagüe...! Cuando de esto me acuerdo, y repito en mi mente la acción de aquel día, me desprecio tanto, tanto, y tanto me repugno, que vomitaría mi alma si vomitarla pudiera... Judas, besando á Cristo para entregarlo á sus verdugos, fué más noble y más honrado que yo. Y así como Judas se presentó luego al Príncipe de los sacerdotes para que le pagaran lo convenido por la venta del Justo, yo me fuí á ver á *Baalbérith*, que en el mundo lleva el nombre de Cebrián, y alargué mi mano diciéndole: "Hecho está lo que ordena tu falso ídolo doña Juana. Págame ahora...„ (Se golpea el cráneo.) ¡Oh vil entre los viles, merecedor de que los cerdos inmundos y las serpientes venenosas no quieran trato ni roce contigo! Perece; quítate de entre los vivos. No eres digno de vivir ni aun para arrodillarte ante Casandra y pedirle perdón, un perdón que ella no ha de darte... (Se golpea con más furia. Asoma Berdejo por el escotillón, mostrando sólo la cabeza y hombros.)

ADRIAN

¡Eh!... que te oigo desde abajo... que no quiero oirte desatinar... que te sacudiré si no

entras en razón... que te has de mantener en lo convenido...

ROGELIO, sosegándose.

Sí, Adrián, sí. Es que, pensando en ello, se me va la cabeza... Pero me mantendré en lo convenido... y lo convenido es que no debo morirme sin dejar en el mundo una buena acción.

ADRIAN, severo.

Cuidado, que estoy alerta... ¿Has escrito la carta?

ROGELIO

Como unas ochenta he comenzado y roto.

ADRIAN

Haz porque te salga la ochenta y una. (Desaparece. Pausa, en la cual diríase que los relojes elevan el tono de su murmullo.)

ROGELIO, escribiendo.

"Adorada Casandra: Tu padecer es goce si lo comparas con el suplicio mío... Yo padezco el mayor de los dolores humanos, que es haberte ofendido... He llegado á la última miseria de la voluntad y al mayor decaimiento del alma. Hombre no soy ya, sino un despojo de hombre, arrojado en sus propios muladares. Traición cometí, venta miserable de tu amor y de nuestros hijos, el mismo día y á la misma hora en que tú, por amor de ellos y de mí, te abandonabas á tu cólera y llegabas hasta el crimen..." (Suelta la pluma.) ¿Pero puedo asegurar

que es criminal?... No se llamó criminal á Judith. En Roma he visto, lo recuerdo bien, pinturas del Masaccio y de Fra Bartolomeo, que están en los altares, y á Judith representan con nimbo de oro en su cabeza... A tí te veo yo, Casandra que fuiste mía, con tu frente ornada de corona mural. Salve, Casandra, que con planta ligera recorres los caminos de esta vida sembrada de dolores, miserias é injusticias, y no derrochas tu voluntad en vanas lamentaciones, ni pasas derramando sobre el mal humano una lágrima estéril... Tú lanzas al viento tu resuello impetuoso, canto sonoro de tu ira, que hace temblar á los hipócritas, despierta á los dormidos, y causa pavor á los despiertos que andan por el mundo armados con cañas para fustigar la verdad. Tu justicia es alta: no la ven los pequeños; es fecunda: no la comprenden los eunucos; es elocuente: no la oyen los sordo-mudos... Yo, que soy la debilidad; yo, el hombre de las combinaciones tortuosas y cobardes, te invoco á tí, que eres la fuerza heróica. (Pausa.) Esto no debo decírselo. Sin nombrar la tragedia, debo limitarme á ofrecerle una flor delicada que ella en mucho estima. (Escribe. Los relojes hablan, y en la algarabía de sus entremezclados *tiquistaques*, oye Rogelio vagas exhortaciones que concuerdan con lo que él piensa y escribe.) Ya entiendo bien lo que me decís, relojes parleros. Hablad, hablad, que á mí no me molesta vuestra charla, antes bien me ayuda á pensar y me sugiere ideas luminosas... (Aparecen de nuevo por el escotillón la cara y hombros de Adrián Berdejo.)

ADRIAN

¡Eh... sonámbulo!... ¿has acabado la carta?

ROGELIO, como volviendo en sí.

¿Sabes lo que estoy pensando? Que mejor será no escribir carta, y confiar á un buen amigo el encargo de parlamentar con Casandra...

ADRIAN, irónico.

A propósito de buenos amigos, aciértame quién acaba de salir de la tienda.

ROGELIO

¿Acaso Ismael, Rosaura? (Adrián deniega jovialmente.) ¿Pues quién, con cien mil demonios?

ADRIAN

El mismísimo don Francisco Cebrián.

ROGELIO, estremeciéndose.

Vade retro, Satana.

ADRIAN

Ha venido á comprarme un reloj de pared para las benditas monjas de la *Esclavitud*. Se llevó uno de los más caros, sin reparar en el precio. Le cargué la mano. Estos diablos apalean las onzas...

ROGELIO

¡Si pudiéramos apalearlos á ellos, y no dejarles hueso sano!

ADRIAN

Me preguntó por tí. Se puso tierno para decirme que te compadece, que estás neurasténico y debes irte al campo, á un monte...

ROGELIO, con desvarío.

Y en el monte se me aparecerá para tentarme, enseñándome toda la tierra. Y dirá: "lo que ves es tuyo si me adoras...„ ¡*Hi de perra*... de la perra de Luzbel!... Nada me ocultes, Adrián. Algo más diría de mí.

ADRIAN

Que no heredarás mientras no pruebes que no estuviste en connivencia con Casandra... que no fuiste su inspirador, el soplón de su crimen.

ROGELIO, con súbita excitación.

¡Al Infierno él y tú!... Déjame, Adrián; vete... (Coge un voluminoso libro comercial y le apunta á la cabeza.) Vete ó te descalabro.

ADRIAN

Otra vez estás perdido... Quédate con tus malditos nervios desmandados. (Desaparece.)

ROGELIO, descargando el libro sobre la mesa, con estrépito.

¡Por *Caym* y *Belfegor* que no reniego del crimen, que lo hago mío!... ¿Pero cómo ha de ser mío lo que es obra de un espíritu brioso y de una voluntad potente? (Desalentado.) Soy la flaqueza del ánimo, soy la imaginación viciada que derrocha todo el sér en chispas luminosas. (Vuelve á irritarse: golpea la mesa, aventa los papeles.) ¡Y ese condenado *Baalbérith* me habla de la herencia, que es como señalarme el árbol en que se ahorcó Judas! (Con mayor desvarío.) Sepa ese canalla que no me ahorco; no quiero

colgarme... quiero vivir... Me arrimo á un árbol de vida y paz, que es el perdón de Casandra... Infame *Baalbérith*, huye; no me tientes, no me solicites... (Oyese la voz de Adrián, gritando desde la tienda.)

ADRIAN

Pamplinoso, ahí te va una visita.

ROGELIO, suspenso.

¡Si será Ismael, si será Zenón...! (Fija con ansiedad sus ojos en el boquete de la escalera; oye gemir los peldaños; ve aparecer una inmensa araña negra, que sonríe.) ¡Ah, es *Moloch*, el simpático y buen *Moloch!*

ESCENA XIII

ROGELIO, INSÚA

INSÚA, asomando sólo medio cuerpo.

Perdulario, cabeza llena de humo, ¿quieres oirme un rato?

ROGELIO

Y cuantos ratos quiera el diablo amigo. Estoy solo. Ya me canso de tejer el capullo de mi soledad.

INSÚA, acabando de echar fuera del escotillón su persona negra, larga y angulosa.

Hablaremos de algo que te interesa mucho. Has de prometerme dejar á un lado tus locuras y desvanecer toda la espuma poética, sometiéndote á la razón que te traigo.

ROGELIO

Estoy tan hastiado de un vivir doloroso y tétrico, que acojo con alegría al primer diablo que me traiga el socorro de mis penas, aunque este socorro venga bajo la especie de sentido razonable.

INSÚA, cariñoso, poniéndole la mano en el hombro.

¡Pobre cerebro desaplomado, yo te pondré derecho!... Pero has de entregarte á mí con sumisa voluntad.

ROGELIO

Me entrego y hago pacto de sumisión con el buen *Moloch*. Yo le vendo el alma... no; se la empeño... y por ella *Moloch* me da la razón. (A su lado se sienta Insúa. Hablan.)

FIN DE LA JORNADA CUARTA

JORNADA QUINTA

(Junio.)

ESCENA PRIMERA

Kermesse ó Feria benéfica en los Jardines del Retiro. En el curso del diálogo se indican las muchas personas que actúan en esta escena.—Diferentes grupos se apartan del lugar de la rifa y venta para pasear con sosiego, ó entablar conversaciones particulares.

LA MARQUESA DE ARMADA, que pasea sola con Clementina en alameda excéntrica.

Me alegro de que nos hayan dejado solas. Así podré decirte...

CLEMENTINA, inquieta.

¿Qué, Dolores?

LA DE ARMADA

Pues... yo siento compasión de esa Casandra. Nuestras creencias nos mandan compadecer á los criminales... Usted y yo, almas buenas y sin hiel, deseamos que la pena impuesta al criminal no sea muy dura.

CLEMENTINA

Seguramente. ¿Por qué lo dice usted?

LA DE ARMADA

Hija, entre la pena rigurosa y la excesivamente benigna, hay un justo medio...

CLEMENTINA

Un medio razonable, que es la verdadera justicia.

LA DE ARMADA

A eso voy. Quería preguntar á usted si se ha enterado de las voces escandalosas que corren por ahí.

CLEMENTINA

Sí... que Casandra saldrá absuelta libremente. Cuénteselo usted á su sobrinito, Guillermo Ríos, que por romanticismo forense, ó por afán de celebridad, ha lanzado á la opinión esos disparates, como se arrojan en Carnaval los puñados de *confetti*.

LA DE ARMADA

Aparte de las extravagancias de mi sobrino, hay en esto algo que merece censura. ¿Ha oído usted que ciertos herederos de doña Juana encargan misas aplicadas á la absolución de Casandra?

CLEMENTINA

Eso cuentan de Samaniego, el de la calle de Toledo. Pues los Villasantes ponen velas á San Antonio con el mismo piadoso fin. Lo sé.

Aberraciones son éstas del sentimiento público en las clases inferiores. ¿Y quién pone remedio á esto, querida Dolores?

LA DE ARMADA

Ustedes, Clementina; usted y Alfonso, que desde su alta posición deben procurar que en este caso no se extravíe ni se encanalle la justicia... ¿No cree usted que la absolución de Casandra sería un desdoro para la familia... (Ceñuda y triste, afirma Clementina con un gesto) y que la opinión no dejaría de arrojar sobre usted un puñadito de lodo...?

CLEMENTINA

Ya lo arroja... antes que el caso llegue... Alfonso y yo... esto de usted para mí, Dolores... hemos hablado al Fiscal, abordando resueltamente la cuestión... No nos gustaría un fallo demasiado cruel; pero un fallo de absoluta benignidad nos parecería monstruoso.

LA DE ARMADA

Muy bien, Clementina... El justo medio. (Andando. se ven ante dos señoras amigas. Es la primera madura, hermosota, de cabellos blancos; la segunda es la Marquesa de Yébenes, vieja elegante y tiesa, figura enteramente gótica, como arrancada de una tabla medioeval.)

LA DE YÉBENES, á Clementina.

¿No va usted á presenciar los éxitos de sus hijas? María Juana, ¡qué ángel! ha hecho ventas prodigiosas.

SEÑORA DE CABELLOS BLANCOS

¿Creerás que Pepito Ruy Díaz ha dado quinientas pesetas por un cigarro de una sesenta?

LA DE YÉBENES

Y ciento por una tarjeta postal con figura desvergonzada, en paños menores. ¡Veinte duros! Menos darían por él si se vendiera desnudo... quiero decir, sin título ni riquezas. (Continúan juntas hacia la feria.)

LA NAVALCARAZO, divagando en otro paseo con dos amigas: la primera, joven y bonita, de rostro picaresco; la segunda, de mediana edad, un poquito cargada de espaldas.

Clementina y yo estamos ahora... á media correspondencia. Hemos sido muy amigas... quizás pronto seremos todo lo contrario.

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

¿Te enfadarás si cuento lo que acerca de esto dijeron anoche en casa de la de Yébenes?

LA NAVALCARAZO

¿Cómo he de enfadarme si voy á contarlo yo misma?... Parecía cosa resuelta casar á María Juana con mi hijo Felipe... Clementina y Alfonso muy contentos... y yo, ¿á qué negarlo? contentísima. Los chicos... ¿quién no lo sabe? ya se querían antes que á Clementina se le subiera á la cabeza el *latifundio*... Viene de pronto el cambiazo...

DAMA PICARESCA

No tan de pronto. Antes del funeral se dijo que María Juana sería Duquesa de Ruy Díaz... Y bien claro he visto yo con qué zalamería de burgueses endomingados adulaban á la de Cardeña.

LA NAVALCARAZO, afectando discreción.

De eso no quiero hablar... Soy más prudente que ellos.

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

María, no debes olvidar que has amargado á Clementina con la monserga de *Lady Macbeth*.

LA NAVALCARAZO

Es una broma. No lo he dicho por ofenderla. Yo también, en mis crisis nerviosas, he tenido sueños trágicos... Las cóleras muy hondas, ó el golpe de un desengaño demasiado terrible, resquebrajan el alma, dejando entrar en ella el monstruo del asesinato... aunque sólo sea por breves momentos.

DAMA PICARESCA

Pero hay hechos que no son soñados. El día mismo de la muerte de doña Juana, fué Clementina á casa de Rosaura Vives, donde estuvo también esa Casandra... y hablaron largamente... De allí salió disparada la criminal, y como saeta llegó al palacio de Tobalina.

LA NAVALCARAZO

Coincidencias que nada significan. ¡Líbreme Dios de suponer...! En los pensamientos trágicos de Clementina no he visto nunca más que un fenómeno cerebral... Yo la he sorprendido en estado como de sonambulismo, frotándose una mano...

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

Y diría: "con toda el agua del Océano no me lavaré esta mancha..."

LA NAVALCARAZO

¡Ay, amigas mías! yo les suplico que no repitan esas bromas. Me las atribuirán á mí, que quiero ser la misma prudencia.

DAMA PICARESCA

Seamos prudentes. Pero es un hecho indudable que para ver á Clementina turbada, no hay más que decirle que Casandra será condenada á muerte.

LA NAVALCARAZO

Se pone lívida... se queda sin aliento.

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

Dejemos eso. De todos sus quebrantos se repone Clementina con el ventajoso casamiento de su hija mayor. Me consta que el ajustador del casorio ha sido Cebrián, consejero de la de Cardeña en los asuntos civiles, tan enlazados con los espirituales.

LA NAVALCARAZO

También habrá intervenido Yébenes como fiador... La de Cardeña, entregada al más feroz vaticanismo, no ha podido ceder sin garantías.

DAMA PICARESCA

Por eso los del Castañar han vuelto á poner á las niñas el mismo director espiritual que tuvieron.

LA NAVALCARAZO

El director espiritual es la careta con que da sus más pesadas bromas la hipocresía.

DAMA CARGADITA DE ESPALDAS

Y de Beatriz, ¿qué?... ¿Desechan á Fernando Coello? ¿Gana la partida Ramirito Yébenes?

LA NAVALCARAZO

¿Qué duda tiene? ¡Bueno se pondría el director espiritual si así no fuera! (Mirando á lo lejos.) Allí van juntos el Teniente de Ingenieros y mi Felipe, los dos amantes burlados... ¡pobres ángeles!

DAMA PICARESCA

Y allá van también Zenón Guillarte, Ríos... Afluye la concurrencia. La feria está en su mayor grado de animación... Empieza la gran *tómbola*... Vamos... venid... (Acuden despacio, para que su presencia sea deseada en la alegre fiesta. Oyense aplausos, bullicio, música.)

ESCENA II

Salón en la casa de los Marqueses del Castañar.

CLEMENTINA, CEBRIAN; poco después DON ALFONSO.

CLEMENTINA, inquieta.

En asuntos de esa índole nada puedo contestar á usted. Alfonso no tardará.

CEBRIÁN

Yo creí encontrarle en casa.

CLEMENTINA, sintiendo que alguien entra.

Me parece que llega... Sí, él es... Dispénseme. Voy á decirle que está usted aquí. (Pausa de medio minuto. Vuelve Clementina con su esposo.)

CEBRIÁN, después de saludar con las formas de urbanidad más corteses y melifluas.

A tiempo llega usted, Marqués... Y espero tenerle á mi lado en la batalla que estoy riñendo con su ilustre esposa... Tiene usted una mujer que vale un mundo... para el barrido hacia dentro. (Ríe.)

ALFONSO, disimulando su alarma.

¿Y qué...?

CLEMENTINA

Dice don Francisco que en el pensamiento de la tía estaba el dar un millón de pesetas...

(Traga saliva) para la fundación de la Universidad y Bibliotecas Católicas... y que habiendo muerto la tía con este santo propósito, estamos moralmente obligados...

ALFONSO, displicente.

Admito, porque usted lo dice, que tal fuera el pensamiento de la señora... Pero téngase en cuenta que ya hemos subvencionado con una gruesa cantidad anual la *Propagación cristiana*, que publica y difunde libros, folletos...

CEBRIÁN

Esas son otras obligaciones, otros compromisos de conciencia. Ya dije á la Marquesa que no deben ustedes perder ocasión de dar realidad á las ideas de aquella santa señora... ¿Serán tan ciegos que no se consideren y estimen continuadores de la misión de doña Juana en la sociedad española? No me cansaré de repetir y repetir que la idea capital de la excelsa dama y mártir, la idea que inspiraba todos sus actos y resoluciones, era ésta: (Acciona con la mano derecha, marcando cada palabra con un golpe como de martillo.) Por designio de Dios, árbitro y repartidor de toda riqueza, los ricos son los llamados á facilitar los medios de poner diques á la impiedad y á la herejía, ó si se quiere, puntales que contengan y eviten el derrumbamiento de la sociedad, por diferentes partes resquebrajada y sin aplomo. Los ricos lo son para salvaguardia y sostén de los santos principios; lo son para favorecer el apostolado de la verdad. Dios hace á los ricos para que los ricos hagan la política de Dios.

ALFONSO, conteniendo su enojo.

Está muy bien lo que usted dice, señor don Francisco. Mi mujer y yo somos creyentes, y buenas pruebas de nuestra piedad damos cada día. Entiendo que Dios hizo ricos á los ricos para que contribuyan á toda obra cristiana y moral, sin desatender el sostén y educación de sus hijos. Y por último, señor de Cebrián, el donativo que usted nos propone es contrario á nuestras conveniencias, y nos vemos precisados á rechazarlo con todo el respeto que usted nos merece.

CLEMENTINA, asustada de la inflexibilidad del Marqués.

Quiere decir, que lo pensaremos... Tal vez más adelante...

ALFONSO

Ni ahora ni nunca.

CEBRIAN, poniendo cara triste, y amenguando considerablemente la acción martillante del brazo.

Perdone el señor Marqués. He indicado y propuesto el donativo, mirando á la buena fama de esta noble familia, y al papel que le corresponde en el apostolado de los principios salvadores... He cumplido un deber... He pecado tal vez de impertinente, de excesivamente celoso...

CLEMENTINA

No, señor de Cebrián... Usted nos honra diciéndonos cuanto piense, aconsejándonos...

CEBRIÁN, respetuoso y patético.

Honra insigne es para mí la amistad de los que me escuchan... Más de una vez me han pedido consejo y lo he dado lealmente, y está bien reciente la solicitud cariñosa con que he contribuído á facilitar la unión de esta casa ilustre con otra no menos preclara. (Clementina palidece; Alfonso frunce el ceño.)

ALFONSO

Por eso, á pesar de esta discrepancia, seguiremos honrándonos con la amistad de usted.

CEBRIAN, quejumbroso.

En grande estima he tenido siempre á la casa del Castañar... Mi deseo más vivo es que aproveche toda coyuntura para dar pública muestra de su religiosidad, y figurar siempre en la vanguardia del ejército de Cristo.

ALFONSO

No soy hombre de armas, ni estamos ahora en tiempos de las Cruzadas.

CEBRIÁN

Mi opinión, salvo el respeto á la suya, señor Marqués, es que vivimos en tiempos peores y de mayor peligro para la fe.

ALFONSO

Yo pienso de otro modo. (Cebrián se levanta.)

CLEMENTINA

He oído lo que tenía que oir, y debo retirarme. (Levántase también Alfonso. Despedida un tanto embarazosa.)

ALFONSO, apretándole la mano.

Siempre á sus órdenes.

CEBRIÁN, con acento dulzón.

Repito... A las niñas mil afectos. (Acompañado hasta la puerta por el Marqués, sale con paso ceremonioso.)

ESCENA III

ALFONSO, CLEMENTINA, en el despacho.

ALFONSO

Es la serpiente boa que se enrosca, aprieta y acabará por triturarnos.

CLEMENTINA, sobresaltada.

Sí... pero no podemos indisponernos, Alfonso mío...

ALFONSO

Hay que emigrar... Emigraremos á los Estados Unidos ó á una isla desierta... á la suma civilización ó al sumo salvajismo.

CLEMENTINA

Ten calma. No debemos ser demasiado inflexibles...

ALFONSO

¿No te autoricé para contribuir á todos los cultos solemnes de nuestra parroquia, y de dos iglesias adyacentes?

CLEMENTINA

No es bastante.

ALFONSO

¿No he prometido restaurar por mi cuenta el beaterio de Santa Ursula y levantar de nueva planta el santuario de la Loma?... ¡A este paso...! Y sobre tanta socaliña, salen ahora con la sangría que quiere administrarnos ese maldito Cebrián. (*Asaltado de una sospecha.*) Ven aquí... dime una cosa. (*Pone sus manos en los hombros de ella; la mira fijamente.*) Clementina: eso que me pide Cebrián, ¿lo has prometido tú?

CLEMENTINA, *cohibida, medrosa.*

Te diré... Como prometer, no... No podía prometer nada sin contar contigo.

ALFONSO, *severo.*

Habla claro; dime la verdad.

CLEMENTINA, *balbuciente.*

Me he visto asediada... amenazada... Antes que á mi razón han hablado á mi conciencia... No puedo ocultarte que he sentido un pavor muy hondo... Yo creo en el Cielo y en el Infierno... Quien cree, teme... y más temeroso es quien no está libre de pecado.

ALFONSO, apartando de ella sus manos.

¡Ay, Dios mío! ya estamos otra vez donde estábamos. Ya revive ó resucita doña Juana. Antes nos entregábamos por adulación y esperanza... ahora por miedo.

CLEMENTINA

No podemos desconocer que los ricos, por el hecho de serlo, están obligados á vigorizar las creencias, que sirven de... de... (Turbada, no encuentra la frase propia) que son la base... el núcleo de la sociedad.

ALFONSO, con dureza.

En suma, que has prometido.

CLEMENTINA, trémula.

He prometido influir contigo para que...

ALFONSO, estallando en cólera.

¡Desgraciada! Nunca pensé que me vería precisado á defender el porvenir de nuestros hijos contra tí, contra tus debilidades, ñoñerías y estúpidos terrores.

CLEMENTINA, lastimada, rompe á llorar; cae en un sillón.

¡Oh... Alfonso, qué cosas me dices!... ¡Pensar que yo...!

ALFONSO

Es indispensable que de una vez hablemos todo lo que en tí y en mí está por decir referente á este asunto y á otros semejantes... (Clementina solloza.) Déjate ahora de lloriqueos y res-

póndeme con toda claridad á lo que voy á preguntarte... Vale más que sepa yo las cosas por tí, que oirlas y conocerlas por conductos extraños... Escúchame: ayer me dijo un amigo de Insúa que la Duquesa de Cardeña se propone fundar no sé qué institución religiosa, con carácter penitencial y educativo. Habrá un establecimiento central en Madrid, y diez sufragáneos en provincias. Se llamará *La Mayor Gloria*... Para instalar esta inmensa máquina, nada más que para infundirle los primeros movimientos, se necesitan cuatro millones de pesetas. Habéis acordado la Duquesa y tú que ella pondrá la mitad, dos millones; tú la otra mitad. Tan absurdo me pareció esto cuando me lo contaron, que solté la risa... Ya no me río... ya tiemblo... y temblando, te ruego, Clementina, que me libres de esta duda tenebrosa.

CLEMENTINA, sacando fuerzas de flaqueza.

Prométeme oirme con calma y sin incomodarte, y te contestaré...

ALFONSO

Que es verdad.

CLEMENTINA

Que el proyecto existe... que la Duquesa me habló, me encareció los grandes fines de esa institución... Yo asentí... en principio... Pero no te sulfures antes de oir... Me aterras, Alfonso... No puedo hablar... Desconozco esa dureza tuya... grande novedad en tu carácter.

ALFONSO, dominándose.

Te oigo tranquilo. Dejo á un lado la severidad. Sigue.

CLEMENTINA

Creí que comprenderías fácilmente, sin necesidad de explicaciones, los motivos de mi conformidad... en principio... con los planes de nuestra amiga la Duquesa de Cardeña. Respóndeme: ¿quién ha sido más partidario, más frenético partidario del casamiento de María Juana con Ruy Díaz: tú ó yo?

ALFONSO, con lealtad.

Los dos lo hemos deseado con igual ardor. Pero, si quieres, te concedo que haya sido yo el más frenético partidario... ¿Y qué? ¿La Duquesa nos vende el niño?

CLEMENTINA

La Duquesa no tiene voluntad. Su conciencia es una pobre esclava... Ni la madre ni el hijo, ambos excelentes, son dueños de sí. Sobre ambos impera la suprema gobernación de las almas... (Advirtiendo la eficacia de sus argumentos, se anima y entona.) ¿Crees tú que tenemos la boda definitivamente concertada?... ¡Pobre iluso! El mejor día podrá venir el señor de Cebrián y traernos un veto tan grande como esta casa. ¿Te gustará eso? ¿Verás tranquilo el ridículo que caerá sobre nuestro nombre, y la desesperación de nuestra hija?

ALFONSO, mudo, alelado: frío intenso penetra en sus venas.

¿Pero el Duque...? (Pausa: uno á otro se miran.)

CLEMENTINA

¿Crees tú que manda en sí mismo?

ALFONSO

¿Y la Duquesa...?

CLEMENTINA

¿Crees que manda en su casa como nosotros mandamos en la nuestra?

ALFONSO, sombrío.

Que mandemos nosotros en la nuestra... veo ya que es muy problemático. (Larga pausa. El Marqués del Castañar parece haber caído en un pozo.)

CLEMENTINA

Te has quedado mudo... ¿Qué piensas?

ALFONSO, desde el fondo del pozo.

Pienso y digo que hemos nacido en una miserable edad... (Nueva pausa. Con voz menos cavernosa.) Siento que me precipito en una sima profunda, y busco alguna rama á que agarrarme para no llegar á lo más hondo.

CLEMENTINA

Es terrible... ¿verdad?

ALFONSO, atontado.

Lo que tengo que decir, no sé con qué palabras se dice. Doña Juana no ha muerto... Anda por ahí... Casandra no la aseguró bien.

CLEMENTINA, participando de la turbación de su marido.

Doña Juana vive... la he visto.

ALFONSO

Nos quita lo que nos dió, lo que no quería darnos.

CLEMENTINA

Lo que, contra su voluntad, vino á nuestro poder.

ALFONSO

Por obra de Casandra...

CLEMENTINA, aterrada.

¡Ay, Alfonso!... Oyendo lo que acabas de decir, un estremecimiento glacial ha corrido por todo mi cuerpo.

ALFONSO

Recobremos la serenidad... Y ahora te pregunto: ¿has hecho con la Duquesa ese trato... el trato de...?

CLEMENTINA

No he resuelto nada... Prometí decírtelo... No me atrevía... Ahora que lo sabes, decide...

ALFONSO

¡Decidir yo!... (Con gran desaliento y confusión.) No puedo... He perdido el criterio... La razón huye de mí. Siento que una mano invisible me arranca el entendimiento. Ya sospechaba yo que se van secando los entendimientos, como se han secado los corazones. (Levántase con movimiento de gran fatiga.)

CLEMENTINA, alarmada, viéndole como dispuesto á salir.

¿Sales?

ALFONSO

Sí... Me voy á la calle... á respirar, á dar unas vueltas... Me distraigo, ¿sabes cómo? Recorriendo calles, viendo gente, observando en los rostros de los transeuntes la estúpida indiferencia con que ve nuestra sociedad... esto... su propia muerte. (Clementina, también agobiada, le deja salir. Sola, continúa llorando.)

ESCENA VI

Despacho en casa de *Baalbérith* (Cebrián).

BAALBÉRITH; ISMAEL, que acaba de entrar.

BAAL, amabilísimo, después de los saludos.

¿Y Rosaura? (Ismael contesta que está buena.) ¿Y los niños?

ISMAEL

De salud, bien; de aplicación, regular. El mayor adelanta.

BAAL

¿Y aquella Corrita tan parlanchina y tan salada?

ISMAEL

Nos alegra la vida con sus monerías.

BAAL

Ya puedes estar contento, que si el Señor te colma de hijos, en cambio te los cría sanos y graciosos... ¿Cuántos tienes ya? Recuérdamelo, pues he perdido la cuenta.

ISMAEL

Ocho, para servir á usted.

BAAL

"A Dios y á usted," se dice. Y habréis puesto ya los cimientos del noveno.

ISMAEL

Sí, señor. Entiendo que dentro de seis meses, al contar á mis hijos, pronunciaré el número de las Musas.

BAAL

Muy bien. Así tendrás nueve estímulos para trabajar. Ya puedes aguzar tu ingenio. Supongo que tus negocios irán ahora como sobre carriles de seda.

ISMAEL

Van regular... Pudieran ir mejor.

BAAL

Capital te faltaba. Ya lo tienes. ¿Por ventura, cuando á tí llega el dinero, se te van la inteligencia y la poderosa actividad?

ISMAEL

No se me van las colaboradoras que llevo dentro de mí; pierdo, sí, la colaboradora externa y pública, la clientela. (Arquea las cejas Baal, y moviendo la cabeza sonríe.) Al reorganizarme con el capital heredado, vinieron á mí los clientes en alegre bandada. De improviso, cuando pensaba yo en las dificultades de poder servir á todos en poco tiempo, he aquí, mi señor don

Francisco, que los clientes se retraen, desfilan, huyen, como confabulados para dejarme en el vacío.

BAAL

Dios lo quiere así. Confórmate, y busca en tí mismo las causas de ese desvío de los buenos feligreses.

ISMAEL, tomándolo á broma.

¡Que Dios lo quiere! ¡Hola, hola! ¿Con que también tenemos Dios Industrial, Infinitamente Mecánico y Metalúrgico?

BAAL

Sí que lo tenemos. ¿Ahora te enteras? Dios lo es todo.

ISMAEL

En resolución, sabrá usted que la Intendencia de la señora Duquesa de Cardeña había quedado en tomarme tres molinos del sistema austro-húngaro para sus fábricas de Tajo y Tajuña; la casa de Yébenes me pidió dos trilladoras, y otras respetables casas de Madrid y Sevilla pidieron precio de cuatro ascensores... Pasan días, y los encargos se desvanecen; empiezan á llegar contraórdenes y negativas, y por fin me entero de que éstos y otros parroquianos hacen sus encargos á Bélgica.

BAAL

Pues, hijo, de poco te maravillas tú. Estas casas ricas y nobles tienen en su mano y en sus arcas la defensa del orden social y de las creencias sacratísimas. Natural es que den su

confianza y su favor á los industriales de reconocida limpieza de principios. (Ismael, estupefacto y colérico, se traga la ira y deja en su rostro la estupefacción.) ¿Qué crees tú, majadero?... loquinario, ¿qué imaginas? ¿Que se puede ser hereje, ateo, divulgador de doctrinas nefandas, y luego decir á los creyentes: "ea, cristianos fervorosos, guardadores de la fe, venid á comprarme mis hechuras, mis artefactos, mis máquinas?„ No, hijo, no: eres émulo del que puso al fuego la manteca, si crees tal. (Ismael aprieta los dientes para que no se le salga una expresión iracunda y grosera.) Y tu ignorante candidez merece azotes si has venido aquí, como parece, á pedirme que te recoja y devuelva los clientes dispersos, valiéndome de la consideración que me guardan las ilustres casas. ¡Yo!... ¡pretendes que yo!... No me conoces. (Ismael siente vivísimas ganas de apretar bien el puño y darle con los nudillos un coscorrón con fuerza tanta que le agujere el cráneo.) ¿Soy yo el Papa, soy yo el Obispo, soy la Duquesa de Cardeña, el Marqués de Yébenes ó cualquier otro de los potentados que han hecho causa común con la institución de Jesucristo? Pues aunque yo fuera todo eso, no te favorecería, porque favoreciéndote haría traición á mi Dios y á mis creencias.

ISMAEL, consternado, hablando para sí.

Estamos como estábamos: doña Juana resucita, doña Juana vive.

BAAL

Estás perdido, Ismael, si no abandonas tus errores y entras por la buena vía, por la única vía. Si tu mujer quisiera, bien podría enca-

minarte á la reparación; pero Rosaura, excelente mujer casera, tiene muy abandonadas las prácticas piadosas, que son el mejor ornamento y la gala más hermosa de la dama cristiana. Y como Rosaura no frecuenta el culto y se ha entibiado en su fe, no tienes en casa quien te ayude á la salvación religiosa, que sería tu salvación industrial. Tú estás muy dañado para que puedas salvarte por tí solo.

ISMAEL. (Se siente tentado á escupirle después de abofetearle; pero el recuerdo de su amante familia le trae á la prudencia. Claramente ve y considera que es locura luchar con semejante monstruo, y el instinto de conservación le sugiere esta donosa réplica.)

No hable usted más, señor de Cebrián, que ya estoy más que convencido. La visión de la realidad es más persuasiva que cuantos sermones me prediquen los apóstoles de la nueva creencia. Ya sé lo que tengo que hacer. Y pues usted no puede, según dice, recogerme á los clientes fugitivos, iré yo en busca de ellos y me los traeré á casa, como hay Dios... Dios de los Ricos. Ese debe ser el mío y á él me acojo, y ante Su Divina Majestad Conservadora, Gubernamental y Pontificia me arrodillo, descargando sobre mi pecho puñetazos de contrición. (Baal extiende su brazo hacia Ismael, y ofreciéndole la palma de su blanca mano como para que la adore, dícele que no es de varones píos bromear con las cosas santas.) No bromeo; entro con plena voluntad en la gloriosa y aprovechada secta que tan eficazmente ampara los intereses cristianos. Ella bendice el dinero de los suyos, el trabajo de los suyos, y es divino prospecto y cartel de los buenos negocios. Seré el primero en las genu-

flexiones, y el más humillado y ferviente adepto del Dios del Caciquismo y de las Recomendaciones... Ordenaré á mi mujer que cuando vaya en el tranvía, salude con religioso signo el paso por toda iglesia ú oratorio que en el camino se encuentre. Yo haré lo mismo; que éstas y otras etiquetas pías visten y decoran, crían buen pelo y nos aumentan los glóbulos rojos de la sangre. Rosaura y yo y nuestros *churumbeles* frecuentaremos los lugares sagrados, que tiempo hay para todo, y extremaremos nuestras demostraciones hasta que se nos designe y alabe como los observantes más ardorosos. (Insiste Baal en que no vale tomar á chacota lo que es elemental obligación.) No es chanza; es concesión leal á los tiempos en que vivimos. Usted lo ha de ver; usted ha de felicitarme. Volverá mi clientela. Podré trabajar, vivir, y en mi casa entrará la prosperidad... Adiós, mi señor don Francisco. Que viva usted muchos años para que á todos enseñe la fecundación del trabajo y los medios de ganar santamente el santo dinero... Muy agradecido quedo á usted por la lección que me ha dado, muy agradecido... Le beso las manos... No deje de encomendarme en sus oraciones... Adiós, y que se conserve bueno... (Baal, risueño y malicioso, le acompaña hasta la puerta. Ismael baja la escalera rezongando.) A tí me entrego, infernal *Baalbérith*. Por el porvenir de mis hijos, pongo á tus pies mi conciencia. ¿Qué vale una conciencia en estos tiempos de turbación é incredulidad? Es un trasto viejo, que puede valer mucho vendido en buena ocasión. Vendámoslo. (Aburrido, callejea un instante. Dirígese luego á donde espera encontrar la trinca de amigos más simpática y amena.)

ESCENA V

Sala en el Círculo Oportunista.

ZENON DE GUILLARTE, RIOS, ISMAEL

ZENON, después de oir lo que cuenta Ismael de su entrevista con *Baalbérith*.

Yo he madrugado, querido Ismael, pues días há que olí la quema. A poco de emprender mis negocios, noté que una mano desconocida me escamoteaba los mejores. Entre otras operaciones, tenía concertado un préstamo *a retro*, ventajosísimo... como que fácilmente podrían venir á mis manos un hotel precioso en Madrid y un olivar en Córdoba... Pues cuando ya no faltaba más que firmar la escritura, me lo birlaron.

RIOS

A mí, en menos de una semana, me han quitado los mejores pleitos que tenía. Pero yo no me acobardo. Seré defensor de Casandra, pase lo que pase, y demostraré á la Sala y al Jurado que procede la absolución libre. Veo en Casandra la Judith de la edad moderna. Ya pueden amedrentarme, y entorpecerme los caminos. Antes morir que ceder.

ISMAEL, achicado y suspirante.

Yo no tengo ese valor. Ocho hijos y el noveno en puerta hacen cobarde al más animoso. Me entrego como un cabrito al Dios Plutocrático, Eternamente Próvido y Monetario.

ZENON

Dejadme que os explique todo el manejo subterráneo de este Sanhedrín, cuyos dictámenes nos trae nuestro gran fariseo público don Francisco Cebrián... La Duquesa de Cardeña, el Marqués de Yébenes y otros señores y otras damas que en sus años maduros han tomado la contrata de la Gloria Eterna, se proponen afanar todo lo que puedan del capital distribuído entre los herederos de doña Juana por el bendito testamento de 1901. A los Marqueses del Castañar le tienen asignada una sangría de cuatro millones...

ISMAEL, incrédulo.

Estás soñando.

ZENON

Y á los demás en la misma proporción alícuota, según lo heredado. Bien puedes preparar tus venas más gordas, Ismael, que ya tienen los sangradores bien afiladas las lancetas. (Ismael protesta furibundo.) No te vale chillar ni coger el Cielo con las manos. ¡Que no te escapas... que de una manera ó de otra, por lo terrenal ó por lo divino, te han de coger!... Asombraos más ahora: á mí me ha dicho la de Yébenes que apronte veinte mil duros, el tercio justo de mi herencia. (El estupor hace enmudecer á Ismael.) Le ofrecí la mitad del tercio, diez mil duros... y estoy decidido á dárselos. Más perderé si me encastillo en una negativa imprudente.

ISMAEL

O tú, Zenón, quieres divertirnos con un humorismo loco, ó soy yo el que delira. ¿Estamos en el mundo de los Demonios, tan bien estudiado por el pobre Rogelio?

ZENON

En ese mundo estamos. Yo me encomiendo á *Minosón*, el que da la ganancia en los negocios de préstamo y atormenta á los deudores tramposos.

ISMAEL

Y yo á *Naasenti*, el diablo que enseña cómo se hacen los huevos con agua clara.

RIOS

Para que nos convenzamos de no estar dormidos, explíquenos, querido Zenón, á qué fines piadosos se destinan esos dinerales, arrebatados á los herederos de doña Juana, alias *Decaberia*... ó por otro nombre *Madama Holofernes*.

ZENON

¿No habéis oído hablar de la sublime Institución que llaman la *Mayor Gloria?* ¿No habéis oído que en Madrid será construído con soberbia arquitectura el Recogimiento de Damas Nobles, que la veneranda diablesa doña Juana pensó erigir en Medina de Pomar?... Y no quedan en eso los planes. A más del convento magno para damas viudas beatísimas, se hará otro para carneros viudos moruecos, y otro para congrios solteros y desengañados...

Y en Zaragoza ó Sevilla se erigirá un altar para el culto de Buda, hijo de Maya virgen, empleando en su construcción diez toneladas de plata, media de oro, y sin fin de quilates de piedras preciosas.

ISMAEL, sobrecogido, aterrado.

¿Estoy yo loco?... ¿Veré mañana salir el sol por Occidente?

ZENON, con miedo supersticioso.

Es lo que digo. Doña Juana vuelve del Purgatorio para quitarnos lo que, contra su voluntad, poseemos legalmente.

RIOS, exaltado.

Se trata de anular la obra de Judith.

ZENON

¡Será forzoso emigrar...!

ISMAEL

Huir, ó ingresar resueltamente en la feligresía del Dios Opulento, Legislador, Jurídico, Canónico y Administrativo; Dios Omnipotente en su múltiple Naturaleza Política, Eclesiástica y Financiera; Eternamente Ordenador de Pagos, Tesorero y Arbitrista; Eternamente Magistrado de todos los Tribunales; Socio de la Sociedad de Amigos del País; Consejero de Clases Pasivas y de todos los Consejos públicos; Altísimo Banquero; Generalísimo de toda fuerza armada, y Sumo Sacerdote y Sumo Jerarca Social, Municipal y Doméstico... (Continúa esta letanía con verbosidad inacabable.)

ZENON, bebido el último trago de cerveza, se levanta.

Yo me voy á ver á un cliente, á quien conocí ayer tarde en la Visita á la Corte de María... Es pájaro gordo. Trataré de que no se me escape.

RIOS

Yo también salgo. Tengo que ver á Insúa para un asunto relacionado con mi defensa.

ISMAEL, con súbito alborozo.

¡Insúa!... Ese nombre es para mí una idea luminosa. También yo iré á ver al gran *Moloch:* le contaré mis cuitas, le pediré consejo.

RIOS

Es el mejor y el más servicial de los diablos.

ISMAEL

Como que ha logrado entenderse con San Miguel. Vamos. (Salen los tres.)

ESCENA VI

Cárcel de mujeres.—Exterior; calle.

ROGELIO. (Anda despacio; esparce sus miradas.)

Aquí es... Bárbaro edificio, cárcel... serías horrible si por tus muros no corriera una inscripción luminosa que dice: "dentro de mí tengo á Casandra.„ ¡Alma de este cuerpo jiboso y denegrido, haz que, antes de entrar, me digan algo lisonjero las facciones de tu vivien-

da... Yo tiemblo de pena y de susto; temo que el perdón, anunciado por los amigos buenos, se quede en el aire al querer pasar de tu corazón al mío... Deseo entrar, y la caridad adusta de esa puerta me detiene... Las ventanas y rejas nada consolador me dicen. Sólo la torre churrigueresca me saludó al llegar con no sé qué bullicio retozón de cascabeles de piedra... ¿Pero qué espero? Acábense mis dudas. Adentro, pues, y asístame mi generoso diablo *Caym*... y los ángeles que ahora se han hecho amigos de él. (Entra.)

Sala en la cárcel.

CASANDRA, ROSAURA; después ROGELIO.

CASANDRA

Has dicho que á las tres llegaría. Ya dieron hace rato.

ROSAURA

Por mi reloj han pasado tres minutos.

CASANDRA

Y por el mío, que es el de la impaciencia, treinta. ¡Si no vendrá...!

ROSAURA

Si tarda, será por miedo á una emoción demasiado intensa. El arrepentimiento pone en el alma de los que han procedido mal una timidez infantil tan grande como la falta cometida.

CASANDRA

¡Pobrecillo! Como si lo viera, estará en la calle diciendo: "¿entro, no entro?„ Y mirará las paredes del edificio, buscando en ellas una faz poética, cosa muy difícil de encontrar.

ROSAURA

Y si ve algún pájaro posarse en una reja, se detendrá para entablar conversación con él.

CASANDRA

O bien creerá que la puerta le dice algo, como boca regañona de un guardián de mal genio... Ello es que yo no vivo... Estoy helada: tócame las manos. Toda mi sangre la tengo en el corazón...

ROSAURA

Vendrá... Ten calma. Te recomiendo que al verle entrar no pongas cara de sorpresa ni de extremado sentimiento... Recíbele como si le hubieras visto ayer... Naturalidad, Casandra, y sobre ella un poquito de frialdad artificiosa, por otro nombre frescura.

CASANDRA

Eso mismo pensaba yo.

ROSAURA, oyendo pasos.

Aquí está. (Aparece Rogelio acompañado de un inspector, que le deja en la puerta y se retira.)

CASANDRA, lívida, haciendo, hasta donde puede, la comedia de la naturalidad.

Chiquillo mimoso... ¿qué haces ahí parado? Ven... no te pego. (Rogelio se acerca mudo. La abraza, hasta que ella se siente ahogada.) ¡Ay, bruto, no tan fuerte!

ROGELIO, apretando más.

Por todo el tiempo que ha estado tu marido sin abrazarte... por este siglo de ausencia... de amarguras...

CASANDRA, sollozando, sin poder sostener la comedia.

¿Por qué no has venido antes? ¿No sabías que te había perdonado?

ROGELIO, con voz opaca.

Deteniéndome prolongaba mi castigo; quería afianzar en mí la idea de que no te merezco, de que no debías perdonarme.

CASANDRA

Tontín, no hables ya de eso.

ROGELIO

¿Crees que pasó todo lo malo, y que ya nos sonríe la felicidad?

CASANDRA

De felicidad no hables tampoco. Mira dónde estoy.

ROGELIO

Por culpa mía. Si yo me hubiera conducido de otro modo, no habrías venido á este suplicio. En el Infierno que yo merezco, estás tú.

CASANDRA, consternada, ocultando su rostro.

No hables, no hables del presente... Habla de cosas lejanas, mentirosas, inventadas por tí. ¿Para cuándo guardas tu imaginación?... (Ambos permanecen mudos, traspasados de pena.)

ROSAURA, dominando su dolor.

Hablad, amigos; hablad de la realidad presente, y toda la amargura que hay en ella endulzadla con vuestro cariño.

CASANDRA

Mi cariño á este hombre es superior á todas las penas, á sus defectos, á sus maldades y á las mías. Es la única cosa divina que siento en mí; divina, porque es imperecedera, porque no concibo que deje de ser como es, ni que tenga fin.

ROGELIO

El amor mío es de la misma calidad. He sido perverso. A mi perversidad llámala equivocación de las formas de amarte... El oro me desvanece, porque pienso, con error, que debo encerrarme contigo y con nuestros hijos en jaula de metales preciosos... Soy un soñador escarmentado... y salvaje. Tú me despiertas... y me domas. (Se sientan juntos en el sofá de paja.)

CASANDRA

La voz de Rosaura, nuestra madre, nos manda que hablemos sin miedo de la realidad presente, y que la afrontemos tranquilos y resignados.

ROGELIO

Tú me das ejemplo de serenidad para mirarla de frente. Rosaura, venga usted aquí. Casandra la llama á usted madre, y yo siento alegría infinita dándole ese nombre, el más dulce que existe en el lenguaje humano.

ROSAURA, sentándose junto á ellos.

Amigos, hijos os llamaré si queréis, sois muy desgraciados. Pero si os amáis mucho, con aliento y firmeza, tendréis un sol que os alumbre en esta obscuridad.

CASANDRA, á Rogelio.

La desventura tuya y mía nos condena hoy á vivir separados. ¿Hasta cuándo? ¡Quién lo sabe! Pero nuestras almas y las de nuestros hijos estarán siempre juntas con el pensamiento, y en tí y en mí con todo nuestro espíritu. No dudo que Dios me dará el consuelo de la esperanza. ¿Cómo no creerlo si ya me ha dado á Rosaura? Pues si tengo la protección de esta mujer grande y cristiana, bien puedo esperar otros beneficios.

ROSAURA

Sin alabarme, pues no hay para qué, dí que te he traído la paz... Y para que goces de ella

con alegría, hoy te traigo... Ea, señor *leopardo*, confirme usted su promesa y resolución de ser esposo de Casandra.

ROGELIO

La confirmo con todo el júbilo de que es capaz mi corazón. Lo que no quise cuando vivíamos libres, ahora lo anhelo. Nada me importa el rito; y si mi mujer lo considera de algún valor, accedo á sus deseos para que vea que mi alma es suya, y que hoy estimo y enaltezco á Casandra más que la estimé y enaltecí en tiempos mejores. Su crimen me mueve á mayor cariño y á rendimiento mayor... ¿Es esto como someternos á la moral menuda y corriente después de pisotearla, ó como aspirar á moral más alta y hermosa? Ya que no puedo estar preso con ella, porque mis delitos no son justiciables, dígase que soy el marido de la mujer presa.

ROSAURA

Para proceder cumplidamente en esta ocasión, hable usted tan sólo del amor que tiene á su mujer.

ROGELIO

El amor mío no puede separar de la virtud el delito. La prisión de Casandra es un mal suyo que yo quisiera fuese mío también. Sus acciones, tales como las califico en mi mente, quisiéralas yo traer á mi conciencia.

CASANDRA, temblando de emoción.

El delito es sólo mío. Pero yo acepto con gratitud la oferta de que seamos dos concien-

cias á conllevarlo. Lo que anhelé y no tuve cuando era libre y casi dichosa, lo tengo ahora, cuando toda esperanza parecía perdida para mí. ¡Qué alegría sentir la mano que me ayuda á soportar esta cruz tremenda! No es bien que yo vaya sola con tanto peso. Me has traído un poquito de la justicia que consuela, y bien me la merezco, pues bastante abrumada estoy ya con la justicia que castiga... No basta con quererme, Rogelio; es preciso, en estas circunstancias, que lo sepa el mundo, y que nuestros hijos tengan en su día menos motivos de afrenta.

ROSAURA, poniendo su mano en el hombro de Rogelio.

Lo que hace usted está muy bien hecho y lo celebro infinitamente, porque ahora la pobre Casandra tendrá á su *leopardo* más sujeto. Por más que digan, el amor deja sueltos algunos cabitos que sólo ata el matrimonio... Y otra cosa, carísimo Rogelio. Ahora se hará cargo el mundo de que no fué mala esta mujer antes de aquel caso fatal, obra de los demonios; y viendo que se casa usted con Casandra procesada y prisionera, comprenderá que no lo hace por lo que ella es ahora, sino por lo que ha sido.

ROGELIO, exaltado.

Por aquello y por esto; por todo, que mi mujer es para mí lo eterno. Seamos ella y yo un solo sér... El amor ata, el delito anuda.

CASANDRA.

No vueles. Mejor será que andes al paso mío.

ROGELIO

Déjame volar; volemos juntos. Desde arriba vemos la vida como debe ser. Tiempo hay de andar por la tierra, mujer mía.

ROSAURA

En la tierra os espero yo, pájaros locos. Bajad prontito, que de aquí á mañana os echaré la cadena... Estando las voluntades tan en su punto, no conviene dejarlas enfriar... Todo lo hemos dispuesto mi marido y yo. El habló con el Director, yo con el Capellán... En regla están los papeles, y las manos no desean más que juntarse una con otra para no desasirse más. ¿Os parece bien que sea mañana...?

ROGELIO, confirmando el signo afirmativo de Casandra.

Sea cuando nuestra madre disponga... Ante el rito, debo declarar lealmente que no abandono mis creencias. Casandra vale una misa y mil misas... Suplico á usted, madre Rosaura, que cuide de congraciarme con el Capellán para que en la preparación del acto se haga cargo de mis altos fines, y no pida á mi conciencia lo que ésta no puede darle. Yo me avengo á toda fórmula, si el hombre viene como simple tramitador canónico.

ROSAURA, jovial y oficiosa.

Ismael, que conoce bien á don Higinio, me aseguró que éste pasará por la conciencia del novio como por un montón de ascuas... Es de Caballería. (Rogelio y Casandra sonríen.) No perdamos tiempo. Diré á la Hermana que lleve un recadito al Director. (Sale; vuelve ligera. Instantes

después habla en la estancia próxima con el Director, y entre los dos previenen cuanto es menester para que los amantes solteros dejen de serlo á la mañana siguiente. En tanto, los novios picotean. Por la reja suspicaz y huraña entra un rayo de sol.)

ESCENA VII

Sacristía de *Santa Eironeia*. Local anchuroso, con lustrosas cajoneras de nogal viejo; un tríptico, cornucopias... Escasa claridad. Pasan clérigos como sombras; entran después diablos corteses y bien vestidos.

SOMBRA PRIMERA

No hay duda... es ella. La he visto.

SOMBRA SEGUNDA

¡Fenómeno inaudito!

SOMBRA PRIMERA

En el mundo físico se llama esto fenómeno; en el mundo espiritual, milagro.

SOMBRA TERCERA, que al entrar se desemboza de un largo manteo.

Señores, salud... ¿Empezamos? (Trajín de vestirse; quita y pon de ropajes. Monaguillos vivarachos encienden cirios.)

SOMBRA SEGUNDA, á la tercera.

¿La ha visto usted, don Facundo?

SOMBRA TERCERA, con carcajada escéptica.

¡Qué he de ver yo, simple! No creo esas papas.

Entran *Baalbérith* (Cebrián) y *Thamuz* (el Marqués de Yébenes).

BAAL

¿Ha venido el amigo Insúa?

SOMBRA PRIMERA

No ha venido... ó estará en la puerta contemplando el fenómeno. (*Baal* cree que el fenómeno es la puesta de sol, harto luminosa.)

BAAL, oficioso, impaciente.

Entremos. Insúa no puede tardar. Mientras llega, enseñaré á usted mis apuntes. (Pasan á la estancia próxima, previo el botonazo que enciende la luz eléctrica. Aunque iluminada por la electricidad, la estancia es monástica y tristona, como exornada de cuadros ennegrecidos, con historias de tétricos y escuálidos cartujos. En el centro hay una mesa oblonga, junto á la cual se sientan los venerables demonios. Antes de que puedan hablar cosa de substancia, entra *Moloch*, que saluda y se sienta.)

THAMUZ, carraspeando.

Decía yo, amigo Insúa, que á pesar de tenerle á usted enfrente, pues se nos ha vuelto un poquito masónico, la grande obra de la *Mayor Gloria* sigue su camino...

MOLOCH

Lo celebro infinito. Yo no soy masónico, mi querido Marqués; soy cismontano y oportunista, y procuro buscar el justo medio en estos asuntos. Si no estuviera yo aquí para templar la inmensa gaita del ultramontanismo, ¿á dónde iríamos á parar? Llegaríamos á restablecer el Santo Oficio, y á quemar viva la mitad de los españoles.

THAMUZ, olfateando carne chamuscada.

Tanto como la mitad, no digo... pero una parte de la mitad, yo la llevaría sin ningún escrúpulo al escarmiento de las llamas...

MOLOCH

Pero eso ha de tardar, creo yo... Y en vez de hacinar combustible, tratemos de corregir á los malos con buenos ejemplos...

BAAL

Y ante todo, señores, no divaguemos, que el tiempo es corto, la tarea larga, y nuestra misión está lejos de hallarse cumplida. Si me permiten que yo concrete y resuma los asuntos que hoy hemos de tratar, lo haré brevemente... (Los dos colegas aprueban con corteses ademanes, y Baal despliega en la exposición su oratoria clásica y abogacil.) Obedientes á la ley escrita dimos cumplida eficacia al testamento otorgado por la santa y mártir doña Juana en 1901, reservando á Dios Justiciero la misión de realizar, por las recónditas vías de su Omnipotencia, la voluntad de la señora en sus últimos días, vo-

luntad cortada y suspensa por una mano criminal... Entre nosotros surgió la duda de si debíamos encaminar los hechos á ese alto fin, ó dejar íntegra la cuestión á la Divina Autoridad. Conciliamos al fin nuestros encontrados dictámenes en el sensato acuerdo de solicitar particularmente de cada uno de los herederos que coadyuvaran á nuestra *Mayor Gloria*, con lo cual, si no en conjunto, podríamos mansamente hacer efectiva en parte considerable la intención y propósito de nuestra excelsa poderdante. Ahora bien: debemos ante todo comunicarnos el resultado de las exploraciones y calicatas que cada cual ha hecho en el ánimo de los señores herederos para inclinarlos á la donación espontánea, meta y finalidad de nuestro acuerdo...

THAMUZ, desdeñoso del clasicismo forense, informa con estilo cortante y pedestre.

Pues Alfonso Castañar, reacio y puntiagudo, se ha defendido como un puerco-espín. Yo á cogerle, y él á pincharme con los sofismas de su egoísmo. Por cabezudo y descreído saldrá peor librado que otros, pues entre *Mayor Gloria* y *Bibliotecas* no le bajará de cuatro millones la derrama... ¡Estaría bueno que después que le arreglamos la boda de la niña con Ruy Díaz... veintisiete millones por mi cuenta... todavía nos regateara un triste óbolo para nuestra grande empresa cristiana!

BAAL, con vanagloria.

Puedo anunciar que, celebrada la boda, los jóvenes Duques de Ruy Díaz, además de contribuir con una valiosa ofrenda en metálico,

harán donación del palacio de Cogolludo, y de dos casas y un monte en la jurisdicción de Mondéjar... En cuanto á Ismael, señalado por sus ideas extravagantes y disolutas, tengo fundadas esperanzas de que ceda una de sus casas heredadas, saneada y bella finca. En repetidas entrevistas cordiales he llegado á tenerle propicio, y en cuanto fué conocida su santa inclinación, el pobrecillo vió aumentada como por ensalmo la caterva provechosa de sus clientes.

THAMUZ

A Nebrija no necesité apurarle mucho. Es un alma de Dios, y tan temeroso de la muerte, que no cuesta trabajo desligarle de los intereses vanos. Sus hijas son dos feas angelicales: una de ellas quiere ser monja, y á la otra no faltará quien la arree por el mismo camino.

BAAL

¿Y qué me dicen de la cuitada de Cayetana Yagüe? Alma candorosa, cuerpo amojamado por la abstinencia, limpia de ambición y rasa de necesidades, cede la mitad de su herencia, y de la otra mitad ha hecho testamento, distribuyéndola por igual entre las *Madres* de Sión y los *Padres* de Belén... De otros partícipes humildes sé que están en buena y suave disposición, como si sobre las almas de todos soplara un hálito divino... Y, por fin, allá va el más raro y sorprendente ejemplo, ya conocido del amigo Yébenes. Mas como el amigo Insúa no estuvo en nuestra reunión del sábado, debo repetirlo para que se entere y se maraville.

MOLOCH, que ha permanecido mudo, sonríe malicioso, estirando su boca hasta las orejas.

Ya sé que el maravilloso ejemplo no es otro que las diez mil pesetas de Casandra.

BAAL

La infeliz delincuente no ha querido recobrar, por más instancias que le hice, el dinero que le dió doña Juana. No me dijo explícitamente que lo destinásemos á la *Mayor Gloria* ni á otro fin de piedad; pero su obstinación en no tomarlo, ¿qué ha de significar más que un mirar anhelante hacia la reparación del delito?

MOLOCH, con acentuada ronquera.

Veamos un caso práctico de las ideas de Orígenes: que al fin, hasta el Demonio ha de salvarse.

THAMUZ, áspero y ceñudo.

Lo que ha de ver y reconocer el señor de Insúa es que si la perversa criminal, que parecía no tener conciencia, marca el camino que han de seguir las riquezas de doña Juana, los herederos que lo son por obra de un delito están obligados á mucho más.

MOLOCH, engallándose.

No estamos aquí, digo yo, para señalar caminos artificiosos á esa riqueza, sino para distribuirla como manda la ley. Tengo la satisfacción de haber sido el primero que en la testamentaría sostuvo el criterio de cumplir estrictamente las disposiciones de 1901, dejando

á un lado intenciones no manifiestas conforme á Derecho. Y con ese mismo criterio vengo hoy, decidido á plantear por segunda vez una de las cuestiones más delicadas...

BAAL, interrumpiéndole.

Ea, ya tenemos á Rogelio en campaña. Yo sostengo que no debe reconocérsele la herencia de dos millones...

MOLOCH

¿Por rechazar el absurdo casorio con señorita honesta... de la familia? Esa cláusula no es imperativa, sino recomendatoria... (Echando mano al bolsillo.) ¿Quieren que la lea por centésima vez?

THAMUZ, agrio, mascando bilis.

No se canse: la sabemos de memoria. Voto en contra.

BAAL

Y yo.

MOLOCH

Pues les anuncio que Rogelio pleiteará; que será su abogado un Silvela, un Díaz Cobeña, pues en tal asunto podrán lucirse las primeras espadas del foro... y con la razón que le asiste y la sagaz defensa, Rogelio ganará su pleito, y al fin tendremos que darle lo que ahora inicuamente se le niega.

THAMUZ, con chispas de hoguera en sus ojos gatunos. Baal se muerde los labios.

No, y no mil veces. Voto en contra.

MOLOCH

Está bien. Pero antes de darme por vencido, diré que desconocen el cambio de conducta de Rogelio, tras una larga y penosa enfermedad, motivada por la tragedia de que fué autora insensata su mujer.

BAAL

Su manceba, querrá usted decir.

MOLOCH

Así lo hubiera dicho ayer; hoy no, porque se han casado esta mañana. (Estupor de Thamuz y Baal.) Lo ha hecho por móvil de conciencia y por dar nombre á sus hijos, á esos pobres niños, cuya inocencia invoco al plantear ante mis compañeros la cuestión. (Sacando el Cristo.) Esos desgraciados niños son nietos de nuestro entrañable amigo Hilario de Berzosa. Sean ustedes compasivos, tengan alma.

THAMUZ, inflexible, masticando acíbar.

Voto en contra.

MOLOCH

Confiesen al menos que el acto de celebrar casamiento y de someterse á la ley divina, es en Rogelio una tendencia saludable á la moralidad.

BAAL

Lo confieso; pero voto en contra.

MOLOCH

Pues con el voto y contra el voto de los testamentarios, Rogelio tendrá la herencia de su padre; pleiteará, ganará el pleito...

THAMUZ, escupiendo amargura.

Lo veremos.

MOLOCH

Ganará, porque es de justicia. Y para que vean si está el hombre reformado y corregido de sus añejas locuras; para que vean cómo los más rebeldes vuelven á Dios sus ojos, por efecto del infortunio, les diré que Rogelio ha hecho solemne promesa de destinar á la *Mayor Gloria* un millón de reales, octava parte de su herencia. Pleito ganado: millón de pesetas á disposición de la Junta. (Thamuz pone cara de tigre.)

BAAL, meloso.

Me atrevo á proponer una fórmula de transacción. Si Rogelio eleva su donativo á cien mil duros, cuarta parte de la herencia, ésta le será reconocida. ¿Qué dice, Marqués? (La boca de hierro del inquebrantable Thamuz formula más tremenda negativa.)

MOLOCH

En nombre de Rogelio, ofrezco los dos millones de reales. A votar.

THAMUZ

Yo, que no.

BAAL, cayendo del lado de lo positivo.

Yo, que sí.

MOLOCH

Se queda usted solo, Yébenes.

THAMUZ

Me quedo con la razón. La razón ha perdido. Dios quiere, en este caso, el triunfo del masonismo. Cúmplase la voluntad de Dios.

MOLOCH

No soy el masonismo; soy el sentido común...

THAMUZ

Es usted un diablo...

MOLOCH, rasgando enormemente su boca en una risa infernal.

Quizás lo soy... ¿Pero no sabe usted lo que dicen de mí? Que me entiendo con San Miguel.

BAAL, haciendo cucamonas á San Miguel.

Querido Marqués, no reparemos en medios para traer todos los elementos posibles á nuestra gran empresa de reparación cristiana. La Iglesia, el Papado y todos los Institutos católicos nos lo agradecerán. Entiendo yo que si doña Juana resucitara, habría de recomendarnos que procuráramos realizar su pensamiento mansa y pacíficamente, dentro del augusto

molde de las leyes. (Interrumpe bruscamente la Junta de testamentarios un clérigo joven que á tropezones entra en la sala, con expresión de grave alarma.) ¿Qué ocurre?

CLÉRIGO

Una cosa ó caso muy desagradable. La señora Marquesa del Castañar, que costea este *Triduo*, á poco de entrar en la iglesia fué acometida de un síncope, cayendo redonda con espasmo epiléptico...

THAMUZ

¿Dónde está? Corramos en su auxilio.

BAAL

¡Jesús, qué desdicha! ¿Ha venido con el Marqués y con sus hijas?

CLÉRIGO

Ha venido con Ismael, y entre éste y cuatro brazos más, que es señora de libras, la hemos traído á la Sacristía, y aquí está, bien acomodada en un sillón. Parece que recobra el conocimiento. (Pasan todos á la Sacristía.)

ESCENA VIII

Sacristía.

Los mismos.—ISMAEL, CLEMENTINA; después ALFONSO. La Marquesa del Castañar, arrumbada como cuerpo muerto en un sillón, se recobra lentamente de su grave soponcio, y se da cuenta del lugar donde está y de las personas que la rodean.

THAMUZ

Amiga mía, ¿qué es eso?

BAAL

Mucho calor en la iglesia.

CLEMENTINA. Reconoce á Moloch antes que á los demás.

Insúa, venga usted á mi lado... No se aparte de mí... Tengo miedo.

MOLOCH

¿Pero qué ha sido?

ISMAEL. Lleva aparte á Yóbenes; se agrega Cebrián.

Un grave susto... un caso de alucinación... de... no acierto á decir de qué... Antes debo decir que anoche... ella... aquí... (Baja la voz. Baal y Thamuz no entienden una palabra.) Mejor será que vengan ustedes conmigo al pórtico de la iglesia, y allí, sobre el terreno, les explicaré y entenderán mejor el motivo de la turbación de mi prima... Casi he tenido yo la culpa, porque la induje á que volviera esta noche... conmigo... Vengan y verán... (Salen los tres.)

CLEMENTINA, después de beber agua, que le ofrece un bondadoso cura.

Don Damián, ¿estamos solos?... Acérquese más.

MOLOCH

Aquí estoy, señora. Dígame lo que quiera. Nadie nos oye.

CLEMENTINA

Anoche... al entrar en el pórtico de *Santa Eironeia*... No crea que estoy soñando... Anoche... en el pórtico, entre las pobres que pedían limosna, ví una... Era una mísera mendiga... Me acerqué á ella para darle limosna, y... Usted no lo creerá... Pues créalo... la mujer que ví era la propia figura y rostro de mi tía difunta. (Moloch sonríe incrédulo. Refuerza su aliento Clementina, y continúa.) La misma; era ella... Me quedé sin habla... Pensé que era un engaño de mi flaca imaginación... ¡Jesús mío, qué espanto!... Entré en la iglesia, y no pude rezar del trastorno que embargaba mi alma... Al salir de la iglesia, temblando, ya no ví á la pobre... Se había ido... En casa conté el caso á Alfonso... que muy tranquilo me dijo: "estás alucinada; los que se van no vuelven." (Moloch repite la idea del Marqués.) Hoy hablé con Ismael, mi primo... También Ismael dice que no vuelven los muertos... Quedamos en que vendríamos juntos esta noche... Alfonso pasará luego á recogerme. (Pausa; cobra más aliento.) Pues apenas llegamos al pórtico... allí la pobre, mi tía. Acercarme no quise yo. Ismael me tiraba del brazo... Decía que para quitarme el miedo.

¡Ay, nunca lo hiciera! Vista de cerca la pobre, mi terror fué más grande. (Gasta el buen Moloch no poca saliva para convencer á la Marquesa de que padece un mal imaginario. Toma Clementina unos sorbos de té, que manda traer el clérigo bondadoso, y sigue refiriendo.) Le juro á usted que es ella... su cuerpo, su rostro, su mirada... Alargando la mano seca para recoger la limosna, en mí clavó sus ojos... Mientras yo viva, estaré viendo aquella mirada, que me traspasó como un dardo de fuego. (Moloch la incita á poner punto en su relato. Hablar de ello es peor.) Déjeme que acabe. Ismael dijo á la pobre no sé qué... Ella no respondió. Parecía muda. No hablaba más que con los ojos... Se apoyaba en un palo... Entré yo despavorida en la iglesia, huyendo de la visión... Ismael me sostenía, dándome la mano... la mano de Ismael temblaba... También él, echándoselas de hombre fuerte, sentía pavor... Procuré serenarme; ocupé mi silla; traté de concentrar mi espíritu en la oración... no podía... De pronto oí tras de mí ruido de pasos, y el toqueteo de un palo... ¡Ay, el mismo golpe del bastón de doña Juana, el mismo compás! ¡Dios bendito! Yo hice propósito de no mirar hacia atrás... pero miré... el miedo mismo me hizo volver la cara... La ví ya cerca de mí; á cada golpe del bastón, más cerca... casi me tocaba... No sé más, amigo Insúa, porque perdí el sentido y al suelo caí redonda.

MOLOCH

Fenómeno puramente imaginativo, por efecto de un estado nervioso. Sin ser médico, me atrevo á recetar: reposo, distracción, bromuros... Ya tenemos aquí la mejor medicina: su

marido de usted. (Entra el Marqués presuroso, alarmado.)

ALFONSO

Clementina, ¿qué es eso? Ismael y los amigos que encontré en la puerta me han contado tu desazón... ¿Pero es posible que creas...?

CLEMENTINA, aferrada á su trastorno.

¡La he visto, la he visto!

Pórtico de *Santa Eironeia.*

ISMAEL, después de referir prolijamente el caso á Baal y Thamuz.

Siento que haya desaparecido esa mujer. Viéndola, comprenderían el terror de Clementina... y el mío, pues no debo ocultar que también yo, aunque no creo en brujas, me llevé el gran susto... Sea realidad ó visión fantástica, hemos visto á la propia doña Juana...

THAMUZ, poniendo en su comentario una nota de socarronería.

Si doña Juana vuelve del otro mundo á éste, no se dejará ver más que de sus amados parientes.

BAAL, encastillándose en la duda, hasta ver...

Yo no afirmo el caso, ni tampoco lo niego.

THAMUZ

Yo niego la visión corporal. Cierto es que doña Juana vive; pero sólo en espíritu, y si se quiere, en voluntad.

BAAL

¿Y quién nos asegura que no puedan espíritu y voluntad tomar, en algún caso, la humana forma?

THAMUZ, hombre desprovisto en absoluto de fantasía, y que no teme á las almas del otro mundo, ni aun á las de los negros, vendidos por él como sacas de carbón.

Esas son coplas... Vive doña Juana; pero sólo en voluntad. Su voluntad está en nosotros... En nuestras almas se ha metido, y aquí la sentimos... Lo demás es cuento, superstición, hechicería...

ISMAEL

Creo, como usted, que en voluntad vive. Pero yo pregunto... (Viendo que salen de la iglesia Clementina y Alfonso, seguidos de Mòloch.) Silencio... ya salen. (Avanza al encuentro de su prima.) Se ha ido esa mujer... No temas. (Clementina, tapándose el rostro y sostenida por su esposo, sube al coche. Parten con ella Alfonso y Moloch.)

ESCENA IX

Exterior de *Santa Eironeia*.—Calles.

ISMAEL, ZENON

ISMAEL, hablando con las pordioseras que piden en el pórtico.

¿Conocen ustedes á esa anciana que acaba de entrar en la iglesia?

MENDIGA COJA

No la conocemos. Es nueva.

MENDIGA PERLATICA

Cuatro días há que vino.

ISMAEL

¿No han hablado con ella?

MENDIGA COJA

Hablemos nosotras; pero ella no responde. Es, como se dice, muda.

(En el pórtico se pasea Ismael, esperando que salga la pobre para observarla mejor. No se repone fácilmente de la turbación que le produjo la mirada de la vieja al recibir la limosna, mirada que venía de otro mundo. Está decidido á no moverse de allí hasta verla salir, y le seguirá los pasos, y observará en qué rincón ó agujero se mete. Por fin, la visión sale. Renqueando con su palo, lo mismo que renqueaba doña Juana, y con la propia figura, gesto y andares de la difunta, se aleja por la calle frontera.)

ISMAEL. Sigue á la visión, hablando para sí.

¡Y el tonto de Zenón que no ha venido, como me prometió!... No le dije para qué le citaba en este sitio... Quería yo ponerle delante del endiablado espectro y ver qué impresión le causa. (Andando á distancia de la misteriosa vieja, ve venir á Guillarte en dirección contraria.) ¡Oh, aquí está el gran *Cínico!* (Se pára y observa la impresión de su amigo al aproximarse á la anciana y verla de frente. La

mendiga se detiene ante Zenón y alarga la mano implorando limosna. El *Cínico* queda suspenso y aterrado. Avanza Ismael; ambos apresuran el paso para juntarse.)

ZENON, pálido como un muerto, mirando á la vieja que sigue su camino.

Ismael, agárrame.

ISMAEL, echándole los brazos.

¿Qué te pasa?

ZENON

¡Que me caigo! Agárrame bien. ¿Has visto? ¡Es ella!

ISMAEL

¿Tienes miedo?

ZENON, á punto de perder el conocimiento.

Sí... no... déjame... Tengo que sentarme en este escalón... ¡Ay, qué malestar! Se me va la cabeza... da vueltas la calle... ¿Pero la has visto? ¿Me has traído aquí para que yo la vea?

ISMAEL

Sí... ¿Crees tú que es doña Juana?

ZENON

Es ella. ¡Mirada, gesto, rostro y figura!... ¿Y tú, Ismael, crees que es la... muerta... que vuelve? Tú, hombre científico, ¿crees...? Dí que no, Ismael; que soñamos...

ISMAEL, turbado.

No sé, no sé qué decirte... Pero no te amilanes. Sé hombre... Levántate.

ZENON, poniéndose en pie con gran trabajo.

¿Es fenómeno de...? No sé cómo se dice. ¿Es alma del otro mundo que vuelve á éste para...? Si me das el brazo, podré seguirte. Si no, no.

ISMAEL, le agarra; se ponen en marcha.

Mírala. Por allí va.

ZENON

Yo la había visto... dormido y despierto. ¿Sabes cuándo? Cuando la de Yébenes me pidió los veinte mil duros, y cuando le dí... ya sabes... ¿De veras es ella? ¿Será que Casandra no la aseguró bien?... Ismael, tú estás muy pálido.

ISMAEL

Ella es... y al volver á este mundo se encuentra en la mayor pobreza... ¿Ves? En la puerta de una carbonería se para y recoge unos zoquetes de pan... Sigue hacia allá... mira, mira. Ahora revuelve un montón de basura.

ZENON

¿Se habrá hecho trapera?... ¡Ay, Ismael! yo me pongo muy malo, pero muy malo. Llévame á mi casa... Me meteré en la cama. (Se acerca un coche.) Tomaré este coche. Antes de irme á casa, iré á un *restaurant* á tomarme un bistec. Estoy desfallecido... he salido en ayunas... ¡Cochero!

ISMAEL

¿Te vas, hombre valiente?

ZENON, metiéndose en el coche.

Ya sabes que creo en la cábala, creo en los demonios, creo en los espectros... Las invisibles almas nos rodean... Los que fueron son... ¿Y tú, sigues?

ISMAEL

No abandono al fantasma hasta ver dónde se desvanece.

ZENON

Yo no puedo más... Estoy muy malo... A casa; digo, no, al *restaurant*. (Parte el coche.)

ISMAEL. Sigue á distancia tras la visión. Comienza á posesionarse de su mente la idea de que el fenómeno no es más que una semejanza, una coincidencia de facciones y caracteres humanos. No obstante, sigue imperturbable, sin perder de vista al fatídico espantajo, al través de calles y plazuelas. La vieja recoge aquí y allí mendrugos de pan.

¡Asombroso fenómeno! El movimiento para meter en un saco los mendrugos es exactamente el de doña Juana cuando guardaba los billetes de Banco... ¡También doña Juana los metía en un saquito!... Y ahora los billetes de Banco los tenemos nosotros... Pero esos malditos diablos nos los quieren quitar. Si no fuera por Insúa, ya nos habrían dejado en cueros. (Después de recorrer medio Madrid, casi Madrid entero, la visión atraviesa el callejón del Perro y la calle de la Justa para entrar en la Ancha de San Bernardo, tirando hacia arriba con fatigado paso. Atrás deja la Universidad, el Noviciado, llevando á distancia el atento espionaje de Ismael. Por corazonada entiende ó adivina éste que la visión se dirige á Montserrat. Así es: dobla la vieja

la esquina, al pie de la mole churrigueresca, y sigue por la calle de Quiñones. Ve Ismael luenga cola de mendigos de ambos sexos, arrimados á la pared. La visión toma puesto en el extremo de la cola.) Aquí reparten los restos de la comida de las presas... ¡Lo que es el mundo! La millonaria viene á comer la sopa boba de la Cárcel de Mujeres. Para estos inauditos ejemplos vuelven del otro mundo y se pasean por éste las asendereadas ánimas del Purgatorio... Si esa mujer no fuera muda, yo hablaría con ella. (Sale de la Cárcel un hombre con cacillo y caldero, y reparte la bazofia. La visión saca de entre los trapajos de su falda un pucherete de barro, y en él recibe su ración; se la come. Intenta Ismael acercarse á ella. Detiénele un miedo supersticioso, invencible, y continúa razonando lo que ve.) ¡Oh inmenso misterio del mundo espiritual! Esta mujer que revive, ¿viene á dar el perdón ó á pedirlo? ¿La Divina Justicia es tal como aquí la concebimos y apreciamos, ó de otro modo? (Su propia confusión le sugiere la idea de cortar por lo sano, dejando el problema tal como está, y declarando la imposibilidad de trazar fronteras entre el mundo visible y el de ultratumba.) Mejor será no pensar en ello. Ismael, no pienses; no te devanes los sesos; deja en paz á tu magín, criado y robustecido en los problemas de la cantidad y la exactitud. Los vivos á la vida; los muertos á la muerte, con todas sus consecuencias. ¿La muerte es muerte, ó vida transformada? No lo sé... Zapatero, á tus zapatos; Ismael, á tus máquinas... Inventemos una para hacer hablar á las Animas del Purgatorio. (Entra en la Cárcel.)

ESCENA X

Sala en la Cárcel.

CASANDRA y ROSAURA, sentadas; frente á ellas ROGELIO; entra ISMAEL, y poco después INSÚA y RIOS. Héctor y Aquiles, que han pasado casi todo el día con su madre, por gracia del bondadoso Director, juegan en la alcoba cercana con los niños de una presa.

CASANDRA

¿Y ahora, Rogelio, seguirás barajando en tus razonamientos los nombres de los diablos?

ROGELIO

Siempre, porque los diablos son parte de mi léxico, una manera mía, personal, de designar las cosas... Y las ideas á que doy diabólicos nombres son las que nos han traído á esta relativa felicidad, ó por lo menos á endulzar nuestras amarguras.

CASANDRA

¿Y te sientes curado ya de tu delirio del dinero?

ROGELIO

Nunca. El dinero es la acción; la pobreza es la inercia, remedo de la muerte. El hombre aislado, como el hombre colectivo, llámese Estado, Iglesia, Sociedades, busca el dinero, lo persigue, y no es feliz hasta que lo posee. (Jovialmente deniega Casandra.)

ROSAURA

Felices son muchos pobres.

ROGELIO

Felices porque sueñan con el dinero que no tienen. Todo el que sueña vive. (Entra Ismael.)

ROSAURA

A tiempo llegas, marido. Me ves contenta entre los amigos que nos deben su alegría.

ROGELIO

Y á mí me ves como nunca me viste: casado. (Ismael abraza á Casandra y á su esposo.)

CASANDRA

Le hemos cogido en una trampa formada con mis desdichas y las suyas.

ROGELIO

La verdadera trampa fué el amor que tengo á mi mujer y el deseo de agradarla. En su situación no podía yo ser galante de otro modo... Enamorado de una prisionera, he tenido que hacerme prisionero suyo. (Entra Insúa con Ríos.) Bien venido sea el diablo tolerante y benéfico...

ISMAEL

El que de acuerdo con San Miguel ha encontrado arbitrios ingeniosos para aliviar el mal humano.

INSUA, ronco y sonriente, á todos saluda con afecto.

Todo lo que á usted prometí, Rosaura, no está hecho. Pero algo más se hará. (Ismael lleva aparte á Rogelio.)

CASANDRA

A usted, amigo Insúa, y al buen don Guillermo, no les pagaría yo con mil años de gratitud.

RIOS

Nada tiene usted que agradecerme. Ni usted ni sus amigos deben ver en mi conducta más que el ardor profesional, la pasión del deber, Casandra. Movido de esta pasión, daría yo la vida, si de mi vida dependiera el éxito.

INSÚA

Vean cómo se apasiona el foro.

RIOS

Es el deber, no más que el deber. (Continúan en amena conversación.)

ISMAEL, parloteando en voz baja con Rogelio, junto á la puerta.

¿Puedes salir un momento?

ROGELIO

¿Para qué?

ISMAEL

Para enseñarte á doña Juana viva... ¿Es espectro, ó un caso de inaudita semejanza?

ROGELIO

La he visto ayer en la cola de los pobres que esperaban la sopa boba... Le hablé... No me respondió.

ISMAEL

¿Y crees que es? ¿Crees que los muertos vuelven?

ROGELIO

¿Pues no he de creerlo? Es un dogma budista. La figura que has visto es doña Juana en la forma de *Sucot-Berith*, la envidia, los celos, la avaricia y el egoísmo.

ISMAEL

¿Y no te da lástima de verla tan pobre?

ROGELIO

¿Lástima? Ninguna. Viene al mundo para recibir tormento. Dejémosla en el potro de suplicio que bien merecido tiene. *Sucot-Berith* es también el diablo de los eunucos y de la esterilidad, y vive condenado á odiar el amor y á maldecir el matrimonio... No la temo, porque ya no puede nada contra nosotros. Su Purgatorio es éste y en él se abrasa, viendo que de nada le han valido las maldades que en vida cometió contra el amor, y que sus riquezas están en manos de sus víctimas. Lo que de esas riquezas nos hurtan los diablos inferiores, no vuelve á las manos de ella. Dejémosla condenada á devorar el bodrio sobrante de la cárcel, á mendigar en las puertas de las iglesias, y á contemplar impotente y muda los esplendores de la vida que aborreció.

ISMAEL

¿Pero no temes que si es, como dices, ánima penitente y diablo perverso, todo en una pieza, cause maleficio grave á la persona que más odia, seguramente tu mujer?

ROGELIO, con arrebato de su imaginación.

No podrá. Mi mujer fué para ella el exorcismo, la fuerza expulsora, la razón, en una palabra. Casandra la echó de este mundo con espada de fuego... La espada de Casandra es de tal temple, que lo mismo vale para los vivos que para los muertos.

ISMAEL

Si no es cierto lo que dices, debe serlo. Alguna vez, Rogelio, en los delirios de tu fantasía poética, vemos un contacto con la eterna verdad.

INSÚA, deja el grupo de las señoras y se dirige á Rogelio.

Conforme te dije ayer, ha sido preciso sacrificar dos millones de reales. Siempre te queda uno y medio de pesetas.

ISMAEL

Y da gracias á Dios, chico. No hay manera de defenderse aquí sin sacrificar algo.

ROGELIO

Todo lo que hace nuestro ingenioso *Moloch* está bien hecho. Yo le empeñé mi alma por un poco de razón. ¿Y qué hizo él con mi alma? Pues remojarla en las aguas, no muy puras,

de la sociedad en que vivimos, y devolvérmela reblandecida y suavizada. Me encuentro ahora que tengo un alma... ¿cómo diré? al uso corriente, y además del alma, razón, por otro nombre millón y medio de pesetas. El dinero es la razón... La lógica del vivir social ha venido á mí gracias á este benéfico diablo amigo.

ISMAEL

El nos ha enseñado á transigir... por él nos hemos adaptado al ambiente social. Se nos planteaba un problema gravísimo: vivir ó no vivir. Y henos aquí dentro del redil, querido Rogelio. Pero conste que si hemos hocicado, traemos el propósito de obtener cuantas ventajas se puedan, amparándonos de la Política, de la Administración, de los negocios y demás elementos que componen el aire respirable. Fieles devotos seremos del Dios Gubernativo y Cacicón que mira por los amigos; Eterno Padre de las Recomendaciones; Legislador incansable, que lleva consigo un inmenso volumen en que están encuadernados juntos los Santos Evangelios y el *Alcubilla*.

INSÚA, riendo.

¡Tontos! A buena hora descubrís que cada sociedad se compone un Dios á su gusto, acomodado á sus pasiones y á la guarda de sus intereses.

ROGELIO

Verdad. Tenemos el Dios *de ancha base*, Infinitamente Conservador-liberal, Eternamente Sensato, Padre del Turno Pacífico y de la Opinión. A ese Dios nos acogemos para poder vi-

vir, y usted, querido *Moloch*, ha sido nuestro iniciador y nuestro Bautista. *Allah* se lo pague, *Brahma* se lo premie, y *Jehovah* se lo aumente.

ISMAEL

La sangría me enfureció. Ya estoy resignado. Trabajaré todo lo que pueda, buscando en la actividad mi alegría.

ROGELIO

Yo no puedo estar contento. ¡Casandra presa, yo libre! Tamaña desigualdad me abruma. ¿Por qué no hemos de sufrir ambos la misma pena?

ISMAEL

Paciencia y gramática parda, hijo; que así nos lo impone el sacro dogma que hoy nos gobierna.

INSUA

Paciencia y confianza, digo yo... La pena que impondrán á Casandra no será muy rigurosa. (Bajando la voz.) Este asunto lo trabajamos con sutileza el Marqués del Castañar y yo. Sepan que Alfonso está quemadísimo con el pellizco que le han dado... El hombre trina... Conmigo se desahoga, y juntos influiremos con el Fiscal, que es nuestro amigo íntimo, para que la pena de Casandra no pase de tres años y un día.

ROGELIO, desconsolado, hiperbólico.

¡Tres años... mil y tantos días!... Venga, venga el Dios Grande y Verdadero á recortar esa eternidad que me anonada.

INSUA

Aún podrá ser menos de tres años. Confío en el esfuerzo de este valiente Guillermo Ríos, que en la defensa lucha como un león y mina la tierra como una serpiente... En todo caso, el plazo de la pena puede reducirse... hoy un poco, mañana otro poco.

ISMAEL

Cierto, que para eso está nuestro Dios Chico, Misericordioso Padre del Indulto.

INSUA, siempre risueño.

Fiscal, Jurado, y por último, Gracia y Justicia, están bajo la mano de mi bendito amigo San Miguel... La pena quedará en un año... y mal contado.

ROGELIO

¡Oh, benigno y maravilloso santo! Será el primero, el único que yo adore. Le costearé un altar nuevo, resplandeciente, magnífico.

INSUA, rasgando su boca hasta las orejas.

No necesitamos más altar que el que ya tenemos... Entre paréntesis, sabréis que Clementina nos pone siempre dos velas: una para el santo guerrero; otra para mí. La pobre quiere conciliar su devoción farisáica y sus terrores supersticiosos. En el fondo de su espíritu no hay creencias. Quiere que se la deje disfrutar en paz la riqueza heredada, y que el ánima vagabunda de doña Juana se vuelva al Purgatorio... Entre mi santo y yo le concederemos

lo que pide... Mi santo, tratado de cerca, es una excelente persona. La espada con que parece amenazarme es de caña, forradita de papel plateado.

ISMAEL

La edad presente nos trae esa concordia íntima, que no transciende al exterior por el cuidado con que se guardan las formas... Y dígame, don Damián, y perdone la pregunta si la tuviera por impertinente... He oído que se casará usted con Pepa... ¿Es cierto?

INSUA, descendiendo á la ronquera más baja.

Naturalmente. Mi santo me lo exige. Yo accedo á sus exigencias para que él no rechace las mías... Con ese ten con ten hemos de vivir. Si así no fuera, la convivencia en el altar se nos haría imposible.

ROGELIO

Y otra cosa: ¿qué piensa el bendito santo de la singular aparición de doña Juana?

ISMAEL

Eso mismo iba yo á preguntarle. ¿Es espectro, alma del otro mundo, sombra que remeda un cuerpo mortal, ó simplemente un fenómeno físico, exacta similitud de un sér vivo con otro muerto?

INSUA

Os diré con toda franqueza que después de discutir ampliamente el punto, mi santo y yo

no hemos llegado á ponernos de acuerdo. Dice Miguel que las almas vuelven; pero que el mortal no las ve, como no sea por sutileza especial del aparato óptico, excitado por la imaginación, y ésta por la conciencia. En el modo de apreciar estos fenómenos influyen no poco las ideas y el estado de educación de cada persona. Yo, por ejemplo, creo que no hemos visto nada del orden sobrenatural; Pepa, nacida y criada en el pueblo bajo, angosta de criterio y ancha de superstición, cree, como en Dios, que la vieja mendiga es doña Juana, y que por su grande influencia en el Purgatorio ha obtenido esta señora difunta permiso para venirse de paseo á nuestro mundo y asustar gravemente á su familia y herederos.

ISMAEL

Ya pensaba yo que Pepa no se quedaría sin dar un vistazo al fenómeno.

INSÚA

En cuanto le conté el caso, no sosegó hasta salir en busca de la visión y cogerle las vueltas. Y menos medrosa que ustedes, trató de echar un parrafito con su ama... Dice que en el Purgatorio le devolvieron á ésta toda su figura corporal; pero no quisieron darle la palabra, pues habría sido un compromiso. Y como es Pepa tan bondadosa y compasiva, le lleva pan y algunas golosinas de las que gustaban á su señora, y que ésta comía cuando no ayunaba. Esta noche le ha llevado aceitunas, jamón frito y orejones.

ROGELIO

Pues si la visión está tan cerca, á la vuelta de la esquina, ¿por qué no vamos á verla? (Ismael acoge con frialdad la proposición.) Tonto, ¿no es interesante visitar al espectro en su cama de piedra, y preguntarle con signos ó garatusas qué diligencias le traen á este mundo?

ISMAEL, muy serio.

Aunque seamos espíritus fuertes, no debemos bromear con estas cosas. ¿Y quién te dice que no molestaremos á esa pobre anciana turbando su sueño?

INSÚA, sonriente.

Enséñame esa cara, Ismael. ¿Palidez tenemos? ¿La obscuridad de la noche te aumenta el asco de lo sobrenatural?

ISMAEL, valentón.

¡Qué cosas dice! ¿Miedo yo; espectritos á mí? Vamos á donde quieran, y socorreremos con limosnas al retrato vivo de doña Juana.

ROGELIO

Y la persuadiremos de que debe volverse al calorcillo del Purgatorio. Toda la familia de ánimas estará muy desconsolada con su ausencia.

INSÚA

Le pagaremos el viaje de vuelta. Salgamos, pues, y despachada esa visita, les convido á tomar un refresco en el café de Europa. (Acór-

case á las señoras, dejando á Ismael y Rogelio que disputan jovialmente.) Si las señoras me lo permiten, les quito por un instante á sus maridos para llevármelos al café, donde refrescaremos. (Concede Rosaura el permiso, á condición de que los maridos regresen antes de terminar el plazo que el Director concede á las visitas carcelarias.)

CASANDRA

Ve con don Damián, marido mío, y distráete un rato, que esto es muy triste.

RIOS, levantándose, como si aprovechara la ocasión de retirada que los amigos le ofrecen.

Yo también dejo á ustedes para no volver hasta que me traigan mis obligaciones. Descansar. (Despídese cortesmente de Casandra y Rosaura.)

ISMAEL, con secreto anhelo de que su mujer le prohiba ausentarse.

¿De veras me dejas ir, Rosaura mía? ¿No será mejor que os acompañe?

ROSAURA

No, hijo: estaremos solas un ratito. Vete al café. No bebas licores. (Salen los cuatro.)

ISMAEL, emparejado con Rogelio, pasillo adelante.

Acabaré de convencerme de que es un retrato vivo, un caso puramente humano de semblantes iguales ó parecidos.

ROGELIO

Le diremos que no nos asusta y que puede ırgarse.

ISMAEL

Que á su pueblo se vuelva. Los mendigos de las aldeas míseras acuden al olor incitante de la caridad madrileña.

ROGELIO

Su pueblo es un lugar de llamas eternas. Los que entran piden con alaridos que los saquen de allí.

INSÚA, detrás, emparejando con Ríos.

Le veo á usted tranquilo, Guillermo, y por su tranquilidad debo felicitarle.

RIOS

Tranquilo como quien nada espera y se encastilla en la torre de sus deberes. Mi tristeza se ha resuelto en un tesón formidable.

INSÚA

Sea usted filósofo, y acepte su decepción como un dato más para el acabado conocimiento de la vida humana.

RIOS

Así es. Libro de oro es la Humanidad. La última página que leemos nos parece la más interesante. Pero al volver cada hoja encontramos mayor interés. De las amarguras y desengaños propios nos consolamos admirando el grandioso conjunto que este libro nos enseña día tras día, hoja tras hoja...

INSÚA

Lea y estudie. Fortifique su alma con el conocimiento.

ESCENA XI

Calle.

LOS MISMOS. Se aproximan á un bulto yacente, que se agasaja sobre un escalón, al arrimo de una jamba de berroqueña gastada y de una puerta carcomida. Lo examinan de cerca: ven un montón de trapos de cuyo revoltijo sale un resuello cadencioso con graves notas arrastradas.

INSUA, sacudiendo el bulto de trapos.

Buena mujer, despierte. No le haremos ningún daño. Venimos á darle limosna para muchos días.

ISMAEL, tocándola suavemente con el bastón.

Venimos á pagarle el viaje para que se vuelva á su pueblo. (El seco y huraño rostro de la mujer sale de entre harapos... Ismael retrocede, metiendo la mano en su bolsillo.) Tenga, tenga para el billete... y váyase pronto. ¿De qué pueblo es usted?

ROGELIO

Levántese... póngase derecha para que la veamos bien. No tema nada... Mejor que en este mundo estarás allá, *Sucot-Berith.* Aquí te conocemos ya, y no nos infundes miedo.

INSÚA

Démosle calderilla y alguna plata, y dejémosla dormir. Reparad bien esas facciones; ved que hay parecido con la difunta, no absoluta semejanza.

ISMAEL, deseando acabar.

Así es... Que se vaya pronto, que se vaya... Billete de segunda le daremos, y si es preciso, de primera.

INSUA, con ganas de broma.

¿Alguno de ustedes sabe el latinajo de los exorcismos? (La mujer haraposa se sienta y contempla á sus visitantes con mirada iracunda.) Porque ese sería un billete de los que no cuestan dinero.

RIOS

No hará el viaje con latines. Si queréis que desaparezca, pronunciad la palabra mágica.

ISMAEL, siguiendo la broma.

Tú, Guillermo, conoces las ciencias ocultas; posees el secreto de los conjuros que ahuyentan los demonios y dispersan las almas maléficas.

ROGELIO

Yo la espantaré. (Conminando á la visión.) Huye, vete á la región negra de tu martirio, *Decaberia*, *Sucot* ó quien quiera que seas, y no vuelvas á un mundo que te rechaza. (La vieja permanece inmóvil, como espantada.)

RIOS

No se mueve... Bastará una palabra, una sola, la palabra mágica. Yo la sé; pero en mis labios no puede tener eficacia. Para que la tenga, pronúnciela el que entre nosotros posee y lleva en sí el corazón de Casandra... usted, Rogelio.

ROGELIO

Es verdad: yo poseo ese corazón. Mía es la voz mágica. (Aproxima su boca al oído de la vieja y grita con fuerte voz.) ¡Casandra! (La espantable figura se sacude y estremece cual si un zic-zac eléctrico la traspasara... salta de un bote, agachando la cabeza... rompe el cerco de los cuatro visitantes con formidable topetazo del testuz que casi derriba á Ismael, y hace vacilar á Insúa... Huye.)

INSÚA, girando sobre sí mismo.

¿A dónde va?

ISMAEL, mirando hacia el Sur.

Va calle abajo.

ROGELIO, mirando hacia el Norte.

Va calle arriba.

RIOS

Agil como una corza, cruzó por el arroyo.

ISMAEL

¡Singular efecto de la palabra mágica!

INSÚA

Efecto físico de la estruendosa voz de Rogelio en un tímpano descompuesto.

ROGELIO, atontado, mirando en redondo.

No la veo.

RIOS

Ni yo... ¿Quién la ve?

ISMAEL

Ha volado por los aires.

ROGELIO

Se ha hundido en la tierra.

INSÚA

No... Mirad allá... Hacia la Universidad veréis un bulto en veloz carrera...

ISMAEL

No vemos nada. Obscura es la noche.

INSÚA

Obscuros vuestros entendimientos.

RIOS

No la vemos... Se ha hecho invisible.

ROGELIO

Se fué... Ya no volverá.

INSÚA

¡Pobre vieja sorda! No le habéis dado mal trompetazo... Señores, al café.

ESCENA ÚLTIMA

Sala en la Cárcel.

CASANDRA; ROSAURA, que sale de la estancia próxima con el niño pequeño en brazos.

CASANDRA, en el sofá.

Si estuviera sola en el mundo, no me importaría que mi prisión fuese larga. Por Rogelio y por nuestros hijos, me alegraré de que acierte el señor Insúa, que nos ha dado esperanzas... Un año ha dicho.

ROSAURA, en pie, frente á su amiga.

Insúa puede... Su influencia es mucha... Otras personas caritativas le ayudarán á suavizar tu condena.

CASANDRA

A todos agradezco tanta benevolencia y caridad; pero mi gratitud más grande es para tí, la mujer cristiana que ha traído su misericordia y su amor á esta pobre criminal. Por tí he podido ver á mis hijos; por tí disfruto aquí todo el bienestar que puede ofrecer una prisión; por tí ha vuelto Rogelio y es mi marido; por tí veré acortada mi condena. Obra tuya

son estos beneficios, Rosaura, y yo debo adorarte. (Juntando las manos, contempla á su amiga con arrobamiento.)

ROSAURA, en pie, teniendo el niño en brazos, grave y amorosa, con ideal belleza.

Desgraciada eres y criminal fuiste. Por criminal y por desgraciada he venido á tí; que si fueras poderosa y feliz, á tu lado no me verías. Consagrada á mi familia, sin más devociones que mis deberes, he quitado algunos ratos al trajín de mi casa para consagrarlos á tí.

CASANDRA, con unción.

Llena eres de gracia...

ROSAURA

Yo he visto que tu corazón no está dañado... que por un arrebato de tu temperamento fogoso cometiste un grave delito... Persuadida de que podías regenerarte, he descendido á esta prisión para decirte: Hermana, á tu lado estoy. Quiero consolarte en tus horas tristes.

CASANDRA, arrodillándose.

El Señor es contigo...

ROSAURA

Para venir á consolarte, no me han importado los dichos del mundo. Al recibir de mí la paz y un poco de alegría, has abominado de tu culpa. Juntas tú y yo, comunicando nuestras conciencias, hemos llegado á creer que Dios te perdonará.

CASANDRA

Bendita tú eres...

ROSAURA

Soy tu hermana. La caridad me manda que lo sea. Tus hijos están á mi cuidado y los amo como á los míos.

CASANDRA

Bendita, bendita entre todas las mujeres.

ROSAURA

No me bendigas. No merezco tu bendición por mi cumplimiento de un deber tan sencillo. El sentimiento de humanidad que me abrasa, me ordena estas devociones, que practico sin darme cuenta de ellas.

CASANDRA, con extremada efusión.

Tú eres santa, Rosaura. (Levántase. Se juntan las dos y acarician al chiquillo, que queda en medio.) ¿Verdad, hijo mío, que madre Rosaura es santa, y que debemos adorarla?

ROSAURA

No me adores. Busca la verdad en tu conciencia y no adores ídolos.

CASANDRA

Dices bien: la verdad busco, la verdad adoro

ROSAURA

No me pongas en los altares. Los altares se caen, y pronto serán ruínas lastimosas. ¿No

sientes el vocerío de las locas devociones idolátricas?

CASANDRA

Sí. Demasiado ruido hace en el mundo la devoción para que sea de ley.

ROSAURA

La piedad verdadera florece en el silencio.

CASANDRA

Y no debemos buscarla en el bullicio que nos aturde, que nos ensordece...

ROSAURA

Ruido de gente inquieta y gritona. Son los altareros que ciegos desalojan las almas, arrojando de ellas la fe de Cristo... ¿No ves tú en nuestra sociedad ese tumulto irreverente y triste?

CASANDRA

Sí... (Con visión lejana.) Y más allá veo la sombra sagrada de Cristo... que huye.

FIN DE LA NOVELA

Santander (San Quintín), Julio, Agosto y Septiembre de 1905.

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

La desheredada.—El amigo Manso.—El doctor Centeno.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido.—Fortunata y Jacinta.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.—Casandra.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

Doña Perfecta.—Gloria.—Marianela.—La familia de León Roch.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

DRAMAS Y COMEDIAS

Realidad.—La loca de la casa.—La de San Quintín.—Los Condenados.—Voluntad.—Doña Perfecta.—La Fiera.—Electra.—Alma y Vida.—Mariucha.—Bárbara.—Amor y Ciencia.

EPISODIOS NACIONALES

Primera serie: **Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.**

Segunda serie: **El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.**

Tercera serie: **Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La Estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.**

Cuarta serie: **Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de a camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettuen.—Carlos VI en la Rápita.—En prensa: La vuelta al mun- o en la Numancia.—En preparación: Prim.—La de los tristes stinos.**

